La máscara de Ripley

Highsmith, Patricia

Produced by calibre 0.6.26

La máscara de Ripley

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

Patricia Highsmith
La máscara de Ripley

Agnes y Georges Barylski,
mis vecinos polacos,

mis amigos de Francia, 1977

Me parece que moriría más fácilmente por las cosas en las que no creo, que por las cosas en las que creo… A veces pienso que la vida del artista es un largo y maravilloso suicidio, y no me sabe mal que sea así.

Oscar Wilde, en sus cartas personales

1

Tom se hallaba en el jardín cuando sonó el teléfono. Dejó que madame Annette, el ama de llaves, lo contestase y siguió raspando el húmedo musgo que se adhería a los lados de los peldaños de piedra. El mes, octubre, se había presentado lluvioso.

–M'sieur Tome! – oyó decir a madame Annette con su voz de soprano-. ¡Londres al aparato!

–Ya voy -respondió Tom. Tiró la paleta al suelo y subió los peldaños. El teléfono de la planta baja estaba en la sala de estar. Tom no se sentó en el sofá de raso amarillo porque llevaba los pantalones sucios.

–Hola, Tom. Aquí Jeff Constant. ¿Recibiste…? – se oyó un ruido.

–¿Puedes hablar más alto? La comunicación es muy mala.

–¿Está mejor así? Yo te oigo muy bien.

El teléfono siempre se oía bien en Londres.

–Un poco.

–¿Recibiste mi carta?

–No -dijo Tom.

–¡Oh! Tenemos problemas. Quería ponerte al tanto; Hay un… Se oyó crepitar el aparato, luego un zumbido seguido de un chasquido sordo y la comunicación quedó cortada.

–¡Maldita sea! – musitó Tom. «¿Al tanto de qué? – se preguntó-. ¿Es que algo iba mal en la galería? ¿Se trataba de Derwatt Ltd.? Y ¿por qué tenían que advertirle a él precisamente?»

Tom apenas estaba involucrado. Ciertamente él había dado con la idea de Derwatt Ltd., y ello le proporcionaba ciertos ingresos, pero… Tom miraba el teléfono, esperando que volviese a sonar de un momento a otro.

«Quizás debiera llamar a Jeff», pensó. Desechó la idea. No sabía si Jeff estaba en su estudio o en la galería. Jeff Constant era fotógrafo. Tom se dirigió hacia la puerta vidriera que comunicaba con el jardín posterior. «Rasparé un poco más de musgo» -decidió. Tom cuidaba el jardín para pasar el rato. Le

gustaba dedicar una hora diaria a esta tarea. Cortaba el césped con la segadora manual, pasaba el rastrillo, quemaba ramitas y arrancaba las malas hierbas. Era un buen ejercicio que, además, le permitía soñar despierto. Apenas llevaba unos instantes trabajando con la paleta, cuando el teléfono sonó.

Madame Annette estaba entrando en la sala de estar con un plumero para quitar el polvo. Era una mujer de escasa estatura y cuerpo robusto, de unos sesenta años y más bien alegre. No conocía ni una sola palabra de inglés y parecía incapaz de aprender incluso a decir «buenos días», lo cual convenía perfectamente a Tom.

–Yo responderé, madame -dijo Tom, tomando el aparato.

–Allô! – se oyó decir a Jeff-. Escucha, Tom, me pregunto si puedes venir a Londres. A Londres, yo…

–Tú, ¿qué?

La comunicación era deficiente otra vez, aunque no tanto como la anterior.

–Decía que… Te lo he explicado en mi carta. Ahora no puedo darte detalles. Pero se trata de algo importante, Tom. – ¿Es que alguien ha metido la pata? ¿Bernard, quizá? – En cierto modo. Un hombre está en camino desde Nueva York, probablemente llegará mañana.

–¿Quién es?

–Te lo explicaba en mi carta. Ya sabes que la exposición de Derwatt se inaugura el martes. Intentaré mantenerlo alejado hasta entonces. Ed y yo estaremos demasiado ocupados para recibir visitas.

La voz de Jeff denotaba ansiedad.

–¿Estás libre, Tom?

–Pues… sí, lo estoy.

Pero Tom no tenía el menor deseo de ir a Londres.

–Intenta ocultárselo a Heloise. Me refiero a tu viaje a Londres.

–Heloise está en Grecia.

–¡Oh, magnífico!

Por primera vez el tono de Jeff reflejaba cierto alivio. Aquella tarde, a las cinco, llegó la carta de Jeff, por correo urgente y certificado.

104 Charles Place

N.W. 8

«Apreciado Tom:»La nueva exposición de Derwatt se inaugura el martes día 15.Es la primera en dos años. Bernard tiene diecinueve telas nuevas y contamos con que nos presten otras. Ahora vamos por las malas noticias.

»Se trata de un americano llamado Thomas Murchison; no es un marchante,

sino de un coleccionista retirado y podrido de dinero. Hace tres años nos compró un Derwatt. Lo comparó con un Derwatt de una época anterior que acababa de ver en Nueva York, y ahora dice que se trata de una falsificación. Es cierto, desde luego, ya que es uno de los que pintó Bernard. Me escribió una carta a la Buckmaster Gallery diciendo que, en su opinión, el cuadro que le vendimos no es auténtico porque la técnica y los colores corresponden a una época cinco o seis años anterior, en la obra de Derwatt. Tengo un claro presentimiento de que Murchison viene con la intención de armar jaleo. ¿Qué podemos hacer al respecto? A ti siempre se te ocurren buenas ideas, Tom.

»¿Puedes venir para hablar con nosotros? Todos los gastos irán a cargo de la Buckmaster Gallery. Más que ninguna otra cosa necesitamos una inyección de confianza. No creo que Bernard haya metido la pata en ninguna de las nuevas telas. Pero se le ve muy excitado y no queremos tenerle aquí durante la inauguración, especialmente durante la inauguración.

»Por favor, ¡ven en seguida si puedes!»

Saludos,

Jeff

»P. D. La carta de Murchison era cortés, pero supongamos que sea la clase de individuo capaz de insistir en entrevistarse con Derwatt en Méjico para asegurarse, etc.»

Esta última observación era muy acertada -pensó Tom- porque Derwatt no existía. El cuento (inventado por Tom) hecho público por la Buckmaster Gallery y por la pequeña banda de leales amigos de Derwatt era que éste se había retirado a un pueblecito de Méjico y no recibía a nadie, carecía de teléfono y había prohibido a la galería dar cuenta de su dirección. Bien, si Murchison se trasladaba a Méjico iba a cansarse de tanto buscar y tendría trabajo para toda una vida.

Lo que Tom veía como si ya estuviese sucediendo es que Murchison, que probablemente se traería el cuadro de Derwatt, empezaría a hablar con otros marchantes y finalmente con la prensa. Ello podría levantar sospechas y traer consigo el final del mito Derwatt. «¿Se vería metido en el asunto por el gang?» -pensó Tom-. (Tom empleaba siempre la palabra gang cuando pensaba en el grupo de habituales de la galería, los viejos amigos de Derwatt, a pesar de que odiaba este término siempre que lo empleaba). Además -se temía Tom- Bernard podía citar el nombre de Tom Ripley, no con mala intención sino a causa de su insensata, casi divina, honradez.

Tom había mantenido su nombre y su reputación intachables,

sorprendentemente intachables si se tenía en cuenta todo cuanto había hecho. Resultaría muy embarazoso que los periódicos franceses publicasen que Thomas Ripley, de Villeperce-sur-Seine, esposo de Heloise Plisson, hija de Jacques Plisson, millonario y dueño de la empresa Plisson Pharmaceutiques, era el cerebro creador del lucrativo fraude llamado Derwatt Ltd., y llevaba años percibiendo un porcentaje del mismo, aunque se tratase solamente de un diez por ciento. El asunto resultaría excesivamente vil. Incluso Heloise, cuyo sentido de la moralidad era, en opinión de Tom, prácticamente inexistente, reaccionaría ante el hecho, con toda probabilidad. Su padre, por supuesto, ejercería presión sobre ella (suprimiéndole su asignación) para que se divorciase.

Derwatt Ltd., era ya una empresa de envergadura y su caída provocaría repercusiones. Con ella se derrumbaría el provechoso negocio de materiales para artistas que se vendían con la marca Derwatt y que proporcionaba también un porcentaje, en concepto de derechos de explotación, a Tom y al gang. Luego estaba la Escuela de Arte Derwatt en Perusa, destinada a acoger principalmente a viejecitas simpáticas y a jóvenes americanas de vacaciones en Europa pero, así y todo, una buena fuente de ingresos. Las ganancias de la escuela no eran, en su mayoría, producto de las enseñanzas de arte que en ella se impartían ni de la venta de los productos Derwatt, sino que procedían principalmente de su labor de intermediaria en la búsqueda de alojamiento en casas y apartamentos amueblados, siempre los más caros, para los turistas-estudiantes de bolsillos forrados de dinero que a ella acudían. La escuela percibía una parte del dinero del alquiler. Su dirección estaba a cargo de dos «locas» inglesas que no tenían conocimiento del engaño Derwatt.

Tom no acababa de decidirse sobre si debía o no ir a Londres. ¿Qué podía decir a los demás? Por otro lado, no acababa de comprender el problema. ¿Acaso un pintor no podía volver a emplear una técnica ya superada en uno de sus cuadros?

–¿M’sieur prefiere chuletas de cordero o jamón frío esta noche? – preguntó madame Annette a Tom.

–Chuletas de cordero, creo. Gracias. Por cierto, ¿cómo está su muela?

Aquella mañana madame Annette había visitado al dentista del pueblo, en quien tenía depositada una confianza inmensa, para que le examinase una muela que no la había dejado dormir en toda la noche.

–Ya no duele. ¡Es tan simpático, el Dr. Grenier! Me dijo que se trataba de un absceso, pero abrió la muela y me dijo que el nervio caería solo.

Tom asintió con la cabeza y se preguntó como diablos el nervio podía caer

por sí solo. Seguramente por la fuerza de la gravedad. Una vez le habían tenido que extraer un nervio, también de una muela superior, con gran esfuerzo.

–¿Eran buenas las noticias de Londres?

–No, es decir… Era simplemente la llamada de un amigo.

–¿Hay noticias de madame Heloise?

–Hoy no.

–¡Ah, imagínese el sol! ¡Grecia!

Madame Annette estaba frotando la superficie ya rutilante de una gran cómoda de roble colocada al lado de la chimenea.

–¡Fíjese! No hay sol en Villeperce. Ya tenemos el invierno encima.

–En efecto.

Madame Annette llevaba ya varios días diciendo lo mismo cada tarde.

Tom no esperaba ver a Heloise hasta cerca de Navidad. Aunque, por otro lado, era capaz de presentarse repentinamente, sin avisar, por haber tenido una riña, intrascendente pero irreparable, con sus amigos, o sencillamente por haber cambiado de parecer sobre los largos cruceros marítimos. Heloise era muy impulsiva.

Tom puso un disco de los Beatles para levantarse el ánimo; luego, con las manos en los bolsillos, paseó de un lado a otro por el espacioso cuarto de estar. Le gustaba la casa. Era un edificio de dos plantas, de forma más bien cuadrada y construido de piedra gris, con cuatro torreones sobre otras cuatro habitaciones circulares, situadas en las esquinas de la planta alta, que daban a la casa el aspecto de un pequeño castillo. El jardín era inmenso y la finca había costado una fortuna, incluso para un americano. El padre de Heloise la había entregado como regalo de boda hacía tres años. Antes de casarse, Tom había estado necesitado de dinero, ya que el de Greenleaf no le bastaba para disfrutar del tipo de vida que le gustaba, y ello le había inducido a aceptar una parte en el asunto Derwatt. Ahora se arrepentía de ello. Se había conformado con un diez por ciento incluso cuando este porcentaje representaba muy poco. Ni él se había percatado de que el asunto Derwatt florecería de modo semejante.

Tom pasó la velada del mismo modo que la mayoría de sus veladas, tranquilo y solo, pero sus pensamientos estaban agitados. Puso el tocadiscos estereofónico a poco volumen, mientras comía, y leyó a Servan-Schreiber en francés. Se encontró con dos palabras que desconocía. Las buscaría por la noche en el Harrap's que tenía en la mesita de noche. Tenía una memoria muy buena para retener palabras que luego buscaba en el diccionario.

Después de cenar se puso un impermeable, aunque no llovía, y se dirigió a

pie al pequeño café-bar situado a un cuarto de milla de distancia. Allí tomaba café algunas tardes, de pie ante la barra. Invariablemente Georges, el propietario, le bacía preguntas sobre Heloise, y se lamentaba de que Tom tuviese que pasar tanto tiempo solo. Aquella noche Tom dijo alegremente:

–Oh, no estoy seguro de que permanezca en ese yate un par de meses más. Se aburrirá.

–Quel luxe! – murmuró Georges con expresión soñadora. Era un individuo barrigudo y carirredondo.

Tom desconfiaba de su sempiterno buen humor. La esposa, Marie, una morena robusta y enérgica que usaba lápiz de labios de un tono rojo chillón, era una mujer decididamente dura, pero tenía una forma de reír estrepitosa y feliz que la hacía simpática. El bar era de los que frecuentan los obreros y ello le traía sin cuidado a Tom, pero no era su bar favorito. Simplemente era el que caía más cerca. Al menos Georges y Marie nunca se habían referido a Dickie Greenleaf. En París, algunos conocidos suyos o de Heloise sí lo habían hecho, y lo mismo había sucedido con el propietario del Hotel St. Pierre, el único que había en Villeperce. El propietario le había preguntado:

–¿A lo mejor es usted el mister Ripley que tenía amistad con el americano Greenleaf?

Tom había admitido que así era. Pero eso había sucedido tres años antes, y semejante pregunta, siempre y cuando se detuviese en aquel punto, no le ponía nervioso. De todos modos, prefería evitar el tema. Según los periódicos, había recibido una importante suma de dinero, unos ingresos regulares a decir de algunos, en el testamento de Dickie, lo cual era cierto. Al menos ningún periódico había hecho la menor insinuación en el sentido de que el mismo Tom había redactado el testamento, lo cual era igualmente cierto. Los franceses tenían siempre buena memoria para los detalles financieros.

Tras tomarse el café, Tom regresó a pie a casa, diciendo «bono soir» a uno o dos habitantes del pueblo que se encontró por el camino y resbalando de vez en cuando, por culpa de las hojas empapadas que cubrían el borde del camino. No había acera propiamente dicha. Llevaba consigo una linterna pequeña porque los faroles distaban demasiado entre sí. Vislumbró algunas familias cómodamente reunidas en la cocina, mirando la televisión y sentadas en torno a la mesa cubierta con un hule. En algunos patios se oía ladrar a los perros, sujetos con una cadena. Finalmente abrió la verja de hierro, de tres metros de altura, de su propia casa, y la grava crujió bajo sus zapatos. La luz de la habitación de madame Annette permanecía encendida. Madame Annette tenía su propio televisor. A

menudo, Tom pintaba por la noche, solamente para distraerse. Sabía que como pintor era muy malo, peor que Dickie. Pero esa noche no estaba de humor. En lugar de pintar, escribió una carta a un amigo de Hamburgo, un americano llamado Reeves Minot, preguntándole cuándo iba a necesitar de sus servicios. Reeves tenía que colocar un microfilm o algo así a un cierto conde Bertolozzi, italiano, sin que éste se diese cuenta. El conde pasaría luego uno o dos días con Tom en Villeperce, y Tom aprovecharía la ocasión para extraer el objeto del equipaje o de donde estuviese -ya se lo indicaría Reeves-, para mandarlo seguidamente a París, a un individuo del que no sabía absolutamente nada. Tom solía prestar estos servicios de intermediario, a veces con motivo de algún robo de joyas. Resultaba más fácil que Tom sacase la mercancía del equipaje de sus invitados, en vez de que alguien intentase hacerla en un hotel de París, aprovechando la ausencia del portador. Tom conocía superficialmente al conde Bertolozzi a resultas de un reciente viaje a Milán, donde Reeves, que vivía en Hamburgo, se hallaba también a la sazón. Tom y el conde habían hablado de pintura. Por lo general, a Tom le resultaba fácil convencer a quienes disponían de tiempo libre para que pasasen un par de días en su casa de Villeperce y, de paso, admirasen sus cuadros. Aparte de los Derwatts, Tom poseía un Soutine, pintor por cuya obra sentía una especial predilección, un Van Gogh, dos Magrittes, dibujos de Cocteau, de Picasso, y de muchos otros autores no tan famosos pero que él consideraba igual de buenos o incluso mejores. Villeperce estaba cerca de París, y a los huéspedes les agradaba pasar unos días en el campo antes de proseguir viaje hacia la ciudad. De hecho, Tom iba con frecuencia a buscarlos en coche a Orly, ya que Villeperce distaba sólo unos sesenta y pico de kilómetros del aeropuerto. Sólo una vez había fracasado Tom, cuando un huésped americano cayó enfermo inmediatamente después de llegar a casa de Tom debido, probablemente, a algo que había comido por el camino. Tom no había logrado acercarse a la maleta del invitado porque éste se pasó todo el tiempo en cama y despierto. El objeto -otro microfilm- lo había recuperado otro agente de Reeves en París, no sin cierta dificultad. Tom no lograba comprender el valor que podían tener algunas de estas cosas, aunque, a decir verdad, lo mismo le sucedía al leer novelas de espionaje. Además, Reeves no era más que otro intermediario que cobraba un porcentaje como él. Tom se trasladaba siempre a otra población, utilizando el coche, para reexpedir los objetos, cosa que hacía siempre utilizando un nombre y una dirección falsos en el remite.

Aquella noche Tom no podía conciliar el sueño, por lo que se levantó, se puso su bata de lana color carmesí -que era nueva y gruesa, adornada con

colgantes de estilo militar y le había sido regalada por Heloise en uno de sus cumpleaños- y bajó a la cocina. Había ido con intención de coger una botella de cerveza Super Valstar y subirla a su habitación, pero decidió prepararse algo de té. Casi nunca tomaba té, por lo que ahora le parecía en cierto modo apropiado hacerla, ya que tenía la sensación de que la noche estaba resultando algo extraña. Caminó de puntillas por la cocina para no despertar a madame Annette. El té le salió de un color rojo oscuro. Se le había ido la mano al echar té en la tetera. Se llevó una bandeja al cuarto de estar, se sirvió una taza y empezó a dar vueltas por la estancia, sin hacer ruido porque iba calzado con zapatillas de fieltro.

«¿Por qué no hacerse pasar por Derwatt?», pensó. «¡Claro! He aquí la solución, la perfecta y única solución.»

Derwatt y Tom tenían más o menos la misma edad. Tom contaba treinta y un años y Derwatt tendría unos treinta y cinco. Ojos color gris azulado, según recordaba Tom que le había dicho Cynthia, la novia de Bernard, o éste mismo, en una de sus exuberantes descripciones del Intachable Derwatt, quien, además, lucía una corta barba, lo que era o sería de gran ayuda para Tom.

A Jeff Constant seguramente le encantaría la idea. Una entrevista con la prensa. Tom tenía que preparar la respuesta adecuada a las preguntas que probablemente le harían y repasar las anécdotas que seguramente tendría que contar. ¿Tenían él y Derwatt la misma estatura? ¡Qué más daba! Ningún periodista se fijaría en este punto. El pelo de Derwatt era más oscuro que el suyo -pensó Tom-, pero eso tenía arreglo. Bebió más té. Siguió paseando por la habitación. Su aparición iba a ser una sorpresa, probablemente incluso para Jeff y Ed, así como para Bernard, por supuesto. Al menos así se lo dirían a la prensa.

Tom trató de imaginarse una confrontación con mister Thomas Murchison. Calma, confianza en uno mismo, eso era lo esencial. Si Derwatt decía que un cuadro era suyo, que él lo había pintado, ¿quién era Murchison para llevarle la contraria?

Embargado por el entusiasmo, Tom se dirigió al teléfono. No era raro que las operadoras de la Telefónica estuviesen dormidas a esta hora -las 2 de la madrugada- y no tuvo respuesta hasta diez minutos después. Tom se armó de paciencia y se sentó en el borde del sofá amarillo. Pensaba en que Jeff o alguien más tendría que procurarse un buen maquillaje para realizar su plan. Tom deseaba poder contar con una chica, Cynthia por ejemplo, que hiciese de supervisora, pero Cynthia y Bernard habían roto hacía ya dos o tres años. Cynthia estaba enterada de la farsa de Derwatt y de las falsificaciones que hacía Bernard y no quería saber nada del asunto, ni tocar un solo penique de los

beneficios, recordaba Tom.

–Allô, j'écoute! – dijo la operadora con un tono de enfado en su voz, como si Tom la hubiese arrancado de la cama para pedirle un favor.

Tom le dio el número del estudio de Jeff, que tenía apuntado en una libreta de direcciones colocada al lado del teléfono. Tuvo bastante suerte y le pusieron la comunicación al cabo de cinco minutos. Acercó al teléfono la tercera taza de té inmundo.

–Hola, Jeff. Tom al habla. ¿Cómo van las cosas?

–No han mejorado. Ed está aquí. Justamente estábamos pensando en llamar te. ¿Vas a venir?

–Sí, y tengo una idea mejor. ¿Qué os parece si me hago pasar por nuestro desaparecido amigo, al menos durante unas horas? Jeff tardó un instante en comprender.

–¡Oh, Tom, magnífico! ¿Puedes estar aquí para el martes?

–Sí, por supuesto.

–¿Te parece bien el lunes, pasado mañana?

–No creo que pueda. Pero el martes, sí. Ahora escúchame, Jeff, el maquillaje… tiene que ser del mejor.

–No te preocupes. ¡Espera un segundo!

Se apartó del aparato para hablar con Ed y luego regresó.

–Ed dice que cuenta con una fuente… de suministro.

–No lo hagáis público -repuso Tom, manteniendo el tono tranquilo de su voz, ya que el de Jeff sonaba como si éste estuviese pegando saltos de alegría.– Y otra cosa, si no sale bien, si fallo, debemos decir que se trata de una broma pensada por un amigo vuestro, es decir, por mí. Que no tiene nada que ver con… ya sabes.

Tom se refería a un intento de demostrar la autenticidad de la falsificación propiedad de Murchison, pero Jeff lo comprendió en seguida.

–Ed quiere decir algo.

–Hola, Tom -la voz de Ed era más profunda-. Estamos encantados de que vengas. Es una idea maravillosa. Por cierto, ¿sabes que Bernard conserva algunas prendas y objetos de Derwatt?

–Eso lo dejo en tus manos.

Tom se sintió súbitamente alarmado.

–Las ropas es lo de menos. Lo importante es la cara. Ponte manos a la obra, ¿de acuerdo?

–De acuerdo. ¡Bendito seas!

Colgaron. Luego Tom se dejó caer en el sofá y se tumbó, casi en horizontal. No, no iría a Londres tan pronto. Reservaría su entrada en escena para el último minuto, para el momento más oportuno. Un exceso de preparativos y ensayos podría resultar perjudicial.

Tom se levantó con la taza de té frío en la mano. «Sería curioso y divertido que el asunto le saliese bien» -pensó, mientras miraba fijamente el cuadro de Derwatt colgado sobre la chimenea en el que aparecía un hombre con múltiples perfiles, lo que daba la impresión de estar mirándolo con las gafas de otra persona. Había gente que afirmaba que los cuadros de Derwatt les hacían daño en los ojos. Pero a unos tres o cuatro metros de distancia, no era así. No se trataba de un Derwatt original, sino de una de las primeras falsificaciones de Bernard Tufts. Al otro lado de la habitación sí había un Derwatt auténtico, «Las sillas rojas». Dos niñas pequeñas, con expresión aterrorizada, se hallaban sentadas una al lado de otra, como si fuese su primer día en la escuela, o estuviesen en la iglesia, escuchando un sermón terrorífico. «Las sillas rojas»databa de ocho o nueve años antes. Detrás de las niñas, sentadas dondequiera que estuviesen, todo ardía. Llamas rojas y amarillas anubladas por unos toques de blanco, que impedían percatarse del incendio al principio. Pero cuando el espectador reparaba en ello, el efecto era devastador. A Tom le entusiasmaban ambos cuadros. Casi había llegado a olvidar, cuando los contemplaba, que uno era falso y el otro auténtico.

Se acordó de los primeros tiempos, ya lejanos, de lo que había; llegado a ser ahora Derwatt Ltd. Tom había trabado conocimiento con Jeff Constant y Bernard Tufts en Londres, poco tiempo después de que Derwatt se ahogase en Grecia, seguramente de modo deliberado. El mismo Tom acababa de regresar de Grecia; no había transcurrido mucho tiempo desde la muerte de Dickie Greenleaf. El cadáver de Derwatt no había sido hallado jamás, pero algunos de los pescadores del pueblo dijeron haberle visto adentrarse nadando una mañana, y nunca había regresado. Los amigos de Derwatt -y Tom había conocido a Cynthia Gradnor durante la misma visita- sufrieron una impresión tremenda; quedaron afectados de una manera que Tom jamás había presenciado después de un fallecimiento, ni siquiera en una familia. Jeff, Ed, Cynthia, Bernard, todos parecían estar aturdidos. Hablaban como en sueños, apasionadamente, no sólo de Derwatt el artista, sino del amigo, del, ser humano. Había vivido sencillamente en Islington, malcomiendo a veces, pero siempre se había comportado generosamente con los demás. Los chiquillos del vecindario le adoraban y posaban para él sin esperar que les pagase por ello. Pero Derwatt siempre metía la mano en el bolsillo y les

daba unos peniques, quizá los últimos que le quedaban. Más adelante, justo antes de marcharse a Grecia, Derwatt había sufrido un chasco. Por encargo del Gobierno pintó, un mural para la oficina de correos de una ciudad del norte de Inglaterra. El boceto le había sido aprobado, pero la obra le fue rechazada una vez terminada: en ella aparecía alguien desnudo, o semidesnudo, y Derwatt se había negado a modificarla. (Con razón, por supuesto, según sus fieles amigos dijeron a Tom.) El caso es que se habían esfumado las mil libras con las que ya contaba el pintor. Al parecer, esto había sido el golpe de gracia en una serie de desengaños de cuya importancia los amigos del pintor no se habían dado cuenta, lo cual se reprochaban ahora. También había habido una mujer, según Tom recordaba vagamente, que le había causado otro desengaño. Pero al parecer éste no había sido tan doloroso para Derwatt como sus frustraciones profesionales. Todos sus amigos eran profesionales también, independientes casi todos, y estaban muy ocupados. En los últimos días, cuando Derwatt se dirigió a ellos, no en busca de dinero, sino de compañía, le habían dicho que no disponían de suficiente tiempo para verle. Sin que ellos lo supiesen, Derwatt había vendido el mobiliario que le quedaba en el estudio y se fue a Grecia, desde donde escribió una larga y deprimida carta a Bernard. (Tom nunca había llegado a verla.)

Entonces llegó la noticia de su desaparición o muerte.

Lo primero que hicieron los amigos de Derwatt, incluyendo a Cynthia, fue reunir todos sus cuadros y dibujos e intentar venderlos. Deseaban mantener vivo su nombre y que el mundo conociese y valorase su obra. Derwatt no tenía parientes y -recordaba Tom- era un expósito de cuyos padres no se sabía absolutamente nada. La leyenda de su trágica muerte resultó ser una ventaja en lugar de un obstáculo; generalmente, las galerías de arte no mostraban ningún interés por las obras de un artista joven y desconocido que ya había muerto, pero Edmund Banbury, un periodista independiente, había recurrido a sus contactos y a su talento para escribir artículos sobre Derwatt con destino a los periódicos, suplementos dominicales en color y revistas de arte, y Jeffrey Constant se había encargado de ilustrarlos con sus fotografías en color de los cuadros del desaparecido. Al cabo de pocos meses de la muerte de Derwatt encontraron una galería, la Buckmaster (que además estaba en Bond Street, nada menos), dispuesta a encargarse de su obra y los lienzos de Derwatt no tardaron en venderse por seiscientas u ochocientas libras.

Entonces sucedió lo inevitable. Todas, o casi todas, las pinturas fueron vendidas. A la sazón Tom se hallaba viviendo en Londres desde hacía dos años, en un piso cercano a Eaton Square, y una noche tropezó con Jeff, Ed y Bernard

en un pub, el Salisbury. Los tres volvían a estar tristes pues las obras de Derwatt se les estaban terminando.

–La cosa marcha tan bien que es una vergüenza que tenga que acabarse. ¿Es que Bernard no es capaz de sacarse de la manga unos cuantos cuadros pintados al estilo de los de Derwatt? – preguntó Tom.

Tom lo había dicho en broma, o medio en broma. Apenas conocía al trío y lo único que sabía era que Bernard era pintor. Pero Jeff, que era un tipo práctico como Ed Banbury (y que en nada se parecía a Bernard), se había vuelto hacia Bernard para decirle:

–También yo he pensado en eso. ¿Qué opinas tú, Bernard?

Tom había olvidado la respuesta exacta de Bernard, pero recordaba que éste había bajado la cabeza, como si estuviese avergonzado o simplemente asustado ante la idea de falsificar la obra de su ídolo, Derwatt. Meses después, Tom se había encontrado con Ed Banbury en una calle de Londres y Ed le había dicho, con júbilo, que a Bernard le habían salido dos «Derwatts» excelentes, uno de los cuales habían vendido a la Buckmaster como si fuese auténtico.

Luego, transcurridos unos meses más, poco después de casarse Tom con Heloise y dejar de vivir en Londres, él, Heloise y Jeff habían coincidido en una fiesta, uno de esos cócteles multitudinarios en los que uno no conoce, ni siquiera llega a ver, al anfitrión. Jeff le había hecho señas para que se acercase a un rincón.

–¿Podríamos vernos en algún sitio después? – preguntó Jeff-. Ésta es mi dirección -dijo, entregándole una tarjeta-. ¿Puedes venir sobre las once esta noche?

Así, pues, Tom había visitado a Jeff solo, lo cual resultó fácil porque Heloise, que todavía no hablaba el inglés con soltura, estaba cansada después de la fiesta y había preferido quedarse en el hotel. A Heloise le encantaba Londres -los suéters ingleses y Carnaby Street, y las tiendas donde vendían papeleras decoradas con la Union Jack y letreros que decían cosas como «Vete a la m…», por ejemplo, cosas que a menudo Tom se veía obligado a traducirle-, pero aquella noche dijo que le dolía la cabeza de tanto intentar hablar en inglés durante toda una hora.

–Nuestro problema es -le había dicho Jeff aquella noche- que no podemos mantener la farsa de que hemos dado con un nuevo cuadro de Derwatt olvidado en algún sitio. Bernard lo está haciendo muy bien pero… ¿Crees que podemos arriesgarnos a fingir el hallazgo de un buen puñado de «Derwatts» en alguna parte, Irlanda por ejemplo, donde hubiese pasado una temporada pintando?

Podríamos venderlos y luego dejar el asunto. ¿Qué te parece? Bernard no parece demasiado entusiasmado con la idea de seguir adelante. Cree que, en cierto modo, lo que está haciendo es traicionar a Derwatt.

Tom reflexionó un momento, luego dijo:

–¿Es que no podemos decir que Derwatt no ha muerto, que sigue con vida, recluido en algún lugar y enviando sus cuadros a Londres? Es decir, suponiendo que Bernard pueda seguir trabajando.

–¡Hum! Pues… Sí. Grecia quizás. ¡Es una magnífica idea, Tom! ¡Nos puede servir eternamente!

–¿Qué te parece Méjico? Creo que será más seguro que Grecia. Digamos que Derwatt está viviendo en algún pueblecito cuyo nombre no desea que sea conocido, excepto quizá, por ti, Ed y Cynthia.

–Cynthia no. Ella es… Bueno, Bernard ya no la ve tan a menudo y, por tanto, nosotros tampoco. Es mejor que no esté demasiado al tanto de todo esto.

Tom recordaba que aquella noche Jeff había despertado a Ed para ponerle al corriente de la idea.

–Es solamente una idea -había dicho Tom-. No sé si saldrá bien.

Pero sí había salido bien. Habían empezado a llegar cuadros de Derwatt desde Méjico, se decía, y la dramática historia de la «resurrección» de Derwatt había sido convenientemente explotada por Ed Banbury y Jeff Constant en más artículos de revista, ilustrados con fotografías del pintor y de sus obras (las de Bernard) más recientes, aunque en ninguna fotografía aparecía Derwatt en Méjico, porque el artista no permitía que le entrevistasen ni fotografiasen los periodistas. Los cuadros eran enviados desde Veracruz y ni Jeff ni Ed conocían el nombre del pueblecito. Probablemente Derwatt estaba mal de la cabeza al mantenerse tan aislado. Sus obras eran las de un enfermo, y deprimentes según algunos críticos. Pero se encontraban entre las de los artistas no fallecidos más cotizados de Inglaterra, el Continente y América. Ed Banbury escribió a Tom en Francia ofreciéndole un diez por ciento de los beneficios. El pequeño grupo de fieles (ahora lo formaban solamente tres: Bernard, Jeff y Ed) eran los únicos beneficiarios de las ventas de Derwatt. Tom había aceptado, principalmente porque consideraba que ello, su aceptación, era una especie de garantía de que mantendría la boca cerrada sobre el engaño. Pero Bernard seguía pintando como un demonio.

Jeff y Ed compraron la Buckmaster Gallery. Tom no sabía con certeza si Bernard poseía también una parte. La galería tenía siempre una pequeña exposición permanente de «Derwatts», aparte de obras de otros artistas que;

desde luego, también eran expuestas. De esto se encargaba más Jeff que Ed. Jeff había contratado un ayudante, una especie de gerente, para la galería. Sin embargo, este paso, la adquisición de la Buckmaster Gallery, no lo habían dado hasta después de que un fabricante de material para pintores llamado George Janopolos o algo así, les hubiera comunicado su deseo de lanzar al mercado una serie de productos con la marca Derwatt, entre los que habría de todo, desde gomas de borrar hasta equipos para pintar al óleo, y por los que ofrecía a Derwatt un uno por ciento en concepto de derechos de explotación. Ed y Jeff habían decidido aceptar la oferta en nombre de Derwatt (al parecer con el consentimiento de éste). Entonces se había constituido una sociedad comercial bajo el nombre de Derwatt Ltd.

Todo esto venía a la memoria de Tom a las cuatro de la madrugada, mientras tiritaba un poco a causa del frío pese a llevar su principesca bata. Madame Annette, siempre ahorrativa, tenía la costumbre de bajar la calefacción central por la noche. Sostenía la taza de té frío y dulce entre las dos manos y contemplaba fijamente, sin verla, una fotografía de Heloise -pelo largo y rubio enmarcando un rostro fino que, para Tom, ahora era una imagen agradable y sin significado más que un rostro- y pensó en Bernard trabajando en secreto, falsificando nuevos cuadros en su estudio, posiblemente cerrado con llave. El apartamento de Bernard estaba en desorden, como de costumbre. Tom jamás había visto el sanctum sanctorum donde Bernard pintaba sus obras maestras, los «Derwatts» que tantos miles de libras les producían. Si uno pintaba más falsificaciones que cuadros propios, ¿no se convertirían las primeras en algo más natural, más real y auténtico, incluso para uno mismo, que las propias obras? ¿Acaso, a la larga, el hacer lo dejase de representar un esfuerzo y el trabajo se convirtiese en una segunda naturaleza del pintor?

Finalmente, Tom se acurrucó en el sofá amarillo, con los pies, descalzos ahora, escondidos debajo de la bata, y se durmió. No llevaba mucho tiempo dormido cuando madame Annette entró en la habitación y le despertó al dar un chillido, o un grito sofocado, de sorpresa.

–Debo de haberme dormido mientras leía -dijo Tom sonriente al incorporarse.

Madame Annette se alejó apresuradamente para prepararle el café.

2

Tom reservó una plaza para Londres en el avión del martes a primera hora del mediodía. Le quedarían escasamente un par de horas para maquillarse y recibir las últimas instrucciones. No habría tiempo suficiente para ponerse

nervioso. Se fue en coche a Melun para sacar del Banco un poco de dinero en efectivo, francos.

Eran las doce menos diez y el Banco cerraba a las doce. Había solamente dos personas delante de él en la cola de la ventanilla de pagos, pero, por desgracia, una mujer estaba cambiando dinero, probablemente para pagar alguna nómina, en aquella ventanilla. Levantaba del suelo saquitos llenos de monedas mientras que con los pies sujetaba los saquitos que aún quedaban allí. Detrás de la rejilla un empleado, con el pulgar humedecido, contaba fajos de billetes con toda la rapidez de que era capaz, anotando las cantidades en dos hojas de papel. Tom se preguntó cuánto tiempo duraría aquello mientras las manecillas del reloj iban acercándose a las doce. Observó divertido cómo se deshacía la cola. Tres hombres y dos mujeres se apretujaban ahora cerca de la rejilla, clavando sus miradas vidriosas, como serpientes hipnotizadas, en toda aquella pasta, como si se tratase de la herencia que les hubiese dejado un pariente tras trabajar toda una vida para ganarla. Tom desistió de su propósito y salió del Banco. Se las arreglaría sin el dinero en efectivo -pensó- y, de hecho, su única intención había sido darlo o venderlo a algunos de sus amigos ingleses que tuviesen planeado un viaje a Francia.

El martes por la mañana, mientras estaba haciendo el equipaje, madame Annette llamó a la puerta de su dormitorio.

–Me voy a Munich -dijo alegremente Tom-. Hay un concierto.

–Ah, Munich! Baviere! Tiene usted que llevarse ropas de abrigo.

Madame Annette ya estaba acostumbrada a sus viajes improvisados.

–¿Cuánto tiempo estará usted ausente, m’sieur Tome?

–Dos días, puede que tres. No se preocupe si llega algún mensaje. Es posible que llame por teléfono para ver si hay algo.

Tom recordó entonces algo que podría resultar útil, un anillo mejicano que tenía guardado -al menos eso creía- en- la cajita de los gemelos. En efecto, ahí estaba, entre gemelos y botones, un grueso anillo de plata diseñado en forma de dos serpientes enroscadas. Tom lo detestaba y se había olvidado de cómo había llegado a su poder, pero, al fin y al cabo, se trataba de algo mejicano. Echó aliento sobre el anillo, lo frotó contra una de las perneras de sus pantalones y se lo echó al bolsillo.

Con el correo de las diez y media llegaron tres cosas: una factura de la Telefónica en un sobre abultado, ya que cada llamada a larga distancia constaba en un recibo aparte; una carta de Heloise; y una carta aérea desde los Estados Unidos, con la dirección escrita con una letra que a Tom le era desconocida. Dio

vuelta al sobre y se llevó una sorpresa al ver que el remitente era un tal Christopher Greenleaf de San Francisco. ¿Quién sería ese Christopher Greenleaf? Abrió la carta de Heloise primero.

«11 de octubre de 19,…

»Chéri:

»Me siento feliz y muy tranquila(la carta estaba escrita en un inglés abominable). Cogemos peces desde la barca. La comida es muy buena. Zeppo manda sus recuerdos. (Zeppo era un griego moreno que la había invitado y a Tom le hubiera gustado decirle lo que podía hacer con sus recuerdos.)

»Voy aprendiendo a montar en bicicleta. Hemos hecho muchas excursiones por el interior, que es muy seco. Zeppo hace fotos. ¿Cómo van las cosas en Belle Ombre? Te echo de menos. ¿Eres feliz? ¿Muchas invitados? (A lo mejor quería decir invitaciones -pensó Tom-.) ¿Estás pintando? No he recibido ni una palabra de papá.»

Besos para Mme. A. y un abrazo para ti.»

El resto estaba en francés. Le pedía que le mandase un bañador rojo que encontraría en la pequeña cómoda que había en el cuarto de baño de ella. Tenía que mandárselo por correo aéreo. El yate tenía una piscina climatizada. Tom subió inmediata m ente al piso de arriba, donde madame Annette todavía no había terminado de arreglarle la habitación, y le confió a ella este encargo. Le dio un billete de cien francos por que creyó que madame Annette posiblemente se escandalizaría del precio de mandado por correo aéreo y podría caer en la tentación de hacerla por correo normal.

Luego bajo y abrió la carta de Greenleaf apresuradamente pues sólo le quedaban unos minutos antes de salir para Orly.

«12 de octubre de 19,…

»Apreciado mister Ripley:

»Soy primo de Dickie y vendré a Europa la semana próxima, probablemente a Londres primero, aunque no acabo de decidirme sobre si ir a París antes. Sea como fuere, me pareció que resultaría agradable que pudiéramos vernos. Mi tío Herbert me dio su dirección Y dice que usted no vive lejos de París. No tengo su número de teléfono, pero puedo buscarlo en el listín.

»Para que sepa algo de mí, le diré que tengo veinte años y estudio en la Universidad de Stanford. Pasé un año en el servicio militar, durante el cual tuve que interrumpir mis estudios. Regresaré a Stanford para obtener el título de ingeniero, pero mientras tanto vaya tomarme un año de vacaciones para ver Europa y descansar. Muchos chicos hacen estoy hoy día. La vida resulta un tanto

agobiante en, todas partes. Me refiero a América, pero puede que usted lleve en Europa tanto tiempo que no sepa a qué me refiero.

»Mi tío me ha contado muchas cosas sobre usted. Me dijo que era muy amigo de Dickie. Conocí a Dickie cuando yo tenía once años y él veintiuno. Me acuerdo de un muchacho alto y rubio. El visitaba a mi familia en California.

»Le ruego que me diga si estará en Villeperce a finales de octubre y principios de noviembre. Espero que nos veamos.»

Atentamente,

Chris Greenleaf»

Se libraría de esto cortésmente -pensó Tom-. No le interesaba estrechar sus relaciones con la familia Greenleaf. Herbert Greenleaf le escribía alguna carta de Pascuas a Ramos, y Tom contestaba siempre con una carta cortés, de compromiso.

–Madame Annette, no deje que se apague la llama del hogar -dijo Tom al partir.

–¿Cómo dice?

Se lo tradujo al francés como mejor supo.

–Au revoir, m'sieur Tome! Bon voyage!

Madame Annette agitaba la mano en señal de despedida desde la puerta de la calle.

Tom cogió el Alfa-Romeo de color rojo, uno de los dos coches que había en el garaje. En Orly dejó el vehículo en el aparcamiento cubierto, diciendo que era por dos o tres días. Luego compró una botella de whisky para regalársela al gang. Llevaba ya una botella grande de Pernod en la maleta (sólo estaba permitida una botella al llegar a Londres) ya que sabía por experiencia que si al pasar por la aduana enseñaba una botella, la que llevaba en la mano, el vista no le pediría que abriese la maleta. En el avión compró cigarrillos Gauloises sin filtro, siempre bien acogidos en Londres.

Lloviznaba al llegar a Inglaterra. El autobús se deslizaba por la izquierda de la carretera, dejando atrás viviendas familiares cuyos nombres siempre divertían a Tom, aunque ahora apenas podía leerlos debido a la escasa luz. «Bide-a-wee», «Milford Haven», «Dun Wandering». Parecía increíble. Los nombres estaban colgados en pequeños letreros. «Inglenook», «Sit-Ye-Doon». ¡Santo cielo! Luego venía un trecho atestado de casas victorianas que habían sido transformadas en hotelitos bautizados con nombres pomposos que podían leerse en las luces de neón colocadas entre las columnas dóricas del porche: «Manchester Arms», «King Alfred», «Cheshire House». Tom sabía que detrás de

la refinada respetabilidad de aquellos estrechos vestíbulos buscaban refugio por una o varias noches algunos de los asesinos más eficaces (y de apariencia no menos respetable) de la actualidad. Inglaterra era Inglaterra, ¡y que Dios la bendiga!

Seguidamente a Tom le llamó la atención un cartel pegado en uno de los faroles de la izquierda de la carretera. DERWATT decía con letras negras y gruesas, en cursiva, ligeramente inclinadas hacia abajo. Era la firma de Derwatt y la ilustración, reproducida en color, parecía de color púrpura oscuro o negro a causa de la poca iluminación y hacía pensar en la tapa levantada de un piano de cola. Una nueva falsificación de Bernard Tufts, sin duda. Había otro cartel igual unos metros más allá. Resultaba extraño sentirse tan «anunciado» por todo Londres y llegar tan inadvertidamente -pensó Tom al bajar del autobús en la West Kensington Terminal sin que nadie le reconociese.

Desde la terminal llamó por teléfono a Jeff Constant, en su estudio. Contestó Ed Banbury.

–Métete en un taxi y ven directamente aquí -dijo Ed, en un tono de voz que indicaba una gran alegría.

El estudio de Jeff estaba en St. John's Wood. Segundo piso -primero para los ingleses- a la izquierda. La casa era pequeña y agradable, ni muy llamativa ni muy miserable.

Ed abrió la puerta de un tirón.

–Dios mío, Tom, ¡qué contento estoy de verte!

Se dieron un vigoroso apretón de manos. Ed era más alto que Tom y tenía el pelo lacio y rubio, con tendencia a cubrirle las orejas, por lo que constantemente se lo echaba a un lado. Tendría unos treinta y cinco años.

–¿Dónde está Jeff? – Preguntó Tom.

Extrajo los Gauloises y el whisky de la bolsa de malla roja, luego la botella de Pernod pasada de matute en la maleta.

–Para la familia -dijo.

–¡Oh, estupendo! Jeff está en la galería. Oye, Tom, ¿lo harás?

Tengo aquí todo lo que hace falta y no nos queda demasiado tiempo.

–Lo intentaré -dijo Tom.

–Bernard está al llegar. Nos ayudará a preparar los detalles. Ed miraba ansiosamente su reloj de pulsera.

Tom se había quitado el gabán y la chaqueta.

–¿Es que Derwatt no puede retrasarse un poco? La inauguración es a las cinco, ¿verdad?

–Oh, claro. No hace falta que llegues hasta las cinco, pero quisiera probar el maquillaje. Jeff dijo que te recordara que no eres mucho más bajo que Derwatt y, además, ¿quién va a acordarse de esos detalles? Suponiendo que alguna vez los mencionase en alguno de mis artículos. Por otro lado, los ojos de Derwatt eran de un gris azulado. Pero los tuyos servirán.

Ed se rió.

–¿Quieres un poco de té?

–No, gracias.

Tom estaba mirando el traje azul oscuro sobre el lecho de Jeff. Parecía demasiado ancho y no estaba planchado. En el suelo, al lado de la cama, había un par de horribles zapatos negros.

–¿Por qué no te tomas una copa? – sugirió Tom a Ed, en vista de que éste estaba tan nervioso como un gato.

Como de costumbre, el nerviosismo del otro hacía que Tom se sintiese tranquilo.

Sonó el timbre de la puerta.

Ed la abrió para que entrase Bernard Tufts.

Tom tendió la mano y dijo:

–¿Cómo estás, Bernard?

–Muy bien, gracias -respondió Bernard con acento triste.

Bernard era delgado y su piel tenía un color aceitunado; su pelo era lacio y negro y sus ojos pardos tenían una expresión amable.

Tom pensó que lo mejor era no intentar hablar con Bernard en seguida y limitarse a poner manos a la obra con diligencia.

Ed llenó una jofaina con agua en el diminuto, aunque moderno, cuarto de baño de Jeff, y Tom se sometió a la operación de teñirse el pelo de un color más oscuro. Bernard empezó a hablar, pero sólo después de que Ed le incitase a ello, primero sin demasiada insistencia pero luego con cierta impertinencia.

–Caminaba ligeramente encogido -dijo Bernard-. Su voz… Era un poco tímido en público. Hablaba con cierta monotonía, supongo. Así. No sé si sabré imitarla -dijo Bernard con voz monótona-. De vez en cuando se reía.

–¿Acaso no lo hacemos todos? – repuso Toro, riendo también nerviosamente.

Tom estaba ahora sentado en una silla recta mientras Ed le peinaba. A su derecha había una bandeja conteniendo algo semejante a las barreduras de una barbería, pero al agitarlas Ed resultaron ser una barba pegada a una gasa color carne.

–¡Santo Dios -murmuró Tom-, espero que haya poca luz!

–Ya nos cuidaremos de eso -dijo Ed.

Mientras Ed trabajaba en el bigote, Tom se quitó los dos anillos, el de boda y el de Dickie Greenleaf, y se los metió en el bolsillo. Le pidió a Bernard que le trajese el otro anillo que guardaba en el bolsillo izquierdo de sus pantalones, y así lo hizo éste. Los delgados dedos del pintor estaban fríos y temblorosos. Tom quería preguntarle cómo estaba Cynthia, pero recordó que ya habían dejado de verse. Habían estado a punto de casarse -recordó Tom-; Ed estaba dando tijeretazos al pelo de Tom, creando una especie de flequillo sobre la frente.

–Y Derwatt… -Bernard se interrumpió al quebrársele la voz.

–¡Oh, cierra el pico, Bernard! – dijo Ed, riéndose histéricamente. Bernard se echó a reír también.

–Lo siento. Lo siento de verdad.

La voz de Bernard parecía arrepentida, sincera.

Ed estaba colocando ahora la barba en su sitio con un poco de cola.

–Quiero que des unas cuantas vueltas por aquí -dijo Ed-. Tienes que acostumbrarte a andar como Derwatt. En la galería… No tendrás que entrar junto con los demás. Ya hemos decidido eso. Hay una puerta trasera y Jeff nos la abrirá. Invitaremos a algunos periodistas a la oficina, ¿sabes?, y allí pondremos sólo una lámpara, en el otro extremo de la habitación. Hemos quitado la lámpara pequeña y la bombilla del techo, así que eso no debe preocuparnos.

Tom sentía el frío contacto de la barba pegajosa en el rostro. Al mirarse en el espejo del lavabo de Jeff pensó que se parecía un poco a D.H. Lawrence. Su boca estaba rodeada de pelo. A Tom no le gustaba esta sensación. Debajo del espejo, en una pequeña estantería, había tres instantáneas de Derwatt apoyadas contra la pared. En una de ellas se veía al pintor en mangas de camisa y leyendo un libro, sentado en una silla extensible; en otra, Derwatt permanecía en pie, mirando a la cámara, junto a un hombre a quien Tom no conocía. Derwatt llevaba gafas en todas las fotos.

–Las gafas -dijo Ed, como si leyese los pensamientos de Tom.

Tom cogió las gafas de montura redonda que Ed le entregaba y se las puso. Eso estaba mejor. Tom sonrió, suavemente para no echar a perder el efecto de la barba, que ya se estaba secando. Las gafas, al parecer, eran de vidrio normal y corriente. Tom volvió a entrar en el estudio andando con el cuerpo inclinado y con una voz que esperaba que se pareciese a la de Derwatt dijo:

–Bueno, ahora contadme lo de ese tal Murchison…

–Más encorvado -dijo Bernard, agitando furiosamente sus manos descarnadas.

–Ese tal Murchison -repitió Tom.

–Murchison, según Jeff, piensa -dijo Bernard- que Derwatt ha dado marcha atrás y emplea una técnica antigua. En su pintura «El Reloj», ¿comprendes? No sé lo que quiere decir exactamente, para serte franco. Bernard agitó la cabeza vivamente, se sacó un pañuelo de algún sitio y se sonó la nariz.

–Precisamente estaba mirando una de las fotografías que hizo Jeff de «El Reloj». No la he visto desde hace tres años, ¿sabes? Me refiero a la obra original.

Bernard hablaba quedamente, como si las paredes le estuviesen espiando. –¿Es un experto ese Murchison? – preguntó Tom, mientras se preguntaba a sí mismo: «¿Qué es un experto?» -No, es simplemente un hombre de negocios americano -dijo Ed-. Es un coleccionista y se le ha metido esa idea en la cabeza. «Era más que eso -pensó Tom-, de lo contrario no estarían todos tan preocupados.»

–¿Debo prepararme para algo en especial?

–No -repuso Ed-, ¿verdad, Bernard?

Bernard casi dio un respingo, luego intentó reír, y por un instante se pareció al Bernard de años atrás, más joven y cándido. Tom se fijó en que Bernard estaba más delgado que la última vez que le había visto, tres o cuatro años antes. –¡Ojalá lo supiese! – dijo Bernard-. Debes limitarte a defender que el cuadro, «El Reloj», es de Derwatt.

–Confía en mí -dijo Tom.

Daba vueltas por la habitación, ensayando la inclinación del cuerpo y adoptando un ritmo más lento que esperaba se pareciese más al modo de andar de Derwatt.

–Pero -prosiguió Bernard- si Murchison quiere continuar haciendo pesquisas, cualesquiera que sean… tú tienes «El Hombre de la Silla», Tom y…

Otra falsificación.

–No hay ninguna necesidad de que vea ésta -dijo Tom-. A mí mismo me gusta mucho.

–«La Bañera»-añadió Bernard-. Está en la exposición.

–¿Estás preocupado por ésa? – preguntó Tom.

–Es la misma técnica -contestó Bernard-. Quizás. – ¿Entonces sabes de qué técnica está hablando Murchison? ¿Por qué no sacas «La Bañera» de la exposición si tanto te preocupa?

–Está anunciada en el programa -aclaró Ed-. Nos temimos que si no la exponíamos, Murchison insistiría en verla, preguntaría quién la ha adquirido y todo eso.

La conversación no llevaba a ninguna parte, ya que Tom no lograba arrancarles una explicación clara de a qué se referían ellos y Murchison, al hablar de la técnica de aquellos cuadros en especial.

–No llegarás a encontrarte personalmente con Murchison, con que deja de preocuparte -dijo Ed a Bernard.

–¿Le conoces tú? – preguntó Tom.

–No, solamente Jeff le conoce. Le vio esta mañana.

–¿Y qué tal es?

–Jeff dijo que aparentaba una cincuentena, un tipo muy americano. Cortés, desde luego, pero tozudo. ¿No llevabas cinturón en esos pantalones?

Tom se apretó el cinturón de sus pantalones. Olfateó la manga de su chaqueta. Olía débilmente a naftalina, lo cual probablemente pasaría desapercibido a causa del humo de los cigarrillos. Y, de todos modos, Derwatt pudo haber usado ropas mejicanas durante los últimos años y haber guardado sus trajes europeos. Tom se miró en un espejo largo que estaba colocado debajo de uno de los focos brillantes que Ed había encendido, y de repente se dobló sobre sí mismo riéndose.

Se volvió y dijo:

–Lo siento. Es que estaba pensando que, a pesar de cuanto gana, Derwatt tiene apego a sus trajes viejos.

–No importa, es una especie de eremita -dijo Ed.

El teléfono sonó. Ed lo cogió y Tom pudo oír cómo tranquilizaba a alguien, Jeff sin duda, diciendo que Tom ya había llegado y estaba listo para partir.

Tom no acababa de sentirse preparado. Se dio cuenta de que el nerviosismo le hacía sudar. Esforzándose por parecer alegre, le dijo a Bernard:

–¿Cómo está Cynthia? ¿La ves alguna vez?

–Ya no la veo, al menos tan a menudo como antes.

Bernard lanzó una mirada hacia Tom, luego volvió a dirigir la vista hacia el suelo.

–¿Qué va a decir ella cuando se entere de que Derwatt ha regresado a Londres por unos días? – preguntó Tom.

–No creo que vaya a decir nada -replicó Bernard apagadamente-. Ella no va a… echar nada a perder, estoy seguro.

Ed terminó su conversación telefónica.

–Cynthia no dirá nada, Tom. Ella es así. Te acuerdas de ella, ¿verdad, Tom?

–Sí, ligeramente -dijo Tom.

–Si a estas alturas no ha dicho nada, ya no lo hará -dijo Ed. La forma en que

lo decía hacía que ello pareciese probable. – No es una mala chica ni una charlatana.

–Es una chica maravillosa -dijo Bernard con expresión de ensueño, sin dirigirse concretamente a nadie. Súbitamente se levantó y salió disparado hacia el cuarto de baño, quizá porque necesitaba ir allí, aunque puede que fuese para vomitar.

–No te apures por Cynthia, Tom -dijo Ed con voz suave-. Vivimos con ella, ¿comprendes? Quiero decir que vivimos en Londres, igual que ella. Se ha portado bien durante los tres últimos años aproximadamente. Bueno, sabes, desde que rompió con Bernardo. O desde que él rompió con ella.

–¿Es feliz? ¿Sale con algún otro hombre?

–Oh, sí, tiene novio, creo.

Bernard volvía del lavabo.

Tom se tomó un whisky escocés. Bernard un Pernod, y Ed no bebía nada. Tenía miedo de hacerlo -dijo- porque se había tomado un sedante. Al dar las cinco, Tom ya había sido informado de diversos detalles: la ciudad de Grecia donde Derwatt había sido visto oficialmente por última vez, hacía ya casi seis años. En caso de que le hiciesen preguntas, Tom debía decir que había salido de Grecia bajo un nombre falso en un petrolero griego con rumbo a Veracruz, trabajando de engrasador y pintor a bordo.

Cogieron el gabán de Bernard, más viejo que el de Tom cualquiera de los que Jeff tenía guardados en el armario. Luego Tom y Ed salieron, dejando a Bernard en el estudio de Jeff, donde todos se reunirían más tarde.

–Caramba, ¡qué alicaído está! – dijo Tom al llegar a la acera, caminaba con el cuerpo inclinado hacia adelante.

–¿Cuánto tiempo le puede durar esto?

–No juzgues por lo de hoy. Ya se le pasará. Siempre está así cuando hay una exposición.

Bernard era el caballo de tiro -supuso Tom-. Ed y Jeff se estaban dando la gran vida con todo aquel dinero que parecía caído del cielo, disfrutando de buena comida, etcétera. Bernard se limitaba a producir los cuadros que les permitían llevar aquel tren de vida.

Tom se echó atrás rápidamente para esquivar un taxi que, inesperadamente, había aparecido por la izquierda de la calle.

–Así está bien. ¡Sigue con ello! – dijo Ed sonriendo.

Llegaron a una parada de taxis y se metieron en uno.

–Y ese gerente… o director de la galería, ¿cómo se llama? – preguntó Tom.

–Leonard Hayward -respondió Ed-. Tiene unos veintiséis años y es tan afeminado como el que más; deberían exhibirlo en una boutique de King's Road. Pero es un buen tipo. Jeff y yo le pusimos al tanto del asunto. Tuvimos que hacerlo. En realidad, así estamos más seguros, porque no nos puede hacer chantaje si ha firmado un contrato por el que se compromete a cuidar del establecimiento, como en efecto hizo. Le pagamos bastante bien y se divierte. Además, nos manda algunos buenos compradores.

Ed miró a Tom y sonrió.

–No te olvides de hablar con acento de clase trabajadora. Por lo que recuerdo lo sabes hacer muy bien.

3

Ed Banbury tocó el timbre de una puerta de color rojo oscuro situada en la parte posterior de un edificio. Tom oyó girar una llave en la cerradura, luego la puerta se abrió y ante ellos estaba Jeff, con una radiante sonrisa.

–¡Tom! ¡Es magnífico! – susurró Jeff.

Bajaron por un pasillo corto y entraron en una agradable oficina donde había un escritorio, una máquina de escribir, libros y una alfombra color crema que iba de una pared a otra. Apoyados en la pared había lienzos y carpetas llenas de dibujos.

–No puedes hacerte idea de lo bien que lo has hecho… ¡Derwatt!

Jeff daba palmadas en el hombro de Tom.

–Espero que no te haga caer la barba.

–Ni un huracán lo haría -dijo Ed, interviniendo en la conversación.

Jeff Constant había engordado, y su rostro estaba encendido, debido, quizás, a una lámpara bronceadora. Los puños de su camisa se adornaban con unos gemelos de oro cuadrados y su traje, de rayas blancas sobre fondo azul, parecía nuevo, flamante. Tom observó que utilizaba un bisoñé, lo que antes llamaban una peluca, para disimular su calvicie que, Tom sabía, debía ser total a esas alturas. A través de la puerta cerrada que daba a la galería se oía un murmullo de voces, muchas voces, entre las cuales la de una mujer destacaba como un delfín que saltase por encima de un mar de olas embravecidas -pensó Tom, aunque en aquel momento no estaba de humor para poesías.

–Las seis -anunció Jeff, ostentando aún más sus gemelos al consultar el reloj-. Ahora, sin llamar demasiado la atención, les diré a unos cuantos de la prensa que Derwatt ha llegado. Como estamos en Inglaterra, no habrá una…

–¡Ja, ja! ¿No habrá qué? – le interrumpió Ed. – No habrá una estampida -dijo Jeff firmemente-. Yo me cuidaré de que así sea. – Tú te sientas aquí detrás. O

quédate de pie, como gustes -dijo Ed, indicando el escritorio que estaba en diagonal, con una silla detrás.

–¿Está aquí el tal Murchison? – preguntó Tom imitando la voz de Derwatt.

La invariable sonrisa de Jeff se hizo aún más amplia, aunque un poco forzada. – Oh, claro. Deberías verle, por supuesto. Pero antes la prensa. Jeff estaba nervioso, con ansias de acabar de una vez, y aunque parecía que deseaba añadir algo más, salió del despacho. La llave giró en la cerradura.

–¿Hay agua en alguna parte? – preguntó Tom.

Ed le mostró un pequeño lavabo que quedaba oculto por una parte de la librería que podía hacerse girar. Tom bebió rápidamente y en el instante en que salía del lavabo dos caballeros de la prensa hacían su entrada en compañía de Jeff, con la sorpresa y la curiosidad pintadas en el rostro. Uno de ellos tendría alrededor de los cincuenta años, el otro unos veinte, pero su expresión era muy parecida.

–Me permito presentarte a mister Gardiner del Telegraph -dijo Jeff- y mister…

–Perkins -indicó el más joven- del Sunday…

–Aquí Derwatt -añadió Jeff.

Sonó un golpe en la puerta antes de que pudieran intercambiarse las fórmulas de ritual. Tom caminaba con el cuerpo encorvado, casi como un reumático, hacia el escritorio. La única lámpara de la habitación estaba cerca de la puerta de la galería, a unos buenos tres metros de donde estaba él. Pero Tom se había percatado de que Perkins llevaba una cámara con flash.

Otros cuatro hombres y una mujer entraron en el despacho. En semejantes circunstancias, Tom temía a los ojos de una mujer más que a cualquier otra cosa. Se la presentaron como una tal miss Eleanor No Sé Qué, del Manchester Tal o Cual.

Entonces empezaron a volar las preguntas, aunque Jeff había sugerido que cada periodista hiciese la suya por turno. La propuesta resultó inútil, pues todos los periodistas estaban ansiosos por recibir respuesta a su propia pregunta.

–¿Tiene usted intención de vivir en Méjico indefinidamente, mister Derwatt?

–Mister Derwatt, estamos tan sorprendidos de verle aquí. ¿Qué fue lo que le decidió venir a Londres?

–No me llamen mister Derwatt -dijo Tom con brusquedad-, basta con Derwatt.

–¿Le gusta el último grupo de lienzos que ha pintado? ¿Cree que son sus mejores cuadros?

–Derwatt… ¿vive usted solo en Méjico? – preguntó Eleanor No Sé Qué?

–Sí.

–¿Nos podría decir el nombre del pueblo donde vive? Entraron tres hombres más y Tom se dio cuenta de que Jeff instaba a uno de ellos a que esperase fuera.

–Una cosa que no pienso decirles es el nombre del pueblo -dijo Tom, hablando lentamente-. Sería injusto para quienes viven allí.

–Derwatt, ejem…

–Derwatt, ciertos críticos han dicho que…

Alguien estaba aporreando la puerta con los puños.

Jeff contestó golpeándola también y chilló:

–Nadie más de momento, ¡por favor!

–Ciertos críticos han dicho…

La puerta hacía ahora un ruido como si fuese a resquebrajarse y Jeff se apoyaba con el hombro contra ella. La puerta no cedía -observó Tom- y apartó de ella su tranquila mirada, dirigiéndola hacia quien le estaba interrogando.

–… han dicho que su obra se parece a una época de Picasso relacionada con su época cubista, cuando empezó a partir los rostros y las formas.

–Yo no tengo épocas -dijo Tom-. Picasso tiene épocas. Por eso nadie puede ponerle el dedo en la llaga… si es que hay alguien que desee hacerla. Es imposible decir «me gusta Picasso», porque ninguna época nos viene a la memoria. Picasso juega. Eso está muy bien. Pero, al hacerla destruye lo que podría ser una… una personalidad auténtica e integrada. ¿En qué consiste la personalidad de Picasso?

Los periodistas emborronaban cuartillas diligentemente. ¿Cuál de las pinturas de esta exposición es la que usted prefiere? ¿Cuál es la que le gusta más? – No tengo ninguna… No, no puedo decir que tenga un cuadro favorito en esta exposición. Gracias.

«¿Fumaba Derwatt? – se preguntó Tom mentalmente-. ¡Qué diablos!»

Alargó la mano hacia el paquete de Craven A, de Jeff, y encendió uno con el encendedor de mesa sin dar tiempo a que dos de los periodistas pudiesen encenderle el pitillo. Tom se echó hacia atrás para protegerse la barba de la lumbre que le ofrecían.

–Puede que tenga preferencia por los más antiguos, «Las Sillas Rojas», «La mujer que cae», quizá. Pero, ¡ay! ya están vendidos.

El segundo título lo había recordado de repente. Existía en realidad.

–¿Dónde está? No lo conozco, pero recuerdo el título -dijo alguien.

Tímidamente, con gesto propio de un solitario, Tom mantenía los ojos en el

secante forrado de cuero sobre la mesa de Jeff.

–No me acuerdo. «La mujer que cae». Se lo vendí a un americano, me parece.

Los periodistas volvieron a la carga:

–¿Está usted contento de las ventas, Derwatt?

(¿Quién no lo estaría?)

–¿Le inspira a usted Méjico? Me he fijado en que ninguna de las telas expuestas parece pintada en Méjico.

(Un ligero tropiezo, pero Tom lo superó. Siempre había pintado lo que la imaginación le dictaba.)

–¿Puede al menos describirnos su casa de Méjico, Derwatt? – preguntó Eleanor.

(Esto lo podía hacer. Una casa de una sola planta con cuatro habitaciones. Un platanero delante de la casa. Una muchacha venía cada mañana a hacer la limpieza a las diez, y por la tarde le hacía algunas compras, trayéndole tortillas recién sacadas del horno que él comía acompañadas de fríjoles para almorzar. Sí, la carne era escasa, pero la había de cabra. ¿El nombre de la muchacha?: Juana.)

–¿Le llaman Derwatt en el pueblo?

–Solían hacerla, y lo pronunciaban de un modo muy peculiar, se lo puedo asegurar. Ahora me llaman Filipo. No hace falta que utilicen ningún otro nombre; basta con don Filipo.

–¿Así que no tienen idea de que es usted Derwatt?

Tom volvió a reírse un poco.

–No creo que les interesen mucho el Times, Arts Review, o cosas por el estilo.

–¿Ha echado de menos Londres? ¿Qué impresión le ha causado?

–¿Fue simplemente un capricho lo que le impulsó a regresar ahora? – preguntó el joven Perkins.

–Sí. Un simple capricho.

Tom sonrió con el gesto gastado y filosófico del hombre que durante años ha estado solo, dedicado a la contemplación de las montañas mejicanas.

–¿Viene alguna vez a Europa, de incógnito? Sabemos que le gusta la soledad…

–Derwatt, le agradecería infinitamente que mañana pudiera dedicarme diez minutos. Me permito preguntarle dónde se…

–Lo siento, aún no he decidido dónde me hospedaré -dijo Tom.

Amablemente, Jeff instaba a los periodistas para que se fuesen, y las cámaras

empezaron a relampaguear. Tom miraba hacia el suelo, luego, a petición, hacia arriba para que le tomasen una o dos fotografías. Jeff franqueó la entrada a un camarero de chaqueta blanca que portaba una bandeja con bebidas. La bandeja se vació en un santiamén.

Tom alzó una mano en señal de tímida y afable despedida.

–Gracias a todos.

–No más preguntas, por favor -dijo Jeff desde la puerta.

–Pero si yo…

–Ah, aquí está usted, mister Murchison. Pase, por favor -dijo Jeff.

Se giró hacia Tom.

–Derwatt, éste es mister Murchison, de América.

Mister Murchison era robusto y de rostro agradable.

–Mucho gusto, mister Derwatt -dijo sonriente-. Qué suerte tan inesperada encontrarle en Londres.

Se dieron la mano.

–Mucho gusto -dijo Tom.

–Y éste es Edmund Banbury -añadió Jeff-, mister Murchison.

Ed y Murchison se saludaron.

–Tengo uno de sus cuadros, «El Reloj». A decir verdad, lo he traído conmigo.

La sonrisa de mister Murchison era ahora muy amplia, y miraba fijamente, con fascinación y respeto, a Tom, quien esperaba que la causa de ello fuese la sorpresa de haberle conocido personalmente.

–Oh, sí -dijo Tom.

Jeff cerró nuevamente la puerta sin hacer ruido.

–¿No quiere usted sentarse, mister Murchison?

–Sí; gracias.

Murchison se sentó en una silla recta. Jeff empezó a recoger vasos vacíos de los bordes de los anaqueles y del escritorio, sin decir palabra.

–Bueno, para ir al grano, mister Derwatt, me… me interesa cierto cambio de técnica que he observado en «El Reloj». Sabe, por supuesto, a qué cuadro me refiero, ¿verdad? – preguntó Murchison.

«¿Era ésa una pregunta casual o intencionada?» -se preguntó Tom.

–Claro -respondió.

–¿Me lo puede describir?

Tom seguía de pie y notó un escalofrío por todo el cuerpo. Sonrió.

–Nunca puedo describir mis pinturas. No me sorprendería nada que en ésa no

hubiese ningún reloj. ¿Sabía usted, mister Murchison, que no siempre soy yo quien titula mis cuadros? No acabo de comprender, por ejemplo, a quién pudo ocurrírsele llamar a ese cuadro «Mediodía de Domingo».

(Tom había dado un vistazo al programa de la galería con los veintiocho Derwatts que se exponían, programa que Jeff o alguien más había tenido la previsión de dejar abierto sobre el escritorio, apoyado en el secante.)

–¿Hay que agradecértelo a ti, Jeff?

Jeff se rió.

–No, me parece que fue Ed. ¿Quiere usted tomar algo, mister Murchison? Le traeré una copa del bar.

–No, gracias, así estoy bien.

Entonces Murchison se dirigió a Tom.

–Se trata de un reloj de color azulado sostenido por… ¿Se acuerda usted?

Sonreía como si estuviese preguntando un acertijo inocente.

–Me parece que por una niña pequeña, vuelta hacia el espectador, ¿no?

–¡Hum…! Así es -dijo Murchison-. Aunque, claro, usted nunca pinta niños, ¿verdad?

Tom se rió entre dientes, aliviado al ver que había dado en el clavo.

–Supongo que es porque prefiero las niñas.

Murchison encendió un chester. Tenía los ojos castaños, el pelo ondulado, castaño claro, y una mandíbula poderosa cubierta con un mínimo de carne superflua, igual que el resto de su persona.

–Me gustaría que viese mi cuadro. Tengo un motivo para ello. ¿Me excusa un minuto? Lo he dejado con los abrigos. Jeff le abrió la puerta para que saliese y luego la volvió a cerrar con llave. Jeff y Tom se miraron. Ed estaba de pie, apoyado en una pared llena de libros, sin decir nada. Tom dijo con un susurro: -Realmente, muchachos, si la maldita tela ha estado en el guardarropa durante todo este rato, ¿no podía uno de vosotros escamotearla y quemarla?

–¡Ja, ja! – rió Ed, nerviosamente. La gordezuela sonrisa de Jeff había dado paso ahora a un rictus nervioso, aunque conservaba su aplomo, como si Murchison siguiese en la habitación. – Bueno, dejémosle acabar -dijo Tom empleando el tono lento y tranquilo de Derwatt. Intentó abrocharse los gemelos, pero no se abrochaban. Murchison regresó con un cuadro envuelto en papel marrón bajo el brazo. Era un Derwatt de formato mediano, quizá sesenta por noventa centímetros. – Me costó diez mil dólares -dijo sonriendo-. Puede que les parezca un descuido haberlo dejado en el guardarropa, pero me inclino a confiar en la gente. Estaba deshaciendo el envoltorio ayudándose con un cortaplumas.

–¿Conoce usted este cuadro? – preguntó a Tom. Tom sonrió al verlo.

–Por supuesto que sí.

–¿Se acuerda de haberlo pintado usted?

–Es una de mis obras -repuso Tom.

–Son los púrpuras lo que me interesa en él. El color púrpura. Esto es un puro violeta cobalto, como puede ver, probablemente mejor que yo.

Mister Murchison sonrió un instante, como pidiendo disculpas.

–El cuadro tiene como mínimo tres años, pues hace tres años que lo compré. Pero, si no me equivoco, hace ya cinco o seis años que dejó usted de utilizar el violeta cobalto a favor de una mezcla de rojo cadmio y ultramar. No me acuerdo exactamente de la fecha.

Tom permanecía en silencio. En la obra que poseía Murchison el reloj era negro y púrpura. Las pinceladas y el color se asemejaban a los del «Hombre de la Silla» (pintado por Bernard) que tenía en casa. Tom no acababa de ver qué pretendía Murchison con el cuento del color púrpura. Una niña pequeña ataviada con un vestido rosa y verde manzana sostenía el reloj, mejor dicho apoyaba su mano en él, ya que el reloj era grande y estaba colocado sobre una mesa.

–A decir verdad, lo he olvidado -dijo Tom-. Puede que en éste usase un violeta cobalto puro.

–Y también en el lienzo titulado «La Bañera», que está ahí fuera -dijo Murchison, indicando la galería con un gesto de cabeza-. Pero en ninguno de los demás. Me parece curioso. Un pintor no suele volver a utilizar un color que ya ha desechado. La combinación de rojo cadmio y ultramar resulta mucho más interesante, a mi juicio. La que emplea ahora.

Tom estaba tranquilo. «¿Debería estar más preocupado?» -se preguntó-. Se encogió de hombros ligeramente. Jeff se había ido al pequeño lavabo y estaba ajetreado con vasos y ceniceros.

–¿Cuántos años hace que pintó «El Reloj»? – preguntó Murchison.

–Eso me temo que no se lo puedo decir -dijo Tom con acento de franqueza. Había visto por dónde iba Murchison, al menos cuando hablaba de fechas, y añadió-: Puede que cuatro o cinco años. Es un cuadro antiguo.

–No me lo vendieron como tal. ¿Y «La Bañera»? Ese es reciente, del año pasado, y tiene el mismo violeta cobalto puro.

El cobalto para las sombras, cabía decir, no predominaba en «El Reloj». Murchison tenía una vista de águila. Tom pensó en «Las Sillas Rojas», el Derwatt antiguo y original, tenía el mismo cobalto puro, y se preguntó si su fecha estaba indicada. Si pudiese decir que «Las Sillas Rojas» databa de tres

años solamente, y lograse demostrado de algún modo, Murchison podía simplemente irse al infierno. «Lo comprobaré con Jeff y con Ed más tarde» -pensó.

–¿Así que recuerda claramente haber pintado «El Reloj»? – interrogó Murchison.

–Sé que es uno de mis cuadros -dijo Tom-. Es posible que estuviese en Grecia, o incluso en Irlanda, cuando lo pinté, porque no me acuerdo de las fechas, y las que puedan constar en la galería no son siempre las de los días en que pinto mis cuadros.

–No creo que «El Reloj» sea obra suya -dijo Murchison con su bonachona convicción americana.

–¡Cielo santo! ¿Y por qué no?

El tono afable de Tom no tenía nada que envidiar al de Murchison.

–Es posible que me haya hecho un lío, ya lo sé. Pero he visto parte de su obra anterior en un museo de Filadelfia. Si me permite decirlo, mister Derwatt, usted es…

–Llámeme simplemente Derwatt. Lo prefiero.

–Derwatt. Es usted tan prolífico. Me parece natural que se olvide… Quizá sea mejor decir que no recuerde un cuadro. Demos por sentado que «El Reloj»se ajusta a su estilo y que el tema es típico de su…

Jeff, al igual que Ed, escuchaba atentamente y, aprovechando esta pausa, dijo:

–Pero, al fin y al cabo este cuadro vino de Méjico junto con unos cuantos más de Derwatt. Siempre nos manda dos o tres de una vez.

–Sí. «El Reloj» está fechado al dorso. Es de hace tres años y la fecha está escrita con la misma pintura negra de la firma de Derwatt -dijo Murchison, pasando el cuadro a los demás para que todos pudiesen verlo.

–Hice analizar la firma y la fecha en los Estados Unidos. Para que vean lo meticuloso que he sido en mis pesquisas -indicó Murchison con una sonrisa.

–No alcanzo a comprender en qué consiste el problema -señaló Tom-. Lo pinté en Méjico, si la fecha es de hace tres años y está escrita por mí mismo.

Murchison miró a Jeff.

–Mister Constant, usted afirma haber recibido «El Reloj» junto con otros dos cuadros, quizás, en un mismo envío.

–Sí. Ahora que me acuerdo… creo que los otros dos están ahora aquí, cedidos por sus propietarios de Londres. «El Granero anaranjado» y… ¿te acuerdas del otro, Ed?

–Me parece que se trata del «Pájaro espectro», probablemente. ¿No es así?

Por la señal de asentimiento de la cabeza de Jeff, Tom comprendió que así era, de lo contrario, Jeff sabía fingir muy bien.

–En efecto -dijo Jeff.

–La técnica no es la de éste. En ellos hay púrpura, pero hecha con una mezcla de colores. Los dos cuadros de que están hablando son auténticos, al menos obras auténticas de una época posterior.

Murchison se equivocaba ligeramente, pues eran falsos también.

Tom se rascó la barba, aunque con mucha suavidad. Su aire era tranquilo, un poco divertido.

Murchison miraba alternativamente a Jeff y a Tom.

–Puede que me tome por un engreído, pero si me permite, Derwatt, me temo que ha sido objeto de una falsificación. Me arriesgaré aún más, apuesto mi vida a que «El Reloj» no es suyo.

–Pero mister Murchison -dijo Jeff-, eso es sencillamente cuestión de…

–¿De enseñarme el recibo por un cierto número de cuadros de un año determinado? ¿Cuadros mandados desde Méjico que posiblemente ni siquiera llevasen título? ¿Y qué pasa si Derwatt no los titula?

–La Buckmaster Gallery es el único marchante autorizado a encargarse de la obra de Derwatt. Y usted nos compró ese cuadro a nosotros.

–Lo tengo presente -dijo Murchison-. Y no les estoy acusando a ustedes… ni a Derwatt. Lo único que les digo es que me parece que éste no es un Derwatt de verdad. No puedo decirles qué sucedió en realidad.

Murchison les iba mirando a todos por turno, un poco embarazado por su arranque, pero animado todavía por su convicción.

–Mi teoría estriba en que ningún pintor vuelve a emplear un color o una combinación de colores que solía usar una vez los ha cambiado por otro tan sutil y, sin embargo, tan importante como el color de lavándula resulta en las pinturas de Derwatt. ¿Está usted de acuerdo, Derwatt?

Tom suspiró y se tocó el bigote con el dedo índice.

–No sé qué decirle. No tengo tanto de teórico como usted, al parecer.

Una pausa.

–Muy bien, mister Murchison, ¿qué desea usted que hagamos con «El Reloj»? ¿Reembolsarle su dinero? – inquirió Jeff-. Nos complacería hacerlo porque Derwatt acaba de verificarlo y, francamente, el cuadro vale mucho más de diez mil dólares ahora.

Tom tenía la esperanza de que Murchison aceptase, pero éste no era de los

que actúan así. Murchison se tomó su tiempo, hundió las manos en los bolsillos de los pantalones, y miró a Jeff.

–Gracias, pero me interesa más mi teoría, mi opinión, que el dinero. Y ya que estoy en Londres, ciudad donde hay peritos en pintura tan buenos como en cualquier otro sitio, quizá los mejores, tengo intención de hacer examinar «El Reloj» por uno de ellos y cotejarlo con… ciertos Derwatts de indiscutible autenticidad.

–Muy bien -dijo Tom amablemente.

–Muchísimas gracias por recibirme, Derwatt. Ha sido un placer conocerle.

Murchison le tendía la mano. Tom la estrechó con firmeza.

–El placer ha sido mío, mister Murchison.

Ed ayudó a Murchison a envolver su cuadro y trajo más cordel, ya que el de Murchison ya no servía para atarlo.

–¿Puedo ponerme en contacto con usted a través de la galería? – dijo Murchison a Tom-. ¿Digamos mañana?

–Oh, sí -replicó Tom-. Ellos sabrán dónde encontrarme.

Tan pronto como Murchison hubo abandonado la habitación, Jeff Y Ed lanzaron fuertes suspiros de alivio.

–Bien… ¿Es mucha la gravedad del asunto? – preguntó Tom. Jeff entendía más de pintura. Habló primero, con dificultad: -La cosa será grave si mete a un perito en el asunto, me imagino. Y lo hará. Puede que tenga algo a que agarrarse con eso de los púrpuras. Digamos una pista que empeore las cosas.

Tom dijo:

–¿Por qué no volvemos a tu estudio, Jeff? ¿Puedes volver a sacarme por la puerta de atrás, sin que nadie me vea… como una Cenicienta?

–Sí, pero quiero hablar con Leonard -Jeff hizo una mueca-. Me lo llevaré a rastras para que te conozca.

Salió.

El murmullo en la galería había disminuido en intensidad. Tom miró a Ed, cuyo rostro estaba algo pálido. «Yo puedo desaparecer, pero tú no» -pensó Tom-. Enderezó los hombros e hizo una V con dos dedos alzados, en señal de victoria.

–Levanta esa cara, Banbury. Nos las arreglaremos para salir de ésta.

–O quizá sean ellos quienes nos hagan esto a nosotros -replicó Ed, con un gesto más vulgar.

Jeff regresó con Leonard, un joven pulcro y de escasa estatura vestido con un traje de la época eduardiana, lleno de botones y guarniciones de terciopelo. Leonard lanzó una risotada al ver el aspecto de Derwatt, pero Jeff le hizo signos

de que se callase.

–Es maravilloso, ¡maravilloso! – exclamó Leonard, examinando a Tom de pies a cabeza con admiración sincera-. He visto tantísimas fotos, ¿sabe? Pero no había visto algo tan bien hecho desde que me disfracé de Toulouse-Lautrec con los pies atados a la espalda. Eso fue el año pasado. ¿Quién es usted en realidad?

–Eso -dijo Jeff- no lo sabrá usted. Baste con decir que…

–Baste con decir -apuntó Ed- que Derwatt acaba de celebrar una brillante entrevista con la prensa.

–Y mañana desaparecerá. Porque regresará a Méjico -dijo Jeff, cuchicheando-. Ahora regresa a tus obligaciones, Leonard.

–Ciao -dijo Tom, alzando la mano.

–Hommage -contestó Leonard con una reverencia.

Retrocedió hacia la puerta y. añadió:

–Ha desaparecido casi toda la pandilla. Igual que la bebida. Salió deslizándose.

Tom no estaba tan alegre. Ansiaba librarse de su disfraz. La situación constituía un problema aún irresuelto.

De vuelta en el estudio de Jeff se encontraron con que Bernard Tufts se había marchado. Ed y Jeff parecían sorprendidos. Y Tom se sentía un poco intranquilo, porque Bernard debería estar al corriente de los acontecimientos.

–¡Sabes dónde encontrarle, desde luego! – dijo Tom.

–Oh, claro -respondió Ed.

Se estaba preparando un poco de té en la cocina de Jeff.

–Bernard está siempre chez lui. Tiene teléfono.

Por la mente de Tom cruzó la sospecha de que quizá ni el teléfono resultase ya seguro.

–Mister Murchison querrá verte otra vez probablemente -dijo Jeff-. Con el experto. Conque tienes que esfumarte. Partirás para Méjico mañana… oficialmente. Puede que esta misma noche.

Jeff sorbía un Pernod. Parecía más confiado, quizá debido a que la entrevista con la prensa, incluso con el mismo Murchison, había resultado razonablemente bien.

–Méjico, ¡tus narices! – dijo Ed, entrando con su taza de té.

–Derwatt estará en algún lugar de Inglaterra, hospedándose con unos amigos, y ni siquiera nosotros sabremos dónde. Dejemos pasar unos días. Y entonces sí que se marchará a Méjico. ¿Cómo? ¿Quién sabe?

Tom se quitó la holgada americana.

–¿Tenemos una fecha para «Las Sillas Rojas»?

–Sí -replicó Jeff-. Es de hace seis años.

–¿Y la fecha estará impresa en muchos documentos, supongo? – preguntó Tom-. Estaba pensando en hacerla más reciente… para librarnos de esa lata del púrpura.

Ed y Jeff se miraron, y Ed dijo rápidamente:

–No. Lo dice en demasiados catálogos.

–Hay una salida. Que Bernard haga varios cuadros -al menos dos- con el violeta cobalto puro. Una especie de demostración de que emplea ambos tipos de púrpura.

Pero Tom iba sintiéndose desanimado mientras hablaba, y sabía por qué. Tenía la impresión de que probablemente fuese Bernard quien les fallase. Apartó la mirada de Jeff y Ed. Ambos estaban indecisos. Intentó levantarse, erguido, sintiéndose seguro de su disfraz de Derwatt.

–¿Os conté alguna vez lo de mi luna de miel? – preguntó Tom con la voz monótona de Derwatt.

–No, ¡cuéntanoslo! – pidió Jeff, dispuesto a reírse y, de hecho, sonriente ya. Tom adoptó de nuevo el gesto encogido de Derwatt.

–El ambiente, en España, era terriblemente pacato. Habíamos tomado una suite en el hotel, sabéis, y allí estaba yo con Heloise, y abajo, en el patio, un loro cantaba Carmen, pésimamente. Y cada vez que nosotros… Pues, ahí estaba:

–¡Ay-ay-ay-ay-aaaaaay! ¡Ay-ay-ay-ay-aaaaaay!

La gente se asomaba a las ventanas y chillaba en español:

–¡Qué se calle ese cochino loro! ¿Quién le enseñó a ése… a cantar Carmen? ¡Matadlo! ¡Que lo aspen!

–Resulta imposible hacer el amor mientras uno se está riendo. ¿Lo habéis intentado alguna vez? Bueno… dicen que es la risa lo que distingue a los seres humanos de los animales. Y… lo otro ciertamente no. Ed, ¿puedes ayudarme a salir de esta maraña?

Ed se reía y Jeff se estaba revolcando en el sofá, aliviados (aunque Tom sabía que sólo por unos instantes) después de la tensión por la que acababan de pasar.

–Ven al lavabo.

Ed abrió el grifo del agua caliente.

Tom se puso sus propios pantalones y camisa. Si de algún modo podía atraer a Murchison a su casa antes de que éste hablase con un perito como era su intención, quizá pudiera hacerse algo -aunque Tom no sabía qué- para remediar la situación.

–¿Dónde está hospedado Murchison en Londres?

–En algún hotel -repuso Jeff-. No nos dijo en cual.

–¿Puedes llamar a unos cuantos y ver si por casualidad se encuentra allí?

Antes de que Jeff llegase al teléfono, el aparato sonó. Tom oyó que Jeff le decía a alguien que Derwatt había tomado un tren para el norte. Y que él, Jeff no sabía a dónde había ido.

–Tiene mucho de solitario -decía Jeff-. Otro caballero de la prensa -dijo Jeff al colgar- que quería una entrevista personal.

Abrió el listín de teléfonos.

–Primero probaré en el Dorchester. Me parece un tipo de los que se alojan en el Dorchester.

–O en el Westbury -apuntó Ed.

Hizo falta mucha agua, y mucho cuidado al aplicarla, para despegar la gasa con la barba. Luego le tocó el turno a un buen lavado de cabeza para librarse del tinte. Finalmente, Tom oyó que Jeff decía con tono alegre:

–No, gracias. Llamaré más tarde.

Luego Jeff dijo:

–Está en el Mandeville. Eso cae cerca de Wigmore Street.

Tom se puso la camisa rosa comprada en Venecia. Luego se acercó al teléfono y reservó una habitación en el Mandeville con el nombre de Thomas Ripley. Llegaría sobre las ocho de la tarde -dijo.

–¿Qué vas a hacer? – preguntó Ed. Tom sonrió un poco.

–Todavía no lo sé -dijo. Y era cierto.

4

El Hotel Mandeville era un lugar con ciertas ínfulas de grandeza, si bien no era ni mucho menos tan caro como el Dorchester. Tom llegó a las ocho y cuarto y se inscribió, indicando su dirección en Villeperce-sur-Seine. Le había cruzado por la imaginación dar un nombre falso y una dirección cualquiera en la campiña inglesa, pues cabía la posibilidad de que tuviera muchas dificultades con mister Murchison y se viera obligado a desaparecer rápidamente. Pero cabía también la posibilidad de invitar a Murchison a Francia, y, en tal caso, probablemente necesitaría su nombre verdadero.

Tom indicó a un botones que le subiese la maleta a la habitación y luego se asomó al bar, esperando que mister Murchison estuviese allí. Mister Murchison no estaba en el bar, pero Tom decidió esperarle durante un rato mientras se tomaba una cerveza Zager.

Diez minutos de espera con su cerveza y un ejemplar del Evening Standard

no hicieron que mister Murchison se materializase. El barrio estaba lleno de restaurantes -sabía Tom-, pero le resultaría difícil acercarse a la mesa de Murchison y entablar conocimiento con él con la excusa de haberle visto aquel mismo día en la exposición Derwatt. ¿O acaso sí podía hacerla, diciendo que también había observado que Murchison entraba en la habitación de atrás para conocer a Derwatt? Sí. Tom estaba a punto de aventurarse a explorar los restaurantes del lugar cuando vio que Murchison entraba en el bar, haciendo gestos a alguien para que le siguiese.

Sorprendido, horrorizado incluso, vio que la otra persona era Bernard Tufts. Tom se escabulló rápidamente por la puerta del otro lado del bar, que daba a la acera. Bernard no le había visto, de esto estaba casi seguro. Miró en torno buscando una cabina telefónica u otro hotel desde donde pudiese llamar por teléfono y, al no encontrar ninguno, regresó al Mandeville por la puerta principal y pidió la llave de su habitación, la cuatrocientos once.

Ya en su habitación, Tom llamó por teléfono al estudio de Jeff. El timbre sonó tres, cuatro, cinco veces y entonces, para alivio de Tom, Jeff contestó.

–¡Hola, Tom! Justamente me iba con Ed cuando oí el teléfono desde la escalera. ¿Qué pasa?

–¿Sabes por casualidad dónde está Bernard en estos momentos?

–Oh, esta noche le dejaremos en paz. Está trastornado.

–Lo que está haciendo es tomarse una copa con Murchison en el bar del Mandeville.

–¿Qué…?

–Te: estoy llamando desde mi habitación. Ahora, hagas lo que hagas, Jeff… ¿me escuchas?

–Sí, sí.

–No le digas a Bernard que le he visto. No le digas que estoy en el Mandeville. Y no te pongas nervioso por nada. Es decir, siempre y cuando Bernard no esté descubriendo el pastel en este preciso momento, no sé.

–Oh, Dios mío -gimió Jeff-. No, no. Bernard no daría el chivatazo. No creo que lo hiciese.

–¿Estarás en casa más tarde?

–Sí, sobre las… Bueno, antes de medianoche, sea como sea.

–Intentaré llamarte. Pero no te inquietes si no lo hago. No trates de llamarme tú porque, bueno, porque es posible que esté con alguien en mi habitación -dijo Tom riéndose súbitamente.

Jeff se rió, pero sin demasiadas ganas.

–De acuerdo, Tom.

Tom colgó.

Decididamente, quería ver a Murchison esta noche. ¿Estarían cenando Murchison y Bernard? Sería una lata tener que esperar fuera. Tom colgó uno de sus trajes y metió de cualquier modo un par de camisas en un cajón. Se salpicó el rostro con un poco más de agua y se miró al espejo para asegurarse de que no quedaban restos de cola.

Presa de desasosiego, salió de la habitación, con el gabán al brazo. Daría un paseo, quizás hasta el Soho, y buscaría un lugar donde cenar. Al llegar al vestíbulo echó una mirada a través de la puerta cristalera del bar.

Estaba de suerte. Murchison estaba solo, firmando la cuenta, y la puerta de la calle se estaba cerrando en aquel preciso instante, acaso porque Bernard acababa de salir. Pese a todo, Tom dio un vistazo al vestíbulo no fuese que Bernard saliera del lavabo y le pillase espiando. No vio a Bernard. Tom esperó que Murchison se levantase para entrar en el bar. Tom parecía deprimido y pensativo y, de hecho, así se sentía. Miró un par de veces a, Murchison, cuyos ojos se cruzaron con los suyos una vez como si Murchison le resultase conocido de algún lugar.

Luego Tom se acercó a él.

–Perdone, pero me parece que le he visto esta tarde en la exposición Derwatt.

Tom hablaba con acento americano, de los estados centrales, marcando mucho la «r» de Derwatt.

–¡Caramba! Pues sí, estaba allí -dijo Murchison.

–Me pareció que era usted americano, como yo. ¿Le gusta a usted Derwatt? Tom se comportaba con tanta ingenuidad y franqueza como era posible hacerla sin parecer estúpido.

–Sí, ciertamente me gusta.

–Poseo un par de sus lienzos -dijo Tom con orgullo-. Puede que compre alguno de los de la exposición, si no los ha vendido ya. No estoy decidido del todo. «La Bañera».

–¿Ah, sí? También yo tengo uno -afirmó Murchison con igual candor.

–¿De veras? ¿Cómo se titula?

–¿Por qué no se sienta?

Murchison estaba de pie, pero señalaba la silla delante de él.

–¿Le apetece una copa?

–Gracias, no me vendría mal.

Murchison se sentó.

–Mi cuadro se titula «El Reloj».

–Me parece estupendo haber dado con alguien que posee un Derwatt también, ¡O quizás un par!

Se acercó un camarero.

–Whisky escocés para mí, por favor. ¿Y usted? – preguntó a Tom.

–Un gin tonic -dijo Tom, y añadió-: Estoy alojado aquí en el Mandeville, así que la bebida corre de mi cuenta.

–Ya hablaremos de eso más tarde. Dígame qué cuadros son los que tiene.

–«Las Sillas Rojas» -repuso Tom-, y…

–¿En serio? ¡Vaya joya! «Las Sillas Rojas». ¿Vive usted en Londres?

–No, en Francia.

–¡Oh! – En su voz había desencanto- ¿Y el otro cuadro cuál es?

–«El Hombre de la Silla».

–No conozco ése -dijo Murchison.

Durante unos pocos minutos hablaron de la extraña personalidad de Derwatt, y Tom dijo haber visto a Murchison entrar en la habitación posterior de la galería donde, según tenía oído, se encontraba Derwatt.

–Sólo dejaban entrar a la prensa, pero derribé la valla -le dijo Murchison-. Verá usted, tengo un motivo algo especial para estar aquí justamente ahora, y cuando me enteré de que Derwatt iba a estar presente en la galería esta tarde, bueno, no podía permitir que se me escapase la ocasión.

–¿Ah, sí? ¿Y cuál es su motivo? – preguntó Tom.

Murchison se explicó. Habló de sus motivos para creer que alguien estaba falsificando Derwatts, y Tom le escuchaba atentamente, absorto. El asunto consistía en que Derwatt solía utilizar una mezcla de rojo cadmio y ultramar durante los últimos cinco años, aproximadamente (es decir -pensó Tom- desde antes de su muerte. Así que era el mismo Derwatt, y no Tufts, quien había empezado), y ahora, en «La Bañera»y «El Reloj», había vuelto a emplear su anterior violeta cobalto puro. El mismo Murchison, según dijo a Tom, pintaba; era su hobby.

–No soy ningún experto, créame, pero he leído casi todos los libros sobre pintores y pintura que existen. No es necesario un experto ni un microscopio para darse cuenta de la diferencia entre un color simple y una mezcla, pero lo que quiero decir es que jamás ha existido ni existirá un pintor que vuelva a usar un color que ya haya desechado, consciente o inconscientemente. Digo que inconscientemente, porque cuando un pintor elige un color o unos colores nuevos suele hacerla porque así se lo dicta su subconsciente. No es que Derwatt

utilice el color lavándula en todos sus cuadros, claro que no. Pero la conclusión que he sacado es que mi «Reloj» y puede que algunos otros cuadros, incluyendo el que le interesa a usted, «La Bañera», por cierto, no son de Derwatt.

–Eso es interesante, muy interesante. Porque da la casualidad de que mi «Hombre de la Silla» coincide más o menos con lo que me está usted diciendo, me parece. Y ese cuadro tiene ya unos cuatro años. Me gustaría mucho que usted lo viese. Bueno, ¿qué tiene pensado hacer con respecto a su «Reloj»?.

Murchison prendió uno de sus chesters.

–Todavía no he acabado la historia. Acabo de tomar una copa con un inglés llamado Bernard Tufts, pintor también, y parece que él sospecha lo mismo de Derwatt.

Tom frunció el ceño marcadamente. – ¿De veras? El asunto tendría importancia si hay alguien que está falsificando Derwatts. ¿Qué le dijo ese hombre?

–Me da en la nariz que sabe más de lo que dice. Dudo que esté metido en el engaño. No parece un estafador, ni da la impresión de nadar en la abundancia. Pero parece conocer el mundillo artístico de Londres. Se limitó a prevenirme:

–No compre usted más Derwatts, mister Murchison -me dijo-. ¿Qué me dice de eso?

–Hum… ¿.Pero en qué se basa?

–Como le digo, no lo sé. No pude sacarle nada. Pero lo cierto es que se tomó la molestia de buscarme y, según me dijo, llamó a ocho de los hoteles de la ciudad antes de localizarme. Le pregunté cómo se había enterado de mi nombre, y me dijo:

–Oh, las noticias vuelan.

–Es muy extraño -prosiguió Murchison-, ya que la gente de la Buckmaster Gallery son las únicas personas con que he hablado. ¿No le parece raro? Mañana tengo una cita con alguien de la Tate Gallery, pero ni él sabe que se trata de algo relacionado con un Derwatt.

Murchison bebió un poco más de whisky y dijo:

–Cuando empiecen a llegar Derwatts de Méjico… ¿Sabe lo que voy a hacer mañana aparte de enseñar «El Reloj»a mister Riemer de la Tate Gallery? Pues voy a preguntarle si yo o él tenemos derecho a consultar los libros de la Buckmaster Gallery para ver qué dicen de los cuadros de Derwatt enviados desde Méjico. No son los títulos lo que me interesa tanto, aparte de que Derwatt me dijo que no siempre pone título a sus cuadros, sino que quiero saber cuántos cuadros se han recibido. Por fuerza tienen que pasar por la Aduana o por donde

sea, y si algunos no constan allí, bueno, ya tenemos una pista. Sería realmente divertido que estuviesen embaucando al mismísimo Derwatt y algunos de sus cuadros… bueno, algunos cuadros que se pretendiese hacer pasar por suyos, de los de hace cuatro o cinco años, por ejemplo… los estuviesen pintando aquí mismo, en Londres.

«Sí -pensó Tom-, divertido.»

–Pero, según me dijo, usted habló con él sobre su cuadro, ¿no es cierto?

–Hice algo más: ¡se lo enseñé! Dijo que era de los suyos, pero, a mi juicio, no estaba del todo seguro. Pero no dijo «Cielos, ése es mío». Se limitó a contemplado durante un par de minutos y luego dijo: «Por supuesto que es mío». Puede que me pasase de listo, pero le dije a Derwatt que me parecía posible que se hubiese olvidado de uno o dos lienzos, de los que no llevaban título y había pintado años antes.

Tom arrugó la frente como si dudase de ello, y así era en realidad. «Incluso un pintor que no titulase sus cuadros se acordaría de uno de ellos -pensó Tom- quizá no de un dibujo.» Pero dejó que Murchison prosiguiese.

–Y además, no me acaban de gustar los encargados de la Buckmaster Gallery. Jeffrey Constant y Ed Banbury, el periodista que, a todas luces, es amigo íntimo del primero. Todos ellos son viejos amigos de Derwatt, lo tengo presente. A Long Island, donde vivo, llegan las revistas The Listenery Arts Review, y también el Sunday Times. He leído los artículos de Banbury bastante a menudo, y suelen romper una lanza en favor de Derwatt, eso cuando todo el artículo no gira sobre él. ¿Y sabe lo que me pasó por la cabeza?

–¿Qué? – preguntó Tom.

–Pues que quizá Constant y Banbury estén haciendo la vista gorda en algunos casos de falsificación con el objeto de vender más Derwatts de lo que el pintor es capaz de producir. No llegaré al extremo de acusar al mismo Derwatt. ¡Pero, tendría gracia que Derwatt fuese tan despistado que ni siquiera pudiese recordar cuántos cuadros ha pintado! – rió Murchison.

«Era gracioso -pensó Tom-, pero no tanto como para partirse de risa. Aunque no tan gracioso como la misma verdad, mister Murchison.» En voz alta dijo:

–¿Así que mañana le va a enseñar su cuadro al experto?

–Venga conmigo y se lo enseñaré a usted -dijo Murchison. Tom intentó coger la cuenta, pero Murchison insistió en firmarla él.

Subieron juntos en el ascensor. El cuadro estaba guardado en un rincón del armario, envuelto tal como lo había envuelto Ed aquella tarde. Tom lo miró con interés.

–Es un hermoso cuadro -dijo.

–En efecto, nadie puede negarlo.

Tom lo había apoyado contra el escritorio y ahora lo estaba mirando desde el otro lado de la habitación, con todas las luces encendidas.

–¿Sabe usted…? – dijo-. Tiene un cierto parecido con el mío, «El hombre de la Silla». ¿Por qué no viene a mi casa y se lo enseñaré? Estoy muy cerca de París. Si le parece que tampoco el mío es auténtico, se lo dejaré para que lo haga examinar en Londres.

–Hum -dijo Murchison pensativo-. Puede.

–Si a usted le han tomado el pelo, también me lo han tomado a mí.

Murchison podría ofenderse si se ofreciese a pagarle el viaje -pensó Tom-, así que no lo hizo.

–Mi casa es bastante grande y actualmente estoy solo, a excepción del ama de llaves.

–De acuerdo. Lo haré -dijo Murchison, que ahora estaba sentado.

–Tengo intención de regresar mañana a primera hora de la tarde.

–Muy bien, aplazaré mi entrevista con la Tate Gallery.

–Tengo muchos cuadros más, aunque no soy coleccionista.

Tom se sentó en la silla más grande.

–Me gustaría que les diese un vistazo. Un Soutine. Dos Magrittes.

–¿En serio?

Los ojos de Murchison empezaban a tomar una expresión soñadora.

–¿Qué distancia hay de París a su casa?

Diez minutos después Tom estaba en su propia habitación, un piso más abajo. Murchison le había propuesto cenar juntos, pero Tom había preferido excusarse pretextando una cita a las diez en Belgravia, así que casi no quedaba tiempo. Murchison le había confiado la tarea de reservar plazas en el avión del día siguiente con destino a París, un billete de ida y vuelta para Murchison. Tom cogió el teléfono y reservó dos plazas para el avión del día siguiente, miércoles, a las dos del mediodía, con destino a Orly. Tom tenía su propio billete de vuelta. Dejó un recado referente al vuelo, destinado a Murchison, en la conserjería. Luego encargó un bocadillo y media botella de Médoc. Después de esto descabezó un sueño hasta las once y puso una conferencia a Reeves Minot, en Hamburgo. Esta se demoró casi media hora.

Reeves no estaba en casa, le informó una voz de hombre con acento alemán. Tom decidió arriesgarse, porque ya empezaba a estar harto de Reeves, y dijo:

–Tom Ripley aquí. ¿Ha dejado Reeves algún recado para mí?

–Sí. El mensaje es «el miércoles». El conde llegará a Milán mañana. ¿Puede usted ir a Milán mañana?

–No, no puedo ir a Milán mañana. Es tut mir leido.

Tom no deseaba, al menos de momento, decirle a ese hombre, no importaba quién fuese, que el conde ya había recibido una invitación para visitarle la próxima vez que fuese a Francia. Reeves no iba a pretender que estuviese siempre dispuesto a dejarlo todo, como había hecho en dos ocasiones anteriores, para volar hasta Hamburgo o Roma (por mucho que le gustasen aquellas breves excursiones), que fingiese estar de paso por casualidad en esas ciudades, y que invitase al «huésped», como solía referirse al portador, a su casa de Villeperce.

–Me parece que no hay problema -dijo Tom-. ¿Me puede dar la dirección del conde en Milán?

–El Grand Hotel -le informó la voz con brusquedad.

–Dígale a Reeves, por favor, que ya me pondré en contacto con él, probablemente mañana. ¿Dónde puedo localizarle?

–Mañana por la mañana en el Grand Hotel de Milán. Esta noche tomará el tren para allí. No le gustan los aviones, ¿sabe usted?

Tom no lo sabía. Era curioso, un tipo como Reeves a quien no le agradaban los aviones.

–Le llamaré. Por cierto, no estoy en Munich; estoy en París.

–¿En París? – la voz reflejaba sorpresa-. Sé que Reeves trató de hablar con usted en el Vierjahreszeiten de Munich.

–¡Qué pena! – dijo Tom cortésmente.

Y colgó.

Las minuteras de su reloj iban acercándose a la medianoche. Tom se sentía desconcertado sobre lo que debía decirle a Jeff Constant y sobre lo que había que hacer con respecto a Bernard. Se le ocurrió, súbitamente, todo un discurso tranquilizador. Además, habría tiempo de ver a Bernard antes de tomar el avión. Sin embargo, Tom temía que Bernard se pusiese más nervioso y reacio a colaborar si alguien hacía un esfuerzo indisimulado para tranquilizarlo. Si Bernard le había dicho a Murchison que no comprase más Derwatt, ello indicaba, al parecer, que no quería seguir pintando Derwatts y eso, desde luego, iba a perjudicar mucho al negocio. Cabía una posibilidad aún peor: que Bernard estuviera a punto de confesar a la Policía o a uno o varías de los poseedores de Derwatts falsos.

¿Cuál sería el verdadero estado de ánimo de Bernard, y qué estaría tramando?

Tom decidió que lo mejor era no decirle nada a Bernard. Este sabía que era él, Tom, quien había ideado el asunto de las falsificaciones. Tom se duchó y empezó a cantar:

«Babbo non vuole Mamma nemmeno Come faremo A far all'amor…»

Las paredes del Mandeville daban sensación, quizás ilusión, de estar a prueba de sonido. Hacía mucho tiempo que Tom no cantaba esta canción. Se alegró de haberse acordado de ella inesperadamente, porque era una canción optimista y Tom la asociaba con la buena suerte.

Se puso el pijama y llamó al estudio de Jeff.

Jeff contestó en seguida:

–Hola, ¿qué pasa?

–Hablé con mister M. esta noche y nos llevamos bien. Va a venir conmigo a Francia mañana. Así que eso retrasará los acontecimientos, ¿comprendes?

–Y… tratarás de persuadirle o algo así, ¿no es eso?

–Sí. Algo por el estilo.

–¿Quieres que venga al hotel, Tom? Probablemente estarás demasiado cansado para dejarte caer por aquí, ¿me equivoco?

–No, no estoy cansado, pero no hace falta que vengas. Además, podrías tropezarte con mister M. si vinieses aquí, y eso no nos conviene.

–En efecto.

–¿Has tenido noticias de Bernard? – preguntó Tom.

–No.

–Por favor, dile… -Tom se esforzaba por dar con las palabras justas-. Dile que tú, no yo, te has enterado por casualidad de que mister M. va a esperar unos cuantos días antes de hacer algo con su cuadro. Lo que más me interesa es que Bernard no se vaya de la lengua. ¿Te cuidarás de esto?

–¿Por qué no hablas tú con Bernard?

–Pues porque sería lo peor -respondió Tom algo irritado.

«Hay gente que no tiene ni el más leve sentido de la psicología» -pensó.

–Tom, has hecho tu papel maravillosamente bien -dijo Jeff-. Gracias.

Tom se sonrió, halagado por el tono arrebatador del elogio.

–Cuida de Bernard. Te llamaré antes de despegar.

–Espero estar en el estudio toda la mañana.

Se dieron las buenas noches.

«Si le hubiera dicho a Jeff que Murchison pretendía pedir los recibos, los comprobantes de las pinturas enviadas desde Méjico, a Jeff le habría dado un ataque -pensó Tom-. Lo haría la mañana siguiente, desde una cabina telefónica o

desde una oficina de correos.» Tom desconfiaba de las telefonistas de los hoteles.

Esperaba, naturalmente, convencer a Murchison de la falsedad de su teoría, pero si no lo lograba, no estaría de más que la Buckmaster Gallery hiciese unos comprobantes que pareciesen auténticos.

5

A la mañana siguiente, mientras desayunaba en la cama (privilegio libertino que en Inglaterra debía pagarse con unos chelines de más en la cuenta) Tom telefoneó a madame Annette. Eran sólo las ocho, pero Tom sabía que la mujer llevaría levantada casi una hora, cantando mientras cumplía su tarea de enchufar la calefacción (con el pequeño manómetro de la cocina), prepararse su delicada «infusión» (es decir, té), ya que el café por la mañana le producía palpitaciones, y arreglar las macetas de las diversas ventanas para que les diese tanto sol como fuese posible. Además, a la buena señora le complacería muchísimo recibir un coup de fil suyo desde Londres.

–Allô!…

–Allô!… Allô, Allô!. – la telefonista parecía furiosa.

–Allô? – ésta, inquisitiva.

–Allô!…

Tres telefonistas francesas al aparato al mismo tiempo, sin contar la mujer de la centralita del Mandeville.

Al fin se oyó a madame Annette:

–La mañana, es muy hermosa. ¡Hay sol! – dijo madame Annette. Tom sonrió. Necesitaba desesperadamente oír una voz optimista.

–Madame Annette… Sí, estoy muy bien, gracias. ¿Cómo va la muela?… ¡Estupendo! La estoy llamando para decirle que llegaré a casa este mediodía, sobre las cuatro, con un señor americano.

–Ah! – dijo madame Annette, complacida.

–Será nuestro huésped esta noche, puede que dos noches, ¿quién sabe? ¿Me hará el favor de arreglar bien el cuarto de los invitados? Ponga algunas flores. Y para cenar tournedos, quizá, con esa deliciosa béarnaise que prepara usted.

Madame Annette parecía delirar de alegría ante la noticia de que Tom traería un invitado y, por tanto, ella tendría algo concreto que hacer. Luego Tom llamó a mister Murchison y quedaron en reunirse en el vestíbulo del hotel, para ir juntos en taxi a Heathrow.

Tom salió con la intención de ir andando hasta Berkeley Square, en cuyos alrededores había una camisería donde compró un par de pijamas de seda,

pequeño rito éste con el que cumplía cada vez que iba a Londres. Era probable, además, que ésta fuese su última oportunidad, durante su estancia, de coger el metro. El metro formaba parte de su concepto de la vida en Londres. Además, Tom era muy aficionado a leer las inscripciones que adornaban las paredes del metro. El sol se debatía, sin mucha esperanza, por atravesar la capa de húmeda niebla que cubría la ciudad, aunque no llovía. Se metió rápidamente en la estación de Bond Street junto con los últimos rezagados de, quizá, la hora punta de la mañana. Lo que más admiraba Tom era la habilidad que tenían algunas personas para hacer inscripciones en la pared desde las escaleras mecánicas en movimiento. Los anuncios de prendas íntimas abundaban a lo largo de las escaleras, chicas y nada más que chicas, ataviadas con fajas y bragas, y decoradas con detalles anatómicos, tanto masculinos como femeninos, a veces con frases enteras: «¡ME GUSTA SER HERMAFRODITA!» ¿Cómo se las arreglaban para escribirlas? ¿Puede que andando en sentido contrario a la escalera mientras escribían? «¡FUERA LOS NEGROS!» parecía ser una de las inscripciones favoritas. Abajo, en el andén, Tom reparó en un anuncio de Romeo y Julieta, la película de Zeffirelli, en el que Romeo aparecía tumbado de espaldas, desnudo, y Julieta, trepando sobre su cuerpo, le hacía una proposición realmente escandalosa. "La respuesta de Romeo, escrita en una especie de globo que salía de su boca, rezaba:

–Muy bien, ¿y por qué no?

A las once y media ya tenía sus pijamas. Compró un par amarillo. Había pensado comprarlo de color púrpura, pero ya empezaba a estar harto de ese color últimamente. Tomó un taxi hasta Carnaby Street. Para él se compró un par de pantalones que parecían de raso, estrechos, ya que no le gustaban demasiado los acampanados. Y para Heloise compró otro par, éste acampanado, de lana negra, del número veintiséis de cintura. El cubículo donde se probó los pantalones era tan estrecho, que no pudo alejarse del espejo para ver si le caían bien de largo, aunque a madame Annette le encantaba hacer pequeños ajustes en sus prendas y las de Heloise. Por si fuese poco, dos italianos que no dejaban de exclamar «Bellissimo!», corrían la cortina a cada instante, presurosos por entrar y probarse sus adquisiciones. Mientras Tom estaba pagando, entraron dos griegos que se pusieron a calcular los precios, en dracmas, en voz alta. La tienda mediría metro ochenta por tres metros sesenta, aproximadamente, y no era de extrañar que hubiese un solo dependiente; dos no hubieran cabido en ella.

Con sus compras en una bolsa de papel crujiente, Tom se dirigió a una cabina telefónica para llamar a Jeff Constant.

–Hablé con Bernard -dijo Jeff-, y está absolutamente aterrorizado por lo de Murchison. Le pregunté qué le había dicho a Murchison, ya que me había confesado haber hablado con él, ¿sabes? Me dijo que había aconsejado a Murchison que no comprase más pinturas. Eso ya es malo de por sí, ¿no es cierto?

–Sí -respondió Tom-. ¿Y qué más?

–Bueno, traté de decirle a Bernard que eso había sido todo lo que podía o debía decir. Es difícil explicártelo porque tú no conoces bien a Bernard, pero ¡se siente tan culpable!… por el recuerdo de Derwatt y todo eso. Me esforcé en convencerle de que lo que había dicho a Murchison ya bastaba para tranquilizarle la conciencia y que por qué no le dejaba en paz.

–¿Qué te respondió sobre eso?

–Está tan alicaído, que es difícil repetir lo que me dijo. La exposición resultó un éxito total, ¿sabes?, y se vendió todo con una sola excepción. ¡Imagínate! Bernard se siente culpable por eso también -Jeff se rió-. «La Bañera»: uno de los cuadros que Murchison ha escogido para fastidiarnos.

–Si Bernard no quiere seguir pintando de momento, no le fuerces a ello -dijo Tom.

–Esto es exactamente lo que hago. Tienes mucha razón, Tom. Pero creo que en cosa de un par de semanas ya se habrá repuesto y volverá a sus pinceles. Es el nerviosismo de la exposición, y de verte a ti disfrazado de Derwatt. Piensa más en Derwatt de lo que la mayoría de la gente piensa en Jesucristo.

A Tom no le hacía falta que se lo dijesen.

–Hay un pequeño detalle, Jeff. Es posible que Murchison quiera examinar los libros de la galería para ver qué dicen de los cuadros pintados en Méjico.

¿Llevas alguna clase de registro?

–No de lo de Méjico.

–¿Puedes inventar algo? Sólo por si no consigo persuadirle de que desista de todo el asunto.

–Lo intentaré, Tom.

Jeff parecía un poco inquieto. Y Tom se estaba impacientando.

–Inventa algo. Haz que parezca auténtico, de hace tiempo. Dejando aparte a Murchison, ¿no sería conveniente tener unos cuantos libros que justificasen…

Tom se interrumpió. Había gente que no sabía cómo llevar un negocio, ni siquiera un negocio próspero como el de Derwatt Ltd.

–De acuerdo, Tom.

Tom hizo un alto en Burlington Arcade, donde entró en una joyería para

comprar un broche de oro (un pequeño mono agachado) para Heloise. Lo pagó con cheques de viaje americanos. Heloise cumpliría años el mes siguiente. Luego se fue andando, por Oxford Street, hasta su hotel. Como de costumbre, Oxford Street estaba atestada de gente que iba de compras, mujeres con bolsas y cajas repletas, niños que iban a remolque de ellas. Un hombre-anuncio, cartelón delante y detrás, anunciaba un fotógrafo especializado en pasaportes, servicio rápido y económico. El pobre diablo llevaba un abrigo viejísimo, un sombrero de formas irreconocibles, y de sus labios pendía un sucio cigarrillo sin encender. «¡Hágase su pasaporte para su crucero a las islas del Egeo!» -pensó Tom-. Pero aquel desgraciado nunca iría a ninguna parte. Tom le quitó el cigarrillo y en su lugar le puso un Gauloise.

–Fúmese un cigarrillo -le dijo-. Aquí tiene lumbre.

Encendió rápidamente el cigarrillo con sus propias cerillas.

–¡Chas! – dijo el hombre a través de su barba.

Tom metió lo que quedaba de su paquete de Gauloises, luego su caja de cerillas, en el bolsillo rasgado del abrigo, y se alejó velozmente, con la cabeza gacha, esperando que nadie le hubiese visto.

Llamó a Murchison desde su cuarto, y se reunieron abajo con sus equipajes.

–He estado haciendo unas cuantas compras para mi mujer esta mañana -dijo Murchison, una vez en el taxi.

Parecía estar de buen humor.

–¿De veras? Yo también. Un par de pantalones de Carnaby Street.

–Para Harriet, son siempre jerseys de Marks and Spencer. Pañuelos para el cuello de Uberty. Y a veces algunas madejas de lana. Hace calceta y le gusta saber que la lana procede de la vieja Inglaterra, ¿sabe?

–¿Anuló la cita que tenía para esta mañana?

–Sí, la aplacé para el viernes por la mañana. En casa del perito.

En el aeropuerto, almorzaron bastante bien, con una botella de clarete. Murchison insistió en pagar él. Durante la comida le había hablado a Tom de su hijo, que era inventor y trabajaba en un laboratorio de California. Su hijo y su nuera acababan de tener el primer bebé. Le enseñó a Tom una fotografía de la niña, riéndose de sus chocheos de abuelo, pero se trataba de su primera nieta, a la que habían puesto el nombre de Karen, como su abuela materna. Respondiendo a las preguntas de Murchison, Tom dijo que había decidido vivir en Francia porque tres años antes se había casado con una muchacha francesa. Murchison no era tan torpe como para preguntar a Tom qué hacía para ganarse la vida, pero sí le preguntó cómo pasaba el tiempo.

–Leo libros de historia -dijo Tom sin darse importancia-. Estudio alemán. Aparte de que mi francés dista mucho de ser perfecto. Y la jardinería. Tengo un jardín bastante grande en Villeperce. Además pinto -añadió-, aunque sólo para pasar el rato.

Llegaron a Orly a las tres, y Tom se fue en el pequeño autobús GASO a sacar su coche del garaje. Luego recogió a Murchison y las maletas cerca de la parada de taxis. El sol brillaba y no hacía tanto frío como en Inglaterra. Fueron hasta Fontainebleau y pasaron por delante del château para que Murchison pudiese verlo. Murchison dijo que hacía quince años que no lo había visto. Llegaron a Villeperce alrededor de las cuatro y media de la tarde.

–Allí compramos casi todos los comestibles -dijo Tom, señalando una tienda situada a la izquierda de la calle mayor del pueblo.

–Muy bonito. Bien conservado -dijo Murchison.

Cuando llegaron a casa de Tom, Murchison dijo: -¡Caramba! Esto es magnífico. ¡Realmente hermoso! – Tendría que verlo en verano -dijo Tom, modestamente.

Al oír el coche madame Annette salió a recibirles y a echarles una mano con el equipaje, pero Murchison no podía soportar el ver a una mujer acarreando las cosas pesadas, sólo las bolsas, más pequeñas, de los cigarrillos y los licores.

–¿Todo va bien, madame Annette? – preguntó Tom.

–Todo. Hasta vino el lampista a arreglar el retrete.

«Uno de los retretes goteaba» -recordó Tom.

Tom y madame Annette acompañaron a Murchison a su habitación, junto a la cual había un cuarto de baño. De hecho, se trataba del baño de Heloise, cuya habitación era la contigua a él. Tom explicó que su esposa estaba en Grecia, con unos amigos. Dejó solo a Murchison para que pudiese lavarse y abrir la maleta, y dijo que le esperaría abajo, en el cuarto de estar. Murchison ya había empezado a mirar con interés algunos de los dibujos que adornaban las paredes.

Tom bajó y pidió a madame Annette que preparase un poco de té: Le regaló un frasco de agua de colonia inglesa «Lake Mist» que había comprado en Heathrow.

–Oh, m’sieur Tome, comme vous êtes gentil!

Tom sonrió. La gratitud de madame Annette le hacía sentirse siempre agradecido él mismo.

–¿Buenos tournedos para la cena?

–Ah, oui! Y para postre mousse au chocolat.

Tom entró en el cuarto de estar. Había flores y madame Annette se había

cuidado de subir la calefacción. En la habitación había una chimenea. A Tom le gustaba mucho un buen fuego encendido, pero se quedaba absorto contemplando las llamas y le costaba apartarse de la chimenea, así que decidió no encenderla ahora. Se puso a contemplar «El Hombre de la Silla», colgado sobre la chimenea, mientras se balanceaba sobre los talones, con gesto satisfecho del cuadro, de su familiaridad con él y de su gran calidad. Bernard era bueno. Sólo que había cometido un par de errores al confundir las épocas, las condenadas épocas. Lógicamente, «Las Sillas Rojas», un Derwatt auténtico, debería ocupar el lugar de honor sobre la chimenea del cuarto de estar. «Era típico en él el haber colocado la falsificación en el sitio de honor» -pensó-. Heloise no sabía que «El Hombre de la Silla» no era auténtico, como tampoco sabía nada, de hecho, acerca de las falsificaciones. Su interés por la pintura no iba muy lejos. Suponiendo que tuviese alguna pasión, ésta sería por los viajes, los manjares exóticos y desconocidos, y los trapos. El contenido de los dos armarios roperos que había en su habitación parecía un museo internacional del vestir, sólo que sin los maniquíes. Poseía chalecos de Túnez, chaquetillas sin mangas y con flecos de Méjico, bombachos cortos como los de la guardia real griega que, por cierto, le sentaban muy bien, y túnicas chinas llenas de bordados que había comprado en alguna parte de Londres.

Entonces, súbitamente, Tom se acordó del conde Bertolozzi, y cogió el teléfono. Hubiese preferido que Murchison no oyese mencionar el nombre del conde, pero, por otro lado, no tenía ninguna intención de hacer daño al conde y, al fin y al cabo, quizá fuese mejor actuar con toda naturalidad, sin hacer nada a escondidas. Preguntó en Información el número de teléfono del conde en Milán, se lo dieron y puso una conferencia. La telefonista le indicó que habría probablemente media hora de, demora.

Mister Murchison acababa de bajar. Se había cambiado de ropa y llevaba unos pantalones de franela gris y una chaqueta de tweed, color verde y negro.

–¡Ah, la vida en el campo! – dijo, con una amplia sonrisa.

–¡Ah! – repitió al fijarse en «Las Sillas Rojas», colgado en la pared delante de él, al otro lado de la habitación. Se acercó al cuadro para examinado mejor. – Esto es una obra de arte. ¡Esto es lo auténtico! «De eso no hay duda» -pensó Tom- y sintió que un escalofrío de orgullo le recorría el cuerpo y le hacía sentirse como un tonto. – En efecto. Me gusta.

–Me parece que he oído hablar de él. Recuerdo el título. Le felicito, Tom.

–Y ahí está mi «Hombre de la Silla» -dijo Tom, señalando la chimenea con un gesto de la cabeza. – ¡Ah! – dijo Murchison con distinto tono. Se acercó al

cuadro y Tom observó que su figura, alta y sólida, se ponía tensa debido a su concentración.

–¿Qué edad tiene éste? – preguntó Murchison.

–Unos cuatro años -dijo Tom, sin mentir.

–¿Cuánto pagó por él, si me permite la indiscreción?

–Cuatro mil libras. Antes de la devaluación. Unos once mil dos cientos dólares -dijo Tom, calculando la libra a dos dólares ochenta centavos. – Me encanta haberlo visto -dijo Murchison, asintiendo con la cabeza-. Verá, aquí vuelve a salir el mismo color púrpura. Hay muy poco, pero mire.

Señaló el borde inferior de la silla. Debido a la altura del cuadro y a lo ancho de la chimenea, el dedo de Murchison estaba a unos cuantos centímetros del lienzo, pero Tom sabía a qué trazo de pintura se refería.

–Violeta cobalto puro.

Murchison cruzó la habitación y de nuevo miró al cuadro, examinándolo a unos veinticinco centímetros de distancia. – Y éste es uno de los antiguos. Violeta cobalto puro, también. – ¿Cree usted realmente que «El Hombre de la Silla»es falso? – Así es, en efecto. Al igual que mi «Reloj». La calidad es distinta, inferior a

«Las Sillas Rojas». La calidad es algo que no puede medirse con un microscopio. Pero puedo verla aquí. Y… también estoy seguro del violeta cobalto puro que hay aquí.

–Entonces -dijo Tom, imperturbable- puede que Derwatt esté utilizando alternativamente este color puro y la mezcla que mencionó usted. Murchison, frunció el ceño, agitó la cabeza.

–No es así como yo lo veo.

Madame Annette estaba entrando con el servicio de té colocado en un carrito. Una de las ruedas chirriaba ligeramente.

–Voilà le the, m’sieur Tome.

Había preparado unas galletas de forma plana y bordes color marrón y de ellas se desprendía un agradable aroma de vainilla. Tom sirvió el té.

Murchison estaba sentado en el sofá. Probablemente no había visto entrar y salir a madame Annette. Miraba fijamente «El Hombre de la Silla», como si estuviese deslumbrado o fascinado. Luego pestañeó mirando a Tom, sonrió y su cara recobró la expresión cordial.

–Usted no me cree, me parece. Está en su derecho.

–No sé qué decirle. No veo la diferencia de calidad, no. Puede que sea un obtuso. Si, como dice, hará que un perito examine su cuadro, entonces me

atendré a lo que el perito diga. Y, a propósito, «El hombre de la Silla» es el cuadro que puede llevarse consigo a Londres, si así lo desea.

–Me gustaría mucho, desde luego. Le extenderé un recibo e incluso se lo aseguraré -dijo Murchison riendo entre dientes.

–Ya está asegurado. No se preocupe.

Mientras se tomaba dos tazas de té, Murchison se interesó por Heloise, por lo que estaba haciendo. ¿Tenían hijos? No. Heloise tenía veinticinco años. No, a Tom no le parecía que las francesas fuesen más difíciles que las demás mujeres, pero, eso sí, tenían ideas propias acerca del respeto con que debían ser tratadas. La conversación sobre este tema empezó a decaer, porque a toda mujer le gustaba que la respetasen y, aunque Tom sabía muy bien cómo era Heloise, le era absolutamente imposible expresarlo con palabras.

Se oyó el timbre,del teléfono y Tom dijo:

–Perdóneme, responderé desde mi habitación.

Subió las escaleras corriendo. Al fin y al cabo, Murchison supondría que se trataba de Heloise y que él quería hablar con ella a solas.

–Allô! – dijo Tom-. ¡Eduardo! ¿Cómo estás? Es una suerte haberte encontrado… me lo dijo un pajarito. Un amigo de ambos en París me llamó hoy y me dijo que estabas en Milán… Pues bien. ¿Puedes hacerme una visita? Después de todo, me lo prometiste.

El conde, un bon-vivant siempre dispuesto a que le apartasen de sus obligaciones como hombre de negocios (importación-exportación), se mostró primero algo remiso a cambiar sus planes de ir a París, pero luego aceptó muy de buen grado la invitación de Tom.

–Pero esta noche no. Mañana. ¿De acuerdo?

A Tom le resultaba incluso un poco precipitado, ya que no estaba seguro de qué problemas podía acarrearle Murchison.

–Sí, incluso el viernes sería…

–¡El jueves! – dijo el conde con firmeza, sin pescar la indirecta.

–Muy bien. Te recogeré en Orly. ¿A qué hora?

–Mi avión llega a las… un segundo.

El conde tardó bastante en encontrar lo que buscaba, entonces volvió al teléfono y dijo:

–La llegada a las cinco y cuarto. Vuelo tres cero seis de Alitali.

Tom tomó nota.

–Allí estaré. Me alegro mucho de que puedas venir, Eduardo.

Entonces Tom regresó a la planta baja para reunirse con Murchison. Ya

habían empezado a llamarse Tom el uno al otro, si bien Murchison le había dicho que su mujer le llamaba Tommy. Luego había añadido que era ingeniero hidráulico y trabajaba para una compañía dedicada a la instalación de tuberías, con oficina principal en Nueva York. Murchison era uno de los directores.

Dieron un paseo por el jardín posterior, que se confundía con los bosques del lugar. Murchison le caía bastante bien a Tom. «Sin duda lograría convencerle, persuadirle -pensó Tom-, pero ¿qué debería hacer para ello?»

Durante la cena, mientras Murchison hablaba de algo muy nuevo que tenía en la fábrica, algo que servía para transportar cualquier cosa mediante un sistema de tuberías y envases del tamaño de una lata de conservas, Tom se preguntaba si debía tomarse la molestia de pedirles a Jeff y a Ed que se procurasen documentos de embarque de alguna naviera mejicana para confeccionar una lista de los cuadros de Derwatt. ¿Era posible hacerlo con rapidez? Ed era periodista y seguramente sabría cómo hacer este trabajo burocrático; entonces, Leonard, el gerente de la galería, y Jeff podrían pisotear los papeles concienzudamente para que pareciesen ser de cinco o seis años atrás. La cena resultó excelente y Murchison se deshizo en alabanzas a madame Annette, en un francés bastante pasable, a su mousse y hasta el Brie..

–Tomaremos el café en la sala de estar -indicó Tom a la mujer-. ¿Nos puede traer el coñac?

Madame Annette había encendido la chimenea. Tom y Murchison se acomodaron en el gran sofá amarillo.

–Es curioso -empezó a decir Tom-«El Hombre de la Silla» me gusta tanto como «Las Sillas Rojas». Aunque fuese falso. Es gracioso, ¿no?

Tom seguía hablando con acento del medio oeste americano.

–Se habrá dado cuenta de que ocupa el sitio de honor de la casa.

–Bueno, ¡usted no sabía que no era auténtico! – Murchison se rió un poco-. Sería muy interesante, mucho, saber quién es el estafador.

Tom estiró las piernas por delante suyo y dio unas chupadas al cigarro.

–Qué gracioso sería -empezó, jugando su última y mejor baza que un estafador estuviese falsificando todos los Derwatts que hay en la Buckmaster Gallery, todos los que vimos ayer. Alguien que, por decirlo de otro modo, fuese tan bueno como Derwatt.

Murchison sonrió.

–Entonces, ¿qué hace Derwatt? ¿Sentarse tranquilamente mientras otro le suplanta? No sea ridículo. Derwatt resultó ser como me esperaba. Retraído y más bien anticuado.

–¿Se le ha ocurrido alguna vez coleccionar falsificaciones? Conozco a un hombre en Italia que lo hace. Primero lo hacía por afición, y ahora las vende a otros coleccionistas a precios bastante elevados.

–Oh, ya he oído hablar de eso. Sí. Pero a mí me gusta saber que estoy comprando una imitación cuando compro un cuadro.

A Tom le dio en la nariz que estaba llegando a un punto peligroso y desagradable. Lo intentó otra vez.

–Me gusta soñar despierto, soñar en cosas absurdas como ésa. En cierto modo, ¿por qué molestar a un tramposo que lo está haciendo tan bien. Tengo la intención de conservar en mi poder «El Hombre de la Silla».

Murchison no parecía haberle oído.

–Y ¿sabe usted? – dijo Murchison, con la mirada clavada aún en el cuadro que Tom acababa de citar-, no se trata solamente del color lavándula, es el espíritu del cuadro. Se lo diría de otro modo si no fuese por lo bien que he comido y bebido en su casa.

Habían dado buena cuenta de una botella de delicioso Margaux, lo mejor de la bodega de Tom.

–¿Cree usted que es posible que los de la Buckmaster Gallery sean una pandilla de bribones? – preguntó Murchison-. ¡Tienen que serlo por fuerza! ¿Por qué, si no, iban a aguantar a un estafador? ¿Metiendo falsificaciones entre los cuadros auténticos?

Murchison pensaba que los demás Derwatts nuevos, todos los que había en la exposición actual, a excepción de «La Bañera», eran auténticos -se dio cuenta Tom.

–Eso es si éstos son realmente falsos… su «Reloj», y etcétera.

Me imagino que no acabo de estar convencido.

Murchison sonrió de buen humor.

–Es sólo porque le gusta su «Hombre de la Silla». Si su cuadro tiene cuatro años y el mío tres como mínimo, entonces lo de las falsificaciones ha estado funcionando durante bastante tiempo. Puede que haya más en Londres y sus propietarios no los hayan cedido para la exposición. Francamente, es de Derwatt de quien sospecho. Sospecho que trabaja en combinación con los de la Buckmaster para ganar más dinero. Otra cosa, hace años que no se ha visto ningún dibujo de Derwatt. Eso es extraño.

–¿De veras? – preguntó Tom con fingida sorpresa.

Sabía esto y sabía también a dónde se dirigían los tiros de Murchison.

–Los dibujos revelan la personalidad del artista -dijo Murchison-. Lo

averigüé por mí mismo, y luego lo leí en alguna parte… simplemente para asegurarme.

Se rió.

–Parece que por el simple hecho de ser fabricante de tuberías, nadie quiera creer en mi sensibilidad. Pero un dibujo viene a ser como la firma del pintor, una firma muy complicada, por añadidura. Casi puede decirse que es más fácil falsificar una firma o un cuadro que un dibujo.

–Nunca se me ocurrió pensarlo -dijo Tom, haciendo girar la punta de su cigarro sobre el cenicero-. ¿Así que, según dice, el sábado hablará con el hombre de la Tate Gallery?

–Sí. Hay un par de Derwatts antiguos en la Tate, como seguramente sabrá. Luego hablaré con los de la Buckmaster sin prevenirles… Si Riemer corrobora mis sospechas.

El cerebro de Tom empezó a funcionar desesperadamente. El sábado era pasado mañana. Puede que Riemer quisiese comparar «El Reloj»y «El Hombre de la Silla» con los Derwatts de la Tate Gallery y los de la exposición. ¿Resistirían la prueba los cuadros de Bernard Tufts? ¿Y si no era así? Sirvió más coñac a Murchison y un poco para él mismo, aunque no le apetecía. Luego cruzó las manos sobre el pecho.

–¿Sabe?, no creo que presente una demanda ni nada parecido si resulta que efectivamente hay una estafa.

–¡Ah! Yo soy algo más ortodoxo. Acaso anticuado. Mi actitud…

Suponga que Derwatt tiene que ver en el asunto.

–Derwatt es una especie de santo, según tengo oído.

–Esa es la leyenda. Puede que así fuese cuando era más joven y más pobre. Ha permanecido aislado. Sus amigos de Londres le han puesto en circulación, eso está claro. A un hombre pueden sucederle muchas cosas si se hace rico de la noche a la mañana.

Tom no sacó nada más en claro durante la comida. Murchison quiso acostarse temprano porque estaba cansado. – Me cuidaré del pasaje de vuelta mañana. Tendría que haber hecho la reserva en Londres. Fue una estupidez no hacerla.

–¡Oh, por la mañana no, espero! – dijo Tom.

–Haré la reserva por la mañana y me iré al mediodía, si eso le parece bien.

Tom acompañó a su huésped a la habitación y se aseguró de que tuviese todo lo necesario.

Le cruzó por la imaginación llamar a Jeff o a Ed. ¿Pero qué noticias podía

darles, aparte de que no lograba su propósito de convencer a Murchison para que no viese al hombre de la Tate Gallery? Además, no quería que el número de teléfono de Jeff apareciese con demasiada frecuencia en su factura de teléfono.

6

Tom empezó la mañana con resuelto optimismo. Se puso ropa vieja y cómoda después de haberse tomado, en la cama, el deliciosa café de madame Annette, una taza bien cargada para despertarse. Luego bajó a ver si Murchison ya daba señales de vida. Eran las nueve menos cuarto.

–Le m'sieur desayuna en su habitación -le informó madame Annette. Mientras el ama de llaves le arreglaba la habitación, Tom se afeitó en el cuarto de baño.

–Mister Murchison se va este mediodía, creo -dijo respondiendo a la pregunta de madame Annette sobre el menú para la cena-. Pero hoy es jueves. ¿Cree que podrá hacerse con un buen par de lenguados para el almuerzo?

Dos veces por semana una camioneta de pescado visitaba el pueblo, demasiado pequeño para tener pescadería propia.

Madame Annette se inspiró ante esa sugerencia.

–En la frutería tienen unas uvas estupendas -dijo-. Le costaría creerlo…

–Compre algunas -dijo Tom sin apenas escucharla.

A las once Tom y Murchison estaban paseando por el bosque, detrás de la finca. Tom notaba que su humor, o su estado mental, no era el de siempre. Dejándose llevar por un arrebato de cordialidad, honradez (o como pudiera llamársele) no disimulada, le había mostrado a Murchison el resultado de sus esfuerzos en materia de arte que guardaba en la habitación del piso superior donde pintaba. Tom pintaba paisajes y retratos principalmente. «Trataba en todo momento de simplificar su estilo, tener presente el ejemplo de Matisse, pero sin ningún éxito» -pensaba-. Un retrato de Heloise, posiblemente el que hacía el número doce de los pintados por Tom, no estaba mal y Murchison lo había elogiado.

«Dios mío -pensó Tom- le descubriré los secretos de mi alma, le enseñaré los poemas que he escrito para Heloise, me quitaré la ropa y bailaré la danza del sable, si con ello logro que vea las cosas a mi modo.»

No sirvió de nada.

El avión de Murchison partía para Londres a las cuatro de la tarde. Quedaba tiempo para almorzar en casa como Dios manda, ya que Orly estaba cerca, a una hora de coche si todo iba bien. Mientras Murchison se cambiaba de zapatos para salir a dar un corto paseo, Tom había envuelto cuidadosamente «El Hombre de la

Silla» con papel ondulado, cordel, papel de embalar y más cordel. Murchison le había dicho que llevaría consigo el cuadro en el avión y que ya había reservado habitación en el Mandeville para aquella noche.

–Pero recuerde, por mi parte no quiero presentar una denuncia -dijo Tom- con respecto al «Hombre de la Silla».

–Lo cual no significa que vaya a negar su falsedad -respondió Murchison con una sonrisa-. ¿Supongo que no pretenderá insistir en que es auténtico?

–No -dijo Tom-. Touché. Me inclinaré ante los expertos.

A Tom le parecía que no era aquel lugar, en pleno bosque, el más adecuado para sostener una conversación que exigía andar con pies de plomo, matizando mucho. ¿O acaso debía dejar que el asunto terminase de una manera tormentosa? Tom no estaba tranquilo, sea como fuere, hablando con Murchison en el bosque.

Le dijo a madame Annette que tuviese el almuerzo listo un poco antes, debido a la partida de Murchison, y se sentaron a la mesa a la una menos cuarto.

Estaba decidido a que la conversación siguiese girando sobre el mismo tema, pues no quería abandonar toda esperanza. Se las compuso para que Van Meegeren saliese en la conversación, ya que Murchison estaba muy enterado de la carrera de dicho pintor. Van Meegeren había hecho unas falsificaciones de obras de Vermeer que, a la larga, habían logrado cotizarse bastante por mérito propio. Puede que Van Meegeren lo hubiese hecho primero para defenderse, para demostrar su valor, pero lo cierto era que, desde el punto de vista estético, los «nuevos» Vermeers que se había sacado de la manga no habían decepcionado a sus compradores.

–Me cuesta comprender su total aislamiento de la «Verdad»de las cosas -dijo Murchison-. El estilo de un artista es su verdad, su honradez. ¿Hay alguien con derecho a copiarla, del mismo modo que se copia la firma de otro? ¿Y con la misma finalidad, aprovecharse de su reputación, de su cuenta bancaria? ¿De una reputación basada de antemano en el talento del otro?

Pescaban de sus platos los últimos pedacitos de lenguado y mantequilla, junto con los restos de las patatas. El lenguado había resultado soberbio, el vino blanco aún lo era. La comida había sido de las que, en distintas circunstancias, hubieran creado una sensación de contento, incluso de felicidad, inspirando a unos amantes a acostarse (quizá después del café), hacer el amor y luego dormirse. Pero la exquisitez del almuerzo se había malogrado para Tom.

–Hablo por mí mismo -dijo Tom-. Es lo que suelo hacer. No pretendo influir en usted. Estoy seguro de que no podría. Pero tiene usted mi autorización para decir a, ¿cómo se llama?, ah, sí, mister Constant, que me siento satisfecho con

mi cuadro falso y que quiero conservarlo.

–Se lo diré. Pero, ¿no piensa usted en futuro? Si hay alguien que sigue haciendo esto…

Le llegó el turno al saufflé de limón. Tom se debatía. «Él estaba convencido. ¿Por qué no lograba expresar su convencimiento con palabras, hacerlo lo bastante bien para convencer a Murchison? Murchison no era un artista. De lo contrario no hablaría así. Murchison no sabía valorar a Bernard. ¿Qué demonios estaba haciendo Murchison trayendo por los pelos la verdad y las firmas, quizás a la misma Policía, en comparación con lo que Bernard estaba realizando en su estudio y que era, innegablemente, la obra de un buen pintor? Cómo lo había expresado Van Meegeren (¿o había sido el mismo Tom quien lo había expresado en uno de sus libros de apuntes?), «el artista hace las cosas de modo natural, sin esfuerzo. Alguna fuerza sobrenatural guía su mano. El falsificador tiene que forcejear y. si tiene éxito, su logro es auténtico». Tom se dio cuenta de que la paráfrasis era suya. Pero, ¡maldita sea!, ese Murchison estaba muy pagado de sí mismo y convencido de su propia superioridad moral. Al menos Bernard era un hombre con talento, con más talento que Murchison y todas sus tuberías, sus instalaciones y sus sistemas de transporte que, a decir verdad, el mismo Murchison le había confesado habían sido ideados por un joven ingeniero canadiense.»

El café. Ninguno de los dos tomó coñac, aunque la botella estaba a mano.

El rostro de Thomas Murchison, carnoso y un tanto rubicundo, lo mismo hubiese podido ser de piedra por lo que a Tom concernía. Los ojos de Murchison eran brillantes, inteligentes, y contrastaban con él.

Era la una y media. Debían partir para Orly en media hora más o menos. «¿Debería regresar a Londres lo antes posible tras librarse del conde?» -se preguntó Tom-. ¿Pero qué iba a sacar con ir a Londres? «¡Maldito sea el conde!» -pensó Tom-. El asunto de Derwatt Ltd., era más importante que la porquería, fuese cual fuese, que transportaba el conde. Tom reparó en que Reeves no le había indicado en qué parte del equipaje del conde debía buscar. Supuso que Reeves le telefonearía por la noche. Tom se sentía desdichado, y no le quedaba más remedio que levantarse, ahora, de la silla donde había estado retorciéndose durante los últimos diez minutos.

–Me gustaría que se llevase usted una botella de vino de mi bodega -dijo Tom-. ¿Qué le parece si bajamos a echar un vistazo?

La sonrisa de Murchison se hizo más amplia.

–¡Qué idea más maravillosa! Gracias, Tom.

La bodega tenía entrada desde el exterior, descendiendo unos cuantos peldaños de piedra hasta una puerta verde, o entrando a través de un retrete de reserva que había en la planta baja, contiguo al pequeño vestíbulo donde los invitados colgaban sus abrigos.

Tom y Heloise habían hecho construir esta entrada para no tener que salir al exterior cuando hacía frío o llovía.

–Me llevaré el vino a los Estados Unidos cuando regrese allí.

Sería una lástima despacharlo yo solo en Londres -dijo Murchison.

Tom encendió la luz de la bodega. La habitación era grande, gris y estaba fría como una nevera, o al menos eso parecía viniendo de la casa, con su calefacción central. Había cinco o seis barriles de gran tamaño sobre un tablado (no todos llenos) y gran número de estanterías llenas de botellas de vino contra la pared. En un rincón se encontraba el enorme tanque donde se almacenaba el combustible para la calefacción, junto a otro tanque lleno de agua caliente.

–Aquí están los claretes -dijo Tom, indicando unas estanterías junto a la pared, llenas más de la mitad de botellas oscuras y cubiertas de polvo.

Murchison lanzó un silbido de admiración.

«Hay que hacerlo aquí abajo -pensó Tom- si es que hay que hacer algo.» Y, sin embargo, no tenía nada planeado. «Hay que moverse» -se dijo-, pero no hacía más que ir lentamente de un lado para otro, examinando sus botellas, y tocando una o dos veces la hoja de estaño rojo que envolvía el cuello de las botellas. Extrajo una.

–Margaux. Ese le gustó a usted.

–¡Espléndido! – dijo Murchison-. Muchísimas gracias, Tom. Les hablaré a los de casa acerca de la bodega de donde procede.

Murchison cogió la botella con reverencia.

Tom dijo:

–¿No hay posibilidad de que cambie de opinión, siquiera por complacerme, sobre su entrevista con el experto de Londres? Acerca de las falsificaciones…

Murchison lanzó una risita.

–Tom, no puedo. ¡Por complacerle! No alcanzo a comprender aunque me maten por qué se empeña usted en protegerles, a no ser que…

A Murchison se le había ocurrido algo, y Tom sabía qué era ese algo: que Tom Ripley estaba metido en el lío y de él sacaba alguna ventaja o beneficio.

–Pues sí, tengo un interés personal en ello -dijo Tom rápidamente-. Verá, conozco al joven que habló con usted el otro día en el hotel. Lo sé todo sobre él. Es el falsificador.

–¿Qué? Aquel… aquel…

–Sí, aquel individuo nervioso. Bernard. Él conocía a Derwatt. El asunto comenzó de un modo idealista, verá…

–¿Quiere usted decir que Derwatt está al corriente de todo?

–Derwatt murió. Necesitaban a alguien que le suplantase -confesó Tom, sin reflexionar.

Le daba la sensación de que ya no tenía nada que perder, y quizá sí algo que ganar. Murchison, en cambio, sí tenía algo que perder: la vida; pero Tom no podía decirlo con palabras, palabras sencillas, todavía.

–¿Así que Derwatt murió… y cuándo fue?

–Hace cinco o seis años. Murió realmente en Grecia.

–Conque todos los cuadros…

–De Bernard Tufts. Ya vio qué clase de persona era. Se suicidaría, de hacerse público que estaba falsificando los cuadros de su amigo fallecido. Le aconsejó a usted que no siguiese comprándolos. ¿No basta con eso? La galería le pidió a Bernard que pintase un par de cuadros con el estilo de Derwatt, ¿comprende?

Tom se daba cuenta de que había sido él quien había hecho la sugerencia, pero daba igual. También se daba cuenta de que estaba discutiendo en vano, no solamente porque Murchison se mostraba inexorable, sino porque su propio razonamiento estaba dividido de un modo que conocía muy bien. Veía lo que estaba bien y lo que estaba mal. Y, con todo era sincero en ambos respectos: salvar a Bernard, salvar las falsificaciones, salvar al mismo Derwatt: eso era lo que pretendía con sus argumentos. Murchison no lo entendería jamás.

–Bernard quiere dejarlo, lo sé. Me parece que a usted no le gustaría arriesgarse a provocar un suicidio, motivado por la vergüenza, por el mero placer de demostrar que estaba en lo cierto. ¿No es así?

–¡Podía haber pensado en la vergüenza cuando empezó! – dijo Murchison, observando las manos de Tom, luego el rostro, y de nuevo las manos. ¿Fue usted quien se hizo pasar por Derwatt? Sí. Me fijé en las manos de Derwatt -Murchison sonreía agriamente-. ¡Y pensar que la gente cree que se me escapan los detalles pequeños!

–Es usted muy observador -se apresuró a decir Tom, sintiéndose súbitamente enojado.

–¡Dios! Pude haberlo mencionado ayer. Sí, ayer reparé en ello. En sus manos. Eso no pudo ocultarlo con una barba postiza, ¿verdad?

Tom dijo:

–Déjelos a todos en paz, ¿quiere? ¿Es que están haciendo tanto daño? Los

cuadros de Bernard son buenos, eso no puede negarlo.

–¡Que me abarquen si voy a tener el pico cerrado! ¡No! ¡Aunque usted o quien sea me ofrezca pagarme mi peso en oro para que no cante!

El rostro de Murchison se había puesto aún más colorado, sus mandíbulas temblaban. Dejó el vino en el suelo, con brusquedad, pero la botella no se rompió.

El desprecio a su vino fue como un ligero insulto, o así se lo parecía a Tom, un minúsculo pero nuevo insulto. Tom recogió la botella casi al instante y golpeó con ella a Murchison, dándole en un lado de la cabeza. Esta vez la botella sí se rompió, el vino se esparció y la base cayó al suelo. Murchison se tambaleó, chocando con las estanterías que se movieron de arriba abajo, aunque nada más cayó al suelo, a excepción de Murchison, que se desplomó chocando con las botellas pero sin derribar ninguna.

Tom agarró lo primero que le vino en mano (y que acertó a ser un cubo vacío de carbón) y lo blandió contra la cabeza de Murchison. Tom le asestó un segundo golpe. La base del cubo era pesada. Murchison sangraba, tendido de lado en el suelo de piedra, con el cuerpo algo retorcido. No se movía.

¿Qué hacer con la sangre? Tom iba de un lado a otro buscando desesperadamente algún trapo viejo, incluso un periódico. Se acercó al tanque de combustible. Debajo había un trapo grande, rígido de viejo y sucio. Regresó con él y trató de limpiar la sangre, pero desistió de su inútil tarea al cabo de un momento, y volvió a mirar en torno suyo. «Ponlo debajo de un barril» -pensó-. Asió a Murchison por los tobillos, pero lo soltó en seguida y le palpó el cuello. No había señal de pulso. Tomó aliento y colocó las manos debajo de los brazos de Murchison. Dando bruscos tirones iba arrastrando el pesado cuerpo hacia el barril. Detrás de éste había un rincón oscuro. Los pies de Murchison sobresalían un poco. Tom le dobló las rodillas para que los pies no se viesen. Pero como el barril estaba sobre una plataforma a unos cuarenta centímetros del suelo, Murchison era más o menos visible en el supuesto de que alguien se colocase en medio del sótano y escudriñase aquel rincón. Agachándose, era posible ver todo el cuerpo «¡Tenía que ser precisamente en este momento -pensó Tom- que no encontrase una sábana vieja, un pedazo de tela embreada, un periódico, cualquier cosa que sirviese para cubrir el cuerpo! ¡La culpa la tenían madame Annette y su manía del orden!»

Tom arrojó el trapo ensangrentado, que fue a parar a los pies de Murchison. Dio un par de puntapiés a los trozos de cristal de la botella rota que había en el suelo (el vino ya se había mezclado con la sangre) y entonces, rápidamente,

recogió el cuello de la botella y con él golpeó la bombilla que colgaba del techo por un cordón. La bombilla se rompió y los cristales tintinearon al chocar con el suelo.

Entonces, jadeando un poco y esforzándose por recobrar su respiración normal, Tom se movió en la oscuridad hacia las escaleras y las subió. Cerró la puerta de la bodega. En el retrete de reserva había un lavabo y en él se lavó las manos rápidamente. La sangre teñía de rosa el agua corriente, y Tom pensó que era la de Murchison, hasta que vio de dónde procedía: se había hecho un corte en la base del dedo pulgar. Sin embargo, el corte no era profundo y pudiera haber sido peor, por lo que se consideró afortunado. Cogió un poco de papel higiénico del rollo de la pared y se envolvió el pulgar.

Madame Annette estaba ocupada en la cocina en aquellos momentos, lo cual era otra buena muestra de que estaba de suerte. Si salía -pensó Tom-, le diría que mister Murchison ya estaba en el coche, suponiendo que madame Annette le preguntase dónde estaba.

Ya era hora de irse.

Tom subió corriendo a la habitación de Murchison. Lo único que Murchison había empaquetado era su gabán y los artículos de aseo que había en el lavabo. Tom puso éstos en un compartimiento de la maleta de Murchison y la cerró. Luego descendió las escaleras llevando el gabán y la maleta y salió por la puerta de delante. Lo metió todo en el Alfa-Romeo, luego volvió a subir corriendo la escalera en busca del «Reloj» de Murchison, que seguía embalado. Murchison tenía tal seguridad en sí mismo que ni siquiera se había preocupado de desenvolver su cuadro para compararlo con «El Hombre de la Silla». «El orgullo acarrea desgracias» -pensó Tom-. Cogió el paquete con su «Hombre de la Silla»y lo llevó a su habitación, escondiéndolo luego en un rincón de su armario y seguidamente regresó abajo con «El Reloj». Echó mano del impermeable colgado al lado de la puerta del retrete y salió a buscar el coche.

Arrancó en dirección a Orly.

El pasaporte y el billete de Murchison estarían en un bolsillo de su americana -pensó Tom-. Ya se cuidaría de eso más tarde. Lo mejor sería quemarlos por la mañana, cuando madame Annette hubiese salido, como de costumbre, a hacer sus compras sin demasiada prisa. Recordó también que había olvidado avisar a madame Annette de la llegada del conde. La llamaría desde algún sitio, pero no desde el aeropuerto de Orly -decidió- ya que quería permanecer allí el menor tiempo posible.

Iba bien de tiempo, como si realmente Murchison fuese a coger el avión.

Tom se dirigió a la puerta de «Salidas». Aquí a los coches y a los taxis les estaba permitido pararse unos momentos, siempre que no se entretuviesen, para dejar el equipaje y las personas o para recogerlos. Tom se detuvo, sacó la maleta de Murchison y la dejó sobre la acera, luego apoyó «El Reloj»en ella, y colocó el gabán de Murchison encima de todo. Se alejó en el coche. Había otros equipajes en la acera -se fijó-. Dirigió el coche hacia Fontainebleau, e hizo una parada en un bar-café situado al borde del camino, uno de los muchos establecimientos, ni muy grandes ni muy pequeños, que jalonaban la ruta entre Orly y el inicio de la Autoroute du Sud.

Pidió una cerveza y asimismo una ficha para llamar por teléfono. No hacía falta ficha, así que Tom cogió el teléfono que había en la barra, cerca de la caja registradora, y marcó el número de su casa.

–Allô!, soy yo -dijo Tom-. Mister Murchison tuvo que darse prisa en el último momento, así que me pidió que le despidiese de usted y le diese las gracias.

–Oh, ya comprendo.

–Alors… tendremos otro invitado esta noche, un tal conde Bertolozzi, italiano. Iré a buscarlo a Orly y estaremos en casa antes de las seis. Por cierto, ¿puede comprar algo… quizás hígado de ternera?

–En la carnicería tienen un gigot magnífico estos días…

Tom no estaba de humor para comer nada que tuviese hueso.

–Si no es demasiada molestia, me parece que preferiría hígado de ternera.

–¿Y un Margaux? ¿Un Meursault?

–Del vino ya me encargaré yo.

Tom pagó y dijo que había llamado a Sens, que estaba más lejos que su pueblo. Luego salió a buscar su coche. Regresó a Orly conduciendo sin prisas. Pasó por delante de "Llegadas» y "Salidas» y observó que las cosas de Murchison seguían donde él las había dejado. El gabán sería lo primero en desaparecer -pensó Tom-, birlado por algún joven emprendedor. Y si el pasaporte de Murchison estaba en e! gabán, el ratero sacaría algún partido de ello. Tom sonrió un poco mientras metía el coche en un P-4, uno de los aparcamientos para una hora.

Tom entró caminando lentamente por una de las puertas de cristal que se abrían frente a él, compró un ejemplar del Neue Züricher Zeitung en el puesto de periódicos, luego comprobó la hora de llegada de! avión de Eduardo. El vuelo no llevaba retraso, y le quedaban algunos minutos de tiempo. Se metió en el bar, atestado como siempre, y al fin consiguió acodarse en la barra y encargar un

café. Después del café, compró un billete y se encaminó hacia el sitio donde la gente aguardaba las llegadas.

El conde se tocaba con un sombrero Homburg de color gris. Llevaba un bigote negro, largo y delgado, y su abultado abdomen era visible incluso debajo de su gabán desabrochado. El conde sonrió al verle, con su sonrisa sincera y espontánea de italiano, y agitó la mano para saludarle. El conde estaba enseñando su pasaporte.

En cosa de pocos instantes se daban la mano y un breve abrazo. Tom le ayudó a transportar sus paquetes y maletas. El conde llevaba también una cartera. ¿Qué llevaría el conde, y dónde? La maleta ni siquiera se la abrieron. El aduanero francés se limitó a hacer un gesto para que pasase.

–Si no te importa esperarme aquí un minuto, iré a recoger mi coche -dijo Tom, una vez alcanzaron la acera-. Está a sólo unos metros de aquí.

Tom se alejó al trote y regresó al cabo de cinco minutos.

Tenían que pasar por «Salidas» y se fijó en que la maleta y el cuadro de Murchison seguían en su sitio, pero el gabán ya no estaba. «Uno menos, y quedan dos» -pensó.

Durante el viaje hacia casa hablaron, sin profundizar demasiado, sobre los acontecimientos políticos en Italia y Francia y el conde preguntó por Heloise.

Tom apenas conocía al conde y recordó que ésta era la segunda vez que se veían, pero en Milán habían hablado de pintura, por la que el conde sentía un interés apasionado.

–En estos momentos hay una esposizione Derwatt en Londres. Estoy impaciente por veda, la semana próxima. ¿Y qué le parece el regreso de Derwatt a Londres? ¡A mí me dejó atónito! ¡Las primeras fotografías suyas desde hace muchos años!

Tom no se había tomado la molestia de comprar ninguno de los periódicos de Londres.

–Una gran sorpresa. No ha cambiado mucho, según dicen.

Tom no tenía intención de mencionar que recientemente había estado en Londres y había visto la exposición.

–Tengo muchas ganas de ver el cuadro que tiene en casa. ¿Cuál es? ¿Aquél con las niñas pequeñas?

–«Las Sillas Rojas»-dijo Tom, sorprendido de que el conde se acordase.

Sonrió y agarró el volante con más fuerza. A pesar del cadáver en la bodega, a pesar del horrible día, de la exasperante tarde, Tom iba a sentirse contento de volver a casa… a la escena del crimen, como decían. No tenía la sensación de

que hubiese sido un crimen. ¿O es que iba a experimentar una reacción retardada por la mañana, quizás esa misma noche? Esperaba que no.

–Italia está produciendo espresso cada vez peor. En los cafés -anunció el conde con voz solemne de barítono-. Estoy convencido. Probablemente la Mafia está en el fondo del asunto.

Meditó durante unos momentos, mirando por la ventanilla, y luego prosiguió:

–Y los peluqueros de Italia, ¡Dios bendito! Empiezo a preguntarme si conozco a mi propio país. Ahora en mi barbería favorita de siempre tocando a Via Veneto, tienen unos empleados jóvenes que me preguntan qué clase de champú quiero. Yo les digo, «Sólo quiero que me laven el cabello, por favor, ¡lo que queda de él!» «Pero ¿es graso o seco, signore? Tenemos tres clases de champú. ¿Tiene usted caspa?» «¡No! – les digo-. ¿Es que no hay nadie que tenga el pelo normal hoy día, o es que ya no se fabrica champú normal y corriente?»

Al igual que Murchison, el conde elogió la firme simetría de Belle Ombre. El jardín, aunque apenas quedaba ninguna de las rosas del verano, mostraba su hermoso césped rectangular rodeado de pinos gruesos y formidables. Era el hogar, aunque no precisamente humilde. También en esta ocasión salió madame Annette a recibirles en la entrada, tan útil y obsequiosa como se había mostrado el día anterior, a la llegada de Thomas Murchison. De nuevo Tom acompañó a su invitado al cuarto que le había destinado y que madame Annette ya tenía dispuesto. Era demasiado tarde para el té, así que Tom dijo que estaría abajo y que el conde se reuniese con él cuando lo desease. La cena era a las ocho.

Luego, en su cuarto, Tom desempaquetó «El Hombre de la Silla», lo llevó abajo y lo colgó en su sitio de costumbre. Puede que madame Annette se hubiese percatado de la ausencia del cuadro durante unas horas, pero si le preguntaba algo al respecto, Tom pensaba decirle que mister Murchison se lo había llevado a su habitación, la de Tom, para verlo bajo una luz diferente.

Tom apartó las gruesas cortinas rojas de la puerta vidriera y miró al jardín de atrás. Las oscuras sombras verdes empezaban a ennegrecerse con la caída de la noche. Tom se dio cuenta de que estaba de pie justamente en un punto de la habitación que coincidía con el de la bodega donde estaba Murchison, y se apartó. «Aunque fuese a última hora de la noche, tenía que bajar al sótano y hacer lo que pudiese para limpiar las manchas de vino y de sangre. Madame Annette tenía un buen motivo para bajar a la bodega, ya que siempre estaba atenta a que no se acabase el combustible. Y, entonces, ¿qué?, ¿cómo sacar el cadáver de la casa? Había una carretilla de mano en el cobertizo. ¿Podría

transportar a Murchison, cubierto con la tela encerada que estaba en el cobertizo también, hasta el bosque, detrás de la casa, y enterrado? La solución era primitiva, y el lugar desagradablemente cercano a la casa, pero puede que fuese la mejor solución.» El conde bajó, ágil y vigoroso a pesar de su corpulencia. Era un hombre bastante alto.

–¡Ajá! ¡Ajá!

Al igual que a Murchison, le había sorprendido «Las Sillas Rojas», colgado al otro lado de la habitación. Pero el conde se volvió inmediatamente y dirigió la mirada hacia la chimenea, quedando, al parecer, aún más impresionado por «El Hombre de la Silla».

–Hermoso. ¡Delicioso!

Miraba atentamente ambos cuadros.

–No me ha defraudado usted. Es un placer admirarlos. Lo mismo digo de toda su casa. Me refiero al dibujo que hay en mi habitación.

Entró madame Annette con un cubo de hielo y algunos vasos sobre el carrito-bar. El conde, al ver que había Punt e Mes, dijo que tomaría eso.

–¿Le pidieron de la galería de Londres que prestase sus cuadros para la esposizione?

Murchison le había hecho la misma pregunta veinticuatro horas antes, pero refiriéndose a «El Hombre de la Silla», y la había hecho por curiosidad, por saber cuál era la actitud de la galería con respecto a cuadros que, forzosamente, sabían que eran falsos. Tom sintió un leve mareo en la cabeza, como si fuese a desmayarse. Había estado inclinado sobre el carrito-bar y se enderezó.

–En efecto, lo hicieron. Pero resulta tan complicado, sabe, todos los trámites para el envío, el seguro… Hace un par de años presté «Las Sillas Rojas»para una exposición.

–Puede que adquiera un Derwatt -dijo el conde pensativamente-. Es decir, si puedo permitírmelo. Con esos precios, tendrá que ser uno de los pequeños.

Tom se sirvió un whisky escocés sin mezclarlo, directamente sobre el hielo. Se oyó el teléfono.

–Con su permiso -dijo Tom, y descolgó el aparato.

Eduardo paseaba por la habitación, contemplando los demás cuadros de las paredes. La llamada era de Reeves Minot. Preguntó si el conde había llegado; luego si Tom estaba solo.

–No, no lo estoy.

–Lo encontrarás en…

–No te oigo bien del todo.

–En el dentífrico-gritó Reeves.

–¡Ooh!

La exclamación de Tom fue casi un gruñido, de fatiga, de desdén, de aburrimiento incluso. ¿Se trataba de un juego de niños? ¿O el argumento de una película malísima?

–Muy bien. ¿Y la dirección? ¿La misma que la última vez?

Tom tenía anotada una dirección de París, mejor dicho, tres o cuatro, adonde había enviado los encargos de Reeves otras veces.

–Esa irá bien. La última. ¿Todo va bien?

–Sí, me parece que sí, gracias -respondió Tom agradablemente.

Podía haberle sugerido a Reeves que cambiase un par de palabras con el conde, simplemente por amistad, pero probablemente sería mejor que el conde no supiese nada de la llamada de Reeves. Tom se sentía en baja forma, actuando con mal pie.

–Gracias por llamar.

–No hace falta que me telefonees si todo sale bien -dijo Reeves, y colgó.

–¿Me perdonará un segundo, Eduardo? – dijo Tom.

Subió corriendo al piso de arriba y entró en la habitación del conde. Una de las maletas permanecía abierta sobre la antigua arca de madera encima de la cual los invitados y madame Annette solían colocar el equipaje, pero Tom miró primero en el lavabo. El conde no había sacado sus artículos de aseo. Tom buscó en la maleta y encontró una bolsa de plástico opaco con cremallera. Lo abrió y se encontró con que contenía tabaco. Había otra bolsa de plástico con utensilios para afeitarse, un cepillo de dientes y dentífrico. Tom cogió este último. El extremo del tubo aparecía un poco manoseado, pero precintado. Probablemente el agente de Reeves disponía de algún instrumento con el que podía precintar el metal después de abrirlo. Tom apretó el tubo con cuidado y notó un bulto duro cerca del extremo. Movió la cabeza disgustado, se echó el tubo al bolsillo y colocó el estuche de plástico de nuevo en su sitio. Entró en su propia habitación y guardó el dentífrico en la parte trasera del cajón izquierdo, donde guardaba la cajita de los gemelos y un montón de cuellos almidonados.

Se reunió con el conde en el piso de abajo.

Durante la cena hablaron del sorprendente regreso de Derwatt y de su entrevista, que el conde había leído en la prensa.

–Vive en Méjico, ¿no es así? – preguntó Tom.

–Sí, y se niega a decir dónde. Cómo B. Traven, ¿sabe? ¡Ja, ja!

El conde alabó la cena y comió con buen apetito. Poseía ese don que tienen

los europeos para hablar con la boca llena y que ningún americano logra alcanzar sin parecer o sentirse sumamente grosero.

Después de cenar, al fijarse en el tocadiscos de Tom, el conde manifestó su deseo de oír un poco de música y escogió Pelléas el Mélisande. El conde quería el tercer acto: el dúo, un tanto febril, entre la soprano y una profunda voz masculina. Mientras escuchaba, y hasta cantaba, el conde se las arreglaba para hablar.

Tom trataba de prestar atención al conde e ignorar la música, pero siempre le resultaba difícil hacer caso omiso de la música. No estaba de humor para Pelléas et Mélisande. Lo que le hacía falta era la música de El Sueño de una Noche de Verano, la fabulosa obertura, y ahora, mientras la otra obra seguía sonando con su pesadez dramática, la obertura de Mendelssohn danzaba dentro de su cerebro, nerviosa, cómica, llena de inventiva. Necesitaba desesperadamente estar lleno de inventiva.

Estaban dando buena cuenta del coñac. Tom sugirió que por la mañana diesen un paseo en coche y almorzasen en Moret-sur-Loing. Eduardo le había dicho que deseaba coger el tren para París a primera hora de la tarde. Pero antes quería asegurarse de haber visto todos los tesoros artísticos de Tom, así que Tom le acompañó en una gira por toda la casa, incluyendo la habitación de Heloise, donde había un Marie Laurencin.

Después se dieron las buenas noches y Eduardo se retiró con un par de libros de arte de Tom.

Una vez en su habitación, Tom sacó del cajón el tubo de dentífrico Vademecum y probó, en vano, de abrirlo por abajo con la uña del pulgar. Penetró en el cuarto donde pintaba y cogió un par de alicates de su mesa de trabajo. De nuevo en su habitación, abrió el tubo cortándolo y ahí estaba: un cilindro de color negro. Un microfilm, desde luego. Tom se preguntó si el microfilm resistiría un buen lavado bajo el grifo, y decidió no arriesgarse y se limitó a frotarlo con un Kleenex. Olía a licor de menta. Dirigió un sobre a:

M. Jean.Marc Cahannier 16, Rue de Tison París IX.

Luego colocó el cilindro entre un par de hojas de papel de carta y lo metió todo en el sobre. Se juró a sí mismo librarse de este estúpido asunto, ya que le resultaba degradante. Se lo podía decir a Reeves sin ofenderle. Reeves tenía la extraña idea de que por cuantas más manos pasaban sus objetos, más seguros estaban. Reeves tenía obsesión por la intriga. Pero seguro que perdía dinero al tener que pagar a tanta gente, aunque les pagase poco. ¿O acaso se lo hacían para devolverle algún favor prestado?

Tom se puso el pijama y la bata, se asomó al vestíbulo y se alegró al ver que no había luz debajo de la puerta de Eduardo. Sin hacer ruido bajó a la cocina. Había dos puertas entre la cocina y el dormitorio de madame Annette, pues había un pequeño vestíbulo con una entrada para el servicio más allá de la cocina; así, pues, no era probable que madame Annette le oyese o viese luz en la cocina. Tom cogió un grueso trapo de cocina, de color gris, un paquete de Ajax y de un armario sacó una bombilla que se puso en el bolsillo. Descendió al sótano. Estaba tiritando. Entonces se dio cuenta de que necesitaría una linterna y una silla en la que subirse, por lo que regresó a la cocina y tomó uno de los taburetes de madera que iban con la mesa; de un cajón de la mesita del vestíbulo extrajo una linterna.

Con la linterna debajo del brazo quitó la bombilla rota y en su lugar colocó la nueva. La bodega se iluminó. Los zapatos de Murchison seguían siendo visibles. Entonces, horrorizado, Tom comprendió que las piernas del muerto se habían estirado a causa del rigor mortis. ¿O sería que Murchison aún estaba vivo? Tom hizo un esfuerzo para obligarse a sí mismo a comprobarlo, ya que, de no hacerlo, sabía que no conseguiría pegar ojo en toda la noche. Apoyó el dorso de sus dedos en la mano de Murchison. Con eso bastaba. La mano estaba fría y rígida. Tom cubrió los pies de Murchison con el trapo gris.

En un rincón se encontraba un fregadero con agua fría. Tom mojó el trajo y puso manos a la obra. El trapo se tiñó de rojo y tuvo que lavarlo, pero no se apreciaba diferencia alguna en la mancha del suelo, aunque posiblemente se veía más oscura a causa del agua. Bien, si madame Annette hacía alguna pregunta, siempre podría decirle que se le había caído una botella de vino. Recogió los últimos fragmentos de la bombilla y de la botella, enjuagó el trapo bajo el grifo del fregadero con gran cuidado, sacó los pedacitos de cristal del desagüe y se los puso en el bolsillo de la bata. Volvió a restregar el suelo con el trapo. Luego regresó al piso superior y, aprovechando que la luz de la cocina era mejor, se aseguró de que el tinte rojizo del trapo hubiese desaparecido del todo o casi del todo. Extendió el trapo en la tubería de desagüe, debajo del fregadero.

Pero quedaba el maldito cadáver. Tom suspiró y pensó en cerrar el sótano con llave hasta su regreso de despedir a Eduardo, pero a madame Annette le extrañaría encontrar la bodega cerrada en caso de que tuviera que entrar en ella. Además, el ama tenía llave propia, aparte de otra que abría la puerta del exterior, cuya cerradura era distinta. Tom tuvo la precaución de subir una botella de rosé y un par de Margaux, que colocó en la mesa de la cocina. Había ocasiones en que tener servicio resultaba un estorbo.

Cuando se acostó, más cansado que la noche antes, acarició la idea de meter a Murchison en un barril. Pero haría falta un tonelero para poner los condenados flejes en su lugar debido -supuso-. Y, además, sería necesario llenar el barril con algún líquido para evitar que el cadáver de Murchison fuese dando tumbos en su interior. Por otra parte, ¿cómo iba él solo a transportar el peso del barril y de su contenido? Imposible.

Se acordó de la maleta y del «Reloj»de Murchison en Orly. Seguramente ya se los habría llevado alguien. Murchison tendría quizá un libro de direcciones, algún sobre usado, en la maleta. Al día siguiente ya se le podría dar por «desaparecido». O quizás pasado mañana. El hombre de la Tate Gallery le estaría esperando mañana por la mañana. Tom se preguntó si Murchison había informado a alguien de que iba a pasar unos días con Tom Ripley. Confiaba en que no.

7

El viernes hacía un día soleado y fresco, aunque no lo bastante fresco para decir que hacía frío. Tom y Eduardo desayunaron en el cuarto de estar, cerca de las puertas vidrieras por las que penetraba el sol. El conde iba en pijama y bata, aunque no se hubiera presentado de tal modo, según dijo, de haber estado presente una dama; confiaba en que a Tom no le importase.

Poco después de las diez, el conde subió a vestirse y bajó con las maletas, dispuesto a dar un paseo en coche antes del almuerzo. – Me pregunto si podría prestarme un poco de dentífrico -dijo Eduardo-. Me parece que olvidé el mío en el hotel de Milán. ¡Qué estupidez la mía!

Tom esperaba ya esta pregunta y se alegró de oírla al fin. Se fue a hablar con madame Annette, que estaba en la cocina. Puesto que el estuche de aseo del conde estaba en la maleta, en la planta baja -suponía Tom-, lo mejor sería dejarle utilizar el lavabo de reserva. Madame Annette le trajo un tubo de dentífrico.

Llegó el correo y Tom pidió excusas para darle una ojeada. Había una postal de Heloise, que prácticamente no decía nada. Y otra carta de Christopher Greenleaf. Tom rasgó el sobre. La carta decía:

«15 de octubre de 19…

»Apreciado mister Ripley:

»Acabo de enterarme de que puedo tomar un vuelo charter con destino a París, así que llegaré antes de lo previsto. Espero que esté usted en casa. Haré el viaje con un amigo, Gerald Hayman, de mi misma edad, pero le aseguro que no lo traeré conmigo cuando vaya a visitarle, con el fin de evitarle molestias, aunque se trata de un muchacho simpático. Llegaré a París el sábado 19 de octubre y trataré de llamarle por teléfono. Por supuesto pasaré la noche del sábado en algún hotel de París, ya que el avión llega a las siete de la tarde, hora local.

»Mientras tanto le mando mis saludos.

»Atentamente,

Chris Greenleaf.»

El sábado era el día siguiente. Al menos Chris no iba a llegar mañana. «Dios santo -pensó Tom-, sólo me faltaba que apareciese Bernard.» Tom tuvo la idea de decirle a madame Annette que no respondiese al teléfono durante los siguientes dos días, pero ello hubiera resultado extraño y, lo que es más, hubiera molestado a madame Annette, que, como mínimo, recibía una llamada diaria de alguna de sus amigas, generalmente madame Yvonne, otra ama de llaves del pueblo.

–¿Malas noticias? – preguntó Eduardo.

–Oh, no, nada de eso -contestó Tom.

Tenía que sacar el cuerpo de Murchison. Preferiblemente aquella misma noche. Y siempre cabía la posibilidad de eludir a Chris diciéndole que estaría muy ocupado hasta el martes como mínimo. Tom tuvo una visión en la que la Policía francesa irrumpía en su casa al día siguiente, buscando a Murchison, y en cosa de pocos segundos encontraban el cadáver en el sitio más lógico: el sótano.

Tom entró en la cocina para despedirse de madame Annette, que estaba sacando brillo a una enorme salsera de plata y a una gran cantidad de cucharas soperas, todas ellas adornadas con las iniciales de la familia de Heloise: P.F.P.

–Salgo a dar una vuelta. El señor conde se marcha. ¿Necesita que le traiga alguna cosa para la casa?

–Si encuentra usted un poco de perejil que sea realmente fresco, m'sieur Tome…

–Me acordaré. Persil. Regresaré antes de las cinco, me parece. Cena para mí solo esta noche. Algo sencillo.

–¿Les ayudo con las maletas? – madame Annette se levantó-. No sé dónde tengo la cabeza hoy.

Tom le aseguró que no era necesario, pero ella salió igualmente a despedirse del conde. El italiano se inclinó cortésmente ante ella y alabó en francés sus habilidades culinarias.

Llegaron en coche a Nemours y visitaron la plaza del mercado con su fuente; luego prosiguieron la marcha hacia el norte, siguiendo el curso del Loing hasta Moret, cuyas calles de dirección única sorteo Tom con gran pericia. La población tenía unas espléndidas torres de piedra gris, las antiguas puertas de la ciudad, a ambos lados del puente que salvaba el río. El conde estaba encantado.

–No hay tanto polvo como en Italia -comentó.

Tom hizo cuanto pudo para ocultar su nerviosismo durante el pausado almuerzo. Miraba frecuentemente por la ventana los sauces llorones de la orilla del río, deseando poseer en su interior el mismo ritmo tranquilo con que se movían las ramas de los árboles impulsados por la brisa. El conde estaba enzarzado narrándole la larguísima historia del segundo matrimonio de su hija, que se había casado con un joven perteneciente a una linajuda familia boloñesa que le había repudiado momentáneamente a causa de su enlace con una muchacha que ya había estado casada. Tom apenas seguía el hilo de la narración, pues estaba pensando en cómo librarse del cuerpo de Murchison. «¿Debía arriesgarse a echarlo en algún río? ¿Podría levantar él solo el cadáver por encima del parapeto de un puente, sin contar con el peso de las piedras? ¿Y sin ser visto?

Suponiendo que se limitase a arrastrarlo hasta la orilla, ¿cómo podría estar seguro de que el cuerpo se hundiría a una profundidad suficiente, aunque le añadiese lastre?» Había empezado a lloviznar. «Eso haría más fácil la tarea de cavar una fosa -pensó Tom-. Bien pensado, los bosques de detrás de la casa serían probablemente la mejor solución.»

En la estación de Melun, Eduardo tuvo que esperar solamente diez minutos hasta la salida de su tren para París. Una vez se hubieron despedido afectuosamente, Tom llevó el coche hasta el tabac más cercano y compró sellos, más de los necesarios, para el sobre destinado al agente de Reeves; de este modo ningún chupatintas de correos retendría el sobre por falta de franqueo.

Tom compró perejil para madame Annette. Persil, en francés; petersilie, en alemán; prezzemolo, en italiano. Luego puso rumbo a casa. El sol se estaba poniendo. Tom se preguntó si la luz de una linterna o cualquier otro aparato atraería la atención de madame Annette si ésta miraba por la ventana de su cuarto de baño, que daba al jardín de atrás. ¿Y si subía a su cuarto para decirle que había visto una luz en el bosque y se encontraba con que él no estaba allí? Que Tom supiese, en el bosque nunca había nadie, ni excursionistas ni buscadores de setas. Tenía intención, no obstante, de adentrarse bastante entre los árboles y quizá madame Annette no se fijaría en la luz.

Al regresar, Tom sintió un impulso irresistible de ponerse los pantalones de trabajo en seguida y sacar la carretilla del cobertizo. La llevó hasta cerca de los peldaños de piedra que descendían del bancal posterior. Entonces, como había aún luz suficiente, atravesó trotando el césped hasta el cobertizo otra vez. Si madame Annette se fijaba en algo, le diría que estaba pensando en hacer un montón de estiércol en el bosque.,

Madame Annette tenía la luz encendida en su cuarto de baño, cuya ventana era de vidrio opaco, y supuso que la señora se estaba dando un baño, como hacía a esa hora siempre que no tuviera demasiado trabajo en la cocina. Tom sacó una horca de cuatro púas del cobertizo y se la llevó al bosque. Buscaba un lugar que pareciese adecuado y esperaba empezar a cavar un agujero que le diese ánimos para terminar la fosa cuando se pusiese a trabajar en serio al día siguiente, a primera hora de la mañana. Encontró un sitio entre varios árboles esbeltos donde era de esperar que no hubiese demasiadas raíces gruesas que estorbasen su labor. En la semioscuridad creyó que aquél era el mejor lugar, aun cuando distaba solamente poco más de setenta metros del borde del bosque, donde empezaba su césped. Tom cavaba vigorosamente, dando rienda suelta a la energía acumulada que le había estado fastidiando todo el día.

«Seguidamente la basura» -pensó-; y se detuvo, jadeando y riéndose en alto mientras alzaba el rostro en busca de aire. Quizás debiera sacar ahora mondaduras de patata y corazones de manzana del cubo de la basura, y meterlo todo en el agujero con el cadáver de Murchison, junto con una buena rociada de aquel polvo que servía para acelerar la descomposición. Había un saco lleno en la cocina. Se había hecho casi de noche.

Tom regresó con la horca, la restituyó a su lugar en el cobertizo y, al observar que la luz seguía encendida en el cuarto de baño de madame Annette (no eran más que las siete), descendió al sótano. Ahora se sentía con mayor valor para tomar el cadáver de Murchison, o «el objeto», como decían en las películas, y metió la mano sin vacilar en el bolsillo interior de la americana del muerto. Sentía curiosidad por el billete de avión y el pasaporte. Encontró solamente un billetero y dos tarjetas comerciales que cayeron al suelo. Tom dudó, luego volvió a meter el billetero, con las tarjetas de nuevo dentro, en el bolsillo. Uno de los bolsillos laterales de la americana contenía una llave y un llavero que Tom dejó en su sitio. El otro bolsillo, el del lado sobre el que estaba tendido el cuerpo, resultó más difícil debido a que Murchison estaba rígido y parecía pesar casi tanto como una estatua. Del bolsillo de la izquierda no obtuvo nada. En los bolsillos de los pantalones había tan sólo un poco de calderilla francesa mezclada con otro tanto de inglesa. Tom no tocó nada. Dejó igualmente en su sitio los dos anillos que Murchison llevaba en los dedos. En el caso de que acabasen encontrando el cadáver en su finca, no habría ninguna duda de quién se trataba: madame Annette le había conocido en vida. Tom abandonó el sótano y apagó la luz en lo alto de las escaleras.

Luego Tom se bañó y justo en el momento en que estaba acabando de hacerlo sonó el teléfono. Se abalanzó hacia el aparato confiando, dando por sentado que sería Jeff, quizá con buenas noticias, aunque ¿en qué podían consistir éstas?

–Allô, Tome! Aquí Jacqueline. ¿Cómo estás?

Era una de sus vecinas, Jacqueline Berthelin, que vivía con su esposo en una ciudad a pocos kilómetros de distancia. Quería que fuese a cenar con ellos el jueves. Había invitado ya a les Clegg, un matrimonio inglés de mediana edad a quienes Tom conocía y que vivían cerca de Melun.

–¡Qué mala suerte, querida, precisamente tengo un huésped el jueves! Un joven que viene de América.

–Tráetelo contigo. Será bienvenido.

Tom intentó zafarse pero no lo consiguió del todo. Dijo que llamaría en un

par de días para confirmar, ya que no estaba seguro de cuánto tiempo se alojaría con él el americano.

Estaba saliendo de la habitación cuando sonó de nuevo el teléfono.

Esta vez era Jeff, desde el Strand Palace Hotel, según dijo

–¿Cómo van las cosas por ahí? – preguntó Jeff.

–Oh, muy bien, gracias -respondió Tom sonriendo, mientras se pasaba los dedos por el pelo, como si le importase un comino que hubiese un cadáver en la bodega, el cadáver de un hombre que él, Tom, había matado para proteger a la Derwatt Ltd.

–¿Y a ti, cómo te van?

–¿Dónde está Murchison? ¿Sigue ahí contigo?

–No, se marchó a Londres ayer por la tarde. Pero… me parece que no piensa entrevistarse con… ya sabes, el hombre de la Tate Gallery. Estoy seguro de ello.

–¿Lograste persuadirle?

–Sí -respondió Tom.

El suspiro o resoplido de alivio de Jeff debió de oírse de uno a otro lado del Canal de la Mancha.

–¡Excelente, Tom! Eres un genio.

–Diles a los demás que se calmen. Especialmente a Bernard.

–Pues… eso es problema nuestro. Claro, se lo diré, con mucho gusto. Está, bueno, está deprimido. Estamos tratando de que se vaya a alguna parte, a Malta, a cualquier condenado lugar, hasta que se clausure la exposición. Siempre se pone así cuando hay una, pero esta vez es peor debido a… ya sabes.

–¿Qué hace?

–Gimotear por ahí, francamente. Incluso llamamos a Cynthia, pues yo creía que a ella seguía gustándole Bernard. No es que le dijésemos nada… nada acerca de los motivos -se apresuró a añadir Jeff-. Le pedimos solamente si podía pasar una temporada con Bernard.

–Deduzco que se negó.

–Así fue.

–¿Sabe Bernard que hablasteis con ella?

–Ed se lo dijo. Ya lo sé, Tom, puede que fuese una equivocación.

Tom estaba impaciente.

–¿Me haréis el favor de procurar simplemente que esté tranquilo durante unos cuantos días? – Le estamos dando sedantes, de los flojos. Esta tarde, sin que él lo notase, le puse uno en el té.

–Dile, por favor, que Murchison ya está… tranquilo, ¿quieres?

Jeff se rió.

–Sí, Tom. ¿Qué piensa hacer en Londres?

–Dijo que tenía unas cuantas cosas que hacer. Luego regresará a los Estados Unidos. Escucha, Jeff, no más llamadas por unos cuantos días, ¿eh? De todos modos, no estoy seguro de que vaya a estar en casa.

Tom creía que podría justificar sus escasas llamadas a Jeff, o las que éste le había hecho a él, si a la Policía le daba por investigarlas. Pensaba decirles que tenía pensado adquirir «La Bañera»y que había hablado de ello con la Buckmaster Gallery.

Aquella misma noche Tom salió y regresó del cobertizo con una tela encerada y una cuerda. Mientras madame Annette se ocupaba en poner orden en la cocina, Tom envolvió el cuerpo de Murchison y ató la cuerda de manera que pudiese asirla con facilidad. El cadáver resultaba difícil de manejar, parecía el tronco de un árbol y pesaba como tal, incluso más -pensó Tom-. Lo arrastró hasta los escalones de la bodega. El hecho de que el cadáver estuviese cubierto le hacía sentirse ligeramente mejor, pero ahora su proximidad a la puerta, a los escalones, a la puerta de la calle, hacía que sus nervios volviesen a estar de punta. ¿Qué iba a decir si madame Annette le veía? Si alguno de los que solían llamar a la puerta (gitanos que vendían cestas; Michel, el arreglalotodo del pueblo, en busca de alguna chapuza, algún chico que quisiese vender folletos de la Iglesia) lo hacía ahora, ¿qué iba a decir del monstruoso objeto que estaba a punto de cargar en la carretilla? Puede que el intruso no preguntase nada, pero miraría con curiosidad y haría una típica pregunta francesa en negativo:

–No es un peso muy ligero,¿verdad?

Y se acordaría de lo visto.

Tom durmió mal y, curiosamente, se dio cuenta de sus propios ronquidos. No acabó de dormirse por completo, así que no le fue difícil levantarse a las cinco de la mañana.

En el piso inferior, echó a un lado la esterilla de la puerta de la calle, luego bajó al sótano. Subió el cadáver con facilidad hasta la mitad de las escaleras, pero el hacerla mermó sus energías hasta el punto que tuvo que pararse. La cuerda le estaba cortando un poco la mano, y estaba demasiado impaciente para ir corriendo al cobertizo en busca de sus guantes de jardinero. Cogió de nuevo el bulto y consiguió llegar hasta el rellano. La cosa resultó más fácil al atravesar el piso de mármol. Cambió de tarea empujando la carretilla hasta la puerta de la calle y dejándola allí, volcada sobre un lado. Hubiese preferido sacar a Murchison por la puerta vidriera, pero no podía cruzar la sala de estar con el

cuerpo sin antes quitar la alfombra. Tom tiraba del alargado bulto por los cuatro o cinco peldaños del exterior. Trató de introducir el cuerpo en la carretilla lo suficiente para que bastase con enderezar ésta para que la carga quedase bien instalada. Así lo hizo, pero la carretilla dio un vuelco completo y el cadáver cayó por el otro lado y quedó nuevamente en el suelo. Casi había para echarse a reír.

La idea de tener que arrastrar el cuerpo otra vez hasta la bodega resultaba terrible. Impensable. Tom permaneció un momento, treinta segundos, intentando recobrar fuerzas, mirando fijamente el maldito bulto del suelo. Luego se lanzó a la tarea como si se tratase de luchar con un dragón vivo y rugiente, algo sobrenatural, al que debía matar antes de que le matase a él, e izó el cuerpo hasta la carretilla.

La rueda delantera se hundió en la grava. Tom se dio cuenta inmediatamente de que sería inútil empujarla por encima del césped, que ya empezaba a estar reblandecido por los aguaceros del día anterior.

Salió corriendo a abrir las grandes verjas de la puerta. Entre ésta y los peldaños que daban acceso a la puerta de la calle había una serie de losas de tamaño irregular que le fueron muy útiles y pronto se encontró con la carretilla sobre el suelo duro y arenoso de la carretera. Por una vereda a la derecha se llegaba a los bosques de detrás de la casa, una vereda muy estrecha que tenía más de sendero o de camino de carros que de camino para coches, aunque era lo bastante amplia para dar cabida a un automóvil. Tom sorteó con la carretilla los pequeños baches y charcos de agua y finalmente llegó a su bosque (no era suyo, de hecho, pero ahora se sentía como si lo fuese debido a la alegría que le producía poder ocultarse en él).

Empujó la carretilla un trecho y luego se detuvo y buscó el lugar donde había empezado a cavar. No tardó en hallarlo. Había una cuesta desde la vereda hasta el bosque con la que Tom no había contado, por lo que tuvo que descargar el cuerpo sobre el suelo y arrastrarlo pendiente arriba. Luego tiró de la carretilla hasta el bosque para que quedase oculta a la vista de quien pudiese transitar por la vereda. Ya había un poco más de luz. Tom se dirigió a paso rápido hacia el cobertizo a recoger la horca. Cogió también una pala herrumbrosa que había dejado el anterior ocupante de la casa. La pala estaba agujereada, pero, así y todo, serviría. Tom regresó y siguió cavando. La herramienta tropezó con unas raíces. Al cabo de quince minutos empezó a ver claro que no podría terminar la cosa aquella mañana. A las ocho y media, madame Annette le subiría el café a su habitación; entre otras cosas.

Se agachó rápidamente al ver aparecer en la vereda a un hombre vestido de

azul descolorido que empujaba una carretilla de madera, de fabricación casera, llena de leña. El hombre no miró hacia donde estaba Tom. Caminaba hacia la carretera que pasaba por delante de la casa de Tom. ¿De dónde habría salido? Quizás estuviese robándole madera al Estado, y así estaba tan contento de evitar a Tom como éste lo estaba de evitarle a él.

Tom cavó hasta alcanzar unos ciento veinte centímetros de profundidad. Allí la fosa quedaba atravesada por unas raíces que tendrían que cortarse con un serrucho. Tom salió del agujero y miró en torno suyo buscando alguna depresión o repecho del terreno donde pudiese esconder a Murchison provisionalmente. Encontró un sitio a unos cuatro o cinco metros de distancia, y una vez más arrastró el cadáver tirando de la cuerda. Con ramas y hojas caídas cubrió la tela encerada de color gris. Al menos no llamaría la atención de quienes pasasen por la vereda -pensó.

Luego empujó la carretilla, que ahora parecía una pluma, hasta la vereda, y para agotar todas las precauciones la dejó en su sitio en el cobertizo. De este modo evitaría que madame Annette le preguntase qué hacía la carretilla fuera.

Tuvo que entrar por la puerta principal porque las vidrieras estaban cerradas con llave. Tenía la frente empapada de sudor.

En el piso de arriba se enjugó el sudor con una toalla húmeda y caliente, volvió a ponerse el pijama y se fue a la cama. Eran las ocho menos veinte. «Había hecho demasiado por Derwatt Ltd. – pensó-. ¿Se lo merecían? Bernard, curiosamente, sí. Si pudiesen lograr que Bernard superase su crise…»

Pero no era así como debía enfocarse el asunto. No hubiera asesinado a nadie simplemente para salvar a Derwatt Ltd. o al mismo Bernard -supuso Tom-. Tom había matado a Murchison porque éste se había dado cuenta, en el sótano, de que Tom había suplantado a Derwatt. Tom había matado a Murchison para salvarse él mismo. Y, con todo, Tom trataba de preguntarse a sí mismo si habría matado a Murchison porque así lo había planeado ya cuando los dos bajaron a la bodega. ¿No había tenido intención de matarle? Tom se veía sencillamente incapaz de responder a eso. Aunque ¿importaba mucho?

Bernard era el único del trío a quien no acababa de comprender del todo y, pese a ello, era quien más simpático le caía. Los motivos de Ed y de Jeff eran muy sencillos: hacer dinero. Tom dudaba que fuese Cynthia quien había roto con Bernard. No le hubiese sorprendido que Bernard (que indudablemente había estado enamorado de Cynthia en un momento dado) hubiese roto con-la muchacha, avergonzado de sus falsificaciones. Resultaría interesante sonsacarle la verdad a Bernard. Sí, en Bernard había un misterio, y era el misterio lo que

hacía atractivas a las personas -pensó Tom-, lo que las hacía enamorarse, también. A pesar del desagradable bulto envuelto con una tela encerada que había en el bosque, detrás de la casa, Tom se estaba dejando llevar por sus propios pensamientos, como si se encontrase sobre una nube. Era extraño, y sumamente agradable, fantasear sobre Bernard, sus motivos, temores, vergüenza y posibles amores. Bernard, al igual que el verdadero Derwatt, tenía algo de santo.

Un par de moscas, alocadas como siempre, estaban molestando a Tom. Se sacudió una del pelo. Las moscas revoloteaban en torno a la mesita de noche. El otoño ya estaba demasiado avanzado para que todavía hubiese moscas, y Tom ya había tenido más que suficientes durante el verano. La campiña francesa era famosa por su gran variedad de moscas, variedad muy superior en número a la de quesos -según Tom había leído en alguna parte-. Una de las moscas montó encima de la otra. ¡A la vista de todo el mundo! Rápidamente, Tom encendió una cerilla y la aplicó a los dos desvergonzados insectos. Las alas chisporrotearon. Las patas se extendieron al aire en un último estertor. ¡Ah, Liebestod, unidos hasta en la muerte!

«Si ello era posible en Pompeya, ¿por qué no en Belle Ombre?» -se dijo.

8

Tom pasó la mañana del domingo haraganeando. Escribió una carta a Heloise a la dirección de la American Express en Atenas, y a las dos y media escuchó un programa cómico por la radio, como solía hacer. A veces, el domingo por la tarde, madame Annette encontraba a Tom revolcándose de risa sobre el sofá amarillo y, de vez en cuando, Heloise le pedía que le tradujese algunas frases, aunque gran parte de ellas, y en "especial los juegos de palabras, no se prestaban a la traducción. A las cuatro, respondiendo a una invitación que aquel mismo mediodía le habían hecho por teléfono, Tom se fue a tomar el té con Antoine y Agnes Grais, que vivían al otro extremo de Villeperce, a una distancia que fácilmente podía recorrerse a pie. Antoine era arquitecto y trabajaba en París. Durante la semana vivía en su estudio. Agnes, sosegada y rubia, de unos veintiocho años, se quedaba en Villeperce y cuidaba de sus dos hijos, pequeños todavía. Había otros cuatro invitados en casa de los Grais, todos de París.

–¿Qué has estado haciendo últimamente, Tome? – preguntó Agnes, al mismo tiempo que, acabado el té, sacaba la especialidad de su marido: una botella de fuerte ginebra holandesa que -al decir de los Grais- debía beberse sin mezcla de ninguna clase.

–Pintando un poco. Paseando por el jardín y limpiando lo que probablemente

no tenía que limpiarse.

Los franceses llamaban siempre «limpian› a la operación de arrancar las malas hierbas.

–¿No te has sentido solo? ¿Cuándo regresa Heloise?

–Puede que dentro de un mes.

La hora y media pasada en casa de los Grais tranquilizó los nervios de Tom. Sus anfitriones no hicieron ningún comentario sobre los huéspedes de Tom, Murchison y el conde Bertolozzi, y puede que ni siquiera se hubiesen fijado en ellos u oído hablar de ellos por medio de madame Annette, que solía chismorrear bastante en las tiendas de comestibles. También les pasó por alto a los Grais el que las manos de Tom tuvieran un color rojizo, casi de sangre, debido al roce de las cuerdas con que había atado el cadáver de Murchison.

Por la tarde, Tom se tumbó sin zapatos sobre el sofá hojeando el Harrap's Dictionary, tan grueso y pesado que tenía que apoyárselo sobre las caderas o colocarlo encima de la mesa. Sabía que iban a llamarle por teléfono, aunque no sabía quién, y a las diez y cuarto sucedió lo que esperaba. Era Chris Greenleaf desde París.

–¿Es usted… Tom Ripley?

–Sí. Hola, Chris. ¿Cómo estás?

–Muy bien, gracias. Acabo de llegar con mi amigo. Me alegro muchísimo de encontrarle en casa. No hubo tiempo para que me llegase su carta, si es que la escribió. Bueno… verá…

–¿Dónde te hospedas?

–En el Hotel Louisiane. ¡Muy recomendable según mi familia! Es mi primera noche en París. Ni siquiera he abierto la maleta. Pero pensé en llamarle antes.

–¿Qué planes tienes? ¿Cuándo te va bien venir por aquí?

–Oh, en cualquier momento. Naturalmente quiero hacer un poco el turista. Ante todo el Louvre, quizás.

–¿Qué te parece el martes?

–Pues… muy bien, pero había pensado mañana, ya que mi amigo estará ocupado todo el día. Tiene un primo que vive aquí, un señor algo mayor, americano. Así que esperaba que…

Por alguna razón, a Tom no se le ocurría ninguna excusa para impedir la visita del muchacho.

–De acuerdo. Mañana. ¿Por la tarde? Tengo algo que hacer por la mañana.

Tom le explicó que tendría que coger un tren en la Gare de Lyon y apearse en

Moret-Ies-Sablons, y añadió que le volviese a llamar cuando supiese cuál era su tren; de este modo Tom podría acudir a recibirle en la estación.

Estaba claro que Chris se quedaría a pasar la noche, por lo que Tom comprendió que sería necesario terminar la fosa y meter el cuerpo en ella por la mañana. De hecho, puede que por eso hubiese estado de acuerdo en que el muchacho le visitase al día siguiente. La inminencia de la visita le serviría de estímulo para trabajar con mayor ahínco.

Chris le había parecido sincero, pero quizás tuviese los buenos modales de los Greenleaf y no quisiera abusar de su hospitalidad. Tom dio un respingo al pensar eso, ya que él sí se había quedado más tiempo que el debido en casa de Dickie, en Mongibello, cuando era todavía joven e inexperto; a la sazón tenía veinticinco años, no veinte como Chris. Tom había venido de América, o, mejor dicho, el padre de Dickie, Herbert Greenleaf, le había mandado en busca de Dickie. Había sucedido lo de siempre. Dickie no quería regresar a los Estados Unidos. Tom todavía se estremecía al pensar cuán ingenuo había sido por aquel entonces. ¡La de cosas que había tenido que aprender! Y luego, bueno, pues Tom Ripley se había quedado en Europa. Había aprendido bastante. Al fin y al cabo, disponía de algún dinero (el de Dickie) y tenía cierto éxito con las chicas; a decir verdad, Tom se sentía perseguido por las muchachas. Heloise Plisson había sido una de sus admiradoras. Y a Tom le parecía que la muchacha era atractiva. Ni él ni Heloise habían hablado de matrimonio. Éste era un capítulo breve y oscuro de su vida. Una vez, cuando estaban en el bungalow que habían alquilado en Cannes, Heloise dijo:

–Ya que vivimos juntos, ¿por qué no nos casamos?… A propos, no estoy segura de que papá apruebe («¿cómo había dicho "apruebe" en francés? – se preguntó Tom-. Tendré que buscarlo en el diccionario») por más tiempo el que vivamos juntos, mientras que si nos casásemos… ça serait un tait accompli.

Tom se había puesto verde durante la boda, aunque se habían casado por lo civil, y no había público en el juzgado. Más tarde, Heloise le dijo riendo:

–Estabas verde.

Cierto. Pero Tom había aguantado la prueba hasta el final. Y, aun cuando comprendía que era absurdo, había esperado que Heloise le elogiase por ello. Era el novio de quien se esperaba que dijese cosas como «Querida, ¡estabas maravillosa!» o «¡Tus mejillas resplandecían de belleza y felicidad!» o alguna imbecilidad semejante. Pues bien, sí se había puesto verde, pero al menos no se había desmayado en medio de la sala, que, en aquel caso, había sido el despacho del juez de paz de algún lugar del sur de Francia, cuyas sillas, vacías, habían sido

apartadas a un lado para formar una especie de pasillo. «Las bodas deberían hacerse en secreto -pensó Tom- tan en privado como la misma noche de bodas.» Lo cual, desde luego, no era decir mucho. Ya que, durante la boda, todo el mundo no pensaba más que en la noche de bodas, ¿por qué la ceremonia se celebraba de forma tan descaradamente pública? Había cierta vulgaridad en ello. ¿Por qué no se podía sorprender a los amigos diciéndoles:

–Oh, ¡pero si ya llevamos casados tres meses!

No era difícil comprender por qué las bodas se celebraban en público en otros tiempos:

–Ya la hemos «colocado», muchacho, y no te vas a librar de ella, ¡pues aquí estamos cincuenta parientes de la novia dispuestos a hervirte en aceite!

Pero, ¿por qué en nuestros días?

Tom se fue a la cama.

El domingo por la mañana, de nuevo sobre las cinco, Tom se puso sus tejanos y bajó por la escalera sin hacer ruido.

Esta vez topó con madame Annette, que abría la puerta de la cocina al vestíbulo justamente cuando Tom estaba a punto de abrir la puerta principal y salir. Madame Annette sostenía un paño blanco contra la mejilla y no había duda de que dentro del pañuelo había sal calentada, del tipo grueso que se emplea para cocinar. En su rostro se pintaba el dolor.

–Madame Annette… ¿otra vez su muela? – dijo Tom compasivamente.

–No he pegado ojo en toda la noche -dijo madame Annette-. Hoy se ha levantado temprano, m’sieur Tome.

–¡Maldito sea ese dentista! – dijo Tom en inglés. Luego, en francés, añadió-: ¡Vaya idea la de que el nervio se caería solo! No sabe lo que se hace. Hágame caso, madame Annette, me acabo de acordar que arriba tengo unas píldoras amarillas. Son de París. Especiales para el dolor de muelas. Un segundo.

Tom subió corriendo las escaleras.

Madame Annette se tomó una de las cápsulas, parpadeando mientras se la tragaba. Tenía ojos de color azul pálido. Sus párpados superiores eran finos y se inclinaban hacia abajo en el rabillo. Parecían nórdicos. Era bretona por parte de padre.

–Si lo desea, la llevaré en coche a Fontainebleau hoy mismo -se ofreció Tom.

Tom y Heloise solían acudir a un dentista de Fontainebleau y Tom suponía que éste accedería a visitar a madame Annette aun siendo domingo.

–¿Por qué se ha levantado tan temprano?

Al parecer, la curiosidad de madame Annette era más fuerte que su dolor.

–Voy a trabajar un poco en el jardín y luego volveré a acostarme para, dormir una hora más o menos. También a mí me ha sido difícil dormir.

Tom la convenció amablemente para que regresase a su habitación, donde la dejó con el frasco de cápsulas. Cuatro cápsulas en veinticuatro horas eran una dosis inofensiva -dijo a la vieja señora.

–No se preocupe por mi desayuno y mi almuerzo, mi querida madame. Tómese un buen descanso hoy.

Luego Tom salió a trabajar. Cavaba a un ritmo razonable, o, cuando menos, a él le parecía razonable. La fosa tenía que medir un metro y medio de profundidad, y no valían excusas. Del cobertizo había sacado un serrucho lleno de herrumbre pero todavía útil y con él atacó el laberinto de raíces entrecruzadas, sin hacer caso de la tierra mojada que se pegaba a los dientes de la herramienta. Iba adelantando. Ya había bastante luz, aunque el sol no había salido, cuando terminó la fosa y salió de ella escalando una de las paredes. Al hacerlo se ensució de barro toda la parte delantera de su suéter, que, por desgracia, era de cachemir beige. Echó un vistazo a su alrededor, pero no vio a nadie en el pequeño sendero que atravesaba el bosque. «Era una suerte -pensó- que los franceses atasen a sus perros, pues, de no ser así, cualquier perro podía haberse acercado a oler las ramas que ocultaban el cuerpo de Murchison y sus ladridos se hubiesen oído a un kilómetro de distancia.» Una vez más Tom tiró de las cuerdas que sujetaban la envoltura del cuerpo. El cadáver cayó en el interior de la fosa con un golpe sordo que a Tom le pareció una música deliciosa. La tarea de echar paleta das de tierra sobre el cuerpo resultó otro placer. Había tierra de sobras y, después de apisonar la tumba, Tom esparció la tierra sobrante en todas direcciones. Entonces echó a andar lentamente, pero con la satisfacción del trabajo terminado, hacia la casa. Atravesó el césped y dio la vuelta para entrar por la puerta principal.

Se lavó el suéter con unas escamas de jabón fino que encontró en el cuarto de baño de Heloise. Después se durmió estupendamente hasta las diez de la mañana.

Se hizo un poco de café en la cocina y seguidamente salió a buscar su Observer y su Sunday Times en el quiosco del pueblo. Normalmente se quedaba a tomar café en algún sitio mientras hojeaba los dos periódicos (que siempre eran un tesoro para él), pero esta vez deseaba estar solo cuando leyese las reseñas de la exposición Derwatt. Casi se olvidó de comprar el diario para madame Annette, que era la edición local de Le Parisien, con sus titulares invariablemente en rojo. El de hoy decía algo sobre el estrangulamiento de un

niño de doce años. En el exterior del quiosco, los carteles que anunciaban diversos periódicos resultaban igualmente sensacionalistas, aunque en distinto sentido:

¡JEANNE Y PIERRE YA VUELVEN A BESARSE!

¿Quiénes serían?

¡MARIE FURIOSA CON CLAUDE!

Los franceses nunca se conformaban con enfadarse, se ponían furieux.

¡ONASSIS TEME QUE LE ROBEN A JACKY!

¿Es que los franceses no podían dormir pensando en eso?

¡UN BEBE PARA NICOLE!.

¿Qué Nicole, por el amor de Dios? La mayoría de nombres le eran siempre desconocidos (acaso estrellas de cine, cantantes «pop»), pero lo cierto es que hacían que los periódicos se vendiesen. Las andanzas de la familia real inglesa resultaban algo increíble. Isabel y Felipe al borde del divorcio tres veces al año, Margaret y Tony escupiéndose en el rostro.

Tom dejó el periódico de madame Annette sobre la mesa de la cocina, luego subió a su cuarto. El Observer y el Sunday Times llevaban ambos una foto suya disfrazado de Philip Derwatt en las páginas dedicadas a la crítica de arte. En una, aparecía con la boca abierta al responder a alguna pregunta, abierta entre la asquerosa barba. Tom repasó rápidamente las reseñas, sin desear realmente enterarse de todas las palabras.

El Observer decía:

«…interrumpiendo su prolongado retiro con una aparición por sorpresa el miércoles por la tarde en la Buckmaster Gallery, Philip Derwatt, que prefiere ser llamado simplemente Derwatt, se mostró reticente con respecto a su domicilio de Méjico, pero bastante locuaz cuando le preguntaron sobre su obra y la de otros pintores contemporáneos. De Picasso dijo: "Picasso tiene épocas. Yo no".»

En la fotografía del Sunday Times, Tom permanecía de pie, gesticulando detrás del escritorio de Jeff, con el puño izquierdo alzado. Tom no recordaba haber hecho semejante gesto. Pero ahí estaba:

«…vistiendo ropas que sin duda llevaban bastantes años en el armario… resistió los embates de toda una batería de diez periodistas, lo cual, suponemos, debió de ser un calvario después de seis años de aislamiento.»

¿Había una doble intención detrás de aquel «suponemos»? A Tom le pareció que no, ya que el resto del comentario era favorable:

«Los actuales lienzos de Derwatt mantienen su acostumbrado nivel de calidad: son idiosincrásicos, originales, puede que incluso un tanto morbosos…

Ninguno de sus cuadros queda sin resolver, terminado a toda prisa. Son fruto de su amoroso trabajo, aunque su técnica dé impresión de rapidez y facilidad. No hay que confundir esta facilidad con la simple destreza del artesano. Derwatt asegura que nunca ha pintado un cuadro en menos de dos semanas…»

¿Eso había dicho?

«…y trabaja cada día, a menudo más de siete horas… Hombres, niñas pequeñas, sillas, mesas, objetos extraños envueltos en llamas, éstos siguen siendo los temas favoritos del pintor… La exposición va a constituir un nuevo éxito rotundo.»

Ni una palabra acerca de la desaparición de Derwatt después de la entrevista.

«Lástima -pensó Tom- que algunos de estos cumplidos no pudieran grabar-se en el epitafio de Bernard Tufts cuando llegase su hora.» Tom se acordó de «Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito con agua» palabras que le habían llenado los ojos de lágrimas las tres veces que las leyó en el Cementerio Protestante Inglés de Roma, y que, a veces, todavía le emocionaban con sólo pensar en ellas. Acaso Bernard, laborioso y artista, llegaría a componer su propio epitafio antes de morir. ¿O quizás su fama quedaría en el anonimato, escondida detrás de un supuesto Derwatt que todavía no había pintado?

«Suponiendo que Bernard llegase a pintar otro Derwatt. ¡Cielos! – pensó Tom- ni eso podía darse por seguro. ¿Seguía Bernard pintando sus propias obras, las que podía firmar con su verdadero nombre?»

Madame Annette ya se sentía mejor antes del mediodía. Y, como Tom había previsto, gracias a las píldoras calmantes, no quiso que la llevase al dentista de Fontainebleau.

–Madame, esto parece ya una verdadera invasión de invites. Es una lástima que madame Heloise no esté aquí. Pero esta noche tenemos otro para la cena, un joven llamado m’sieur Christophe, americano. Yo me encargaré de hacer toda la compra en el pueblo… Non, non, usted descanse.

Y Tom hizo las compras sin perder tiempo y antes de las dos ya estaba de vuelta a casa. Madame Annette le comunicó que había llamado un americano, pero que como no lograron entenderse, el americano había dicho que llamaría más tarde.

Así fue y quedaron en que Tom le recogería a las seis y media en Moret.

Tom se puso unos viejos pantalones de franela y un jersey de cuello alto, y partió en el Alfa-Romeo. El menú de la noche consistiría en viande hâchée, la versión francesa de la hamburguesa que era tan roja y deliciosa que podía comerse cruda. En los drugstores de París, Tom había presenciado cómo los

americanos casi se desmayaban ante una hamburguesa con cebolla y salsa de tomate, aunque llevasen ausentes de América veinticuatro horas solamente.

Como ya había imaginado, Tom reconoció a Chris Greenleaf en cuanto le puso la vista encima. Aunque varias personas le impedían verle perfectamente, la rubia cabeza de Chris sobresalía por encima de las demás. Sus ojos y sus cejas presentaban la misma expresión ligeramente ceñuda que en tiempos tuvieran los de Dickie. Tom alzó un brazo para saludarle, pero Christopher vaciló en corresponder en tanto sus ojos no se encontraron y Tom le sonrió. La sonrisa del muchacho se parecía a la de Dickie, pero si había una diferencia, ésta estaba en los labios -pensó Tom-. Los labios de Christopher eran más llenos, con una plenitud desconocida en Dickie y que, sin duda, procedía de la parte materna de la familia de Christopher.

Se apretaron fuertemente las manos.

–Realmente, esto es como estar en el campo.

–¿Qué te ha parecido París?

–Oh, pues me gusta. Es mayor de lo que esperaba.

Christopher se fijaba en todo, estirando el cuello para no perder detalle de nada, ni siquiera de los cafés, árboles y casas más corrientes que había a lo largo de la carretera. Christopher le dijo a Tom que su amigo Gerald pasaría probablemente dos o tres días en Estrasburgo.

Este es el primer pueblo francés que veo en mi vida. Es auténtico, ¿verdad? –preguntó, como si pudiese tratarse de un decorado teatral.

Tom encontraba divertido, curiosamente enervante, el entusiasmo de Chris. Le recordaba su propia sensación de júbilo desbordado al ver por primera vez la Torre Inclinada de Pisa desde un tren en marcha, o su primera impresión de las luces de la bahía de Cannes, aunque a él le había faltado alguien a quien hablar.

La oscuridad impedía ver Belle Ombre en su totalidad, pero madame Annette había encendido las luces de la entrada principal, y era posible adivinar el tamaño de la casa gracias a una luz situada en la esquina izquierda de la fachada, donde estaba la cocina. Tom se sonrió al oír los extasiados comentarios de Chris, pese a que se sentía halagado. Algunas veces Tom sentía el deseo de derribar Belle Ombre, y toda la familia Plisson, a patadas, como si se tratase de un castillo de arena que él podía destruir con el pie. Esto sucedía siempre que se enfurecía a causa de algún ejemplo de mala voluntad por parte de los franceses, como, por ejemplo, su codicia, o una mentira que no era exactamente una mentira, sino una ocultación deliberada de la verdad. Cuando otros alababan Belle Ombre, a Tom le gustaba también. Dejó el coche en e! garaje y cogió una

de las dos maletas que llevaba Chris. El muchacho afirmó que llevaba todo su equipaje consigo.

Madame Annette abrió la puerta principal.

–Mi fiel ama de llaves, sin la que no podría vivir -dijo Tom-, madame Annette, monsieur Christopher.

–Mucho gusto. Bonsoir -dijo Chris.

–Bonsoir, m'sieur. La habitación de m'sieur está dispuesta. – Esto es maravilloso -dijo Chris-. ¡Es como un museo! Había -supuso Tom- una cantidad considerable de raso y de metal dorado.

–Es cosa de mi esposa, creo, la decoración. Ella no está aquí ahora.

–Vi una fotografía de ella con usted. El tío Herbert me la enseñó en Nueva York hace sólo unos días. Es rubia. Se llama Heloise.

Tom dejó a Christopher solo para que pudiese asearse y dijo que estaría en el piso de abajo.

Sus pensamientos empezaban a desviarse hacia Murchison de nuevo. Le encontrarían a faltar al repasar la lista del pasaje de avión. La Policía indagaría en los hoteles de París y comprobaría que Murchison no se había alojado en ninguno de ellos. Los papeles de inmigración les informarían que Murchison se había hospedado en el Hotel Mandeville los días 14 y 15 de octubre, y que esperaba volver allí el 17. El nombre y la dirección de Tom constaban también en el libro de registro del Hotel Mandeville correspondiente a la noche del 15 de octubre. Si bien, seguramente no sería él el único huésped procedente de Francia que había pasado la noche en aquel hotel. ¿Vendría a interrogarle la Policía o no?

Christopher se reunió con él. Se había peinado su ondulado pelo y llevaba todavía pantalones de pana y botas de soldado.

–Espero que no tenga invitados a cenar, de lo contrario me cambiaré de ropa.

–Estamos solos, y en el campo, conque puedes vestirte como te plazca.

Christopher contempló los cuadros de Tom, fijándose especialmente en un desnudo de Pascin de tonos rosáceos.

–¿Vive aquí todo el año? Debe de ser muy agradable.

Aceptó un whisky escocés. Una vez más Tom tuvo que explicar cómo pasaba el tiempo y habló de sus trabajos de jardinería y de sus despreocupados estudios de idiomas, aunque, en realidad, se había establecido un programa de estudio mucho más riguroso de lo que parecía. No obstante, Tom tenía en gran aprecio su ocio, como sólo un americano era capaz de hacerlo una vez le hubiese tomado gusto; y había tan pocos… Era algo que no le gustaba explicar a nadie. Había anhelado el ocio y un poco de lujo cuando conoció a Dickie Greenleaf, y ahora

que los había conseguido, seguían conservando su encanto para él.

En la mesa, Christopher empezó a hablar de Dickie. Tenía fotografías de Dickie tomadas en Mongibello y Tom aparecía en una de ellas. Christopher hablaba con cierta dificultad al referirse a la muerte de Dickie, a su suicidio, como creía todo el mundo. Chris tenía algo mucho mejor que unos buenos modales -observó Tom- y ese algo era su sensibilidad. Tom contemplaba fascinado los reflejos de las velas en el iris de los ojos azules de Chris, y pensaba en cuán a menudo había visto el mismo reflejo en los ojos de Dickie en Mongibello, por la noche, o en algún restaurante de Nápoles.

Christopher se había levantado y recorría con la mirada toda la habitación, desde las puertas vidrieras hasta el techo artesonado de color crema.

–Es fabuloso vivir en una casa tomo ésta. Y además tiene usted música… ¡Y cuadros!

Tom recordaba los penosos tiempos de cuando él tenía veinte años. La familia de Chris no era pobre -de esto estaba seguro-, pero no vivirían en una casa que pudiera compararse con la suya. Mientras tomaban café, Tom puso el disco de El Sueño de una Noche de Verano.

Entonces sonó el teléfono. Serían cerca de las diez de la noche. La telefonista francesa le preguntó si su número era talo cual, luego le dijo que no colgase porque le llamaban desde Londres.

–Allô! Aquí Bernard Tufts -dijo una voz tensa, seguida por una serie de chasquidos.

–Allô? Sí. Aquí Tom. ¿Me oyes bien?

–¿Puedes hablar más alto? Te llamo para decirte… -la voz de Bernard se apagó como si se hundiese en el mar.

Tom lanzó una mirada hacia Chris, que estaba leyendo la funda de un disco.

–¿Va mejor ahora? – rugió por el aparato.

Como si quisiese hacerle rabiar, el aparato emitió un ruido semejante a una ventosidad, luego un crujido digno de una montaña partiéndose bajo un rayo. El oído izquierdo de Tom zumbó a causa del estruendo y tuvo que llevarse el aparato al otro oído. Podía oír cómo Bernard luchaba y chillaba para hacerse oír, pero, por desgracia, las palabras eran totalmente ininteligibles. Tom entendió solamente la palabra «Murchison».

–¡Está en Londres! – chilló Tom, satisfecho de poder decir algo concreto.

Ahora se oía algo sobre el Mandeville y Tom se preguntó si el hombre de la Tate Gallery habría intentado ponerse en contacto con Murchison a través del hotel y, al no conseguirlo, se había dirigido a la Buckmaster Gallery.

–Bernard, ¡es inútil! – aulló Tom, desesperado-. ¿Puedes escribirme?

Tom no sabía si Bernard había colgado o no, pero ahora se oía únicamente un zumbido y supuso que el otro habría desistido, por lo que colgó el teléfono.

–Y pensar que uno paga ciento veinte «pavos» solamente por el aparato en este país -dijo Tom-. Lamento todo este griterío.

–Oh, siempre he oído decir que los teléfonos franceses eran una porquería -dijo Chris-. ¿Se trataba de algo importante? ¿Heloise?

–No, no.

Chris se levantó.

–Me gustaría enseñarle mis guías de turismo. ¿Puedo hacerlo? Subió la escalera corriendo.

«Cuestión de tiempo -pensó Tom- antes de que la Policía francesa o la inglesa (puede que hasta la americana) empezasen a interrogarle sobre el paradero de Murchison.» Tom esperaba que Chris ya se hubiese marchado para entonces.

Chris bajó con tres libros. Tenía la Guide Bleu de Francia, un libro de arte sobre los châteaux franceses, y un libro enorme sobre Renania, región que tenía intención de visitar en compañía de Gerald Hayman cuando éste regresase de Estrasburgo.

Christopher sorbía con placer su coñac, haciéndolo durar.

–Tengo serias dudas sobre las virtudes de la democracia. Es terrible que esto lo diga un americano, ¿verdad? La democracia depende de la existencia de un nivel mínimo de educación para todo el mundo, y América intenta dárselo a todos, pero la realidad es que no lo tenemos. Ni siquiera es cierto que todo el mundo lo desee… Tom le escuchaba a medias. Pero los comentarios que hacía de vez en cuando parecían satisfacer a Chris, cuando menos por esa noche.

Volvió a oírse el teléfono. Tom observó que eran las once menos cinco en el pequeño reloj de plata colocado en la mesita del teléfono.

Una voz de hombre dijo en francés que era un agente de Policía y se disculpó por llamar a tales horas, preguntando, seguidamente, si monsieur Ripley estaba en casa.

–Buenas noches, m’sieur. ¿Conoce usted por casualidad a un americano llamado Thomas Murchison?

–Sí -contestó Tom.

–¿Por casualidad le visitó a usted recientemente? ¿El miércoles? ¿O quizás el jueves?

–En efecto, así fue.

–Ah, bon! ¿Está en su casa ahora?

–No, regresó a Londres el jueves.

–Pues no, no lo hizo. Aunque encontramos su maleta en Orly. No tomó el avión que debía tomar a las dieciséis horas.

–¿De veras?

–Usted es amigo de monsieur Murchison, ¿verdad, m'sieur Ripley?

–Pues, no exactamente. Hace poco que le conozco.

–¿Cómo se trasladó desde su casa hasta Orly?

–Yo le llevé en mi coche… el jueves por la tarde, sobre las tres y media.

–¿Conoce usted a algún amigo suyo en París con el que pudiera estar alojado? Porque no está en ningún hotel.

Tom hizo una pausa para pensar.

–No. No me habló de ninguno.

Evidentemente su respuesta había decepcionado al agente.

–¿Estará usted en casa los próximos días, m'sieur Ripley?… Puede que deseemos hablar con usted…

Esta vez Christopher demostró curiosidad:

–¿Qué sucede?

Tom sonrió.

–Oh, alguien que preguntaba dónde estaba un amigo. Y yo no lo sé. «¿Quién habría empezado a meter ruido sobre el paradero de Murchison? – se preguntó Tom-. ¿El hombre de la Tate Gallery? ¿La Policía francesa de servicio en Orly? ¿Habrían sido ellos? ¿Quizás la misma esposa de Murchison desde América?»

–¿Qué tal es Heloise? – preguntó Christopher.

9

Al bajar la mañana siguiente, madame Annette le dijo que monsieur Christopher había salido a dar un paseo. Tom confió en que no fuese por el bosque de detrás de la casa, pero lo más probable era que Chris estuviera echando un vistazo al pueblo. Tom cogió sus periódicos dominicales ingleses, que apenas había podido hojear el día anterior, y buscó alguna noticia, por muy breve que fuese, referente a Murchison o a una desaparición en Orly. No encontró nada.

Chris regresó con las mejillas sonrosadas y sonriente. Había adquirido un batidor de alambre, del tipo que en Francia utilizan para batir huevos, en la droguerie del pueblo.

–Un pequeño obsequio para mi hermana -dijo-. No pesa mucho en el equipaje. Le diré que procede del pueblo donde vive usted.

Tom le preguntó si quería dar un paseo en coche y almorzar en otra ciudad.

–Tráete la Guide Bleu. Iremos siguiendo el curso del Sena.

Tom quería esperar unos minutos hasta que llegase el cartero. En el correo había solamente una carta cuya dirección estaba escrita con tinta y con letra alargada y esquinada. Tom se dio cuenta al instante de que la carta era de Bernard, aunque no conocía su letra. La abrió y comprobó que no se equivocaba al ver la firma.

«127 Copperfield Sto» S.E. l

»Querido Tom:

"Perdóname esta carta imprevista. Desearía verte. ¿Puedo venir? No es necesario que me hospedes. Me iría muy bien poder hablar un poco contigo, siempre y cuando tú quieras.»Tuyo»Bernard T.»P.D. Puede que vuelva a probar suerte con el teléfono antes de que la presente llegue a tus manos.»

«Tendría que mandar un telegrama a Bernard sin perder tiempo. Pero ¿para qué? Una negativa le deprimiría aún más -supuso Tom-, pero lo cierto es que no tenía ninguna gana de verle, no en aquel preciso momento. ¿Quizá pudiese telegrafiar desde la oficina de correos de algún pueblo aquella misma mañana? Daría un apellido y dirección falsos, ya que en Francia era obligatorio consignar el nombre y la dirección del remitente al pie los impresos de telégrafos. Aunque no le gustase hacerlo, tendría que librarse de Chris cuanto antes.»

–¿Nos vamos?

Chris se levantó del sofá donde había estado escribiendo una postal.

–Muy bien.

Tom abrió la puerta principal ante las narices de dos agentes de Policía franceses que estaban a punto de llamar. A decir verdad, Tom tuvo que echarse atrás para evitar el puño, enfundado en un guante blanco, que se alzaba ante él.

–Bonjour, m’sieur Ripley, ¿no?

–Sí. Entren, por favor.

Serían de Melun -pensó Tom- porque los dos policías de Villeperce le conocían, y él también les conocía, de vista, pero no era así con los dos que tenía delante. Los agentes entraron pero rehusaron sentarse. Se quitaron la gorra y la colocaron debajo del brazo. El más joven se sacó un bloc y un lápiz del bolsillo.

–Le telefoneé a usted ayer por la noche en relación con un tal monsieur Murchison -dijo el de más edad de los dos agentes, que ostentaba la graduación de commissaire-. Hemos hablado con Londres y tras unas cuantas llamadas telefónicas hemos podido establecer que usted y monsieur Murchison llegaron a Orly en el mismo avión el miércoles, y que también se hospedaron en el mismo

hotel de Londres, el Mandeville. Así pues…

El commissaire sonreía satisfecho.

–¿Dice usted que llevó a monsieur Murchison a Orly a las tres y media el jueves por la tarde?

–Así es.

–¿Y entró con él en la terminal?

–No, porque no podía aparcar el coche allí, ¿sabe?, así que le dejé solo.

–¿Le vio entrar en la terminal?

Tom meditó.

–No miré hacia atrás cuando me alejaba en el coche.

–Es que dejó la maleta sobre la acera y, sencillamente, desapareció. ¿Tenía que encontrarse con alguien en Orly?

–No me dijo nada de eso.

Christopher Greenleaf permanecía de pie a cierta distancia, escuchándolo todo, aunque Tom estaba seguro de que no entendería casi nada de lo que decían.

–¿Dijo algo acerca de si iba a visitar a algún amigo en Londres?

–No. No que yo recuerde.

–Esta mañana volvimos a llamar al Mandeville, ya que esperábamos encontrarle allí, para preguntar si tenían noticias suyas. Nos dijeron que no, pero que un tal monsieur…

–Monsieur Riemer -informó el más joven de los dos policías.

–Un tal monsieur Riemer había telefoneado al hotel porque estaba citado con monsieur Murchison para el viernes. Por la Policía de Londres supimos también que monsieur Murchison está interesado por comprobar la autenticidad de un cuadro que posee. Un Derwatt. ¿Sabe usted algo de esto?

–Pues, sí -dijo Tom-. Monsieur Murchison llevaba el cuadro consigo. Deseaba ver los Derwatt que tengo aquí -hizo un gesto señalando los cuadros-. Por eso vino conmigo desde Londres.

–Ah, ya comprendo. ¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a monsieur Murchison?

–Desde el martes pasado. Le vi en la galería de arte donde se celebra la exposición Derwatt, y, más tarde, aquella misma noche, volví a verle en mi hotel, y entablamos conversación.

Tom se volvió y añadió:

–Perdóname, Chris, pero esto es importante.

–Oh, siga, siga, por favor. No se preocupe por mí -contestó Chris.

–¿Dónde está el cuadro de monsieur Murchison?

–Se lo llevó consigo -replicó Tom.

–¿Estaba en la maleta? Pues no está en, la maleta.

El commisaire miró a su colega y en el rostro de ambos hombres se reflejó cierta sorpresa.

«Lo habían robado en Orly. ¡Gracias a Dios!» -pensó Tom.

–Iba envuelto en papel de embalar. Monsieur Murchison lo llevaba consigo. Espero que no haya sido robado.

–Bueno, pues esto es lo que sucedió, al parecer. ¿Cómo se titulaba el cuadro? ¿Y era muy grande? ¿Nos lo puede describir?

Tom contestó a todas las preguntas con exactitud.

–Esto resulta complicado para nosotros, y puede que sea asunto de la Policía de Londres, pero tenemos que facilitarles toda la información que podamos obtener. ¿Ésta es la pintura, «L'Horloge», de cuya autenticidad duda monsieur Murchison?

–Sí, efectivamente dudaba de ella al principio. Él es más entendido que yo -dijo Tom-. Me interesó lo que dijo, ya que yo tengo dos Derwatts también; así que le invité a que viniese a verlos.

–Y…

El commissaire, perplejo, frunció el ceño.

–¿Qué dijo de los suyos?

Puede que esta pregunta obedeciese a simple curiosidad.

–Desde luego cree que los míos son auténticos, y yo también lo creo -replicó Tom-. Me parece que empezó a opinar que también el suyo lo era. Dijo que no sería de extrañar que cancelase su cita con monsieur Riemer.

–¡Ajá! El commissaire miró el teléfono, puede que pensando si debía llamar a Melun, pero no pidió permiso para utilizarlo.

–¿Puedo ofrecerles un vaso de vino? – dijo Tom, dirigiendo la pregunta a los dos agentes.

Rehusaron la invitación, pero quisieron ver sus cuadros. Tom se los enseñó complacido. Los dos agentes iban de aquí para allí, murmurando cosas que, a juzgar por la fascinada expresión de sus rostros y los gestos que hacían al contemplar los cuadros y dibujos, parecían denotar un buen conocimiento de la pintura. Diríase que eran dos policías visitando una galería de arte en sus horas fuera de servicio.

–Un pintor famoso en Inglaterra, el tal Derwatt -comentó el más joven de los dos.

–Sí -respondió Tom.

La entrevista llegó a su fin. Dieron las gracias a Tom y se despidieron.

Tom se sentía contento de que madame Annette hubiese estado ausente, haciendo sus compras de la mañana.

Christopher se rió un poco cuando Tom cerró la puerta.

–Bien, ¿de qué se trataba? Lo único que pude entender fue «Orly» y «Murchison».

–Parece ser que Thomas Murchison, un americano que me visitó esta semana, no tomó el avión en que debería regresar a Londres desde Orly. Al parecer, ha desaparecido. Encontraron su maleta sobre la acera, en Orly, hasta donde yo le había acompañado el jueves.

–¿Desaparecido? ¡Caramba! De eso hace ya cuatro días.

–No supe nada al respecto hasta ayer noche. Esa fue la llamada que recibí a última hora. Era de la Policía.

–Caramba. ¡Qué extraño!

Chris hizo algunas preguntas y Tom contestó a ellas igual que lo había hecho a las de la Policía.

–Parece que le hubiese dado un ataque de amnesia… Dejar así el equipaje. ¿Estaba borracho?

Tom se rió.

–No, en absoluto. No acabo de entenderlo.

Pasearon sin rumbo fijo siguiendo el Sena, en el Alfa-Romeo, y, cerca de Samois, Tom le enseñó a Chris el puente por el que el general Patton había cruzado el río con su ejército, camino de París, en 1944. Chris se apeó para leer la inscripción en la pequeña columna de piedra gris. Regresó con ojos tan lagrimosos como los de Tom después de visitar la tumba de Keats. Almorzaron en Fontainebleau, pues a Tom no le gustaba el principal restaurante de Bas Samois (Chez Bertrand o algo parecido), donde él y Heloise jamás habían recibido una addition honrada. Además, la familia que llevaba el establecimiento tenía la maldita costumbre de empezar a fregar el suelo antes de que los clientes hubieran terminado de comer, y arrastraba sobre las baldosas las sillas de patas metálicas, sin preocuparse lo más mínimo por la integridad de los tímpanos de la clientela. Más tarde, Tom no se olvidó de cumplir con los pequeños encargos de madame Annette: champignons à la grecque, céléri rémoulade, y algunos embutidos de cuyo nombre no lograba acordarse porque no le gustaban demasiado. Todo ello eran cosas que no se encontraban en Villeperce. Las compró en Fontainebleau, junto con unas cuantas pilas para su transistor.

Durante el retorno a casa, Chris se echó a reír y dijo:

–Esta mañana en el bosque me tropecé con algo que.parecía una sepultura recién cavada. Muy reciente, ciertamente. Lo encontré curioso, después de la visita de la Policía. Están buscando a un desaparecido que estuvo en casa de usted, y si llegan a ver aquella «sepultura»…

Estalló en risotadas. Sí, era curioso, condenadamente curioso. Tom se rió de tan locamente peligroso como resultaba el asunto. Pero no hizo ningún comentario.

10

El día siguiente amaneció nublado y empezó a llover sobre las nueve de la mañana. Madame Annette salió a sujetar una persiana que estaba dando golpes en alguna parte. Acababa de escuchar la radio y advirtió a Tom que se anunciaba un orage de muy mal agüero.

El viento ponía muy nervioso a Tom. El turismo, aquella mañana, quedaba completamente descartado para él y Chris. Al mediodía la tormenta había empeorado y el viento doblaba la copa de los altos chopos como si se tratase de látigos o espadas. De vez en cuando una rama, probablemente pequeña y seca, era arrancada de uno de los árboles cercanos a la casa, caía sobre el tejado y se la oía repiquetear mientras rodaba tejado abajo.

–Realmente, nunca había visto nada parecido… aquí -dijo Tom durante el almuerzo. Pero Chris, con la tranquilidad de Dickie, o puede que de toda la familia, sonreía y disfrutaba de la tormenta. Hubo un apagón de media hora, lo cual -dijo Tom- era normalísimo en la campiña francesa, incluso cuando la tormenta no era fuerte.

Después de comer, Tom subió a la habitación donde pintaba. A veces, se le calmaban los nervios pintando. Pintaba de pie ante la mesa de trabajo, con la tela apoyada en un grueso soporte y en unos cuantos libros de arte y de horticultura. Debajo del lienzo había unos periódicos y un trapo grande, resto de una vieja sábana, que empleaba para limpiarse las manos. Inclinado sobre la tela, Tom trabajaba con ardor, dando frecuentes pasos hacia atrás para comprobar el efecto. Se trataba de un retrato de madame Annette pintado, quizás, al estilo de Kooning, lo cual significaba que madame Annette posiblemente nunca llegaría a reconocerse en el cuadro. Tom no estaba imitando conscientemente a Kooning, ni había pensado conscientemente en él al comenzar la obra, pero no cabía duda de que el cuadro parecía pintado por Kooning o por alguien que imitase su estilo. Madame Annette tenía los pálidos labios entreabiertos en una sonrisa de un rosa intenso, dientes de una blancura decididamente dudosa e irregulares. Llevaba un vestido Púrpura claro con un volante blanco al cuello. Todo ello pintado con

pinceladas gruesas y largas. El trabajo de preparación que había realizado Tom consistía en varios apuntes de madame Annette tomados a toda prisa en un bloc apoyado en la rodilla, en el cuarto de estar, sin que la señora se diese cuenta.

Ahora relampagueaba afuera. Tom se irguió y respiró, con el pecho dolorido a causa de la tensión. En el transistor, France Culture estaba haciendo una entrevista a un autor cuyo nombre resultaba difícil de entender:

–Su libro, monsieur Hublot (¿Heublein?) me parece (crujido)… una desviación de, como han dicho varios críticos, su anterior «reto» a los conceptos del antisartrismo. Parece como si ahora volviese usted a…

Tom cerró el aparato bruscamente.

Se oyó un chasquido amenazador en el bosque, cerca de la casa, y Tom miró por la ventana. Las copas de los pinos y chopos seguían doblándose, pero si algún árbol había caído en el bosque, él no podía verlo desde la ventana debido a la semioscuridad que envolvía los árboles. Puede que cayese un árbol, incluso uno pequeño, y tapase la condenada fosa -pensó Tom. Esperaba que así fuese.

Tom estaba mezclando un marrón rojizo destinado al pelo de madame Annette (quería terminar el retrato hoy mismo) cuando oyó, o le pareció oír, voces en la planta baja. Voces de hombre.

Salió al vestíbulo.

Las voces hablaban en inglés, pero no podía oír qué decían. Eran de Chris y de alguien más. «Bernard -pensó Tom-. Un acento inglés. ¡Sí, Dios santo!»

Tom dejó cuidadosamente la espátula sobre el recipiente de trementina. Cerró la puerta tras de sí y bajó apresuradamente la escalera.

Era Bernard, de pie, sucio de lodo y empapado, en la esterilla de la entrada principal. A Tom le impresionaron sus ojos negros que parecían aún más hundidos debajo de las cejas negras y rectilíneas. Le pareció que Bernard estaba aterrado. Entonces, en cosa de un segundo, Tom pensó que Bernard se parecía a la misma muerte.

–¡Bernard! – dijo Tom-. ¡Bienvenido!

–Hola -replicó Bernard.

A sus pies una bolsa de viaje de tela gruesa.

–Te presento a Christopher Greenleaf -dijo Tom-. Bernard Tufts. Quizás ya os habéis presentado.

–Así es, en efecto -dijo Chris sonriendo y, al parecer, contento de tener compañía.

–Espero no causar molestias por presentarme tan de improviso -dijo Bernard.

Tom le aseguró que no. Luego entró madame Annette y Tom les presentó.

Madame Annette pidió el abrigo a Bernard.

Tom le dijo en francés:

–Le agradeceré que prepare la habitación pequeña para m’sieur Bernard.

Se trataba de un cuarto de reserva para invitados, con una sola cama, que raramente utilizaban. Él y Heloise lo llamaban «el dormitorio pequeño». – Y m'sieur Bernard cenará con nosotros esta noche. Luego se dirigió a Bernard: -¿Qué hiciste? ¿Tomar un taxi desde Melun? ¿O Moret? – Sí. Melun. Busqué la ciudad en un mapa, en Londres. Flaco y esquinado, como su letra, Bernard seguía de pie, frotándose las manos. Hasta su chaqueta estaba mojada.

–¿Quieres un suéter, Bernard? ¿Qué me dices de un coñac para entrar en calor? – Oh, no, no, gracias. – ¡Pasa al cuarto de estar! ¿Un poco de té? Le diré a madame Annette que haga un poco cuando baje. Siéntate, Bernard.

Bernard miraba ansiosamente a Chris, como si esperase a que el muchacho se sentase primero. Pero al cabo de unos minutos Tom se dio cuenta de que Bernard lo miraba todo ansiosamente, incluso el cenicero sobre la mesita de café. La conversación, aun siendo poca, resultaba sumamente embarazosa, y estaba claro que Bernard deseaba que Christopher no, estuviese presente. Pero Chris no parecía darse cuenta de la situación -pudo ver Tom- sino que, al contrario, creía que su presencia podía resultar útil porque Bernard, evidentemente, estaba muy excitado. Tartamudeaba y sus manos temblaban.

–No te molestaré mucho rato, de verdad -dijo Bernard. Tom se rió. – Pero, ¡no irás a marcharte hoy! Nos ha tocado aguantar el peor tiempo que he visto en tres años que llevo aquí. ¿Le fue difícil aterrizar al avión? Bernard no se acordaba. Sus ojos se desviaron hacia «El Hombre de la Silla», su propia obra, colocada sobre la chimenea, y luego hacia otra parte. Tom pensaba en el violeta cobalto del cuadro. Ahora era una especie de veneno químico para él. También para Bernard -se figuró Tom. – No has visto «Las Sillas Rojas»desde hace mucho -dijo Tom, levantándose.

El cuadro estaba detrás de Bernard.

Bernard se puso en pie y torció el cuerpo hacia atrás, sin apartar las piernas del sofá. El esfuerzo de Toro se vio recompensado con una sonrisa, débil pero auténtica, en el rostro de Bernard.

–Sí. Es hermoso -dijo Bernard con su voz queda.

–¿Es usted pintor? – preguntó Chris.

–Sí.

Bernard volvió a sentarse.

–Pero no tan bueno como… como Derwatt.

–Madame Annette -dijo Tom-, ¿podría poner a calentar un poco de agua para el té?

Madame Annette había bajado del piso de arriba y llevaba unas toallas o algo parecido.

–En seguida, m'sieur Tome.

–¿Puede decirme -empezaba a decir Christopher a Bernard qué es lo que hace que un pintor sea bueno… o no lo sea? Por ejemplo, me parece que actualmente hay varios pintores que pintan como Derwatt. No recuerdo sus nombres así de repente, porque no son tan famosos. Eh, sí, Parker Nunnally, ése es uno de ellos. ¿Conoce sus obras? ¿Qué hace que Derwatt sea tan bueno?

Tom trataba también de hallar una respuesta precisa, quizás la «originalidad». Pero la palabra «publicidad» restalló también en su cerebro. Estaba esperando que Bernard hablase.

–Es la personalidad -dijo Bernard cautamente-. Es Derwatt.

–¿Usted le conoce? – preguntó Chris.

Un leve escalofrío recorrió el cuerpo de Tom, una especie de punzada de conmiseración para con Bernard. Bernard asintió con la cabeza.

–Oh, sí. Sus manos huesudas Se apretaban en torno a una rodilla.

–¿Nota usted esta personalidad cuando se encuentra con él, quiero decir cuando le ve?

–Sí -dijo Bernard con mayor firmeza. Pero se retorcía, quizás angustiado, a causa de la conversación. Al mismo tiempo, sus ojos oscuros parecían buscar algo más que decir al respecto.

–Probablemente mi pregunta fue injusta -dijo Chris-. La mayoría de artistas buenos no muestran su personalidad ni malgastan su fuego interior en la vida privada, me parece. Por fuera parecen personas perfectamente corrientes.

Les sirvieron el té.

–¿No tienes maleta, Bernard?– preguntó Tom.

Tom sabía que no la tenía y estaba preocupado por que Bernard se sintiese cómodo.

–No, vine casi de un salto, tal como estaba -dijo Bernard.

–No te apures. Tengo todo lo que puedas necesitar. Tom sentía sobre sí y sobre Bernard los ojos de Chris, probablemente haciendo conjeturas sobre cómo y en qué medida se conocían.

–¿Apetito? – preguntó Tom a Bernard-. A mi ama de llaves le encanta preparar emparedados.

Con el té había solamente unos bizcochos pequeños.

–Se llama Annette. Pídele todo lo que te haga falta.

–No, gracias.

La taza de Bernard produjo tres ruidos claramente audibles al chocar contra al platillo.

Tom se preguntó si Jeff y Ed habrían dado tantos sedantes a Bernard que éste necesitaba una dosis en este momento. Bernard acabó su té y Tom le acompañó arriba para mostrarle su habitación.

–Tú y Chris tendréis que compartir el mismo cuarto de baño -dijo Tom-. Atraviesas el vestíbulo de aquí arriba y luego la habitación de mi esposa.

Tom dejó las puertas abiertas.

–Heloise no está aquí, está en Grecia. Espero que puedas descansar un poco aquí, Bernard. Sinceramente, ¿qué te ocurre? ¿Qué es lo que te preocupa? Habían regresado ya al «pequeño dormitorio» de Bernard, y la puerta estaba cerrada.

Bernard agitó la cabeza.

–Me siento como si estuviese en las últimas. Eso es todo. La exposición fue el final. Es la última exposición que yo puedo pintar. El último cuadro. «La Bañera». Y ahora están tratando de… ya sabes… tratando de hacerle resucitar. «Y yo lo conseguí» -pudiera haber dicho Tom; pero su cara permanecía tan seria como la de Bernard.

–Bueno… probablemente él ha estado vivo los últimos cinco años. Estoy seguro de que no van a obligarte a seguir pintando si tú no quieres, Bernard.

–Oh, lo van a intentar, Jeff y Ed. Pero ya tengo bastante, ¿sabes? Ya estoy harto.

–Me parece que ya lo saben. No te preocupes por eso. Podemos… Mira, Derwatt puede reintegrarse a su aislamiento, en Méjico. Digamos que seguirá pintando durante muchos años, pero se negará a mostrar sus obras.

Tom caminaba arriba y abajo mientras hablaba.

–Los años pasan. Cuando Derwatt muera… simularemos que habrá quemado sus últimos cuadros, o algo por el estilo, así que nadie llegará a verlos jamás.

Tom sonreía.

Los sombríos ojos de Bernard miraban fijamente el suelo y hacían que a Tom le pareciese haber contado un chiste cuya gracia sólo él sabía apreciar. O peor aún, como si hubiese cometido un sacrilegio, contando un chiste malo en una catedral.

–Necesitas un descanso, Bernard. ¿Quieres un sedante? Tengo algo no muy fuerte.

–No, gracias.

–¿Quieres asearte? No te preocupes por Chris y por mí. Te dejaremos en paz. La cena es a las ocho, por si quieres unirte a nosotros. Baja antes si deseas tomarte una copa.

Justo en aquel momento el viento silbó con gran estruendo y un árbol enorme se dobló. Ambos se volvieron hacia la ventana y lo vieron, en el jardín trasero. A Tom le pareció como si la casa se doblase también, e instintivamente se apuntaló sobre los pies. ¿Cómo podía alguien conservar la calma con un tiempo semejante?

–¿Quieres que corra las cortinas? – preguntó Tom.

–No importa.

Bernard miró a Tom.

–¿Qué dijo Murchison al ver «El Hombre de la Silla»?

–Dijo que le parecía una falsificación… al principio. Pero le convencí de que no lo era.

–¿Cómo lo lograste? Murchison me dijo lo que pensaba de los lavándulas. Tiene razón. Me equivoqué tres veces, "El Hombre de la Silla», «El Reloj»y ahora «La Bañera». No sé cómo sucedió. No sé por qué. Estaba distraído. Murchison tiene razón.

Tom callaba. Luego dijo:

–Naturalmente fue un buen susto para todos. De estar vivo, Derwatt probablemente hubiera conseguido que se olvidase el asunto, pero era el peligro… el peligro de que su muerte fuese descubierta. Pero ya hemos salvado ese escollo, Bernard.

Diríase que Bernard no había oído ninguna de sus palabras.

–¿Es que te ofreciste a comprarle «El Reloj» o algo así? – preguntó.

–No. Le persuadí de que Derwatt probablemente había empleado en uno o dos cuadros, puede que tres, un lavándula de los que antes utilizaba.

–Murchison me habló incluso de la calidad del cuadro. ¡Oh, Dios!

Bernard se sentó en la cama y se dejó caer hacia atrás.

–¿Y qué está haciendo ahora en Londres?

–No lo sé. Pero lo que sí sé es que no va a ver a un experto, que no va a hacer nada, Bernard… porque logré que viese las cosas como nosotros -dijo Tom con tono tranquilizador.

–Sólo se me ocurre una forma de hacerla, una forma descabellada.

–¿Qué quieres decir? – preguntó Tom, sonriendo, un poco asustado.

–Le persuadiste de que me dejase en paz. Por lástima, como si yo fuese algo

digno de compasión. Y no quiero que me tengan lástima.

–Nadie habló de ti, naturalmente. «Estás loco» -tenía ganas de decirle Tom. Bernard estaba loco, o al menos sufría una perturbación pasajera. Y, sin embargo, lo que acababa de decir era precisamente lo que Tom había tratado de hacer en el sótano antes de matar a Murchison: convencerle de que dejase tranquilo a Bernard, porque Bernard jamás volvería a pintar más Derwatts. Incluso había intentado hacer que Murchison comprendiese la adoración que Bernard sentía por Derwatt, su ídolo fallecido.

–No creo que a Murchison se le pudiese persuadir -dijo Bernard-. No estarás intentando animarme a base de mentiras, ¿verdad, Tom? Porque ya estoy harto de mentiras.

–No.

Pero Tom se sentía incómodo porque sí le estaba mintiendo.

Eran raras las veces en que se sentía incómodo mintiendo. Tom previó que en un momento u otro tendría que decirle a Bernard que Murchison había muerto. Era el único modo de tranquilizarle… de tranquilizarle en parte, al menos en el asunto de las falsificaciones. Pero no se lo podía decir ahora, no con esa tormenta enervante, ni en el estado de excitación en que se hallaba Bernard, pues se exponía a que éste enloqueciera del todo.

–Regresaré en un minuto -dijo Tom.

Bernard se levantó de la cama al instante y caminó hacia la ventana, en el momento justo en que el viento arrojaba con fuerza una ráfaga de lluvia contra los cristales.

Tom se encogió al verlo, pero Bernard no. Luego Tom entró en su habitación, cogió unos pijamas y una bata de Madrás para Bernard, así como unas zapatillas y un cepillo de dientes nuevo, todavía en su estuche de plástico. Colocó el cepillo en el cuarto de baño por si Bernard no tenía ninguno, y llevó las otras cosas al cuarto de Bernard. Le dijo que estaría abajo si necesitaba algo y que iba a dejarle descansar un rato.

Chris se había metido en su habitación ya que la luz estaba encendida. La tormenta había sumergido la casa en una oscuridad poco natural. Tom se trasladó a su cuarto y sacó el dentífrico del conde del cajón. Enrollando el extremo inferior del tubo, éste podía aprovecharse, y era mejor utilizarlo que tirado a la basura y arriesgarse a que lo viese madame Annette: un despilfarro inexplicable y caprichoso. Cogió su propio tubo de pasta dentífrica y lo dejó en el cuarto de baño que iban a usar Chris y Bernard.

«¿Qué diablos iba a hacer con Bernard? – se preguntó Tom-. ¿Y si volvía la

Policía cuando Bernard estuviese presente, como lo había estado Chris? Bernard comprendía el francés bastante bien» -recordó. Se sentó a escribir una carta a Heloise. El escribir cartas a su mujer surtía siempre un efecto tranquilizante sobre sus nervios. Cuando dudaba de cómo escribir alguna palabra francesa, nunca se molestaba en recurrir al diccionario, porque sus errores divertían a Heloise.

«22 de octubre de 19…»Heloise chérie:

»Un primo de Dickie Greenleaf, un chico agradable llamado Christopher, ha venido a visitarme durante un par de días. Es su primera visita a París. ¿Te imaginas ver París por vez primera a los veinte años? Está muy asombrado de la extensión de la ciudad. Viene de California.

»Hoy tenemos una tormenta terrible. Todo el mundo está con los nervios de punta. Viento y lluvia.

»Te echo de menos. ¿Recibiste el bañador rojo? Le dije a madame Annette e que te lo enviase por correo aéreo y le di dinero más que suficiente para que lo hiciese, así que si no lo hizo le voy a dar una paliza. Todos me preguntan cuándo vas a regresar a casa. Estuve tomando el té con los Grais. Me siento muy solo sin ti. Vuelve y podremos dormir abrazados.

»Tu solitario esposo,

Tom»

Tom franqueó la carta y la llevó a la planta baja, donde la dejó sobre la mesita del vestíbulo. Christopher estaba en el cuarto de estar, leyendo en el sofá. Se levantó de un brinco.

–Oiga… -hablaba quedamente-, ¿qué le pasa a su amigo?

–Ha pasado por una crisis. En Londres. Se siente deprimido acerca de su obra. Y me parece que ha tenido un… Ha roto con su novia, o ella con él. No lo sé.

–¿Le conoce bien?

–No demasiado, no.

–Me estaba preguntando si, ya que él está tan raro, prefiere usted que yo me largue. Mañana por la mañana. Esta noche incluso.

–Oh, por supuesto que esta noche no, Chris. ¿Con semejante tiempo? No, no me molesta que estés aquí.

–Pero me dio la impresión de que a él sí le molestaba -dijo Chris moviendo bruscamente la cabeza hacia el piso de arriba.

–Bueno, hay suficiente espacio en la casa para que podamos hablar, Bernard y yo solos, si él lo desea así. No te preocupes.

–Muy bien. Si lo dice en serio. Hasta mañana entonces.

Se metió las manos en los bolsillos y se acercó a las ventanas cristaleras.

«En cosa de un momento entraría madame Annette y correría las cortinas -pensó Tom-; al menos eso aportaría un poco de calma a todo aquel caos.»

–¡Mire! – dijo Chris señalando hacia el césped.

–¿Qué es? «Habría caído un árbol -supuso Tom-, algo sin importancia.» Tardó un minuto en ver lo que Chris había visto, tan densa era la oscuridad.

Tom distinguió una figura que atravesaba lentamente el césped, y lo primero que se le ocurrió es que se trataba del fantasma de Murchison, y pegó un bote. Pero Tom no creía en fantasmas.

–¡Es Bernard! – exclamó Chris.

Era Bernard, desde luego. Tom abrió la vidriera y salió bajo la lluvia, que ahora era fina, fría, y caía en todas direcciones.

–¡Eh, Bernard! ¿Qué demonios estás haciendo?

Tom vio que Bernard no reaccionaba y seguía andando lentamente, con la cabeza levantada, y salió disparado en pos de él. Tropezó con el primer peldaño de la escalera de piedra y estuvo a punto de bajar rodando por los demás. No recobró el equilibrio hasta llegar abajo, torciéndose un tobillo al mismo tiempo.

–¡Eh, Bernard, ven adentro! – chillaba Tom mientras cojeaba hacia el otro.

Chris corrió a reunirse con Tom.

–¡Se va a calar hasta los huesos! – dijo Chris riendo, e hizo ademán de coger a Bernard por el brazo, aunque evidentemente no se atrevía.

Tom asió firmemente a Bernard por la muñeca.

–Bernard, ¿es que pretendes coger un resfriado fenomenal?

Bernard se volvió hacia ellos y sonrió. La lluvia le caía por el pelo negro pegado a su frente.

–Me gusta. De veras. ¡Me siento tan bien así! – dijo alzando los brazos y desasiéndose de Tom.

–Pero ahora vas a entrar, ¿no? Por favor, Bernard.

Bernard sonrió a Tom.

–Oh, está bien -dijo, como si le estuviese siguiendo la corriente.

Los tres echaron a andar juntos hacia la casa, pero despacio, ya que Bernard, al parecer, quería absorber cada una de las gotas de lluvia. Estaba de buen humor e hizo algunas observaciones alegres al quitarse los zapatos antes de entrar, para no estropear la alfombra. También se quitó la americana.

–Tienes que cambiarte, de eso no hay duda -dijo Tom-. Te traeré algo.

Tom se estaba quitando los zapatos también.

–Muy bien, me cambiaré. – dijo Bernard con el mismo tono condescendiente de antes.

Y lentamente, con los zapatos en la mano, empezó a subir la escalera.

Chris miraba a Tom y frunció las cejas fijamente, como Dickie.

–¡Ese tío está chiflado! – susurró-. ¡Realmente chiflado!

Tom asintió con la cabeza, extrañamente agitado… como siempre se sentía ante alguien que verdaderamente estuviese un poco mal de la cabeza. Era una sensación de derrota y esta vez había aparecido bastante pronto, ya que solía tardar veinticuatro horas. Con cuidado, se apoyó sobre el tobillo torcido y lo enderezó. No sería nada serio, lo del tobillo -pensó.

–Puede que tengas razón -le dijo a Chris-. Subiré arriba a buscarle ropas secas.

11

Sobre las diez de la noche Tom llamó a la puerta de Bernard

–Soy yo, Tom.

–Oh, pasa, Tom -dijo Bernard con voz tranquila.

Estaba sentado ante la mesa escritorio, pluma en mano.

–Por favor, no te alarmes porque saliera a pasear bajo la lluvia antes. Me encontré a mí mismo mientras lo hacía. Y eso me es cada vez más difícil.

Tom lo entendía, de sobras.

–¡Siéntate, Tom! Cierra la puerta y ponte cómodo.

Tom se sentó en la cama de Bernard. Venía a verle tal como había prometido durante la cena, en presencia de Chris. Bernard había estado más animado mientras cenaban. Ahora llevaba la bata de Madrás. Encima de la mesa había un par de hojas de papel en las que Bernard había escrito algo con tinta negra, aunque Tom no creía que se tratase de una carta.

–Supongo que muchas veces tienes la impresión de ser Derwatt -dijo Tom.

–A veces. Pero ¿quién podría ser él realmente? No cuando voy por la calle en Londres. Sólo algunas veces, cuando pinto, y durante unos segundos, tengo la sensación de ser él. Y, ¿sabes?, ahora puedo hablar tranquilamente de ello, y además me gusta, porque voy a dejado. Lo he dejado.

«Y quizás lo que había sobre la mesa era una confesión -pensó Tom-. Una confesión ¿dirigida a quién?»

Bernard colocó un brazo sobre el respaldo de la silla.

–Y, ¿sabes?, mis engaños, mis falsificaciones, han evolucionado en cuatro o cinco años del mismo modo que probablemente hubieran evolucionado los cuadros de Derwatt. Es curioso, ¿verdad?

Tom no daba con una respuesta correcta, incluso respetuosa.

–Puede que no tenga nada de curioso. Tú comprendías a Derwatt. Y los críticos han dicho lo mismo, que los cuadros, la obra ha evolucionado.

–No puedes imaginarte cuán extraño resulta pintar con… mi auténtica personalidad. Mi obra no ha evolucionado tanto. ¡Es como si ahora estuviese imitando a Tufts, porque pinto las mismas obras que pintaba hace cinco años!

Bernard se rió con sinceridad.

–En cierto modo, tengo que hacer un mayor esfuerzo para ser yo mismo que para suplantar a Derwatt. Y lo hice. Me estaba volviendo loco, sabes. Ya puedes verlo. Quisiera darme a mí mismo una oportunidad, si es que en mí queda algo propio.

Tom comprendía que se refería a darle una oportunidad a Bernard Tufts.

–Tengo la certeza absoluta de que puedes hacerla. Tendrías que ser tú quien llevase la voz cantante.

Tom se sacó los Gauloises del bolsillo y ofreció uno a Bernard.

–Quiero empezar con las manos limpias. Pienso confesar cuanto he hecho y empezar partiendo de ahí… o tratar de hacerla.

–¡Oh, Bernard! Tienes que quitarte eso de la cabeza. Tú no eres el único involucrado. Piensa en lo que les pasaría a Jeff y a Ed. Todos los cuadros que has pintado serían… Francamente, Bernard, confiésate a un sacerdote si quieres, pero no a la prensa. Ni a la Policía inglesa.

–Te figuras que estoy loco, lo sé. Bien, a veces lo estoy. Pero sólo tengo una vida y casi la he destrozado. No quiero destrozar lo que me queda. Y eso es asunto mío, ¿no es así?

La voz de Bernard temblaba. ¿Era un hombre fuerte o débil? – se preguntaba Tom.

–Te comprendo, de veras -dijo Tom amablemente.

–No es mi propósito armar un drama, pero tengo que comprobar si la gente me acepta o, si lo prefieres así, tengo que ver si me perdonan.

«No lo harán -pensó Tom-. El mundo se negaría en redondo a ello. ¿Destrozaría a Bernard si se lo decía? Probablemente. Puede que se suicidase en lugar de hacer una confesión.» Tom se aclaró la garganta y trató de pensar, pero nada, nada se le ocurría.

–Por otro lado, creo que a Cynthia le gustaría que lo desembuchase todo. Ella me quiere. Yo la quiero también. Sé que no quiso verme hace poco, en Londres. Ed me lo contó. No la culpo. Pensar en Ed y en Jeff presentándome como si fuese un inválido: «Ven a ver a Bernard, ¡te necesita! – dijo Bernard con

voz melindrosa-. ¿Qué mujer lo haría?»

Bernard miró a Tom y abrió los brazos, sonriendo.

–¿Ves lo bien que me fue la lluvia, Tom? Lo hizo todo, menos lavar mis pecados.

Volvió a reírse y Tom envidió su tono despreocupado.

–Cynthia es la única mujer a la que he amado. No quiero decir… Bueno, ella ha tenido una aventura o dos después de mí, estoy seguro. Fui yo quien más o menos puso fin a nuestra relación. Estaba tan… nervioso, en cierto modo hasta asustado, cuando empecé a imitar a Derwatt…

Bernard tragó saliva.

–Pero sé que todavía me quiere… si yo soy yo. ¿Puedes entenderlo?

–Claro que sí. Por supuesto. ¿Estabas escribiendo a Cynthia ahora?

Bernard movió un brazo hacia las hojas de papel y sonrió.

–No. Estoy escribiendo… a quien sea. Es sólo una declaración. Para la prensa o para todo el mundo.

Y eso había que evitarlo. Sin perder la calma, Tom dijo: -Me gustaría que lo pensaras bien durante unos cuantos días, Bernard.

–¿Es que no he tenido ya tiempo suficiente para meditarlo?

Tom se esforzaba en encontrar algo más eficaz, más claro que decir a Bernard para detener le, pero la mitad de su pensamiento estaba ausente, pensando en Murchison, en la posibilidad de que volviese la Policía. ¿Se empeñarían mucho en hallar una pista aquí? ¿Inspeccionarían el bosque? La reputación de Tom Ripley ya estaba algo… (¿mancillada acaso?) por el asunto Dickie Greenleaf. Si bien había quedado libre de toda sospecha, lo cierto es que durante un tiempo había sido sospechoso, se habían producido rumores sobre el caso, a pesar de su final feliz. ¿Por qué no se habría llevado a Murchison en la furgoneta a millas de distancia y lo habría enterrado en alguna parte del bosque de Fontainebleau? De haber sido necesario, hubiera podido acampar mientras terminaba el trabajo.

–Hablaremos de ello mañana, ¿quieres? – dijo Tom-. Puede que veas las cosas de distinto modo, Bernard.

–Claro, podemos hablar de ello en cualquier momento. Pero no voy a cambiar de opinión de aquí a mañana. Quería hablar contigo antes que nada, porque tú fuiste quien dio con la idea… la de resucitar a Derwatt. Quiero empezar por lo primero, ¿sabes? Tengo mucha lógica.

Había un toque de locura en la forma dogmática con que lo dijo, y de nuevo Tom volvió a sentirse inquieto, muy inquieto.

Se oyó el teléfono. Había uno en la habitación de Tom y el timbre se oía claramente desde el vestíbulo de la casa. Tom se levantó de un salto.

–No debes olvidarte de los otros que están involucrados…

–No te comprometeré a ti, Tom.

–El teléfono. Buenas noches, Bernard -dijo Tom apresuradamente, y salió disparado por el vestíbulo hacia su habitación. Quería evitar que Chris descolgase el aparato en el piso de abajo.

Era otra vez la Policía. Se disculparon por llamar tan tarde, pero…

–Lo siento, m'sieur, pero ¿podría llamar más tarde, pongamos dentro de unos cinco minutos? – dijo Tom-. En este preciso momento estaba…

La voz dijo cortésmente que, por supuesto, podía llamar más tarde.

Tom colgó y escondió el rostro entre las manos. Estaba sentado al borde de la cama. Se levantó para cerrar la puerta. Los acontecimientos se le estaban adelantando. Había enterrado a Murchison de prisa y corriendo por culpa del maldito conde. ¡Qué equivocación! Con el Sena y el Loing recorriendo toda la región con sus sinuosos cursos; con multitud de puentes solitarios, especialmente después de la una de la madrugada. La llamada de la Policía sólo podía traerle malas noticias. Seguramente mistress Murchison (Harriet ¿le había dicho Murchison que se llamaba?) habría contratado los servicios de un detective americano o inglés para que localizase a su esposo. Estaba enterada de que la misión de Murchison era comprobar si el cuadro de un artista importante era o no una falsificación. ¿Sospecharía algo sucio? Y si interrogaban a madame Annette, ¿acaso podría decir que había visto personalmente cómo Murchison salía de la casa, el jueves por la tarde?

Si la Policía quería verle esta misma noche, puede que Chris les informase de la supuesta sepultura que había visto en el bosque. Tom se imaginaba a Chris diciendo en inglés:

–¿Por qué no les cuenta lo de la…?

–Y de nada serviría que Tom tergiversase la traducción para los policías, porque Chris probablemente insistiría en presenciar la excavación. El teléfono llamó de nuevo y Tom contestó sin perder la calma. – Allô, m'sieur Ripley? Aquí la Prefectura de Melun. Hemos recibido una llamada telefónica desde Londres. Con respecto al asunto de m'sieur Murchison, madame Murchison se ha puesto en contacto con la Policía Metropolitana de Londres, y nos piden que les facilitemos cuanta información podamos esta misma noche. El inspector inglés llegará mañana por la mañana. Ahora, si tiene la bondad, m'sieur Murchison ¿hizo alguna llamada desde su casa? Nos gustaría localizar los

números de teléfono.

–No consigo acordarme -dijo Tom-, de que hiciese ninguna llamada. Pero no estuve dentro de la casa en todo momento. Tom pensó que podían consultar en su cuenta de la telefónica, pero dejó que se les ocurriese a ellos.

Colgaron al cabo de unos instantes.

«Resultaba inquietante que la Policía inglesa no le llamase directamente para interrogarle» -pensó Tom. Tenía la impresión de que la Policía inglesa le consideraba ya sospechoso y, por tanto, prefería obtener la información por cauces oficiales. Por alguna razón, Tom temía más a un detective inglés que a uno francés aunque la Policía francesa quedaba en muy buen lugar en lo que se refería a minuciosidad y tenacidad.

Tenía que hacer dos cosas: sacar el cadáver del bosque y a Chris de la casa. ¿Y Bernard? Casi se le encogía el cerebro al pensar en todo ello.

Descendió a la planta baja.

Chris estaba leyendo, pero bostezó y se puso en pie.

–Estaba a punto de retirarme. ¿Cómo está Bernard? Me parecía que estaba mejor durante la cena. – Sí, a mí también. Tom aborrecía lo que tenía que decir, o lo que era peor, insinuar. – Encontré una guía de ferrocarriles al lado del teléfono. Hay Un tren a las diez menos ocho de la mañana y otro a las once y media. Puedo llamar a un taxi para ir desde aquí a la estación. Tom se sintió aliviado. Había otros trenes más temprano, pero le era imposible proponérselos a Chris.

–El que tú prefieras. Te llevaré a la estación. No sé qué hacer con Bernard, pero me parece que desea estar a solas conmigo durante un par de días.

–Lo único que me preocupa es lo que pueda suceder -dijo Chris con tono sincero-. ¿Sabe?, había pensado en quedarme uno o dos días más para echarle una mano si lo necesitaba.

Chris hablaba quedamente.

–Había un tipo en Alaska, hice allí mi servicio militar, que se volvió majareta, y se comportaba de modo muy parecido a Bernardo Así, repentinamente, se puso violento – y empezó a repartir leña a diestro y siniestro.

–Bueno, dudo que Bernard haga algo así. Quizás tú y tu amigo Gerald podáis visitarme cuando Bernard se haya marchado. O cuando regreséis de Renania.

Chris se animó ante esa perspectiva.

Cuando Chris ya se había retirado (quería coger el tren de las diez menos ocho), Tom empezó a andar de uno a otro lado de la habitación de estar. Faltaban cinco minutos para la medianoche. Era preciso hacer algo con el cadáver de

Murchison antes del día siguiente. Menudo trabajo para una persona sola sacarlo de la fosa en plena noche, colocarlo en la furgoneta y tirarlo… ¿dónde? Quizás desde algún puentecillo. Tom reflexionó sobre si debía pedir a Bernard que le ayudase. Bernard, ¿acabaría de hundirse o, encarándose con el hecho consumado, le ayudaría? Tom presentía que no lograría persuadir a Bernard de que no confesase, tal como estaban las cosas. Aunque, ¿quizás al conocer la existencia de un cadáver, el shock le haría darse cuenta de la gravedad de la situación?

¡Menudo interrogante!

Bernard ¿daría un salto hacia la fe?, como decía Kierkegaard. Tom se sonrió ante la ocurrencia. Pero él sí había dado el salto al trasladarse precipitadamente a Londres para hacerse pasar por Derwatt. Y había salido bien. Luego había dado un nuevo salto al asesinar a Murchison. ¡Al diablo! Sin riesgo no hay ganancia.

Tom se encaminó hacia las escaleras, pero tuvo que aminorar sus pasos debido al dolor del tobillo. De hecho, se detuvo con el pie torcido sobre el primer peldaño y con la mano apoyada en el ángel dorado que hacía las veces de pilar de la barandilla. Se le había ocurrido que si Bernard le fallaba aquella noche, sería necesario deshacerse de Bernard también. Asesinarle. La idea le ponía enfermo. Tom no deseaba matar a Bernard. Puede que ni fuese capaz de hacerla. Así que, si Bernard se negaba a ayudarle, e incluía a Murchison en su confesión…

Subió las escaleras.

El vestíbulo estaba a oscuras a excepción de un poco de luz que salía de la habitación de Tom. Bernard tenía la luz apagada, y, al parecer, Chris también, pero eso no quería decir que Chris estuviese dormido. A Tom no le resultaba fácil levantar la mano y llamar a la puerta de Bernard. La golpeó con suavidad, ya que la habitación de Chris estaba a un par escaso de metros y no quería que el muchacho se pusiera a escuchar detrás de la puerta para protegerle de un posible ataque por parte de Bernard.

12

Bernard no contestaba, por lo que Tom abrió la puerta y, una vez en la habitación, la cerró tras de sí.

–¿Bernard?

–¿Hum?… ¿Tom?

–Sí. Perdóname. ¿Puedo encender la luz?

–Desde luego.

Bernard parecía tranquilo y él mismo encendió la luz de la cabecera.

–¿Qué sucede?

–Oh, nada. Es decir, sólo que tengo que hablar contigo, y sin hacer ruido, porque no quiero que Chris nos oiga.

Tom acercó la silla recta a la cama de Bernard y se sentó.

–Bernard, estoy en un apuro, y quisiera que me echaras una mano, si quieres.

Bernard, con el ceño fruncido, le escuchaba atentamente. Alargó la mano en busca del paquete de Capstan y prendió uno.

–¿En qué consiste el apuro?

–Murchison está muerto -dijo Tom suavemente-. Por eso no tienes que preocuparte por él.

–¿Muerto? – Bernard dijo frunciendo aún más el ceño-. ¿Por qué no me lo dijiste?

–Porque… yo le maté. Aquí, en la bodega.

Bernard dio un respingo.

–¿Tú? ¡No hablas en serio, Tom!

–¡Chis!

Era extraño, pero a Tom le parecía que Bernard estaba más cuerdo que él en aquel momento. Ello le hacía las cosas aún más difíciles, ya que había previsto una reacción más violenta por parte de Bernard.

–Tuve que matarle… aquÍ… y ahora está enterrado en el bosque detrás de la casa. El problema es que tengo que llevármelo esta noche. La Policía ya me está telefoneando, ¿comprendes? Y puede que mañana se presenten aquí y empiecen a husmear por todas partes.

–¿Le mataste? – dijo Bernard, todavía incrédulo-. Pero, ¿por qué?

Tom se estremeció y lanzó un suspiro.

–En primer lugar, ¿es necesario que lo diga?, iba a hacer reventar a Derwatt, quiero decir a Derwatt Ltd. En segundo lugar, lo que es peor, me reconoció abajo en el sótano. Reconoció mis manos. Me dijo: «Usted se hizo pasar por Derwatt en Londres». Así, de repente, todo quedaba al aire. No tenía intención de matarle cuando me lo traje aquí conmigo.

–Muerto -repitió Tom, aturdido.

Tom se impacientaba a medida que iban transcurriendo los minutos.

–Créeme, hice cuanto pude para que dejase las cosas como estaban. Llegué a decirle que tú eras el falsificador, tú, el individuo con quien había hablado en el bar de Mandeville. Sí, os vi allí -dijo Tom antes de que Bernard pudiese hablar-. Le dije que no querías seguir pintando más Derwatts. Le pedí que te dejase en paz. Murchison se negó. Así que… ¿me ayudarás a sacar el cadáver de mi

propiedad?

Tom echó un vistazo a la puerta. Seguía cerrada y en el vestíbulo no se oía ningún ruido.

Bernard salió lentamente de la cama.

–¿Y qué quieres que haga?

Tom se levantó.

–Dentro de unos veinte minutos, te agradecería que me echases una mano. Quisiera llevármelo en la furgoneta. Será mucho más fácil si somos dos. De veras que yo solo no puedo. Pesa mucho.

Tom se sentía mejor porque estaba hablando del mismo modo en que solía pensar.

–Si no quieres ayudarme, muy bien, entonces trataré de hacerlo yo solo, pero…

–Muy bien, te ayudaré.

Bernard hablaba con tono resignado, como dispuesto a ayudarle, y, con todo, Tom desconfiaba. Bernard ¿iba a reaccionar imprevisiblemente, más tarde, dentro de una media hora? Su tono había sido el de un santo que dijera a… bueno, a quien estuviese por encima de los santos: «Os seguiré a dondequiera que me llevéis».

–Vístete un poco, ¿quieres? Ponte los pantalones que te di antes. Procura no hacer ruido. Chris no debe oímos.

–Bien.

–¿Podrás estar abajo, en la escalera de la entrada principal, dentro de quince minutos? – preguntó Tom y, mirando el reloj, añadió-: Las doce y veintisiete ahora.

–Sí.

Tom bajó y corrió el cerrojo de la puerta principal que madame Annette había puesto hasta el día siguiente. Luego subió corriendo las escaleras a su habitación, donde se quitó las zapatillas y se puso zapatos y una chaqueta. Regresó al piso de abajo y recogió las llaves del coche de la mesita del vestíbulo. Apagó las luces del cuarto de estar salvo una. A menudo dejaba una lámpara encendida toda la noche. Luego cogió un impermeable y sobre los zapatos se puso unas botas de caucho que había en el lavabo de reserva. Sacó una linterna del cajón de la mesita del vestíbulo y cogió también un farol que guardaba en el lavabo de reserva y que podía dejarse apoyado en el suelo.

Sacó la furgoneta Renault y la dejó en la vereda que conducía al bosque. Encendió únicamente las luces de posición y al llegar al punto que le parecía el

indicado, las apagó también. Se adentró en el bosque con la linterna hasta dar con la sepultura. Entonces, sosteniendo la linterna de modo que la luz quedara lo más oculta posible, fue tanteando el camino hasta el cobertizo, de donde sacó la pala y la horca. Regresó con ambas herramientas a la mancha de barro que señalaba la tumba de Murchison. Seguidamente, con paso tranquilo para no desperdiciar energías, volvió a la casa por el sendero. Esperaba que Bernard se retrasara, e incluso no se hubiera sorprendido de que Bernard ni siquiera apareciese.

Bernard ya estaba allí, de pie como una estatua en el vestíbulo a oscuras. Llevaba su propio traje, el que unas horas antes estaba empapado. Lo había tendido sobre el radiador de su habitación. Tom se había fijado en ello.

Hizo un gesto y Bernard le siguió.

En el sendero Tom observó que la luz de Chris seguía apagada. Sólo la de Bernard estaba encendida.

–No está lejos. ¡Éste es el problema! – dijo Tom, súbitamente presa de una extraña alegría. Entregó la horca a Bernard y él se quedó con la pala porque le parecía que el trabajo de excavar sería el más duro-. Lamento tener que decirte que está bastante hondo.

Bernard emprendió su faena con su extraño aire de resignación, pero clavaba la horca en la tierra con fuerza y eficacia. Bernard lanzaba la tierra hacia fuera, pero al poco rato no hacía más que ahuecarla mientras Tom, de pie sobre la fosa, lanzaba paletadas hacia fuera con toda la rapidez de que era capaz.

–Me tomaré un respiro -dijo Tom finalmente.

Pero el respiro consistió en acarrear dos piedras enormes, cada una de las cuales pesaría más de trece kilos, hasta el coche. Abrió el portaequipajes y a empujones metió las dos piedras dentro.

Bernard había llegado hasta donde se encontraba el cuerpo.

Tom se metió en el hoyo y trató de alzar el cadáver utilizando la pala a guisa de palanca, pero la fosa era demasiado estrecha. Entre ambos, con un pie a cada lado del cadáver, tiraron de la cuerda. La de Tom se rompió o se deshizo. Lanzó una maldición y volvió a atarla, mientras Bernard le iluminaba con la linterna. Pareció que algo hubiese tirado del cuerpo de Murchison hacia dentro. Era como una especie de fuerza que luchase contra ellos. Las manos de Tom estaban llenas de barro y ampollas, quizá sangraban.

–¡Cómo pesa! – dijo Bernard.

–Sí. Será mejor que contemos hasta tres y le demos Un buen tirón.

–Sí.

–Uno… dos… -estaban preparados- ¡y tres! ¡Aúpa!

El cuerpo subió hasta el nivel del suelo. Bernard había soportado el extremo más pesado, los hombros.

–El resto tiene que ser fácil -dijo Tom, sólo por decir algo.

Metieron el cuerpo en el coche. De la tela encerada seguían desprendiéndose pellas de barro, y la parte delantera del impermeable de Tom estaba hecha una porquería.

–Hay que volver a meter la tierra dentro -dijo Tom con voz ronca a causa del agotamiento.

También esta vez fue la parte más fácil de la tarea. Para completar la obra Tom extendió sobre la fosa un par de ramas arrancadas por el viento. Con gesto descuidado, Bernard dejó caer la horca al suelo y Tom dijo:

–Coloquemos las herramientas en el coche.

Así lo hicieron. Entonces Tom y Bernard se metieron en el vehículo y Tom dio marcha atrás, maldiciendo el ruido del motor, hacia la carretera. En el sendero no había suficiente espacio para girar.

Entonces, horrorizado, Tom observó que la luz de Chris se encendía, justo en el momento en que el coche reculaba en la carretera a punto de arrancar hacia adelante. Tom acababa de echar una ojeada a la ventana (Chris tenía una ventana lateral también) y en aquel momento la luz se encendió, como si le saludase. No le dijo nada a Bernard. No había faroles por allí y Tom confiaba en que Chris no alcanzase a distinguir el color del coche (verde oscuro), aunque las luces de posición estaban encendidas, forzosamente.

–¿A dónde vamos? – preguntó Bernard.

–Conozco un lugar a ocho kilómetros de aquí. Un puente…

No se veía a ningún otro coche por la carretera, lo que no era extraño a las dos menos diez de la madrugada. Tom lo sabía perfectamente porque muchas veces, de regreso de alguna cena, había pasado por allí a aquella hora.

–Gracias, Bernard. Todo va saliendo bien -dijo Tom. Bernard callaba.

Llegaron al lugar que Tom tenía pensado. Estaba al lado de un pueblo llamado Voisy, nombre al que Tom no había prestado demasiada atención hasta aquella noche, pues habían tenido que atravesar la población para llegar hasta el lugar escogido y, por el camino, pasaron por delante del mojón con el nombre del pueblo. El puente estaba sobre el río Loing -sabía Tom-, afluente del Sena. Aunque no era de esperar que Murchison llegase flotando muy lejos con las piedras que llevaba encima. A este lado del puente había un farol débil, de luz macilenta, pero ninguno al otro lado, que permanecía sumido en la oscuridad.

Tom condujo el coche hasta este lado Y lo dejó a unos cuantos metros más allá del extremo del puente. En la oscuridad, con la escasa luz que les daba la linterna de Tom, metieron las piedras dentro de la tela encerada y ataron de nuevo las ligaduras.

–Ahora hay que tirarlo al río -dijo Tom en voz baja.

Bernard se movía con tranquila eficacia, y parecía saber exactamente lo que tenía que hacer. Entre los dos transportaron el cuerpo con bastante facilidad a pesar de las piedras. El pretil de madera del puente tenía un metro veinte de altura. Tom andaba hacia atrás y miraba en torno de sí, hacia el pueblo a oscuras detrás de él, donde sólo se distinguían un par de faroles, y hacia adelante donde el puente se perdía en la oscuridad.

–Me parece que podemos arriesgarnos a hacerlo desde la mitad -dijo Tom.

Así que se dirigieron hasta la mitad del puente y dejaron el cadáver en el suelo unos instantes, mientras hacían acopio de fuerza. Después se agacharon y levantaron el cuerpo y, haciendo un esfuerzo conjunto, lo lanzaron por encima del pretil.

El ruido del cuerpo al dar con el agua fue tremendo y, en medio del silencio reinante, sonó como un cañonazo capaz de despertar a toda la población, seguido del ruido causado por las salpicaduras. Regresaron al coche.

–No corras -dijo Tom, puede que sin que hiciese falta. ¿Acaso les quedaban energías?

Se metieron en el coche y arrancaron hacia adelante, sin que Tom supiese ni le importase a dónde iban.

–¡Se acabó! – dijo Tom-. Ya nos hemos librado del maldito estorbo.

Se sentía lleno de una maravillosa felicidad, ligero y libre.

–Me parece que no te lo había contado -dijo Tom, con tono alegre, sin ni siquiera notar la garganta reseca-. Le he dicho a la Policía que dejé a Murchison en Orly el jueves. De hecho, allí dejé su equipaje. Así que, si Murchison no tomó su avión, la culpa no es mía, ¿verdad? ¡Ja! – Tom reía como solía reírse cuando estaba solo, con la sensación de alivio que se experimentaba tras pasar por un mal trago-. Por cierto, «El Reloj» fue robado en Orly. Murchison n lo llevaba junto con su maleta. Me imagino que si el ladrón se fija en la firma de Derwatt, no irá contando por ahí que tiene el cuadro en su poder.

¿Pero le estaba escuchando Bernard? Cuando menos no decía ni palabra.

¡Empezaba a llover de nuevo! Tom sintió ganas de dar vítores. La lluvia probablemente, mejor dicho, seguramente borraría la huella de los neumáticos del sendero cercano a la casa, y ciertamente mejoraría el aspecto de la fosa,

ahora vacía.

–Tengo que salir -dijo Bernard, alargando la mano hacia el tirador de la portezuela.

–¿Qué?

–Tengo ganas de vomitar.

Tan pronto pudo, Tom se arrimó al borde de la carretera y detuvo el coche. Bernard se apeó.

–¿Quieres que vaya contigo? – preguntó Tom solícitamente.

–No, gracias.

Bernard se alejó un par de metros hacia la derecha, donde se alzaba un talud en la oscuridad. Se dobló sobre sí mismo.

Tom sintió pena por él. Ahí estaban, él alegre y dichoso, mientras a Bernard se le revolvía el estómago. Bernard tardaba, dos minutos, tres, cuatro -pensaba Tom.

Un coche se les estaba acercando por detrás, circulando a velocidad moderada. Tom sintió el impulso de apagar los faros, pero los dejó tal como estaban, los faros delanteros encendidos sin llegar al tope de intensidad. Al doblar por la curva de la carretera, los faros del otro coche iluminaron la figura de Bernard durante un segundo. Un coche de la Policía, ¡válgame Dios! En la capota llevaba un faro azul. El coche patrulla pasó por el lado del de Tom y prosiguió su camino, con la misma velocidad. Tom respiró. Gracias a Dios. Sin duda habrían pensado que Bernard se había apeado para hacer pis, y en Francia eso no iba contra la ley si se hacía al borde de la carretera, aunque fuese a plena luz y a la vista de todo el mundo. Bernard no dijo nada del coche al regresar, y tampoco lo hizo Tom.

Una vez en casa, Tom condujo sin hacer ruido y dejó el coche en el garaje. Sacó la pala y la horca y las dejó apoyadas en la pared, después limpió con un trapo la parte trasera del coche. Bajó la cubierta del portaequipajes hasta que quedó cerrado a medias, pues no quería armar ruido cerrándola de un golpe. Bernard le estaba esperando. Tom hizo un gesto y salieron del garaje. Suavemente, Tom cerró las puertas con el cerrojo.

En la puerta principal se quitaron los zapatos y los llevaron en la mano. Tom observó que la luz de Chris no estaba encendida mientras el coche se acercaba a la casa. Subieron las escaleras iluminándose con la linterna de Tom. Tom le hizo una señal a Bernard para que se metiese en su habitación y por señas también le dijo que él se le reuniría al cabo de un rato.

Tom vació los bolsillos de su impermeable y tiró la prenda a la bañera.

Limpió sus botas bajo el grifo de la bañera y las escondió en un armario pequeño. Más tarde podría lavar el impermeable y colgarlo también en el ropero, así madame Annette no lo vería por la mañana.

Luego, en pijama y zapatillas, se dirigió silenciosamente a reunirse con Bernard.

Bernard estaba de pie, sin zapatos, y fumaba un cigarrillo. Sobre una silla estaba su chaqueta sucia de barro.

–A ese traje ya no le puede pasar nada nuevo -comentó Tom-. Yo me cuidaré de él.

Bernard se movía lentamente, pero se movía. Se quitó los pantalones y se los entregó a Tom, que se los llevó a su cuarto junto con la americana. Más tarde se encargaría de quitar el barro y de mandarlos a una tintorería rápida. El traje no era muy bueno, lo cual era típico en Bernard. Jeff o Ed le habían dicho que Bernard no aceptaba todo el dinero que ellos pretendían darle del producto de la Derwatt Ltd. Regresó al cuarto de Bernard. Era la primera vez que Toro se fijaba en la solidez de su parquet, que no hizo ni un crujido.

–¿Quieres que te traiga una copa? Me parece que te sentaría muy bien.

«Ahora no importaba que le viesen en el piso de abajo -pensó Tom- madame Annette o el mismo Chris. Incluso podía decirles que él y Bernard habían tenido un capricho y acababan de dar un breve paseo en automóvil.»

–No, gracias -contestó Bernard.

Tom se preguntaba si Bernard lograría conciliar el sueño, pero no se atrevía a sugerirle alguna otra cosa, un sedante, por ejemplo, incluso una simple taza de chocolate caliente. Preveía un nuevo «No, gracias» por parte de Bernard. Con un susurro, Tom dijo:

–Siento haberte metido en este embrollo. ¿Dormirás toda la mañana si te apetece? Chris se marcha por la mañana.

–Muy bien.

El rostro de Bernard estaba de color aceitunado pálido. No miraba a Tom. Sus labios dibujaban una línea firme, como unos labios que raras veces se abriesen para sonreír o hablar. En su boca se veía una expresión de desengaño.

«Tiene aspecto de haber sido engañado» -pensó Tom.

–Me cuidaré de tus zapatos también -dijo Tom, recogiéndolos. En el cuarto de baño (con la puerta cerrada igual que la de la habitación, posiblemente para que no entrase Chris), Tom se lavó el impermeable y pasó una esponja por el traje de Bernard. Puso las botas de Bernard debajo del grifo y después las colocó cerca del radiador del retrete, sobre un periódico. Aunque por la mañana le traía

el café y le hacía la cama, madame Annette no entraba en el cuarto de baño más que una vez por semana probablemente, y lo hacía sólo para poner un poco de orden. La mujer que se encargaba del grueso de la limpieza, una tal madame Clusot, venía una vez a la semana y le tocaba hacerlo aquella misma tarde.

Finalmente le tocó el turno a las manos y Tom se dio cuenta de que no estaban en tan mal estado como había pensado. Se puso Nivea. Tenía la extraña impresión de haber soñado todo lo sucedido en las últimas una o dos horas, de haberse lastimado las manos al hacerlo y de que nada de ello era real.

El teléfono emitió un ruidito que presagiaba una llamada y Tom, dando un salto, tuvo tiempo de descolgado al primer repique, que le sonó como una campana.

Eran casi las tres de la madrugada.

El aparato produjo una serie de ruidos extraños.

«Parece un submarino -pensó Tom-. ¿De dónde vendrá la llamada?»

–Vous êtes… ne quittez pas… Athènes vous apelle…! Heloise.

–Allô, Tome!… Tome!

Durante unos desesperantes segundos eso es todo lo que Tom lograba entender.

–¿Puedes hablar más alto? – dijo en francés.

Apenas lograba deducir que Heloise le estaba diciendo cuán desgraciada y aburrida se sentía, terriblement ennuyée. Había algo más, o ¿era alguien más?, que resultaba también absolutamente insoportable.

–… esta mujer que se llama Norita… (¿sería Lolita?).

–Regresa a casa, querida. ¡Te echo de menos! – chilló Tom en inglés-. ¡Al diablo con todos esos estúpidos!

–No sé qué debo hacer -esto se oyó perfectamente-. Estuve intentando comunicar contigo durante dos horas. Ni siquiera el teléfono funciona aquí.

–En ninguna parte se espera que funcione. Se trata de un simple truco para robar el dinero.

Tom se alegró al oírla reírse un poco, como una sirena en el fondo del mar.

–¿Me quieres?

–¡Claro que te quiero!

Justo en el momento en que empezaba a oírse mejor, les cortaron la comunicación. Tom estaba seguro de que Heloise no había colgado.

El teléfono no volvió a sonar. Serían las cinco de la mañana en Grecia -se figuró Tom-. Heloise ¿le habría llamado desde un hotel de Atenas? ¿Desde el yate de los demonios? Tenía grandes deseos de verla. Había llegado a

acostumbrarse a ella y ahora la echaba de menos. ¿Era eso amar a alguien? ¿Un matrimonio? Pero antes quería terminar de librarse de lo que tenía entre manos. Heloise era bastante amoral, pero no podría aceptar nada de lo sucedido. Además, no sabía nada del asunto de las falsificaciones.

13

Tom despertó medio atontado al oír llamar a madame Annette, que le traía su taza de café solo.

–Buenos días, m'sieur Tome! Hace un día hermoso hoy.

En efecto, el sol brillaba con fuerza, en marcado contraste con el día anterior. Tom sorbió su café, dejando que su magia negra fuese invadiendo su cuerpo paulatinamente. Luego se levantó y se vistió.

Llamó a la puerta de Chris. Quedaba tiempo suficiente para tomar el tren de las diez menos ocho.

Chris estaba en la cama, con un enorme mapa apoyado en las rodillas.

–He decidido tomar el tren de las once treinta… si no hay inconveniente. Me gusta hacerme el remolón en la cama unos minutos más.

–Claro que no hay inconveniente -dijo Tom-. Debiste haberle pedido a madame Annette que te subiese un poco de café.

–Oh, eso sería demasiado -dijo Chris, saliendo de la cama de un salto-. Me parece que voy a dar un paseo.

–Muy bien. Te veré más tarde, entonces.

Tom se fue abajo. Recalentó el café y se sirvió otra taza en la cocina y se quedó mirando por la ventana mientras se lo bebía. Vio a Chris salir de la casa y abrir la gran verja del jardín. Torció a la izquierda, en dirección al pueblo. Probablemente se tomaría un café au lait y un croissant en un café bar, como hacían los franceses.

Evidentemente Bernard seguía durmiendo. Tanto mejor.

A las nueve y diez, llamó el teléfono. Una voz inglesa, pausadamente, dijo:

–Al habla el inspector Webster de la Policía Metropolitana de Londres. ¿Está mister Ripley en casa?

«Esa pregunta ¿se habría convertido en una especie de acompañamiento musical de su existencia?» -se preguntó Tom.

–El mismo al aparato.

–Le llamo desde Orly. Me gustaría mucho verle esta mañana, si es posible.

Tom quería responder que le iría mejor por la tarde, pero su acostumbrada osadía le abandonó y, además, pensó que el inspector podría sospechar que emplearía la mañana en ocultar algo.

–Pues sí, esta mañana me va bien. ¿Viene usted en tren?

–Pensaba tomar un taxi -dijo la voz con acento despreocupado-. No creo que haya mucha distancia. ¿Cuánto tardaría en taxi?

–Cerca de una hora.

–Le veré dentro de una hora, entonces.

Chris estaría allí todavía. Tom llenó otra taza de café y se la subió a Bernard. Hubiera preferido que el inspector no se enterase de la presencia de Bernard, pero, en vista de las circunstancias, y sin saber, además, lo que Chris podía decir de sopetón, Tom creyó más prudente no tratar de ocultar a Bernard.

Este estaba despierto, tumbado de espaldas, con la cabeza apoyada en dos almohadas y los dedos entrelazados debajo de la barbilla. Por su aspecto hubiérase dicho que se hallaba en plena meditación matutina.

–Buenos días, Bernard. ¿Un poco de café?

–Sí, gracias.

–Vendrá alguien de la Policía de Londres dentro de una hora.

Puede que quiera hablar contigo. Se trata de Murchison, claro.

–Sí -dijo Bernard.

Tom esperó a que Bernard se hubiera tomado uno o dos sorbos de café.

–No le puse azúcar. No sabía con certeza si te gustaba.

–Es igual. ¡Excelente café!

–Mira, Bernard, está claro que lo mejor será que niegues haber conocido a

Murchison, que nunca le viste. Jamás hablaste con él en el bar del Mandeville. ¿Comprendes? – Tom confiaba en que así fuese.

–Sí.

–Y, además, que ni tan sólo has oído hablar de él, ni siquiera a Jeff o a Ed. Como bien sabes, nadie supone que seas amigo íntimo de Jeff y de Ed. Os conocéis, cierto, pero no hasta el extremo de que ellos se sintiesen obligados a informarte de que había un americano que… sospechaba de la autenticidad de «El Reloj».

–Sí -dijo Bernard-. Sí, claro.

–Y… lo más fácil de recordar porque es cierto -prosiguió Tom como si estuviese hablando a unos alumnos que no le prestaban demasiada atención-, tú llegaste aquí ayer por la tarde, sus buenas veinticinco horas después de la partida de Murchison para Londres. Naturalmente, ni le viste ni le oíste en ningún momento. ¿Está claro, Bernard?

–Muy claro -respondió Bernard, apoyado en uno de sus codos.

–¿Quieres algo de comer? ¿Unos huevos? Puedo subirte un croissant.

Madame Annette compró unos cuantos en el pueblo.

–No, gracias.

Tom se fue abajo.

Madame Annette salía de la cocina.

–M’sieur Tome, mire.

Le estaba mostrando la primera página de su periódico. – ¿No es aquel señor, m’sieur Murchison, que nos visitó el jueves? Dice que lo están buscando.

«A la recherche de M. Murchison…»Tom dio un vistazo a la fotografía a dos columnas de Murchison, rostro lleno, sonrisa débil, que aparecía en una esquina, la de la izquierda, de Le Parisien. Édition Seine-et-Marne.

–En efecto, es él -dijo Tom. La noticia decía:

«Thomas F. Murchison, 52 años, americano, ha sido dado por desaparecido desde el pasado jueves 17 de octubre por la tarde. Su maleta fue hallada ante la puerta de "Salidas" del Aeropuerto de Orly, pero no embarcó en el avión que debía llevarle a Londres. M. Murchison es un ejecutivo de Nueva York y acababa de pasar unos días con un amigo en la región de Melun. Su esposa Harriet, que se halla en América, trata de dar con su paradero con el auxilio de las Policías francesa y británica.»

Tom se sintió agradecido al ver que no citaban su nombre. Chris entró por la puerta principal con un par de revistas en la mano, pero sin ningún periódico.

–Hola, Tom! Madame! Hace un hermoso día.

Tom le saludó y luego le dijo a madame Annette:

–Creí que a estas alturas ya lo habrían encontrado. Aunque, de hecho… esta mañana vendrá un inglés a hacerme algunas preguntas.

–¿Ah, sí? ¿Esta mañana?

–Dentro de media hora más o menos.

–¡Menudo misterio! – dijo ella.

–¿De qué misterio hablan? – preguntó Chris a Tom. – Murchison. Hay una fotografía suya en el periódico de hoy. Chris miró con interés la fotografía, y lentamente, en voz alta, leyó algunas de las frases que había debajo, traduciéndolas.

–¡Diantre! Sigue sin aparecer.

–Madame Annette -dijo Tom-, no estoy seguro de si el inglés se quedará a comer. ¿Podrá arreglárselas si somos cuatro?

–Claro, m’sieur Tome.

Se alejó en dirección a la cocina.

–¿De qué inglés se trata? – preguntó Chris-. ¿Otro más?

El francés de Chris estaba haciendo grandes progresos -pensó Tom.

–Sí. Viene a indagar sobre Murchison. Por cierto… si quieres coger el tren de las once y media…

–Bueno, ¿puedo quedarme? Hay otro tren poco después de las doce, y, claro, unos cuantos más por la tarde. Siento curiosidad por Murchison, por lo que hayan averiguado. Naturalmente… no me quedaré en el cuarto de estar mientras usted hable con él, si prefiere hacerla a solas.

A Tom le fastidiaba la idea, pero dijo:

–¿Y por qué no? Nada de secretos.

El inspector llegó en un taxi sobre las diez y media. Tom se había olvidado de decirle cómo se llegaba a la casa, pero él dijo que había preguntado en la estafeta de correos por el domicilio de monsieur Ripley.

–¡Hermosa casa la suya! – comentó el inspector alegremente. Tendría unos cuarenta y cinco años e iba de paisano. Su pelo era negro y escaso, tenía un asomo de barriga y usaba gafas con montura negra detrás de las cuales sus ojos lo escrutaban todo con mirada alerta y cortés. Su sonrisa era agradable y, al parecer, invariable.

–¿Muchos años viviendo aquí?

–Tres -contestó Tom-. ¿No quiere sentarse?

Tom le había abierto la puerta, ya que la llegada del taxi había pasado inadvertida a madame Annette, y ahora se estaba haciendo cargo del abrigo del inspector.

Éste llevaba una maleta negra, en buen estado y no muy grande, de las que tienen cabida para un traje, y se la llevó consigo al sofá, como si no estuviese acostumbrado a separarse de ella.

–Pues bien, lo primero ante todo. ¿Cuándo vio a mister Murchison por última vez?

Tom se hallaba sentado en una silla recta.

–El pasado jueves. Sobre las tres y media de la tarde. Le acompañé hasta Orly. Se iba a Londres.

–Lo sé.

Webster abrió la maleta negra un poco y de ella sacó un bloc de notas, luego se sacó una pluma del bolsillo. Tomó unas cuantas notas durante unos segundos.

–¿Estaba de buen humor? – preguntó, sonriendo.

Sacó un cigarrillo del bolsillo de la americana y le prendió fuego rápidamente.

–Sí.

Tom empezaba a relatar que le había regalado una botella de Margaux, pero se contuvo. No deseaba hacer mención de su bodega.

–¿Y llevaba el cuadro consigo? «El Reloj», me parece que se llama.

–Así es. Envuelto con papel de embalar.

–Al parecer fue robado en Orly. ¿Ése es el cuadro que mister Murchison sospecha que es falso?

–Dijo que lo sospechaba… al principio.

–¿Conoce usted bien a mister Murchison? ¿Desde hace mucho?

Tom se lo explicó.

–Recordaba haberle visto entrar en la oficina de la galería, donde estaba Derwatt, según me han dicho. Así que, cuando por la tarde vi a mister Murchison en el bar de mi hotel, me puse a hablar con él. Quería preguntarle cómo era Derwatt.

–Comprendo. ¿Y después?

–Nos tomamos una copa juntos, y Murchison me informó de su sospecha de que estaban falsificando unos cuantos Derwatts desde hacía un tiempo. Le dije que tenía un par de Derwatts en mi casa de Francia y le pedí que se viniera conmigo para darles un vistazo. Así, pues, nos vinimos los dos juntos para aquí, el miércoles por la tarde y él se quedó a pasar la noche.

El inspector iba tomando algunas notas.

–¿Fue usted a Londres especialmente para la exposición Derwatt?

–Oh, no -dijo Tom, sonriendo ligeramente-. Fui por dos motivos. En parte por la exposición, lo admito, y en parte porque mi esposa cumple años en noviembre, y a ella le gustan cosas de Inglaterra. Carnaby Street. Compré algo en Burlington Arcade…

Tom dirigió una mirada hacia la escalera y estuvo a punto de subir a por sus compras (el pasador con forma de mono), pero se dominó. – No compré ningún Derwatt esta vez, pero tenía pensado comprar «La Bañera». Poco más o menos el último que queda por vender. – ¿Invitó usted a mister Murchison quizá porque pensaba que sus cuadros tampoco eran auténticos?

Tom dudó unos instantes.

–Reconozco que sentía curiosidad. Pero ni por un momento dudé de los míos. Y después de ver los dos que tengo aquí, mister Murchison quedó convencido de que eran auténticos.

Tom no pensaba ni mucho menos ponerse a hablar de la teoría de Murchison con respecto al color lavándula. Ni el inspector demostraba mucho interés por los Derwatts de Tom, limitándose a girar la cabeza para echar un rápido vistazo a

«Las Sillas Rojas», detrás de él, y luego al «Hombre de la Silla», colgado en la pared de enfrente.

–No es mi fuerte, me temo, la pintura moderna. ¿Vive solo, mister Ripley? ¿Usted y su esposa? – Sí, con excepción de madame Annette, el ama de llaves. Mi esposa está en Grecia ahora. – Me gustaría hablar con el ama de llaves -manifestó el inspector, sin perder su sonrisa. Tom se encaminaba ya hacia la cocina en busca de madame Annette cuando Chris apareció al pie de la escalera. – Ah, Chris. Este es el inspector Webster, de Londres. Mi huésped, Christopher Greenleaf -Mucho gusto -dijo Chris tendiendo la mano y, al parecer, impresionado al serle presentado un miembro de la Policía de Londres. – El gusto es mío -dijo Webster amablemente, inclinándose hacia adelante para estrechar la mano de Chris-. Greenleaf. Richard

Greenleaf ¿Era amigo suyo, verdad, mister Ripley?

–En efecto. Y Chris es su primo.

Webster forzosamente tenía que haber mirado en su archivo hacía poco -pensó Tom-, ahondando en él para ver si Tom tenía antecedentes. De lo contrario, Tom no lograba imaginarse que alguien fuese capaz de acordarse del nombre de Dickie al cabo de seis años.

–Si me lo permiten, iré a buscar a madame Annette. Madame Annette estaba pelando algo en el fregadero. Tom le preguntó si podía hablar un momento con el caballero de Londres. – Probablemente hablará francés.

Entonces, cuando Tom regresaba al cuarto de estar, Bernard bajó del piso de arriba. Llevaba unos pantalones de Tom y un suéter sin camisa. Tom se lo presentó a Webster.

–Mister Tufts es pintor. De Londres.

–Oh -exclamó Webster-. ¿Conoció a mister Murchison mientras usted se hallaba aquí?

–No -respondió Bernard, sentándose en una de las sillas rectas tapizadas de amarillo-. Yo no llegué hasta ayer.

Madame Annette entró en la habitación.

El inspector Webster se puso en pie, sonrió y dijo:

–Enchanté, madame.

Prosiguió hablando en un francés perfecto aunque con un decidido acento británico:

–He venido a investigar sobre mister Thomas Murchison, que ha desaparecido.

–¡Ah, sí! Lo leí en el periódico de esta mañana -dijo madame Annette-. ¿No

ha sido hallado?

–No, madame -de nuevo una sonrisa, como si estuviese hablando de algo mucho más divertido-. Parece ser que usted y monsieur Ripley fueron las últimas personas que le vieron. O ¿estaba usted aquí, mister Greenleaf? – preguntó a Chris en inglés.

Chris balbuceó, pero su respuesta fue indudablemente sincera:

–Nunca he visto a mister Murchison, no.

–¿A qué hora se fue de esta casa monsieur Murchison el pasado jueves, madame Annette? ¿Lo recuerda?

–Oh, puede que… Justo después de comer. Les preparé la comida un poco antes de lo acostumbrado. Digamos que se fue a las dos y media.

Tom permanecía en silencio. Madame Annette no se equivocaba

El inspector le dijo a Tom:

–¿Habló de algún amigo suyo en París? Perdóneme, madame sería mejor que hablase en francés.

Pero la conversación prosiguió en ambos idiomas. A veces Tom otras el inspector, se encargaban de traducirla para madame Annette. Al inspector le interesaba lo que ésta pudiera aportar si es que podía aportar algo.

Murchison no había hablado de nadie que viviese en París, y Tom dijo que no le parecía que Murchison tuviera intención de encontrarse con alguien en Orly.

–Verán, la desaparición de mister Murchison y la del cuadro… podrían estar relacionadas -dijo el inspector Webster.

(Tom le explicó a madame Annette que el cuadro que Murchison llevaba consigo había sido robado en Orly y, felizmente, ella recordaba haberlo visto apoyado en la maleta, en el vestíbulo, antes de que se fuesen. No pudo haberlo visto más que unos instantes -supuso Tom-, pero no dejaba de ser una suerte. Webster podía sospechar que él, Tom, lo había destruido.)

–La Compañía Derwatt, creo que tengo buenas razones para llamarla así -prosiguió el inspector-, es una gran empresa. No todo termina en Derwatt, el pintor. Los amigos de Derwatt, Constant y Banbury, son los propietarios de la Buckmaster Gallery, que viene a ser una especie de complemento de su verdadera profesión: el periodismo y la fotografía, respectivamente. Luego está la compañía que vende artículos de dibujo con la marca Derwatt. Y también la Escuela de Arte Derwatt en Perusa. ¡Si a todo eso le añadimos unas gotas de falsificación, nos encontramos con una combinación bastante importante!

Se volvió hacia Bernard.

–Tengo entendido que conoce usted a mister Constant y a mister Banbury, ¿no es así, mister Tufts?

Tom sintió un nuevo aguijonazo de alarma, ya que, para dar con eso, Webster tenía que haber investigado muy profundamente. Hacía años que Ed Banbury, en sus artículos, no citaba el nombre de Bernard entre el grupo de antiguos amigos de Derwatt.

–Sí, les conozco -reconoció Bernard, un poco aturdido aunque, afortunadamente, sin perder la serenidad.

–¿Habló usted con Derwatt en Londres? – preguntó Tom al inspector.

–¡No hay modo de dar con él! – replicó el inspector Webster, su sonrisa habitual convertida ahora en una expresión de radiante buen humor-. No es que tuviera especial interés en encontrarle, pero uno de mis colegas trató de localizarle… a raíz de la desaparición de Murchison. Lo que resulta aún más curioso… al llegar aquí, recurrió al francés para que le entendiese madame Annette no hay constancia de que Derwatt entrase en Inglaterra últimamente, procedente de Méjico o de donde fuera. No me refiero únicamente a los últimos días, cuando supuestamente llegó a Inglaterra, sino que hemos investigado en los archivos de muchos años. En efecto, las últimas noticias que constan en el Departamento de Inmigración indican que Philip Derwatt salió del país hace seis años con destino a Grecia. No tenemos constancia de que haya regresado. Como probablemente sabrán ustedes, se cree que Derwatt pereció ahogado o se suicidó en Grecia.

Bernard estaba sentado con el torso inclinado hacia adelante y los antebrazos apoyados en las rodillas. ¿Estaría reaccionando ante el desafío o a punto de echarlo todo a rodar con una inesperada confesión?

–Sí. Así lo he oído -dijo Tom, y luego a madame Annette-: Hablamos de Derwatt, el pintor… de su supuesto suicidio.

–En efecto, madame -corroboró cortésmente Webster-. Nos perdonará unos momentos. Cualquier cosa de importancia la diré en francés.

Entonces se dirigió a Tom:

–En resumen, que Derwatt entró en Inglaterra, y puede incluso que saliera, como la Pimpinela Escarlata o un fantasma -dijo el inspector riendo entre dientes-. Pero usted, mister Tufts, usted conocía a Derwatt en los viejos tiempos, según tengo entendido. ¿Le vio en Londres?

–No, no le vi.

–Pero estuvo en la exposición, me imagino, ¿no?

La sonrisa de Webster contrastaba radicalmente con el abatimiento de

Bernard.

–No. Puede que vaya más adelante -dijo Bernard con tono solemne-. Me afecta mucho todo lo que tiene que ver con Derwatt.

Pareció que Webster miraba a Bernard con nuevos ojos.

–¿Por qué?

–Siento… siento un gran aprecio por él. Sé que no le gusta la publicidad. Pensé que, bueno, que cuando se hayan calmado las cosas le visitaría antes de que regresara a Méjico.

Webster se rió y se dio una palmada en el muslo.

–Bien, pues si logra dar con él, no deje de comunicarnos dónde está. Nos gustaría hablar con él sobre este asunto de las posibles falsificaciones. Ya he hablado con mister Banbury y mister Constant. Vieron «El Reloj»y me dijeron que era auténtico, pero, por supuesto, no podían decir otra cosa, si me permiten la observación -añadió el inspector lanzando una mirada irónica hacia Tom-, porque, al fin y al cabo, son ellos quienes vendieron el cuadro. También me dijeron que Derwatt lo había identificado sin lugar a dudas como una de sus obras. Pero, bien mirado, cuento solamente… de momento… con la palabra de mister Banbury y de mister Constant, ya que no puedo encontrar ni a Derwatt ni a mister Murchison. Sería interesante que Derwatt no hubiese reconocido el cuadro como propio, o que tuviese alguna duda, y… ¡oh, caramba, no intento escribir ninguna novela de misterio, ni siquiera en mi imaginación! – Webster se rió de buena gana y parecía a punto de revolcarse sobre el sofá. Su risa resultaba contagiosa y atractiva, a pesar de que sus dientes eran desmesuradamente grandes y estaban algo manchados.

Tom sabía lo que Webster había estado a punto de decir: que los propietarios de la Buckmaster Gallery probablemente habían creído que lo más prudente era hacer callar a Derwatt, quizás hacerle desaparecer como por encanto. Y hacer callar a Murchison, también.

Tom dijo:

–Pero si mister Murchison me habló de su conversación con Derwatt… y me dijo que el pintor había reconocido su cuadro. Lo que preocupaba a mister Murchison era la idea de que Derwatt se hubiese olvidado de haberlo pintado o, si lo prefieren, de no haberlo pintado. Pero tal parece que se acordaba de ello.

Ahora era Tom quien se reía.

El inspector Webster miró a Tom y pestañeó mientras mantenía un silencio que a Tom le pareció de cortesía. Era igual que si dijese: «Ahora cuento con su palabra también, y puede que no valga mucho.»

Finalmente, Webster dijo:

–Estoy casi convencido de que alguien, por alguna razón, creyó que valía la pena librarse de Thomas Murchison. ¿Qué otra cosa puedo pensar, si no?

Cortésmente tradujo a madame Annette lo que acababa de decir. Madame Annette exclamó:

–Tiens!

Y Tom, aunque no la estaba mirando, pudo notar su frisson de horror.

Tom se alegraba de que Webster ignorase que él conocía a Jeff y a Ed, siquiera superficialmente. «Resultaba curioso que Webster no le hubiese preguntado directamente si los conocía -pensó Tom-. ¿O es que acaso Jeff y Ed ya le habían dicho al inspector que conocían ligeramente a Tom Ripley porque les había comprado dos cuadros?»

–Madame Annette, creo que un poco de café nos iría bien. ¿Puedo ofrecerle un poco de café, inspector, o prefiere una copa?

–Veo que tiene usted Dubonnet. Me gustaría tomar un poco con hielo, no mucho, y una piel de limón, si no es demasiada molestia.

Tom se lo tradujo a madame Annette.

Nadie quería café. Chris, recostado en el respaldo de una silla cerca de la puerta vidriera, no quiso nada. Parecía absorto en lo que se estaba desarrollando ante sus ojos.

Webster dijo:

–¿Exactamente por qué le parecía a mister Murchison que su cuadro no era auténtico?

Tom lanzó un suspiro y permaneció pensativo. La pregunta iba dirigida a él.

–Me habló del espíritu del cuadro. También dijo algo de las pinceladas -respondió Tom vagamente.

–Estoy completamente seguro -intervino Bernard- de que Derwatt no toleraría ninguna falsificación de su obra. Eso está fuera de lugar. De haber creído que «El Reloj» no era auténtico, lo hubiera afirmado antes que nadie. Se hubiera dirigido inmediatamente a… no sé… la Policía, supongo.

–O a los de la Buckmaster Gallery -comentó el inspector.

–Sí -dijo Bernard firmemente y, de súbito, se puso en pie-. ¿Me disculparán un minuto?

Salió hacia la escalera.

Madame Annette sirvió al inspector su bebida.

Bernard regresó con un grueso libro de notas, con tapas color marrón y muy gastado, en el que trataba de encontrar algo mientras cruzaba la habitación.

–Si desean saber unas cuantas cosas sobre Derwatt, tengo copiados aquí algunos fragmentos de su diario. Se los dejó dentro de una maleta en Londres al partir para Grecia. Los tuve en mi poder durante algún tiempo. Sus diarios tratan principalmente de pintura, de las dificultades con que se enfrentaba cada día, pero hay una anotación… sí, aquí está. Es de hace siete años. Este es el verdadero Derwatt. ¿Puedo leérsela?

–Sí, se lo ruego -dijo Webster.

Bernard empezó a leer:

–«Para el artista no existe más depresión que la causada por un regreso al Yo.»

–Escribe «yo» con mayúscula.

«El Yo es esa lupa tímida, vanagloriosa, egocéntrica y consciente a la que nunca deberíamos mirar y con la que no deberíamos observar nada. A veces nos es dado atisbarlo a medio camino, y entonces resulta horroroso, o entre un cuadro y el siguiente, o bien cuando estamos de vacaciones, lo cual no deberíamos hacer jamás.»

Bernard se rió un poco.

«Semejante depresión consiste, aparte de en sentirnos derrotados, en hacernos preguntas inútiles sobre el significado de todo. En exclamar "¡Cuán corto me he quedado!". Y, aún peor, en descubrir lo que debí comprender hace mucho tiempo: que no puedo confiar en aquellos que dicen ser mis amigos en un momento en que les necesito. Uno no les necesita cuando las cosas, nuestras obras, van bien. Debo permanecer oculto en este momento de flaqueza. Si no, más adelante me lo echarían en cara, como una muleta que debería haber arrojado al fuego… esta noche. Que el recuerdo de las noches de desesperanza viva solamente en mí.»

–Punto y aparte -dijo Bernard reverentemente.

«La gente que realmente es capaz de comunicarse sin miedo a las recriminaciones ¿les está reservada a ellos la felicidad, la perfección en el matrimonio? ¿A dónde han ido a parar la ternura y el perdón en este mundo? Los encuentro con mayor abundancia en los rostros de los niños que posan para mí, que me miran fijamente, con sus grandes ojos llenos de inocencia, sin juzgarme. ¿Y los amigos? En el momento de enfrentarse al eterno enemigo, la Muerte, el que va a suicidarse recurre a ellos. Uno tras otro, ninguno está en casa, el teléfono no contesta o, si lo hace, dicen que están ocupados esta noche, que es algo muy importante que no pueden aplazar… y uno es demasiado orgulloso para mostrarles su desesperación y decirles: "¡Tengo que verte esta misma

noche, de lo contrario…!». Es el último esfuerzo por comunicarse. Cuán digno de lástima, cuán humano, cuán noble… porque ¿qué otra cosa existe que sea más digna de dioses que la comunicación? El suicida sabe bien que su fuerza, la de la comunicación, es sobrenatural, mágica.»

Bernard cerró el libro de notas.

–Por supuesto, era bastante joven cuando escribió eso. Aún no había cumplido los treinta.

–Muy conmovedor -dijo Webster-. ¿Y cuándo dice usted que escribió eso?

–Hace siete años. En noviembre -respondió Bernard-. En octubre había intentado suicidarse en Londres. Eso lo escribió al recuperarse. No fue un… arrebato. Somnífero.

Tom escuchaba con inquietud. No tenía noticia del intento de suicidio de Derwatt.

–Quizá le parezca melodramático -dijo Bernard al inspector-. No escribía sus diarios con la intención de que se hiciesen públicos. Los demás están en poder de la Buckmaster Gallery. A no ser que Derwatt los reclamase.

A Bernard empezaba a trabársele la lengua, y se le veía nervioso, probablemente porque trataba de mentir sin que se le notase.

–¿Así que es propenso al suicidio? – preguntó Webster.

–¡Oh, no! Sólo que tiene altibajos. Eso es perfectamente normal, quiero decir tratándose de un pintor. Al escribir esto se hallaba en la ruina. Había perdido un encargo para pintar un mural, y lo malo es que ya lo tenía terminado. Los jueces se lo rechazaron porque en él aparecían un par de desnudos. Iba destinado a la estafeta postal de no sé dónde.

Bernard se rió como si todo ello ya no tuviera importancia.

Y, curiosamente, el rostro de Webster permanecía serio y pensativo.

–He leído esto porque quería demostrar que Derwatt es un hombre honrado -prosiguió Bernard, impávido-. Nadie que no fuese honrado podría escribir esto, o las otras cosas sobre pintura, o sencillamente, sobre la vida, que se dicen en el diario.

Bernard dio unos golpecitos con los nudillos en el diario. – Yo fui uno de los que estaban demasiado ocupados para escribirle cuando él me necesitaba. No podía sospechar que estuviese tan desesperado, ¿sabe? Nadie podía. Hasta necesitaba dinero, pero era demasiado orgulloso para pedirlo. Un hombre así no roba, ni comete… quiero decir permite que se cometa un engaño.

Tom creyó que el inspector, con el tono solemne propio de la ocasión, diría que se hacía cargo. Pero se limitó a seguir sentado, con las rodillas separadas y

una mano sobre el muslo, sumido en sus meditaciones.

–Me parece magnífico lo que acaba de leer -dijo Chris tras un largo silencio. Al ver que nadie decía nada Chris agachó la cabeza y la volvió a levantar, como si se aprestase a defender su opinión.

–¿Alguna otra anotación más reciente? – preguntó Webster-. Me parece muy interesante lo que nos ha leído, pero…

–Una o dos -dijo Bernard, hojeando el libro de notas-. Pero también datan de hace seis años. Por ejemplo, «El eterno fracasar, no lograr comunicar todo cuanto se lleva dentro, es la única cosa que quita el miedo del acto creador».

Derwatt siempre ha sentido respeto por su talento. Me resulta muy difícil expresarlo con palabras.

–Me parece que ya lo entiendo -dijo Webster.

Casi al instante Tom se dio cuenta del serio, casi personal, desengaño que sentía Bernard. Lanzó una mirada hacia madame Annette, que, discretamente, se hallaba de pie entre el vano de la puerta y el sofá.

–¿Habló con Derwatt o no, en Londres, aunque fuese por teléfono? – preguntó Webster a Bernard.

–No.

–¿O con Banbury o Constant, mientras Derwatt se hallaba allí?

–No. No les veo a menudo.

«Nadie -pensó Tom- sospecharía que Bernard mentía. Parecía la personificación de la probidad.»

–¿Pero está en buenas relaciones con ellos? – preguntó Webster, inclinando un poco la cabeza, como si pidiera disculpas por la pregunta-. Tengo entendido que les conoció hace años, cuando Derwatt vivía en Londres, ¿no es así?

–En efecto. ¿Y por qué no? Pero no salgo mucho cuando estoy en Londres.

–¿Sabe usted si Derwatt tiene amigos -prosiguió preguntando el inspector con su amable voz- que posean un helicóptero o alguna embarcación? Quiero decir gente que pueda haberlo introducido, y sacado del país en secreto, como si fuese un gato siamés o un paquistaní.

–No lo sé. Yo ciertamente no sé de ninguno.

–Otra pregunta, por fuerza debió usted escribir a Derwatt cuando se enteró de que vivía en Méjico, de que no había muerto. ¿Me equivoco?

–No, no le escribí -respondió Bernard, tragando saliva, y la nuez de su garganta parecía estar en apuros-. Como dije, mantengo escasas relaciones con… Jeff y Ed, de la Buckmaster Gallery. Y ellos no saben en qué pueblo vive Derwatt, me consta, porque los cuadros los reciben desde Veracruz por vía

marítima. Pensé que Derwatt me escribiría si quería. Como no fue así, no me atreví a hacerla yo. Me pareció que…

–¿Sí? ¿Qué le pareció?

–Que Derwatt ya había sufrido mucho. Espiritualmente hablando. Puede que en Grecia o antes de ir allí. Creí que ello le habría hecho cambiar, puede que hasta haberlo indispuesto con sus antiguos amigos, así que, si él no deseaba comunicarse conmigo… Así era su manera de hacer las cosas, de verlas.

A Tom le habría costado poco llorar por Bernard, que, penosamente, hacía cuanto podía. Bernard lo estaba pasando tan mal como cualquier otra persona ajena al teatro que intentase actuar en escena y detestase profundamente el tener que hacerla.

El inspector Webster miró a Tom y luego a Bernard.

–¡Qué raro! ¿Quiere usted decir que Derwatt se hallaba tan…?

–Quiero decir que me parece que Derwatt estaba realmente hasta las narices -Bernard se interrumpió-, harto de la gente cuando se marchó a Méjico. Si lo que buscaba era la soledad, yo no tenía la menor intención de quebrantársela. Pude haberme marchado a Méjico y buscarlo eternamente, hasta encontrarlo -supongo.

Tom casi creía las palabras que acababa de oír. Tenía que creerlas se dijo a sí mismo. Así que empezó a creérselas. Entonces se dirigió hacia el mueble bar para llenar de nuevo el vaso de Webster con más Dubonnet.

–Ya veo. Y ahora, cuando Derwatt vuelva a partir para Méjico, suponiendo que no lo haya hecho ya, ¿usted no sabrá a dónde escribirle? – preguntó Webster.

–Ciertamente que no. Todo lo que sabré es que estará pintando y, supongo, que será feliz.

–Y la Buckmaster Gallery, ¿tampoco ellos sabrán donde localizarle?

Bernard negó con la cabeza por segunda vez.

–Por lo que yo sé, así es.

–¿Dónde mandan el dinero que producen sus cuadros?

–No estoy seguro. Me parece que a un Banco mejicano que se encarga de hacerla llegar a Derwatt.

«Gracias por tan lógica respuesta» -pensó Tom-, mientras se inclinaba para verter el Dubonet en un vaso. Dejó sitio en el vaso para poner hielo y cogió el recipiente de los cubitos.

–Inspector, ¿se quedará a comer con nosotros? Le he dicho a mi ama de llaves que así lo esperaba.

Madame Annette ya había desaparecido hacia la cocina.

_No, no, muchísimas gracias -respondió el inspector Webster con una sonrisa-. Tengo una cita para almorzar con la Policía de Melun. Me parece que es la única oportunidad de hablar tranquilamente con ellos. Eso es muy francés, ¿verdad? Me esperan en Melun a la una menos cuarto, así que lo que debería hacer ahora es llamar para que me envíen un taxi.

Tom se encargó de llamar al servicio de taxis de Melun para que mandasen uno.

–Me gustaría dar una vuelta por su finca -dijo el inspector-. ¡Parece tan bonita!

«Esto podría significar un cambio de talante -pensó Tom-, como ese invitado a tomar el té que solicita ver las rosas del jardín para, de esta manera, zafarse del tedio que la conversación le produce.» Pero a Tom no le parecía que así fuera.

A Chris no le hubiera costado nada el ir tras ellos, tal era su fascinación por la Policía británica, pero Tom le detuvo con una mirada y salió solo con el inspector. Descendieron por los peldaños de piedra donde el día anterior, tan sólo el día anterior, Tom había estado a punto de caerse al ir en pos del empapado Bernard. El sol brillaba sin gran convicción, la hierba estaba casi seca. El inspector se metió las manos en los bolsillos de sus holgados pantalones. Puede que Webster no tuviera ningún motivo concreto para sospechar de él -pensó Tom- pero notaba que no acababa de estar libre de toda sospecha. «Le he causado al Estado algún perjuicio y ellos lo saben.» Extraña mañana para tener citas de Shakespeare en la cabeza.

–Manzanos, melocotoneros. Me imagino que se lo debe pasar usted muy bien aquí. ¿Tiene usted alguna profesión, mister Ripley?

La pregunta resultaba tan cortante como la de un inspector de inmigración, pero Tom ya estaba acostumbrado.

–Cuido del jardín, pinto un poco y estudio lo que me place. No tengo ninguna ocupación, si con ello se entiende el tener que trasladarme a París cada día, ni siquiera cada semana. Raramente me dejo caer por allí.

Tom recogió una piedra que echaba a perder el efecto del césped y con ella apuntó al tronco de un árbol. La piedra hizo «toc» al dar contra el tronco y Tom sintió una punzada en el tobillo torcido.

–Y los bosques. ¿Son suyos?

–No. Por lo que yo sé, son de propiedad pública o del Estado. A veces saco un poco de leña de ellos, leña menuda de los árboles ya caídos. ¿Quiere dar un paseíto? – propuso Tom señalando el sendero.

El inspector Webster dio cinco o seis pasos adentrándose en el sendero, pero,

después de recorrerlo con la mirada, se detuvo.

–Ahora no, gracias. Me parece que sería mejor que estuviese atento a la llegada de mi taxi.

El taxi ya esperaba delante de la entrada cuando regresaron.

Tom se despidió del inspector, y Chris también. Tom le deseó Bon appétit.

–¡Es fascinante! – dijo Chris-. ¡En serio! ¿Le enseñó al inspector la tumba del bosque? No quise espiarles desde la ventana porque me pareció de muy mala educación.

Tom sonrió.

–No. Iba a hacerla, pero pensé que sería una idiotez empezar a sembrar falsas pistas.

Chris se rió. Incluso sus dientes se parecían a los de Dickie, afilados los colmillos, bastante apretados los demás.

–¡Imagínese al inspector excavando allí en busca de Murchison! – insistió Chris.

Tom se rió también.

–Sí, pero si yo le dejé en Orly, ¿cómo iba a regresar aquí?

–¿Quién le asesinó? – preguntó Chris.

–No creo que haya muerto -repuso Tom.

–¿Secuestrado?

–Ni idea. Puede ser. Junto con el cuadro. No sé qué pensar. ¿Dónde se ha metido Bernard?

–Se fue arriba.

Tom subió a verle. La puerta de su habitación estaba cerrada.

Tom llamó y oyó un gruñido por respuesta.

Bernard estaba sentado al borde de la cama con las manos entrelazadas. Su aspecto era de derrota y agotamiento.

–Todo salió bien. Tout va bien -dijo Tom con voz tan alegre como pudo o como se atrevía.

–Fracasé -respondió Bernard, con una mirada de desesperación en los ojos.

–¿Qué diablos dices? ¡Estuviste maravilloso!

–Fracasé. Por eso me hizo todas esas preguntas sobre Derwatt, sobre cómo encontrarle en Méjico. Derwatt fracasó y yo también.

14

El almuerzo resultó uno de los peores que Tom había aguantado, casi tanto como el que él y Heloise tomaron con los padres de ella poco después de decirles que ya se habían casado. Pero, al menos, el de hoy no había durado tanto. Bernard era víctima de la irremediable depresión que -se figuró Tom- sentiría cualquier actor que acabase de llevar a cabo una representación atrozmente mala. Así que de nada iban a servir las palabras de consuelo. Tom conocía por experiencia la clase de agotamiento que se había apoderado de Bernard: el del intérprete que ha dado todo cuanto puede dar de sí.

–¿Saben? Ayer noche -dijo Chris, al tiempo que apuraba el vaso de leche que alternaba con el de vino- vi un coche que salía del bosque haciendo marcha atrás. Sería sobre la una. No creo que sea importante. El coche reculaba llevando encendidas las luces más imprescindibles únicamente, como haría alguien que no quisiera ser visto.

Tom dijo:

–Probablemente… una pareja de novios.

Temía que Bernard reaccionase de algún modo (pero ¿cuál?) ante las palabras de Chris, pero ni siquiera pareció haberlas oído. Bernard se levantó después de disculparse.

–Caramba, es una lástima que esté tan trastornado -dijo Chris cuando Bernard ya no podía oírle-. Me iré ahora mismo: Espero no haberme quedado demasiado tiempo.

Tom quería ver qué trenes había por la tarde, pero Chris tenía otra idea. Prefería hacer autostop hasta París. No hubo forma de disuadirle, ya que estaba convencido de que sería una aventura.

La alternativa consistía en coger un tren que -Tom sabía- salía a las cinco. Chris bajó con sus maletas y entró en la cocina para despedirse de madame Annette.

Luego los dos salieron hacia el garaje.

–Por favor -dijo Chris-, despídame de Bernard, ¿quiere? Tenía la puerta cerrada y me dio la impresión de que no desea ser molestado, pero no quiero que me tome por un mal educado.

Tom le aseguró de que le haría quedar bien con Bernard. Se fueron en el Alfa-Romeo.

–Me puede dejar en cualquier parte, en serio -dijo Chris.

Tom opinaba que el mejor sitio para hacer autostop era Fontainebleau, la carretera que iba hasta París. Chris aparentaba lo que en realidad era, un joven americano de elevada estatura que se hallaba de vacaciones, ni rico ni pobre, y a

Tom le pareció que no le sería difícil hallar quien se ofreciese a llevarle en coche hasta París.

–¿Le parece bien que le llame dentro de un par de días? – preguntó Chris-. Me gustaría saber cómo van las cosas, aunque, por supuesto, pienso leerlo en la prensa.

–Claro -respondió Tom-. Y á te llamaré yo. Hotel Louisiane, rue de Seine, ¿no es así?

–En efecto. No puede imaginarse qué contento estoy de haber podido ver una casa francesa por dentro.

«Sí, sí, podía imaginárselo. Al menos no hacía falta que lo dijese» -pensó Tom. Camino de casa, Tom condujo más de prisa que de costumbre. Se sentía muy preocupado, pero sin saber exactamente por qué tenía que preocuparse. También se sentía aislado de Jeff y de Ed, pero hubiera sido una imprudencia tratar de establecer comunicación con ellos, o viceversa. Decidió que lo mejor sería tratar de que Bernard se quedase más tiempo, aunque no iba a ser tarea fácil. Pero el regreso a Londres significaría que Bernard volvería a encontrarse con la exposición Derwatt delante, las calles llenas de carteles, y puede que incluso notase que Jeff y Ed también estaban asustados y sin saber con certeza qué debían hacer. Tras dejar el coche en el garaje, Tom subió directamente a la habitación de Bernard y llamó a la puerta.

No hubo respuesta.

Tom abrió la puerta. La cama estaba tal como Tom la había visto por la mañana, cuando Bernard estaba sentado en ella, y en el cobertor se notaba una ligera cavidad causada por Bernard al sentarse. Pero ni rastro de Bernard, de su bolsa de viaje y de su arrugado traje, que Tom había colgado en el ropero. Tom echó una ojeada a su propia habitación, pero tampoco estaba allí. No encontró ninguna nota. Madame Clusot estaba pasando la aspiradora por la habitación y Tom le dijo:

–Bonjour, madame.

Tom descendió a la planta baja.

–¡Madame Annette!

El ama de llaves no estaba en la cocina. Se había retirado a su habitación. Tom llamó a la puerta y, al obtener respuesta, la abrió.

Madame Annette estaba recostada en la cama, tapada con una colcha de punto color malva, leyendo el Marie-Claire.

–¡No se moleste, madame! – dijo Tom-. Sólo quería preguntarle dónde estaba m’sieur Bernard.

–¿No está en su habitación? A lo mejor ha salido a dar un paseo.

Tom no quería decirle que al parecer Bernard había cogido sus bártulos y se había marchado.

–¿No le dijo nada?

–No, m’sieur.

Tom consiguió esbozar una sonrisa.

–Bueno… no hay que preocuparse. ¿Alguna llamada telefónica?

–No, m’sieur. Por cierto, ¿cuántos van a cenar esta noche?

–Dos, me parece. Gracias, madame Annette -respondió Tom, creyendo que posiblemente Bernard ya estaría de vuelta.

Salió y cerró la puerta.

«Dios mío -pensó Tom- necesito tranquilizarme con un par de poemas de Goethe. Der Abschied o alguno parecido.» Un poco de solidez germánica, del sentido de la superioridad de Goethe y puede que un poco de genialidad también. Eso es lo que le hacía falta. Sacó el libro (Goethes Gedichte) de la estantería y lo abrió al azar por la página correspondiente a Der Abschied. Tom se lo sabía casi de memoria, aunque jamás se hubiera atrevido a recitarlo ante nadie por temor a que su acento no resultase perfecto. Las primeras estrofas le trastornaron:

Lass mein Aug' den Abschied sagen,

Den mein Mund nicht nehmen kann!

Que mis ojos digan el adiós que mi boca no puede decir.

Schwer, wie schwer ist er zu tragen!

Und ich bin…

Se sobresaltó al oír el golpe de la portezuela de un coche al cerrarse. Alguien acababa de llegar. «Bernard habrá regresado en taxi» -pensó Tom.

Pero no, era Heloise.

La encontró erguida, sin sombrero, con su largo y rubio pelo agitado por la brisa, revolviendo en su monedero.

Tom pegó un bote hacia la puerta y la abrió de un tirón.

–¡Heloise!

–Ah, Tome!

Se abrazaron.

–Ah, Tome, ah, Tome!

Tom ya se había acostumbrado a que le llamasen así, incluso le gustaba cuando era Heloise quien lo hacía.

–¡Estás muy tostada por el sol! – dijo Tom en inglés, aunque quería decir «bronceada»-. Déjame que despache a este tipo. ¿Cuánto es?

–Ciento cuarenta francos.

–¡Hijo de…! Sólo desde Orly! Es un…

Tom se contuvo, aunque hablaba en inglés, y no dijo lo que iba a decir. Pagó el importe del viaje. El taxista no les ayudó a bajar el equipaje.

Tom lo entró todo en la casa.

–¡Ah, qué agradable estar en casa! – dijo Heloise estirando los brazos. Arrojó sobre el sofá amarillo un enorme bolso, hecho en Grecia, que parecía un tapiz. Llevaba sandalias de cuero marrón, unos pantalones acampanados de color rosa, y un chaquetón de marinero americano.

Tom se preguntó cómo y dónde el chaquetón habría ido a parar a poder de Heloise.

–Todo va bien. Madame Annette está descansando en su cuarto -dijo Tom, volviendo al francés.

–¡Qué vacaciones más terribles he pasado!

Heloise se dejó caer en el sofá y encendió un cigarrillo. Tardaría varios minutos en calmarse, así que Tom empezó a subir las maletas al piso de arriba. Heloise gritó al verle coger una que contenía algo que iba destinado a la planta baja. Tom la dejó y cogió otra.

–¿Es imprescindible que seas tan americano y tan eficiente?

«Y ¿qué podía hacer? – se preguntó Tom-. ¿Quedarse de pie en espera de que ella se calmase?»

–Sí -respondió, trasladando el resto del equipaje a la habitación de Heloise.

Cuando bajó de nuevo, madame Annette estaba en el cuarto de estar, hablando con Heloise de Grecia, del yate, de la casa de Grecia (que evidentemente estaba en un pueblecito de pescadores). Pero Tom observó que todavía no hablaban de Murchison. Madame Annette sentía afecto por Heloise, porque a madame Annette le gustaba servir a los demás y a Heloise, por su parte, le gustaba que la sirviesen. Heloise no quiso nada de momento, aunque, ante la insistencia de madame Annette, aceptó una taza de té.

Luego Heloise le contó cosas de sus vacaciones en el Princesse de Grece, el yate de aquel estúpido llamado Zeppo, nombre que hacía pensar a Tom en los hermanos Marx. Tom había visto fotografías de esta bestia peluda, cuya presunción no tenía nada que envidiar a la de los más ricos armadores griegos y ello a pesar de que Zeppo no era más que el hijo de un «tiburón» de poca monta dedicado a la especulación de bienes raíces. Un hombre de negocios que explotaba a sus propios compatriotas y, a su vez, era explotado por los coroneles fascistas que gobernaban su país (según palabras de Zeppo y de Heloise) pero

que, pese a todo, ganaba tanto dinero que su hijo podía permitirse el lujo de pasarse la vida de crucero en su yate, echando caviar a los peces y llenando de champaña la piscina de a bordo, que luego calentaban para poder nadar.

–Zeppo tenía que esconder el champaña, así que lo metió en la piscina -decía Heloise a modo de explicación.

–¿Y quién se acostaba con Zeppo? Confío que no fuese la esposa del presidente de los Estados Unidos.

–Oh, cualquiera -dijo Heloise en: inglés, con acento despreciativo, mientras lanzaba una bocanada de humo.

Tom estaba seguro de que Heloise no lo haría. A Heloise le gustaba incitar a los hombres, aunque no muy a menudo, pero Tom tenía la seguridad de que, desde su matrimonio, no se había metido en la cama con nadie salvo con él. Gracias a Dios, no con Zeppo, que era un gorila. Heloise jamás lo consentiría. La forma que Zeppo tenía de tratar a las mujeres era repelente, pero en este sentido Tom pensaba (aunque nunca se había atrevido a decírselo a una mujer) que si una mujer, desde buen principio, consentía tal tratamiento con el objeto de ganarse un brazalete de diamantes o una villa en el sur de Francia, ¿por qué diablos se quejaba luego? Al parecer, la irritación de Heloise era debida principalmente a los celos de otra mujer, llamada Norita, al ver las atenciones que para Heloise había tenido uno de los pasajeros del yate. Tom apenas prestaba atención a todos estos chismorreas de semanario gráfico, porque su mente estaba ocupada en buscar el modo de contarle a Heloise lo sucedido en su ausencia sin que ella se asustase.

Además, no había perdido del todo las esperanzas de ver aparecer la desvaída figura de Bernard por la puerta principal de un momento a otro. Paseaba lentamente arriba y abajo por la habitación, lanzando una mirada apresurada a la puerta principal cada vez que volvía sobre sí mismo.

–Fui a Londres.

–¿Ah, sí? ¿Qué tal te fue?

–Te traje algo.

Tom subió corriendo al piso de arriba (su tobillo ya estaba mucho mejor) y regresó con los pantalones de Carnaby Street. Heloise se los puso en el comedor. Le caían bien.

–¡Me encantan! – dijo Heloise, y le premió con un abrazo y un beso en la mejilla.

–Volví con un hombre llamado Thomas Murchison -dijo Tom, y procedió a contarle lo sucedido.

Heloise no sabía nada de su desaparición. Tom le contó las sospechas de Murchison acerca de la autenticidad de su «Reloj», añadiendo que él estaba convencido de que nadie estaba falsificando los cuadros de Derwatt, por lo que, al igual que la Policía no se explicaba la desaparición de Murchison. Del mismo modo que ignoraba el asunto de las falsificaciones, Heloise no sabía nada sobre los ingresos que Tom obtenía de la Derwatt Ltd. y que ascendían a unos doce mil dólares al año, casi tanto como el dividendo que producían las acciones que Tom había heredado de Dickie Greenleaf. Heloise daba importancia al dinero, pero no tenía ningún interés especial por averiguar de dónde procedía. Sabía que el mantenimiento de su tren de vida dependía tanto del dinero de su familia como del de Tom, pero jamás le había echado esto en cara, y Tom sabía que este detalle le tenía completamente sin cuidado, otra de las cualidades que apreciaba en Heloise. Tom le había explicado que Derwatt Ltd. insistía en pasarle un pequeño porcentaje de los beneficios, ya que, hacía años, antes de conocerla, él les había ayudado a organizar el negocio. Los ingresos de Derwaat Ltd. los recibía a través de la compañía de Nueva York que se encargaba de distribuir los productos Derwatt. Parte del dinero lo invertía en Nueva York, y el resto se lo hacía remitir a Francia, donde lo convertía en francos. El director de la compañía de suministros artísticos Derwatt (casualmente, otro griego) estaba enterado de que Derwatt no existía y de que se estaban falsificando los cuadros.

Tom prosiguió.

–Otro hombre, llamado Bernard Tufts, no creo que le conozcas, vino a visitarme hace un par de días y justamente esta tarde parece ser que salió a pasear llevando todos sus bártulos. No sé si va a volver o no.

–¿Bernard Tufts? Un Anglais?

–Sí. No le conozco bien. Es amigo de unos amigos míos. Es pintor y lo está pasando mal a causa de una chica. Probablemente se habrá largado a París. Creí conveniente decírtelo, por si volvía.

Tom se rió. Cada vez estaba más convencido de que Bernard no regresaría. ¿Acaso había tomado un taxi hasta Orly y saltado al primer avión que le llevase a Londres?

–Y, las otras novedades son que mañana estamos invitados a cenar con los Berthelins. ¡Se sentirán encantados de que hayas regresado! Oh, casi me olvidaba. Quedaba otro huésped, un tal Christopher Greenleaf, primo de Dickie. Pasó dos noches aquí. ¿No recibiste la carta en que te lo contaba?

No la había recibido, porque sólo hacía unos días que la había mandado, el martes.

–¡Dios mío, sí que has estado ocupado! – dijo Heloise en inglés, con un divertido tono de celos en su voz-. ¿Me echaste de menos, Tome?

Tom la rodeó con sus brazos.

–Te eché de menos, claro que sí.

El objeto que Heloise se había traído para el piso de abajo consistía en un jarrón, bajo y macizo, con dos asas y decorado con dos toros negros enfrentándose el uno al otro con la cabeza baja. Resultaba atractivo y Tom no preguntó si era valioso, muy antiguo o cualquier otra cosa, porque en aquel momento no le importaba saberlo. Puso Las Cuatro Estaciones, de Vivaldi. Heloise estaba en el piso de arriba deshaciendo el equipaje, tras lo cual había dicho que tomaría un baño.

A las seis y media Bernard no había regresado. Tom tenía el presentimiento de que estaría en París, no en Londres, pero no era más que un presentimiento, algo de lo que no podía fiarse. Durante la cena, que tomaron en casa, madame Annette charló con Heloise sobre el señor inglés que se había presentado por la mañana preguntando por m'sieur Murchison. Heloise mostraba interés, aunque superficial, y desde luego no parecía preocupada por lo que Tom pudo ver. Bernard parecía interesarle más.

–¿Esperas que vuelva? ¿Esta noche?

–En realidad… ya no -respondió Tom.

La mañana del jueves transcurrió con toda tranquilidad, sin ni siquiera una llamada telefónica, si bien Heloise hizo tres o cuatro llamadas a París, incluyendo una a la oficina de su padre. Heloise llevaba unos tejanos descoloridos y andaba descalza por la casa. En Le Parisien de madame Annette no había nada sobre Murchison. Durante la ausencia de madame Annette por la tarde (aparentemente había salido a hacer la compra, pero lo más probable es que visitara a su amiga madame Yvonne para ponerla al corriente de la vuelta de Heloise y de la visita de un agente de la Policía londinense), Tom se tumbó en el sofá con Heloise, amodorrado, con la cabeza recostada en el pecho de su mujer. Se habían hecho el amor por la mañana. Asombroso. Todo el mundo creía que se trataba de algo dramático. Pero para Tom no revestía tanta importancia como el haberse dormido la noche antes teniendo a Heloise en sus brazos. A menudo, Heloise le decía:

–Es agradable dormir contigo, porque cuando te das la vuelta no armas un pequeño terremoto en la cama. De hecho, ni me doy cuenta de que te das la vuelta.

A Tom le agradaba oírlo. Y nunca se había preocupado de preguntar quiénes

habían armado un terremoto en la cama de Heloise. Heloise existía. Tom lo encontraba curioso. No lograba descubrir qué objetivos tenía ella en la vida. Heloise era como un cuadro en la pared. «Era posible que alguna vez quisiera tener hijos -decía ella-. Mientras tanto, existía.» No es que Tom pudiera alardear de tener algún objetivo, una vez alcanzado su actual nivel de vida, pero sí experimentaba un cierto placer en procurarse los gustos que ahora estaban a su alcance, mientras que Heloise, por el contrario, parecía no sentir entusiasmo por nada, posiblemente porque lo había tenido todo desde el mismo día de su nacimiento. A veces, cuando hacían el amor, Tom sentía algo raro, una especie de alejamiento, como si su placer emanase de algo inanimado, irreal, de un cuerpo sin identidad. ¿Quizás la causa fuese cierta timidez o puritanismo por su parte? ¿O puede que el temor de darse por completo mentalmente? Como si se dijese a sí mismo:

–Si no poseyera, si perdiera a Heloise, no podría seguir existiendo.

Tom se sabía capaz de creer eso, aun en lo tocante a Heloise, pero no le gustaba ni se hubiera permitido confesárselo a sí mismo y, ciertamente, jamás se lo había dicho a Heloise, ya que, tal como estaban las cosas ahora, hubiera sido una mentira. El depender completamente de ella era simplemente una posibilidad que a veces presentía. Tenía poca relación con el sexo -pensaba Tom-, con cualquier tipo de subordinación en tal sentido. Heloise solía mostrarse irrespetuosa con las mismas cosas que Tom. Era una compañera, en cierto modo, pero una compañera pasiva. Con un muchacho u otro hombre, Tom se hubiera reído más; puede que ahí estuviera la principal diferencia. Pero Tom recordaba cierta ocasión en que, delante de los padres de Heloise, él había dicho:

–Estoy seguro de que no hay ningún mafioso que no haya sido bautizado; y ¿de qué les sirve?

Y Heloise se había reído. Pero sus padres, no. De algún modo se las habían arreglado para arrancarle a Tom la confesión de que no le habían bautizado en los Estados Unidos. El mismo Tom no estaba completamente seguro de ello, pero recordaba perfectamente que su tía Dottie nunca le había hablado de su bautizo. Sus padres murieron ahogados cuando él era aún muy pequeño, por lo que tampoco de ellos había podido obtener información al respecto. Resultaba imposible explicarles a los Plisson, que eran católicos, el hecho de que en los Estados Unidos el bautismo y la misa, la confesión y las orejas perforadas, el infierno y la Mafia eran, por decirlo de algún modo, cosa de católicos, y no de protestantes. Y no es que Tom fuese una u otra cosa. Pero si de algo estaba seguro, es de que no era católico.

Las veces en que Heloise le parecía más viva era cuando sufría un arrebato de cólera. Heloise tenía diversas clases de rabietas. Tom no contaba con las que se producían cuando de París tardaban en cumplir un encargo. Entonces Heloise juraba (en falso) que jamás volvería a poner los pies en tal o cual tienda. Los arrebatos más graves los sufría a causa del aburrimiento o de algún ligero ultraje a su ego; por ejemplo cuando un invitado la contradecía con éxito durante la conversación de sobremesa. Heloise se dominaba hasta después de la partida del invitado o invitados, lo cual ya era algo, pero tan pronto se quedaban los dos solos, empezaba a ir de un lado a otro, enfurecida, lanzando cojines contra las paredes y gritando Cosas como «Fous-moi la paix! Salauds!» (¡Iros al infierno! ¡Cochinos!), ante su único público, Tom. Él acostumbraba a decirle algo tranquilizador, ajeno al caso, y Heloise se ablandaba, las lágrimas aparecían en sus ojos y en cuestión de unos instantes ya volvía a reírse. Tom se figuraba que ello era típico del temperamento latino. Desde luego no era inglés.

Tom se pasó cerca de una hora trabajando en el jardín, luego leyó un poco de *Las armas secretas*, de Julio Cortázar. Después subió y dio los últimos toques al retrato de madame Annette. Era jueves y ella tenía el día libre.

A las seis de la tarde le pidió a Heloise que entrase a dar un vistazo al retrato.

–No está mal, ¿sabes? No lo has trabajado demasiado. Eso me gusta. El comentario agradó a Tom.

–No le digas nada a madame Annette.

Colocó el cuadro en un rincón, de cara a la pared, para que se secase. Luego se arreglaron para ir a casa de los Berthelin. No era necesario vestirse de ceremonia y con los tejanos bastaría. Vincent era otro de los maridos que trabajaban en París y pasaban el fin de semana en su casa de campo.

–¿Qué te ha dicho tu padre? – preguntó Tom.

–Está contento de que haya regresado a Francia. Tom sabía que no gustaba mucho al padre de ella, pero éste tenía la vaga impresión de que Heloise le tenía un poco abandonado. La virtud burguesa se hallaba en guerra con un buen olfato para el carácter -se figuraba Tom.

–¿Y Noëlle?

Noëlle era una de las amigas preferidas de Heloise y vivía en París.

–Oh, como siempre. Aburrida, según dice. Nunca le ha gustado el otoño.

Aunque eran bastante ricos, los Berthelin vivían de un modo premeditadamente incómodo en el campo. Tenían el retrete fuera de la casa y en la cocina no había agua caliente. El agua caliente la obtenían colocando una olla sobre la estufa, que funcionaba a base de leña. Los otros invitados eran los

Clegg, el matrimonio inglés, de unos cincuenta años, los mismos que los Berthelin. Al hijo de Vincent Berthelin, Tom no le conocía. Se trataba de un muchacho de pelo negro y veintidós años (Vincent le había dicho la edad del muchacho a Tom mientras ambos se tomaban unos Ricards en la cocina y el primero preparaba la cena), que vivía con una chica en París, y estaba en un tris de mandar a paseo sus estudios de arquitectura en Beaux Arts, lo cual ponía furioso a Vincent.

–¡Por esa chica no vale la pena! – tronaba Vincent ante Tom-. Eso es por culpa de la influencia inglesa, ¿sabes?

Vincent era gaullista.

La cena, excelente, consistió en pollo, arroz, ensalada, queso y una tarta de manzana preparada por Jacqueline. Tom tenía el pensamiento en otras cosas. Pero se encontraba a gusto, hasta el punto de sonreír, ya que Heloise se encontraba de buen humor y narraba sus aventuras por Grecia. Al final todos probaron el ouzo que Heloise había traído.

–¡Vaya sabor más desagradable, el del dichoso ouzo! ¡Es peor que el Pernord! – dijo Heloise de vuelta a casa, mientras se cepillaba los dientes en su cuarto de baño. Se había puesto ya el camisón de dormir, corto y de color azul.

En su habitación, Tom se estaba poniendo el nuevo pijama comprado en Londres.

–Voy abajo a por un poco de champaña -anunció Heloise.

–Ya iré yo -respondió Tom poniéndose las zapatillas a toda prisa.

–Tengo que quitarme este mal sabor. Además, tengo ganas de beber champaña. Diríase que los Berthelin están en la miseria, a juzgar por las cosas que sirven como bebida. Vin ordinaire!

Heloise bajaba por las escaleras.

Tom la interceptó.

–Yo me cuidaré del champaña -dijo Heloise-. Ve tú a por el hielo.

Sin saber exactamente por qué, a Tom no le hacía gracia que ella bajase al sótano. Pero entró en la cocina y acababa de sacar la bandeja del hielo cuando oyó un chillido amortiguado por la distancia, pero, sin lugar a dudas, proferido por Heloise. Tom atravesó corriendo el vestíbulo principal.

Se oyó un segundo chillido y Tom chocó con Heloise en el retrete de reserva..

–Mon dieu! ¡Alguien se ha colgado ahí abajo!

–¡Oh, Dios mío!

Tom sostenía a medias a Heloise mientras la conducía escaleras arriba.

–No bajes, Tome. ¡Es horrible!

Sería Bernard, sin duda. Tom temblaba al subir las escaleras con ella, que hablaba en francés mientras él lo hacía en inglés.

–¡Prométeme que no bajarás! ¡Llama a la Policía, Tome!

–Muy bien, llamaré a la Policía.

–¿Quién es?

–No lo sé.

Entraron en el dormitorio de Heloise.

–¡Quédate aquí! – dijo Tom.

–No, ¡no me dejes!

–¡Insisto! – dijo Tom en francés.

Salió corriendo escaleras abajo. «Un whisky solo será lo más indicado» -pensó Tom. Heloise apenas bebía licores, por lo que el whisky causaría efecto casi al instante. Después, un sedante. Tom regresó corriendo al piso de arriba con la botella y un vaso que había cogido del carrito-bar. Llenó el vaso a medias y, al ver que Heloise vacilaba en tomárselo, bebió un poco él mismo y luego le puso el vaso entre los labios. Los dientes de Heloise castañeteaban.

–¿Llamarás a la Policía?

–¡Claro!

«Al menos esto era un suicidio -pensó Tom-. No sería difícil probarlo. No había sido un asesinato.» Suspiró, temblando casi tanto como Heloise, que estaba sentada al borde de la cama.

–¿Qué hay del champaña? Mucho champaña.

–Sí. Non! ¡No quiero que bajes ahí! ¡Telefonea a la Policía!

–Sí.

Tom se fue al piso de abajo.

Entró en el retrete de reserva, dudó unos instantes ante la puerta abierta (la luz de la bodega seguía encendida) y luego empezó a bajar los peldaños. Sintió un estremecimiento por todo el cuerpo al divisar la figura colgada, oscura y con la cabeza ladeada. La soga era corta. Tom parpadeó. No había rastro de los pies. Se acercó un poco más.

Era un maniquí.

Tom sonrió y luego se echó a reír. Dio un manotazo a las fláccidas piernas, que no era otra cosa que unos pantalones vacíos; los pantalones de Bernard Tufts.

–¡Heloise! – gritó, corriendo de nuevo escalera arriba, sin importarle que madame Annette pudiera despertarse-. ¡Heloise, es un maniquí! – dijo en inglés-.

¡No es de verdad! C'est un mannequin! No debes tener miedo.

Le costó varios segundos convencerla. Se trataba de una broma que quizá le habría gastado Bernard, puede que el mismo Christopher -añadió Tom. Sea como fuere, había palpado las piernas del muñeco y estaba seguro.

Poco a poco, Heloise iba encolerizándose, lo cual era síntoma de que se estaba sobreponiendo.

–¡Qué bromas más estúpidas gastan estos ingleses! ¡Estúpidas!

¡Imbéciles!

Tom se sentía aliviado.

–Voy abajo a por el champaña. ¡Y el hielo!

–Volvió a bajar. El maniquí colgaba de un cinturón que Tom reconoció como suyo. La chaqueta estaba colgada en una percha y los pantalones estaban abrochados a uno de los botones de la chaqueta; un trapo gris, atado al cuello con un cordel, hacía las veces de cabeza. Sin perder tiempo, Tom se hizo con una silla de la cocina (por suerte, madame Annette no se había despertado con tanto ruido) y regresó al sótano a descolgar el muñeco. El cinturón colgaba de un clavo introducido en una de las vigas. Tom dejó caer al suelo las ropas vacías. Luego, rápidamente, eligió un champaña. Sacó la percha de la americana y también se llevó el cinturón. Se las ingenió para coger también el cubo de hielo de la cocina y apagar la luz. Entonces se dirigió al piso de arriba.

15

Tom se despertó justo antes de dar las siete. Heloise dormía profundamente. Tom salió de la cama con cuidado y cogió su bata, colgada en el dormitorio de Heloise.

Probablemente madame Annette ya estaría levantada. Tom bajó la escalera sin hacer ruido. Quería sacar el traje de Bernard del sótano antes de que madame Annette lo encontrase. Pudo comprobar que la mancha de vino y sangre de Murchison no era muy visible. Sin duda, un experto que buscase indicios de sangre los encontraría, pero Tom era lo bastante optimista para creer que esto no iba a suceder.

Separó la americana de los pantalones y un papel blanco cayó revoloteando hasta sus pies. Era una nota de Bernard escrita con su letra larga y angulosa:

«Voy a colgarme en efigie en tu casa, Es a Bernard Tufts a quien ahorco, no a Derwatt. Por D. hago penitencia del único modo que sé: matando al ser que he sido durante los últimos cinco años. Ahora a seguir tratando de hacer mi obra honradamente durante lo que me quede de vida.

B.T.»

Tom sintió el impulso de estrujar la nota y destruirla. Pero la dobló y se la metió en el bolsillo de la bata. Puede que la necesitase. ¿Quién sabe? ¿Quién sabía dónde estaría Bernard y lo que estaría haciendo? Sacudió el arrugado traje de Bernard y arrojó el trapo a un rincón. Mandaría el traje a la tintorería. No era peligroso hacerlo. Se lo llevaba ya a su habitación cuando, pensándolo mejor, lo dejó en la mesita del vestíbulo para que madame Annette se encargase de mandarlo lavar.

–Bonjour, m'sieur Tome! – dijo madame Annette desde la cocina-. Vuelve a madrugar, ¿eh? ¿Madame Heloise también?, ¿querrá que le suba el té?

Tom se dirigió a la cocina.

–Me parece que mi mujer quiere dormir esta mañana. Que duerma tanto como quiera. Pero yo sí que quisiera un poco de café ahora, por favor.

Madame Annette dijo que se lo subiría. Tom volvió arriba y se vistió. Quería echar una ojeada a la sepultura del bosque. Puede que Bernard hubiese hecho alguna cosa rara (tratar de excavarla o Dios sabe qué), ¡incluso enterrarse él mismo en ella!

Después del café, se fue abajo. El sol estaba brumoso y apenas acababa de salir, la hierba mojada de rocío. Tom se entretuvo examinando sus plantas, ya que no quería ir en línea recta hacia donde estaba la fosa, por si Heloise o madame Annette le estaban mirando desde la casa. No volvió la vista atrás porque creía que la mirada de una persona atraía la de otra.

La fosa estaba tal cual él y Bernard la habían dejado. Heloise no se despertó hasta pasadas las diez. Madame Annette le dijo a Tom, que entonces se encontraba en su taller, que Madame Heloise deseaba verle. Tom entró en la alcoba de Heloise y se la encontró tomando el té en la cama.

Sin dejar de masticar su pomelo, Heloise dijo:

–No me gustan las bromas de tus amigos.

–No volverá a suceder. Ya quité las prendas del sótano. No pienses más en ello. ¿Te gustaría ir a comer a algún sitio agradable? ¿Algún restaurante a la orilla del Sena? ¿Una especie de almuerzo merienda?

A ella le gustó la idea.

Encontraron un restaurante desconocido para ellos en una ciudad pequeña hacía el sur, que, casualmente, no estaba a orillas del Sena.

–¿Qué te parece si nos vamos a alguna parte? ¿Ibiza? – preguntó Heloise.

Tom titubeó. Le hubiera encantado ir a alguna parte en barco, llevándose todo el equipaje que quisiera, libros, un tocadiscos, pinturas y blocs de dibujo. Pero parecería una evasión -presintió- a los ojos de Bernard, Jeff y Ed, Y la

Policía, aunque supiesen a dónde iba.

–Me lo pensaré. Puede que sí.

–Grecia me dejó mal sabor, al igual que el ouzo -comentó Heloise.

Tom tenía ganas de echar una buena siestecita después de comer. Heloise también. Dormirían en la cama de Heloise -dijo ella- hasta que se despertasen, o hasta la hora de cenar. Antes desconectarían el teléfono de la habitación de Tom para que sonase solamente el de abajo. Madame Annette se cuidaría de atenderlo. «Era en momentos como éstos -pensaba Tom mientras conducía sin prisas por la carretera del bosque, camino de Villeperce- cuando más disfrutaba del estar desocupado, en bastante buena posición económica y casado.»

Ciertamente no estaba preparado para lo que vio tan pronto como hubo abierto la puerta principal con su llave. Bernard estaba sentado en una de las sillas amarillas, de cara a la puerta.

Heloise no vio a Bernard en el acto y dijo:

–Tome, chéri, ¿me traes un poco de Perrin con hielo? ¡Oh, estoy muerta de sueño!

Se dejó caer en brazos de Tom y se llevó una sorpresa al ver que éste estaba rígido.

–Bernard está aquí. Ya sabes, el inglés de quien te hablé.

Tom penetró en la sala de estar.

–Hola, Bernard. ¿Cómo estás?

Tom no se decidía a tenderle la mano, pero trataba de sonreír. Madame Annette llegó procedente de la cocina.

–Ah, m’sieur Tome! ¡Madame Heloise! No oí el coche. Debo de estar volviéndome sorda. M’sieur Bernard ha vuelto.

Madame Annette parecía algo confusa.

Con toda la calma de que era capaz, Tom dijo:

–Así es. Muy bien. Le estaba esperando.

Aunque, de hecho, Tom recordaba haberle dicho a madame Annette que no sabía con certeza si Bernard volvería. Bernard se puso en pie. Le hacía falta un afeitado. – Perdóname por regresar sin avisar antes.

–Heloise, te presento a Bernard Tufts, que es pintor y vive en Londres. Aquí mi esposa, Heloise.

–Encantado -dijo Bernard. Heloise no se movió de donde estaba.

–Mucho gusto -replicó en inglés.

–Mi esposa está algo cansada -dijo Tom acercándose a ella-. ¿Quieres subir o prefieres quedarte con nosotros?

Con un gesto de cabeza, Heloise le indicó a Tom que fuese con ella.

–Vuelvo en un momento, Bernard -dijo Tom, siguiendo a Heloise.

–¿Es ése el que nos gastó la bromita? – preguntó Heloise una vez en su alcoba.

–Así me temo. Es bastante excéntrico.

–¿Qué hace aquí? No me gusta. ¿Quién es? Nunca me habías hablado de él. ¿Y lleva tu ropa? Tom se encogió de hombros.

–Es amigo de unos amigos que tengo en Londres. Estoy seguro de que lograré que se marche esta tarde. Probablemente le hace falta un poco más de dinero. O de ropa. Se lo preguntaré. Tom la besó en la mejilla.

–Acuéstate, cariño. Volveré pronto. Tom se fue a la cocina a decirle a madame Annette que subiese el Perrin a Heloise.

–M'sieur Bernard ¿se quedará a cenar? – preguntó ella.

–No lo creo. Pero nosotros sí. Algo sencillo. Hemos almorzado fuerte.

Tom se reunió con Bernard.

–¿Estuviste en París?

–Sí, París. Bernard seguía de pie. Tom no sabía qué rumbo dar a la conversación.

–Encontré tu efigie abajo. Mi mujer se llevó un buen susto. No deberías gastar esas bromas cuando hay mujeres en la casa. Tom sonreía.

–A propósito, el ama de llaves se llevó tu traje para que lo limpiasen y ya me cuidaré de que lo recibas en Londres, o donde estés. Siéntate.

Tom tomó asiento en el sofá.

–¿Qué planes tienes?

Era como preguntarle a un loco cómo se sentía -pensó Tom-. Tom no estaba tranquilo, y aún se sintió peor al notar que su corazón latía bastante de prisa. Bernard se sentó.

–Oh… (una larga pausa).

–¿No regresas a Londres?

Sin saber qué hacer, Tom cogió un cigarro de la caja que había sobre la mesita para el café. De momento bastaría para no tener que hablar, aunque ¿qué importaba?

–Vine para hablar contigo.

–Muy bien. ¿De qué?

Otro silencio, y Tom no se atrevía a romperlo. Puede que Bernard se hubiera pasado los últimos días andando a tientas entre nubes, unas nubes infinitas nacidas de su propio cerebro. Era como tratar de localizar una ovejita entre un

inmenso rebaño se figuró Tom.

–Dispongo de todo el tiempo que quieras. Estás entre amigos, Bernard.

–Es muy sencillo. Debo empezar mi vida de nuevo. Limpiamente.

–Sí, lo sé. Bueno, nada te lo impide.

–Tu esposa, ¿está enterada de… de mis falsificaciones?

Tom recibió con agrado una pregunta tan lógica.

–No, claro que no. Nadie lo sabe. Nadie en Francia.

–¿Y de Murchison?

–Le dije que Murchison había desaparecido y que yo le había acompañado a Orly.

Tom hablaba en voz baja por si Heloise estaba en el vestíbulo de arriba, escuchándoles. Aunque sabía que desde la sala de estar las voces no llegaban al piso de arriba con claridad a causa de la curva de la escalera.

Bernard dijo algo con tono irritado:

–Realmente, no puedo hablar estando otros presentes en la casa. Tu esposa en este caso. O el ama de llaves.

–Bueno, podemos ir a alguna parte.

–No.

–Bueno, difícilmente puedo ordenarle a madame Annette que se largue. Ella lleva esta casa. ¿Quieres dar un paseo? Hay un café tranquilo.

–No, gracias.

Tom se recostó en el sofá con el cigarro en la boca. El cigarro despedía ahora un olor como si toda una casa se estuviese quemando. Generalmente, a Tom le gustaba ese olor.

–Por cierto, no he tenido noticias del inspector inglés desde que te vi por última vez. Tampoco de la Policía francesa.

Bernard no se inmutó. Entonces dijo:

–Muy bien, demos un paseo.

Se levantó y echó una mirada a la puerta vidriera.

–Salgamos por detrás, quizás.

Salieron al césped. Ninguno de los dos se había puesto un abrigo y hacía bastante frío. Tom dejó que Bernard se encaminase a donde le pareciese y Bernard echó a andar sin rumbo fijo, en dirección al bosque, al sendero. Caminaba lentamente, con paso no muy firme. «¿Estaría débil de no comer?» -se preguntó Tom-. No tardaron en pasar por donde había estado el cadáver de Murchison. Tom sintió temor, un temor que le hacía sentir una picazón en el cogote y detrás de las orejas. No era temor a aquel lugar -se dio cuenta- sino

temor a Bernard. Tom mantenía libres las manos y andaba un poco apartado de Bernard.

Entonces Bernard aminoró el paso y dio media vuelta. Emprendieron el regreso a casa.

–¿Qué te preocupa? – preguntó Tom.

–Oh, pues, es que no sé cómo va a acabar esto. Ya ha causado la muerte de un hombre.

–Sí, desgraciadamente así es. De acuerdo. Pero, en realidad, no tiene nada que ver contigo, ¿no es cierto? Puesto que ya no pintas más Derwatts, el nuevo Bernard Tufts puede hacer borrón y cuenta nueva… limpiamente.

No hubo respuesta de Bernard.

–¿Llamaste a Jeff o a Ed desde París?

–No.

Tom no se había preocupado de comprar periódicos ingleses, y quizá Bernard tampoco. Las inquietudes de Bernard provenían de dentro de él mismo.

–Si quieres, puedes llamar a Cynthia desde casa. Puedes hacerla desde mi cuarto.

–La llamé desde París. No quiere verme.

–Oh.

«Conque ése era el problema, lo que faltaba» -supuso Tom.

–Bueno, siempre te queda el recurso de escribirle. Puede que así sea mejor. O ir a verla cuando hayas vuelto a Londres. ¡Echa su puerta abajo! – dijo Tom riendo.

–Dijo que no.

Silencio.

Cynthia querría mantenerse al margen del asunto -se figuró Tom-. No es que desconfiase de la intención de Bernard al negarse a seguir engañando (nadie podía dudar de Bernard cuando anunciaba un propósito), pero ya estaría harta. El daño de Bernard escapaba a la comprensión de Tom, de momento. Estaban de pie en la terraza a la que daba la puerta vidriera.

–Tengo que entrar, Bernard. Me estoy helando. Ven conmigo. Tom abrió la puerta.

Bernard entró también.

Tom se apresuró a subir a ver a Heloise. Seguía rígido de frío o de miedo. Heloise estaba en su habitación, sentada en la cama, poniendo en orden unas fotografías y postales.

–¿Cuándo se marcha?

–Querida… se trata de su chica, en Londres. La llamó desde París y ella se niega a verle. Se siente desgraciado y, simplemente, no puedo pedirle que se marche. No sé lo que va a hacer. Cariño, ¿te gustaría ir a ver a tus padres unos cuantos días?

–Non!

–Él quiere hablar conmigo. Lo único que espero es que se decida pronto.

–¿Y por qué no puedes ponerle de patitas en la calle? No es amigo tuyo. Además está chiflado.

Bernard se quedó.

Aún no habían terminado de cenar cuando sonó el timbre de la puerta principal. Madame Annette acudió a abrirla y regresó para decir a Tom.

–Son dos agentes de Policía, m'sieur Tome. Quieren hablar con usted.

Heloise lanzó un suspiro de impaciencia y dejó la servilleta sobre la mesa con un gesto brusco. La cena le había resultado detestable y se levantó.

–Una nueva intrusión -dijo en francés.

Tom se había puesto en pie también.

Sólo Bernard aparecía imperturbable.

Tom entró en la sala de estar. Se trataba de la misma pareja de agentes que le habían visitado el lunes.

–Lamentamos molestarle, m'sieur -dijo el de más edad-, pero su teléfono no funciona. Ya hemos dado parte.

–¿De veras?

Que los teléfonos no funcionasen era algo que, de hecho, sucedía cada seis semanas aproximadamente, inexplicablemente, pero esta vez Tom se preguntó si Bernard habría hecho alguna cosa rara como por ejemplo, cortar los hilos.

No lo sabía. Gracias.

–Hemos estado en contacto con el investigador inglés. Mejor dicho, él es quien nos ha llamado a nosotros.

Entró Heloise llevada -se imaginó Tom- tanto por la curiosidad como por su enojo. Tom la presentó y los agentes repitieron sus nombres, commissaire Delaunay el uno, y un nombre que se le escapó a Tom el otro.

Delaunay dijo:

–Ahora no es solamente monsieur Murchison, sino también el pintor Derwatt quien ha desaparecido. El investigador inglés Webster, que, por cierto, también intentó llamarle esta tarde, quisiera saber si ha tenido usted noticias de alguno de los dos.

Tom sonrió, pues lo encontraba gracioso de verdad.

–Jamás he conocido a Derwatt, y ciertamente él no me conoce a mí -afirmó Tom en el preciso momento en que Bernard entraba en la sala-. Y, lamento decirles, tampoco he tenido noticias de m'sieur Murchison. ¿Me permiten que les presente a Bernard Tufts, un amigo inglés? Bernard, aquí dos agentes del cuerpo de Policía.

Bernard masculló un saludo. Tom reparó en que el nombre de Bernard no les decía nada a los policías franceses.

–Ni siquiera los propietarios de la galería donde se está celebrando una exposición Derwatt tienen idea de dónde se halla el pintor -dijo Delaunay-. Es pasmoso esto.

En verdad que era raro, pero Tom no podía ayudarles en absoluto.

–¿Por casualidad conoce usted al americano, m'sieur Murchison? – preguntó Delaunay a Bernard.

–No -respondió Bernard.

–¿Y usted, madame?.

–Tampoco -contestó Heloise.

Tom les explicó que su esposa acababa de regresar de Grecia, pero que él le había hablado de la visita de m'sieur Murchison y de su posterior desaparición. Los agentes daban la impresión de no saber qué paso debían dar a continuación. Delaunay dijo:

–Dadas las circunstancias, m'sieur Ripley, el inspector Webster nos ha pedido que llevásemos a cabo un registro de su casa. Se trata de una formalidad, ¿comprende?, pero es necesario. Pudiera ser que encontrásemos una pista, referente a m'sieur Murchison, claro. ¡Tenemos que ayudar a nuestros confrères ingleses tanto como podamos!

–No faltaría más! ¿Desean empezar ahora mismo?

Ya estaba bastante oscuro, al menos en el exterior, pero los policías dijeron que empezarían inmediatamente y seguirían a la mañana siguiente. Ambos agentes se hallaban en la terraza mirando (a Tom le pareció que con añoranza) hacia el jardín oscuro y los bosques del otro lado.

Revisaron toda la casa guiados por Tom. Primeramente se interesaron por el dormitorio de Murchison, el mismo que luego había sido ocupado por Chris. Madame Annette ya había vaciado la papelera. Los agentes miraron en los cajones, todos los cuales estaban vacíos a excepción de los dos de abajo de una cómoda (o commode como decían los franceses) que contenían unos cubrecamas y un par de mantas. No había rastro de nada perteneciente a Murchison o a Chris..Fisgonearon también en la alcoba de Heloise (que, Tom sabía, estaba

abajo, reprimiendo su furia). Pasaron luego al taller de Tom e incluso cogieron uno de sus serruchos. Había un ático. La bombilla se había fundido y Tom tuvo que bajar a por una nueva y una linterna. El ático estaba lleno de polvo. Debajo de unas envolturas había sillas y un sofá viejo dejado en la casa por alguno de sus anteriores ocupantes. Los policías miraron también detrás de todo, iluminándose con sus propias linternas. «Estarían buscando algo de más bulto que una simple pista -pensó Tom-, por absurda que fuese la idea de que él fuera a dejar un cadáver detrás del sofá.»

Entonces le tocó el turno a la bodega. Tom se la mostró con igual naturalidad, de pie sobre la misma mancha, iluminando los rincones con su linterna, aunque la luz del sótano bastaba. Tom tenía un poco de miedo de que Murchison hubiese derramado sangre sobre el piso de cemento detrás de la cuba de vino. Se había olvidado de examinar aquel lugar con suficiente detenimiento. Pero si había sangre, los agentes no la vieron y se limitaron a echar una ojeada al piso. Esto no quería decir -se le ocurrió a Tom- que al día siguiente no hicieran una inspección más concienzuda.

Dijeron que volverían a las ocho de la mañana, siempre y cuando no fuera demasiado temprano para Tom, Tom les dijo que a las ocho le iba perfectamente bien.

–Lo siento -dijo Tom a Heloise y a Bernard tan pronto hubo cerrado la puerta principal. Tenía la impresión de que Heloise y Bernard se habían pasado todo el rato sin decir palabra, sentados ante el café.

–¿Por qué quieren registrar la casa? – preguntó Heloise con tono perentorio.

–Porque ese americano, como se llame, Murchison, eso es, sigue in aparecer -respondió Tom. Heloise se puso en pie. – ¿Puedo hablar contigo arriba, Tome? Tom pidió disculpas a Bernard y se fue con ella. Heloise entró en su habitación. – ¡Si no echas de casa a ese fou, me iré esta misma noche! Tom se enfrentaba con un dilema. Quería que Heloise se quedase, y, sin embargo, si ella accedía, Tom estaba seguro de que no lograría adelantar nada con respecto a Bernard. Y, al igual que le sucedía a Bernard, le resultaba imposible pensar bajo la penetrante mirada de indignación de Heloise..

–Trataré otra vez de librarme de él -dijo Tom.

Besó a Heloise en la mejilla. Al menos esto le estaba permitido. Tom regresó a la planta baja.

–Bernard, Heloise está muy trastornada. ¿Te importaría volver a París esta misma noche? Podría llevarte en coche hasta… ¿por qué no Fontainebleau? Hay un par de buenos hoteles allí. Si quieres hablar conmigo, yo podría ir a

Fontainebleau mañana…

–No.

Tom suspiró.

–Entonces ella es quien se irá esta noche. Subiré a decírselo. Tom subió de nuevo para informar a Heloise.

–¿Pero qué es esto, otro Dickie Greenleaf? ¿Es que no puedes decirle que se vaya de tu casa?

–Nunca… Dickie no estaba en mi casa.

Tom se interrumpió, falto de palabras. Heloise estaba lo bastante enojada para echar a Bernard ella misma, pero no lo lograría -se figuró Tom-, porque la tozudez de Bernard estaba más allá de todo convencionalismo o etiqueta.

Heloise bajó una pequeña maleta de cuero de la parte superior del ropero y empezó a llenarla. Inútil decirle que él se sentía responsable de Bernard -se figuró Tom-. Heloise se preguntaría por qué motivo.

_Heloise, cariño, lo lamento. ¿Te llevas el coche o prefieres que te acompañé hasta la estación?

–Me llevo el Alfa hasta Chantilly. A propósito, no le pasa nada al teléfono. Acabo de comprobado en tu dormitorio.

–Puede que se arreglase solo, al oír a los flics.

–Puede que no nos dijesen la verdad, que quisieran cogernos desprevenidos.

Heloise se detuvo a medio colocar una blusa en la maleta.

–¿Qué es lo que has hecho, Tome? ¿Le hiciste algo a ese tal Murchison?

–¡No! – repuso Tom, sobresaltado.

–Bien, como sabrás, mi padre no va a aguantar más tonterías, más escándalos.

Se refería al asunto Greenleaf. Tom había sido absuelto, ciertamente, pero siempre quedaban las sospechas. A los latinos les gustaban los chismorreas disparatados que curiosamente acababan por creer a pies juntillas ellos mismos. Tom pudo haber asesinado a Dickie. Y todo el mundo sabía que la muerte de Dickie le había reportado algún dinero, a pesar de los esfuerzos que Tom había hecho para ocultar esto. Heloise sabía que Tom recibía dinero de Dickie, y también lo sabía el padre de Heloise. No es que las manos del padre de Heloise estuvieran completamente inmaculadas en sus negocios, pero las de Tom estaban quizá manchadas de sangre. Non olet pecunia, sed sanguis… -No habrá más escándalos -afirmó Tom-. Si supieras… Estoy haciendo lo imposible para evitar el escándalo. Ése es mi objetivo. Heloise cerró la maleta.

–Nunca sé lo que estás haciendo. Tom cogió la maleta. Luego la dejó en el

suelo y se abrazaron. – Me gustaría estar contigo esta noche. A Heloise le hubiera gustado también, no hacía falta que lo dijese con palabras. ¡Ésta era la otra cara de su fous-moi-le-camp! Ahora se iba. Las francesas no podían pasarse sin salir de una habitación, o de una casa, o bien sin ordenar a otra persona que se cambiara de habitación o se fuera a otra parte. Y cuantas más molestias causaban a la otra persona, más disfrutaban ellas. Aunque, de todos modos, peor hubiera sido que se echaran a gritar. Tom había bautizado esta manía con el nombre de «la ley francesa de la separación».

–¿Has avisado a tu familia? – preguntó Tom.

–Si ellos no están, los sirvientes sí estarán en casa.

Tardaría casi un par de horas de coche en llegar.

–¿Me llamarás cuando llegues?

–Au revoir, Bernard! – gritó Heloise desde la puerta principal. Luego, dirigiéndose a Tom, que había salido con ella, dijo: -Non! Tom se quedó contemplando amargamente cómo las luces rojas del Alfa-Romeo viraban hacia la izquierda al llegar a la verja y luego desaparecían.

Bernard permanecía sentado fumando un cigarrillo. De la cocina llegaba débilmente el ruido de la tapadera del cubo de la basura. Tom recogió su linterna de la mesita del vestíbulo y penetró en el retrete de reserva. Bajó al sótano y miró detrás de la cuba de vino donde había dejado a Murchison. Por suerte, no había manchas de sangre allí. Tom salió del sótano.

–¿Sabes, Bernard? Puedes quedarte tranquilamente esta noche, pero mañana por la mañana viene la Policía para examinar la casa con mayor detenimiento.

Súbitamente se le ocurrió que también registrarían el bosque.

–Puede que te hagan algunas preguntas. Sólo servirá para causarte molestias, así que, si quieres, puedes irte antes de que lleguen, ¿las ocho?

–Posiblemente, posiblemente.

Eran casi las diez. Madame Annette vino a preguntarles si querían más café. Tom y Bernard dijeron que no.

–¿Madame Heloise se ha marchado? – dijo Annette.

–Decidió ir a ver a sus padres -dijo Tom.

–¡A estas horas! ¡Ah, madame Heloise!

Recogió el servicio de café.

Tom sospechaba que madame Annette no sentía simpatía por Bernard, o que desconfiaba de él, igual que Heloise. «Era una lástima -pensó Tom- que el verdadero carácter de Bernard no se trasluciera, que para los demás quedase oculto bajo su poco atractiva superficie.» Tom se daba cuenta de que ni Heloise

ni madame Annette podían sentir simpatía por Bernard, simplemente porque, en realidad, nada sabían de él, de su devoción por Derwatt que, por otra parte, probablemente confundirían con un aprovecharse de Derwatt. Por encima de todo, ni Heloise ni madame Annette, pese a la radical diferencia de su extracción social, lograrían entender jamás la subida de Bernard Tufts desde unos orígenes más bien proletarios (según afirmaban Jeff y Ed) hasta lo que bien podría denominarse «el borde de la grandeza» y en virtud de su talento artístico, aunque firmase sus obras con el nombre de otro. A Bernard no le importaba siquiera el aspecto económico del asunto, lo cual también hubiera resultado incomprensible a ojos de madame Annette y de Heloise. Madame Annette abandonó la habitación de modo bastante precipitado y con una expresión de enojo que Tom se figuró que era la máxima que se atrevía a adoptar.

–Hay algo que me gustaría decirte -dijo Bernard-. La noche después de morir Derwatt (nos enteramos todos de su muerte al cabo de veinticuatro horas de que se hubiese producido en Grecia) se… se me apareció en mi habitación. La luz de la luna penetraba por la ventana. Había cancelado una cita con Cynthia, recuerdo, porque deseaba estar solo. Pude ver a Derwatt allí y sentir su presencia. Incluso sonreía. Me dijo: «No te alarmes, Bernard. No estoy maltrecho. No siento ningún dolor». ¿Puedes imaginarte a Derwatt diciendo algo tan convencional como eso? Y, pese a ello, le oí.

Bernard se habría oído a sí mismo. Tom siguió escuchándole respetuosamente.

–Me incorporé en la cama y lo estuve contemplando durante un minuto, quizás. Derwatt se movía de un lado a otro de mi habitación, la habitación donde pinto a veces… y donde duermo.

Bernard quería decir donde pintaba Tufts, no Derwatt. Bernard prosiguió:

–Me dijo: «Sigue adelante, Bernard. No lo lamento». Saqué la conclusión de que el «no lo lamento» se refería a que no lamentaba haberse suicidado. Quería decir que siguiese viviendo. Es decir…

Bernard miró a Tom por primera vez desde que había empezado a hablar.

–… viviendo todo el tiempo que a uno le toca vivir. Eso es algo que no depende de nosotros, ¿verdad? El destino se encarga de decidir por cuenta nuestra.

Tom titubeaba.

–Derwatt tenía sentido del humor. Jeff dice que a lo mejor hubiese sabido valorar el éxito que has tenido falsificando sus obras. Gracias a Dios sus palabras no cayeron mal.

–Hasta cierto punto. Sí, puede que se lo hubiese tomado como una broma entre colegas. Pero a Derwatt no le hubiese gustado la parte lucrativa del asunto. Probablemente el dinero le hubiese inducido a suicidarse con la misma facilidad con que lo había hecho el estar arruinado.

Tom presentía que los pensamientos de Bernard empezaban a cambiar de tono otra vez, de forma desorganizada y hostil, hostil hacia él, Tom. ¿Puede que tuviese que tomar la iniciativa y poner punto final a la conversación? ¿Pero quizás a Bernard le parecería un insulto?

–Los condenados flics llegarán tan temprano, que me parece que me voy a acostar.

Bernard inclinó el cuerpo hacia adelante.

–No entendiste lo que quería decir el otro día cuando dije que había fracasado. Ante aquel detective de Londres, cuando trataba de explicarle cómo era Derwatt. – Porque no fracasaste. Mira, Chris sabía lo que querías decir. Webster dijo que era conmovedor, lo recuerdo.

–Webster no se había quitado de la cabeza la posibilidad de que existiese una falsificación, de que Derwatt la consintiese. Ni siquiera logré transmitir el carácter de Derwatt. Hice cuanto pude y fracasé.

Tratando desesperadamente de encarrilar de nuevo los pensamientos de Bernard, Tom dijo: -Webster está buscando a Murchison. Ésa es su misión. Derwatt no le incumbe en absoluto. Me voy arriba.

Tom entró en su habitación y se puso el pijama. Dejó la ventana un poco abierta por la parte superior y se metió en la cama, que madame Annette no había vuelto aquella noche. Pero estaba nervioso y sintió un impulso de echar la llave de la puerta. ¿Era una tontería? ¿Era sensato? Parecía cobarde. No cerró la puerta con llave. Había leído hasta la mitad English Social History, de Trevelyan, y estuvo a punto de reemprender la lectura, pero en su lugar cogió el Harrap's Dictionary. «Falsificar.» Del francés antiguo forge, forja. Faber, artífice, trabajador. Forge en francés decíase solamente del taller donde se trabajaba el metal. El equivalente francés de «falsificación» era falsification o contrefaire. Tom ya lo sabía. Cerró el libro.

Permaneció acostado durante una hora sin dormirse. A intervalos de unos momentos oía zumbar la sangre en sus oídos, con un crescendo lo bastante fuerte como para sobresaltarle, y, al mismo tiempo, notaba la sensación de caerse desde un lugar muy elevado.

Las manecillas fluorescentes de su reloj de pulsera señalaban las doce y media. ¿Debía llamar a Heloise? Quería hacerlo, pero no deseaba aumentar la

desaprobación de su padre llamando a hora tan avanzada. ¡Malditos sean los demás!

Entonces Tom sintió que le cogían por los hombros, le obligaban a darse la vuelta y unas manos se aferraban a su garganta. A patadas se desembarazó de las ropas de la cama. Trataba sin éxito de apartar los brazos de Bernard para librarse del ahogo y, finalmente, logró apoyar un pie en el cuerpo de Bernard y empujarle. Las manos se soltaron de su cuello. Bernard cayó al suelo con un ruido sordo, y allí quedó jadeando. Tom casi derribó la lámpara al tratar de encenderla, pero sí derribó el vaso de agua que se derramó sobre la alfombra oriental de color azul.

Penosamente, Bernard iba recobrando la respiración. Tom también, en cierto sentido.

–¡Por Dios, Bernard! – exclamó Tom. Bernard no dijo nada, quizá no podía. Se quedó sentado en el suelo, apoyado en un brazo, en una postura que recordaba la estatua del «Galo Moribundo». ¿Volvería a atacarle tan pronto hubiese recobrado fuerzas? – se preguntó Tom. Se levantó de la cama y encendió un Gauloise.

–¡Francamente, Bernard, has cometido una estupidez! – Tom estalló en carcajadas y tosió por culpa del humo-. ¡No tenías ninguna probabilidad! ¡Ni siquiera tratando de huir! Madame Annette sabe que estás aquí, y también lo sabe la Policía.

Tom vigilaba a Bernard mientras éste se ponía en pie. Pensaba que no era frecuente que una víctima frustrada pudiese fumarse un cigarrillo y andar por ahí descalzo, sonriendo a quien acababa de intentar asesinar.

–No deberías intentarlo otra vez.

Tom era consciente de que sus palabras resultaban absurdas. A Bernard no le importaba lo que le sucediese.

–¿Es que no vas a decir nada?

–Sí -respondió Bernard-. Te detesto… porque tú tienes la culpa de todo.

Jamás debí acceder a ello, cierto. Pero tú eres el principal causante. Tom lo sabía. Él era una especie de origen místico de todos los males.

–Todos estamos tratando de liquidar el asunto, no de continuar explotándolo.

–Y yo estoy acabado. Cynthia…

Tom dio unas chupadas a su cigarrillo.

–Dijiste que a veces, cuando pintas, te sientes como Derwatt. ¡Piensa en cuanto has hecho por su reputación! Porque no era nada famoso cuando murió.

–La han corrompido -dijo Bernard con una voz que parecía la del juicio final

o la del mismísimo infierno. Se dirigió hacia la puerta y salió, con gesto más decidido que de costumbre.

«¿A dónde iría?» -se preguntó Tom-. Bernard seguía vestido aunque eran ya más de las tres de la madrugada. ¿Saldría a vagar por la noche? ¿O bajaría a pegar fuego a la casa?»

Tom dio vuelta a la llave de su puerta. Si Bernard volvía se vería forzado a aporrearla para entrar y, por supuesto, Tom le dejaría entrar, pero no estaba de más tomar alguna precaución.

La presencia de Bernard no iba a resultar ninguna ventaja al día siguiente, cuando llegase la Policía.

16

A las nueve y cuarto de la mañana del sábado veintiséis de octubre, Tom se hallaba de pie ante la puerta vidriera, mirando hacia el bosque, donde la Policía ya había comenzado a excavar en lo que había sido la sepultura de Murchison. Detrás de Tom, Bernard paseaba de un lado a otro de la habitación, silencioso e inquieto. En la mano Tom tenía una carta oficial de Jeffrey Constant preguntándole, por cuenta de la Buckmaster Gallery, si conocía el paradero de Thomas Murchison, porque ellos lo ignoraban.

Aquella mañana se habían presentado tres agentes de Policía, dos de ellos desconocidos para Tom, y el tercero, el commissaire Delaunay, que -suponía Tom-no iba a tomar parte activa en la tarea de excavar.

–¿Sabe usted qué hay en ese lugar del bosque donde alguien ha abierto un agujero recientemente? – le habían preguntado.

Tom dijo no saber nada de ello. El bosque no le pertenecía. El gendarme había cruzado el césped para conferenciar con sus compañeros. También registraron toda la casa otra vez.

Había llegado igualmente una carta de Chris Greenleaf que todavía estaba por abrir.

La Policía llevaba ya casi diez minutos cavando.

Tom leyó la carta de Jeff con mayor detenimiento. Jeff la había escrito con la impresión de que el correo de Tom era objeto de vigilancia o bien porque Jeff tenía ganas de hacerse el gracioso, aunque Tom creía más bien en lo primero.

«The Buckmaster Gallery

»Bond Street W1

»24 de octubre de 19…

»Thomas P. Ripley, Esq.

»Belle Ombre»Villeperce 77

»Apreciado mister Ripley:

»Hemos sido informados de que el inspector Webster le visitó a usted recientemente en relación con mister Thomas Murchison quien le acompañó a usted a Francia el pasado miércoles. La presente tiene por objeto poner en su conocimiento que no hemos sabido nada de mister Murchison desde el jueves 15 de los corrientes, fecha en que visitó nuestra galería.

»Sabemos que mister Murchison deseaba ver a Derwatt antes de regresar a los Estados Unidos. En este momento no sabemos en qué lugar de Inglaterra se encuentra Derwatt, pero esperamos que se ponga en contacto con nosotros antes de volver a Méjico. Puede ser que Derwatt haya concertado una entrevista con mister Murchison de la que nosotros no tenemos noticia.(Un té en el otro mundo -pensó Tom.)

»Nosotros, al igual que la Policía, nos sentimos preocupados por la desaparición del cuadro de Derwatt titulado "El Reloj".»Le rogamos que nos llame por teléfono (los gastos irán por nuestra cuenta) en el caso de que pueda facilitamos información.

»Atentamente,

Jeffrey Constant.»

Tom se volvió, ya de buen humor y con talante altanero, al menos de momento. Sea como fuere, empezaba a estar harto de la actitud taciturna de Bernard. Tenía ganas de decirle:

–Oye, majadero, puede saberse qué diablos pretendes rondando por aquí, ¿eh?

Pero Tom sabía perfectamente qué estaba haciendo Bernard: esperar la oportunidad de volver a lanzarse sobre él. Así, pues, se limitó a contener la respiración, sin dejar de sonreír a Bernard, que ni siquiera le estaba mirando, y se puso a escuchar los gorjeos de unos pájaros en torno a un poco de sebo que madame Annette había dejado para ellos colgado de un árbol. Se oía también, débilmente, el transistor de madame Annette desde la cocina, y el ruido metálico que hacía la pala de uno de los policías, lejos, en el bosque.

Con la misma frialdad inexpresiva de la carta de Jeff, Tom dijo:

–Bueno, no van a encontrar ni rastro de Murchison ahí fuera.

–Que draguen el río -replicó Bernard.

–¿Es que les vas a decir que hagan eso?

–No.

–De todos modos, ¿qué río? Ni tan sólo recuerdo de qué río se trataba.

Tom estaba seguro de que Bernard tampoco se acordaba.

Tom esperaba que la Policía volviese del bosque para decirles que no habían encontrado nada. Puede que ni se molestasen en decírselo, que no dijesen nada. Acaso se adentrasen más en el bosque, registrándolo. La búsqueda podía durar todo el día. En un día hermoso como aquél, no era una mala manera de matar el tiempo para la policía. Almorzar en el pueblo, o en alguno de los pueblos cercanos, lo más probable, en sus propios domicilios, para regresar luego al bosque.

Tom abrió la carta de Chris.

«24 de octubre de 19…»Apreciado Tom:»Gracias una vez más por los excelentes días que pasé con usted. El contraste es tremendo si los comparo con la sordidez de mi actual morada, aunque, en cierto modo, me gusta estar aquí. La pasada noche tuve una aventura. Conocí a una chica llamada Valerie en un café de St-Germain-des-Prés. Le propuse que viniese a mi hotel a tomar un vaso de vino (¡ejem!). Accedió. Yo estaba con Gerald, pero él, con mucho tacto, se esfumó como el caballero que de vez en cuando sabe ser. Valerie subió unos minutos después de mí. La idea había sido suya, aunque no creo que los de recepción presten mucha atención a estos casos. Me preguntó si podía lavarse. Le dije que no tenía cuarto de baño, sólo un lavabo, así que me ofrecí a salir de la habitación mientras ella se lavaba. Cuando volví a llamar a la puerta, me preguntó si por allí había algún baño con bañera. Le dije que naturalmente lo había, pero que tendría que pedir la llave. Así lo hice. Bueno, se encerró en el cuarto de baño durante quince minutos por lo menos. Luego regresó y de nuevo quiso que saliese mientras se lavaba. Muy bien, así lo hice, pero para entonces ya me estaba preguntando qué diablos era lo que tardaba tanto en quedar limpio. Esperé abajo, en la acera. Cuando volví a mi cuarto, se había marchado, la habitación estaba vacía. Busqué por los rellanos, por todas partes. ¡Ni rastro! Me dije: "mira por dónde se ha lavado tanto que se ha borrado a sí misma del mapa, y de tu vida. Puede que cometieses alguna equivocación. No sé. ¡Ojalá tengas mejor suerte la próxima vez,

Chris!".

»Seguramente me iré a Roma con Gerald…»

Tom se asomó a la ventana.

–Me pregunto cuándo van a terminar. ¡Ah, ahí vienen! ¡Mira! Llevan las palas vacías.

Bernard no miró.

Tom se sentó cómodamente en el sofá amarillo.

Los policías llamaron a las ventanas de atrás, y Tom les hizo gesto de que

entrasen, y se levantó de un salto para abrirles las ventanas.

–Nada en la fosa excepto esto -dijo el commissaire Delaunay, mostrando una moneda pequeña, de veinte céntimos, color dorado-. Lleva fecha de mil novecientos sesenta y cinco -añadió sonriendo.

Tom le devolvió la sonrisa.

–Es gracioso que hayan encontrado esto.

–Nuestro tesoro de hoy -dijo Delaunay, embolsándose la moneda-. Pues sí, la fosa es reciente. Muy extraño. La medida es la justa para un cadáver, pero no hay cadáver. ¿No vio a nadie cavar por ahí recientemente?

–Con toda seguridad que no. Aunque no se ve aquel lugar desde la casa. Los árboles lo ocultan.

Tom se fue a la cocina para hablar con madame Annette, pero no la encontró allí. Probablemente había salido a la compra y tardaría más de lo acostumbrado, porque se entretendría contándoles a sus conocidos la noticia de la llegada de la Policía, que registró la casa en busca de mister Murchison, cuya fotografía estaba en el periódico. Tom puso unas cervezas frescas y una botella de vino en una bandeja, y se la llevó al cuarto de estar. El agente de Policía estaba charlando con Bernard. Hablaban de pintura.

–¿Quién se sirve de esos bosques? – preguntó Delaunay.

–Oh, de vez en cuando, algunos agricultores, creo -respondió Tom-, que recogen leña. Raras veces veo a alguien en ese sendero.

–¿Y últimamente?

Tom reflexionó.

–No recuerdo a nadie.

Los tres agentes se fueron. Habían descubierto varios puntos: su teléfono funcionaba; su femme de ménage estaba haciendo la compra (Tom les dijo que probablemente la encontrarían en el pueblo, si es que deseaban hablar con ella); Heloise se había ido a visitar a sus padres en Chantilly. Delaunay no se había molestado en tomar su dirección.

–Quiero abrir las ventanas -dijo Tom cuando hubieron salido.

Y así lo hizo, la puerta principal y las puertas vidriera.

A Bernard no le molestaba el frío.

–Me voy a ver qué han hecho ahí fuera -dijo Tom y echó a andar atravesando el césped en dirección al bosque. ¡Qué alivio tener a los representantes de la ley fuera de casa!

Habían rellenado el agujero. La tierra, de un marrón rojizo, sobresalía un poco, pero en general habían hecho un trabajo bastante limpio. Tom regresó a la

casa. «Santo Dios -pensó- ¿cuántas más discusiones, repeticiones, sería capaz de aguantar?» Había algo, quizás, por lo que debería sentirse agradecido. Bernard no se estaba compadeciendo de sí mismo, sino que ahora le acusaba a él. Al menos eso era algo positivo y concreto.

–Bueno -dijo Tom al entrar en la sala de estar-lo han dejado todo muy ordenado. Y sólo veinte céntimos por tantas molestias. ¿Por que no nos largamos antes de…

En aquel justo instante madame Annette abría la puerta de la cocina que daba a la sala (Tom la oyó sin verla) y Tom dio un paso al frente para hablar con ella.

–Pues bien, madame Annette, los agentes se han marchado. Sin pistas, me temo.

No tenía intención de mencionar la fosa del bosque.

–Es muy raro, ¿no? – respondió ella rápidamente, lo cual, en los franceses, solía anunciar alguna afirmación de mayor importancia-. Aquí hay algún misterio, ¿verdad?

–Será en Orly o en París, pero no aquí -respondió Tom.

–Usted y m'sieur Bernard, ¿comerán en casa?

–Hoy no -dijo Tom-. Saldremos a alguna parte. Y en cuanto a esta noche, no se preocupe. Si madame Heloise llama, haga el favor de decirle que yo la llamaré esta noche, ¿quiere? A decir verdad… (Tom titubeó) la llamaré sin falta antes de las cinco de la tarde. En cualquier caso, ¿por qué no se toma un descanso en lo que queda del día?

–Compré unas cuantas chuletas por si acaso. Pues sí, tengo una cita con madame Yvonne a las…

–¡Así me gusta! – la interrumpió Tom, y entonces se volvió hacia Bernard: -¿Nos largamos a algún sitio?

Pero no podían salir en seguida. Bernard quería hacer alguna cosa en su habitación -dijo-. Madame Annette abandonó la casa, posiblemente -pensó Tom- para comer en Villeperce con una amiga. Al cabo de un rato Tom llamó a la puerta de Bernard.

Bernard estaba escribiendo en la mesa de su cuarto.

–Si quieres que te deje solo…

–Pues no, en realidad no -respondió Bernard, levantándose con bastante presteza. Tom se sentía intrigado. Sentía también ganas de preguntarle de qué quería hablar, por qué estaba allí. Pero no se decidía a formular estas preguntas.

–Bajemos.

Bernard le acompañó. Tom quería llamar a Heloise. Ya eran las doce y media

y aún no estaría comiendo. En casa de su mujer se comía puntualmente a la una. Sonó el teléfono cuando Tom y Bernard penetraban en la sala de estar.

–Puede que sea Heloise -dijo Tom, y descolgó el aparato. – Vous êtes… (se oyó un ruido)… Ne quittez paso Londres vous appelle…

Entonces se oyó la voz de Jeff:

–Allô, Tom. Te llamo desde una estafeta de correos. ¿Alguna posibilidad de que vuelvas a venir por aquí?

–Bernard está aquí -dijo.

–Ya nos lo pensábamos. ¿Cómo está?

–Pues… tomándoselo con calma -replicó Tom.

A Tom le parecía que Bernard, que estaba mirando por la puerta vidriera, ni siquiera se molestaba en escucharle, pero no estaba seguro.

–Bueno, no puedo ahora mismo -añadió.

–«¿Acaso no se daban cuenta de que, al fin y al cabo, era él quien había asesinado a Murchison?» -se preguntó Tom.

–¿No puedes pensártelo… por favor?

–Pero es que tengo unas cuantas obligaciones aquí, ¿sabes?

–¿Qué sucede?

–El inspector estuvo aquí. Quería saber dónde estaba Derwatt. Y también quería examinar nuestros libros.

Jeff tragó saliva, su voz había bajado de tono (puede que en un esfuerzo inconsciente para no ser oído), pero, al mismo tiempo, su acento reflejaba tal desesperación que acaso no le hubiese importado que alguien le oyese o entendiese. Ed y yo… hicimos unas cuantas listas, hace poco. Dijimos que siempre habíamos llevado las cosas sin demasiadas formalidades, pero que nunca se nos había perdido un cuadro. Creo que eso lo tragó fácilmente. Pero la Policía siente curiosidad por el mismo Derwatt, y si tú puedes echarnos un cable otra vez…

–No creo que sea prudente -le dijo Tom interrumpiéndole.

–Si pudieras corroborar nuestros libros…

«¡Malditos sean sus libros! – pensó Tom-. ¡Y maldito sea su dinero! Y del asesinato de Murchison ¿qué? ¿Acaso era él el único responsable? ¿Y Bernard y su vida?» Por un momento, sin ni tan sólo pensar en ello, por la imaginación de Tom cruzó la idea de que Bernard iba a matarse, de que iba a suicidarse. ¡Y, mientras, Jeff y Ed preocupándose por sus ingresos, por su reputación, y por el riesgo de dar con sus huesos en la cárcel!

–Tengo ciertas responsabilidades aquí. Me es imposible ir a Londres.

Aprovechando el decepcionado silencio de Jeff, Tom preguntó:

–¿Sabes si mistress Murchison va a venir por aquí?

–No hemos oído nada al respecto.

–Que Derwatt se quede donde sea que se halle. Puede que tenga un amigo propietario de una avioneta particular, ¿quién sabe?

Tom se echó a reír.

–Por cierto -dijo Jeff, algo más animado-, ¿qué le sucedió a «El Reloj»? ¿Es cierto que lo robaron?

–En efecto. Sorprendente, ¿verdad? Me pregunto quién estará disfrutando ahora de semejante tesoro.

Jeff seguía decepcionado cuando colgó e! teléfono: Tom no iba a ir.

–Vamos a dar un paseo -dijo Bernard.

«Mi llamada a Heloise…» -pensó Tom-. Iba a preguntar si podían esperar diez minutos, mientras llamaba a Heloise desde su habitación, pero lo pensó mejor y para complacer a Bernard dijo:

–Voy por una chaqueta.

Pasearon por el pueblo. Bernard no quiso un café, ni un vaso de vino ni almorzar. Anduvieron casi un kilómetro por dos de las carreteras que partían de Villeperce, luego regresaron, echándose a un lado de vez en cuando para que pasasen los amplios vehículos de los granjeros y algunos carros tirados por percherones. Bernard hablaba de Van Gogh y de Aries, donde había estado dos veces.

–… Vincent, como todos los demás, vivió todo el tiempo que le había sido asignado y nada más. ¿Cabe imaginarse a Mozart viviendo hasta los ochenta? Me gustaría volver a ver Salzburgo. Hay un local allí, el Tomaselli. Maravilloso café… ¿Puedes imaginarte a Bach muriendo a los veintiséis años, por ejemplo? Todo eso demuestra que un hombre consiste en su obra, nada más y nada menos. Nunca es del hombre de quien hablamos, sino de su obra…

Amenazaba lluvia. Tom llevaba el cuello de la chaqueta subido desde hacía rato.

Derwatt dispuso de un determinado período de vida, ¿Comprendes? Fue absurdo que yo lo prolongase. Aunque, por supuesto, no lo hice. Todo eso puede enmendarse -dijo Bernard como un juez que dictase sentencia, una sabia sentencia, a juicio del juez mismo. Tom se sacó las manos de los bolsillos, sopló en ellas y las volvió a embutir en ellos.

De vuelta a casa, Tom preparó el té y sacó el whisky y el coñac. Una de dos, o la bebida calmaría a Bernard o le enfurecería, con lo cual se produciría una

crisis y algo sucedería.

–Tengo que llamar a mi esposa -anunció Tom-. Sírvete lo que te apetezca.

Tom subió volando al piso de arriba. Aunque siguiese enfadada, Heloise representaría para él oír de nuevo la voz de la cordura.

Indicó el número de Chantilly a la telefonista. Empezaba a caer la lluvia, golpeando suavemente los cristales de las ventanas. El viento había cesado por completo. Tom suspiró.

–Hola, Heloise -había logrado comunicar-. Sí, estoy bien. Quería llamarte ayer por la tarde, pero se me hizo tarde… Oh, simplemente salí a pasear -(Ella había tratado de comunicar con él)-. Sí, con Bernard… Sí, sigue aquí, pero creo que se marcha esta tarde, puede que esta noche. ¿Cuándo vas a venir?

–¡Cuando te libres de ese fou!

–Heloise, je t'aime. Puede que vaya a París, con Bernard, porque creo que así se decidirá a marcharse.

–¿Por qué estás tan nervioso? ¿Qué sucede?

–¡Nada!

–¿Me lo dirás cuando vengas a París?

Tom regresó abajo y puso un poco de música. Eligió un disco de jazz, ni bueno ni malo. Como ya había observado en otros momentos cruciales de su vida, el jazz no le satisfacía. Sólo la música clásica lograba causar efecto en él: le sosegaba o le aburría, le daba confianza o se la quitaba por completo. Y era porque la música clásica tenía un orden, que uno aceptaba o rechazaba. Tom echó mucho azúcar en su té, ya frío, y lo apuró. Bernard no se había afeitado en dos días, al parecer. ¿Acaso tenía intención de dejarse una barba como la de Derwatt?

Pocos minutos después, los dos paseaban por el césped de atrás. Bernard llevaba sueltos los cordones de un zapato. Iba calzado con botas tipo militar, maltrechas por el uso y con las suelas levantadas hacia arriba por los lados, lo que les daba un curioso aspecto de calzado antiguo. ¿Iba o no a atarse los cordones?

–La otra noche -dijo Tom-, intenté componer una quintilla:

Hubo una vez un matrimonio por computadora.
Un cero se casó con la nada.
Díjole la nada al cero,
«Yo no soy lo que debería,
Pero nuestra descendencia será aún más discutible».[1]

–Lo malo es que me salió una quintilla decente. Aunque a lo mejor se te

ocurre algo mejor para el último verso.

Tom tenía dos versiones para la parte media y para el último verso, pero ¿le estaba escuchando Bernard?

Se estaban adentrando en el sendero, hacia el bosque. Había cesado de llover y ahora solamente caían gotas.

–¡Mira qué ranita! – dijo Tom, agachándose para recogerla en el hueco de la mano, ya que había estado a punto de pisada.

Era un animalito no mayor que la uña del pulgar.

El golpe le dio en la parte posterior de la cabeza, y probablemente Bernard se lo había dado con el puño. Tom oyó la voz de Bernard que decía algo, sintió el contacto de la hierba mojada, luego el de una piedra contra su cara y seguidamente perdió el conocimiento casi por completo, si bien notó un segundo golpe en un lado de la cabeza. «Esto ya es demasiado» -pensó Tom-. Se imaginaba sus manos vacías tanteando estúpidamente el suelo, pero sabía que se hallaba inmovilizado.

Luego le estaban haciendo dar más y más vueltas sobre sí mismo. Todo estaba en silencio, a excepción del zumbido en sus oídos. Trató de moverse y no pudo. ¿Estaría boca abajo o boca arriba? Estaba pensando, en cierto modo, aunque no podía ver nada. Parpadeó y sintió que sus ojos estaban llenos de tierra. Empezaba a darse cuenta, a creer, que algo muy pesado estaba descendiendo sobre su espina dorsal y sobre sus piernas. A través del zumbido de sus oídos le llegó el chirriar de una pala al hundirse en la tierra. Bernard le estaba enterrando. Tom estaba seguro ahora de que sus ojos estaban abiertos. ¿Sería muy profundo el agujero? Era la tumba de Murchison, de eso no tenía duda. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido?

«¡Santo Dios! – pensó Tom-, no podía permitir que Bernard le enterrase a varios pies bajo tierra, o jamás lograría salir.» Confusamente, incluso con cierto humor, Tom pensó que su empeño en apaciguar a Bernard tenía un límite, y este límite era su propia vida. «¡Oye! ¡De acuerdo!» -se imaginó, creyó haber chillado Tom, pero no lo había hecho.

–… no es el primero -dijo la voz de Bernard, débil, amortiguada por la tierra que rodeaba a Tom.

¿Qué significaba aquello? ¿Lo habría oído en realidad? Tom consiguió girar un poco la cabeza y comprobó que se hallaba boca abajo. Podía mover la cabeza, aunque muy poco.

Y el peso había dejado de caer sobre él. Tom concentró toda su energía en respirar, utilizando en parte la boca. Tenía la boca seca y escupió un poco de

tierra arenosa. Si permanecía quieto, Bernard se marcharía. Ya estaba lo bastante consciente para comprender que Bernard habría cogido la pala del cobertizo, mientras él estaba tendido sin conocimiento. Sintió que algo cálido le cosquilleaba la nuca. Era sangre, probablemente.

Pasaron dos, quizá cinco minutos y Tom ansiaba moverse, al menos intentado, pero ¿estaría Bernard vigilándole?

Imposible oír nada, pisadas, por ejemplo. Quizás Bernard ya se habría ido hacía unos minutos. Y. sea como fuere, ¿es que Bernard volvería a atacarle si le veía luchar por salir de la fosa? Resultaba algo gracioso. Después, si es que había un después, se reiría -pensó Tom.

Decidió arriesgarse. Movió las rodillas. Colocó las manos de modo que le sirvieran para impulsar el cuerpo hacia arriba y entonces se encontró con que no tenía fuerzas. Así que empezó a cavar hacia la superficie utilizando los dedos, como un topo. Logró abrir un hueco para el rostro y se puso a excavar un túnel hacia arriba, en busca de aire. La tierra estaba mojada y suelta, pero se pegaba a su cuerpo.

La presión sobre su espina dorsal era terrible; Empezó a abrirse camino con los pies, las manos y los brazos, como alguien que intentase nadar en cemento líquido. No podía haber más de noventa centímetros de tierra por encima de él -pensó Tom con optimismo-, puede que ni eso. Hacía falta mucho tiempo para excavar noventa centímetros de tierra, aunque fuese blanda como aquélla, y seguramente Bernard no había estado trabajando tanto rato. Tom tenía la certeza de que ya estaba llegando a la superficie y si Bernard estaba allí, sin reaccionar, sin arrojarle más tierra o sacarle de un tirón para darle un nuevo golpe en la cabeza, podía permitirse un breve descanso después de hacer un gran esfuerzo. Así lo hizo y ganó más espacio para respirar. Tomó unas veinte inhalaciones de aire húmedo, sepulcral, y luego se lanzó de nuevo a la tarea.

Al cabo de dos minutos, se hallaba ya de pie, bamboleándose como un borracho, al lado de la tumba de Murchison, que ahora había sido la suya, cubierto de pies a cabeza con barro y pellas de tierra.

Estaba oscureciendo. No se veían luces en la casa -pudo comprobar Tom al avanzar tambaleante por el sendero-. Automáticamente, se le ocurrió pensar en cómo había quedado la fosa, en que sería conveniente cubrirla y se preguntó dónde estaría la pala que había utilizado Bernard, luego, súbitamente, pensó que al diablo con todo ello. Aún se estaba quitando tierra de los ojos y de las orejas.

Quizá se encontraría a Bernard sentado en la semioscuridad de la sala de estar, y en tal caso le diría:

–¡Bu!

Bernard le había gastado una broma bastante pesada. Se quitó los zapatos antes de entrar y los dejó en la terraza. La puerta vidriera estaba entreabierta.

–¡Bernard! – llamó Tom.

Realmente no estaba en condición de resistir otro asalto.

No hubo respuesta.

Entró en la sala de estar, luego dio media vuelta y, aturdido, salió de nuevo a la terraza, donde dejó caer su embarrada chaqueta y también sus pantalones. En calzoncillos, encendió la luz y subió al cuarto de baño. El baño le refrescó. Se puso una toalla alrededor del cuello. Sangraba por el corte de la cabeza. Se lo había tocado una sola vez, con el paño para lavarse, para quitar el barro, y luego había tratado de olvidarse de él porque, estando solo, no podía hacer nada para remediado. Se enfundó la bata y bajó a la cocina, donde se preparó un bocadillo de jamón y se sirvió un gran vaso de leche.

Lo liquidó todo en la mesa de la cocina. Después colgó la chaqueta y los pantalones en el baño.

–Habrá que cepillados y mandarlos a la lavandería -diría la formidable madame Annette.

Resultaba una gran bendición que el ama estuviese ausente, aunque regresaría antes de las diez, puede que las once y media si habían ido a uno de los cines de Fontainebleau o de Melun. De todos modos, mejor era no confiarse demasiado. Ya eran las ocho menos diez.

«¿Qué hará Bernard ahora? – se preguntó Tom-, ¿irse a París?»

Por alguna razón, Tom no lograba imaginarse a Bernard regresando a Londres, por lo que desechó tal posibilidad. Pero Bernard había llegado a tal grado de perturbación mental que era realmente imposible prever cuál iba a ser su siguiente paso. ¿Les diría, por ejemplo, a Jeff y a Ed que había matado a Tom Ripley? Tanto daba si se ponía a proclamado a los cuatro vientos. De hecho, lo que Bernard iba a hacer era suicidarse, y Tom lo presentía del mismo modo en que podía haber presentido un asesinato, porque, al fin y al cabo, el suicidio no era más que una variante del asesinato. Y para que Bernard llevase a cabo sus intenciones, fuesen cuales fueran, Tom sabía que él debía seguir muerto.

«¡Y vaya lata le iba a resultar fingirse muerto teniendo en cuenta a madame Annette, Heloise, sus vecinos, la Policía! ¿Cómo iba a hacer que todos le creyesen muerto?»

Se puso los tejanos y se dirigió al sendero, con la linterna del retrete de reserva. Efectivamente, la pala estaba tirada en el suelo a medio camino entre la

tumba, tan usada ya, y el sendero. Tom la empleó para rellenar la fosa. Pensó que algún día un hermoso árbol crecería fácilmente en aquel lugar de tan mullida como estaba la tierra. Incluso arrastró hasta allí algunas de las ramas y de la hojarasca que en su día había utilizado para cubrir a Murchison.

«R.I.P. Tom Ripley» -pensó.

Otro pasaporte le sería de utilidad y ¿quién sino Reeves Minot era el más indicado para proporcionárselo? Ya iba siendo hora de que Reeves le hiciese un pequeño favor.

Con su máquina de escribir redactó una nota para Reeves y, para mayor seguridad, incluyó en el sobre dos fotografías recientes para el pasaporte. Aquella misma noche llamaría a Reeves desde París, ya que había decidido irse a París, donde podría esconderse durante unas horas y pensar. Así, pues, llevó al ático los zapatos y las prendas sucias de barro, ya que no era probable que madame Annette subiera hasta allí. Se cambió de ropa una vez más y cogió la furgoneta hasta la estación de ferrocarril de Melun.

A las once menos cuarto ya estaba en París y echaba la nota para Reeves en un buzón de la Gare de Lyon. Entonces se fue al Hotel Ritz, donde alquiló una habitación a nombre de Daniel Stevens, dando un número ficticio de pasaporte americano con la excusa de no llevarlo consigo. La dirección: 14 rue du Docteur Cavet, Rollen, pues, que Tom supiese, no existía tal calle.

17

Tom telefoneó a Heloise desde su habitación. No estaba en casa. La doncella le dijo que había salido a cenar con sus padres. Entonces, puso una conferencia a Reeves en Hamburgo. Se la dieron en veinte minutos, y Reeves estaba en casa.

–Hola, Reeves. Aquí Tom. Estoy en París. ¿Cómo va todo? ¿Me puedes facilitar un pasaporte tout de suite? Las fotografías ya te las he mandado.

Reeves parecía desconcertado. Santo Dios, ¿le estaba pidiendo algo en serio al fin? ¿Un pasaporte? Sí, una de esas cositas tan útiles y que constantemente eran birladas en todas partes. Tom tuvo la delicadeza de preguntar cuánto le cobraría Reeves.

Reeves no podía contestarle de momento.

–Cárgamelo en cuenta -dijo Tom con desparpajo-. Lo importante es que llegue a mis manos en seguida. Si recibes las fotos el lunes por la mañana, ¿podrás tenerlo preparado el lunes por la noche?… Sí, es urgente. ¿Sabes de alguien que vuele a París a última hora del lunes, por ejemplo?

–Si no es así, búscalo -dijo Tom mentalmente.

Reeves respondió que sí, que alguien podía llevárselo a París. Tom insistió

en que no fuese otro mensajero involuntario (o huésped), porque le iba a ser imposible registrarle los bolsillos o la maleta.

–Cualquier nombre americano -dijo Tom-. Es preferible un pasaporte americano, aunque uno británico servirá. Hasta entonces estaré en el Ritz, Place Vendome… Daniel Stevens.

Tom le dio el número de teléfono del Ritz para mayor comodidad de Reeves, y añadió que iría a recibir al mensajero personalmente, tan pronto como supiese la hora en que éste llegaría a Orly.

Para entonces, Heloise ya estaba de regreso en Chantilly, y Tom habló con ella.

–Sí, estoy en París. ¿Quieres venir esta noche?

Heloise accedió y se sintió muy contento. La veía ya con él al cabo de una hora más o menos, sentados el uno frente al otro y bebiendo champaña, si es que Heloise tenía ganas de beberlo, y así era normalmente.

Tom se quedó de pie en la acera gris, mirando al círculo de la Place Vendome. Los círculos le molestaban. ¿En qué dirección debía encaminarse? ¿Hacia la izquierda, en dirección a l'Opéra, o hacia la rue de Rivoli, situada a la derecha? Tom prefería pensar en cuadrados o rectángulos. ¿Dónde estaba Bernard? «¿Por qué quieres un pasaporte? – se preguntó a sí mismo-. ¿Para tener un tiro en la recámara? ¿Como una medida más de conservar la libertad?» «No sé dibujar como Derwatt -había dicho Bernard aquella tarde-. Sencillamente, ya no dibujo… raras veces para mí mismo, siquiera.» En aquel momento, ¿estaría Bernard en algún hotel de París, abriéndose las venas en el lavabo?, o ¿contemplando el Sena desde alguno de los puentes de la ciudad, a punto de lanzarse al río, sin hacer ruido, cuando nadie le mirase?

Tom anduvo en línea recta hacia la rue de Rivoli. Las calles estaban sombrías y oscuras a esas horas de la noche, y los escaparates estaban cerrados con barras y cadenas de acero que impedían el robo de las porquerías engañaturistas que en ellos se exhibían, pañuelos de seda con la palabra «París» estampada en ellos, corbatas y camisas, igualmente de seda, marcadas con precios exagerados. Pensó en coger un taxi hasta el sexto arrondissement, pasear un poco por aquel ambiente más animado y luego tomarse una cerveza en Lippe's. Pero no quería arriesgarse a toparse con Chris. Regresó al hotel y pidió una conferencia con el estudio de Jeff.

Esta llamada (le informó la telefonista) tardaría tres cuartos de hora, pues las líneas estaban sobrecargadas, pero se la dieron al cabo de media hora solamente.

–¿Allô…? ¿París? – se oía decir a Jeff con voz parecida a la de un delfín que

se estuviera ahogando.

–¡Soy Tom, desde París! ¿Me oyes?

–¡Muy mal!

Pero no lo bastante mal para que Tom no probase suerte con una segunda llamada. Prosiguió: -No tengo idea de dónde está Bernard. ¿Has tenido noticias suyas? – ¿Por qué estás en París? Imposible contestarle, con lo que mal que se oía. Tom consiguió entender, no obstante, que Jeff y Ed no sabían nada de Bernard. Luego Jeff dijo:

–Están tratando de localizar a Derwatt… -(siguieron unas maldiciones masculladas en inglés)-. Cielos, si no puedo oírte a ti, dudo que alguien más pueda entender una maldita…

–D'accord!-respondió Tom-. Cuéntame todo lo que te sucede.

–Es posible que la esposa de Murchison…

–¿Qué?

«¡Demonios! El teléfono resultaba un artefacto para volverse loco. La gente debería volver a utilizar la pluma y el papel y el buque correo.»

–¡No oigo ni una cochina palabra!

–Vendimos «La Bañera»… Están preguntando por… ¡Derwatt! Tom, si al menos…! De repente se cortó la comunicación. Tom colgó el teléfono de un golpe, malhumorado, luego lo cogió y se lo acercó a la oreja, dispuesto a fulminar a la telefonista de abajo si la oía. Pero volvió a dejarlo en su sitio. No era culpa de la muchacha. No era culpa de nadie, de nadie a quien pudiera localizarse.

«Bien, así que mistress Murchison vendría a Europa, como ya había previsto. Además, puede que estuviese enterada de la teoría del color lavándula. Y ¿a quién habían vendido «La Bañera»? Y Bernard ¿dónde estaba? ¿En Atenas? ¿Es que iba a repetir la acción de Derwatt y ahogarse frente a una de las islas griegas? Tom ya se veía de viaje a Grecia. ¿Cuál era la isla de Derwatt? ¿Icaria? ¿Dónde estaba? Lo buscaría por la mañana en una agencia de viajes.»

Se sentó ante la mesa de escribir y escribió rápidamente una nota:

«Apreciado Jeff:

»En caso de que veas a Bernard, debo pasar por muerto. Bernard cree haberme matado. Te lo explicaré más tarde. Que nadie sepa esto; te lo digo solamente en caso de que veas a Bernard y él te diga que me ha asesinado. Finge que le crees y no hagas nada. Por favor, mantén a Bernard a raya.»Con mis saludos, Tom.»

Tom bajó al vestíbulo y franqueó la carta con un sello de setenta céntimos

adquirido en el mostrador. Probablemente Jeff no la recibiría hasta el martes. Pero no se trataba de un mensaje que se atreviese a mandar por cable. ¿O quizá sí? «Debo ocultarme incluso bajo tierra ref. Bernard.» No, eso no iba a resultar lo bastante claro. Seguía reflexionando cuando llegó Heloise. Tom se alegró al ver que traía consigo su maleta «Gucci».

–Buenas noches, madame Stevens -dijo Tom en francés-. Esta noche serás madame Stevens. Tom pensó en conducirla hasta recepción para que se inscribiera, pero decidió que no valía la pena y la acompañó hasta el ascensor.

Tres pares de ojos se fueron tras ellos. ¿Sería realmente su esposa?

–¡Tom, estás pálido!

–He tenido un día muy agitado.

–Ah, ¿qué es ese…?

–¡Chis!

Se refería a la parte posterior de la cabeza. Heloise se fijaba en todo. Tom pensó que podía contarle unas cuantas cosas, pero no todo. La tumba no, eso sería demasiado horrible. Además, Bernard quedaría como un asesino, y no lo era. Tom dio una propina al ascensorista, que insistió en llevar la maleta de Heloise.

–¿Qué te pasó en la cabeza? Tom se quitó la bufanda de color verde y azul oscuro que se había puesto en torno al cuello para recoger la sangre. – Bernard me golpeó. Vamos, no te apures, cariño. Quítate los zapatos y la ropa. Ponte cómoda. ¿Te gustaría un poco de champaña?

–Pues sí, ¿y por qué no?

Tom lo encargó por teléfono. Se sentía mareado, como si tuviese fiebre, pero sabía que era debido solamente a la fatiga y a la pérdida de sangre. ¿Habría comprobado si en la casa había dejado un rastro de sangre? Sí, recordaba haber subido al piso superior en el último minuto especialmente para ver si había sangre en alguna parte.

–¿Dónde está Bernard?

Heloise se había quitado los zapatos e iba descalza.

–Francamente, no lo sé. Puede que en París.

–¿Os peleasteis porque no quería irse?

–Oh, fue una pelea sin importancia. Está muy nervioso estos días. No es nada serio, nada.

–Pero, ¿por qué viniste a París? ¿Es que sigue en casa?

Eso era una posibilidad -comprendió Tom-, aunque los efectos de Bernard habían desaparecido de la casa. Tom lo había comprobado, Y Bernard no podía

penetrar en ella sin antes forzar una de las puertas vidrieras.

–No está en casa, no.

–Quiero examinarte la herida de la cabeza. Ven al cuarto de baño, allí hay más luz.

Llamaron a la puerta. Realmente se daban prisa con el champaña. El camarero, de porte majestuoso y pelo gris, sonrió al producirse el taponazo. La botella hizo un agradable crujido al hundirse en un cubo con hielo.

–Merci, m'sieur-dijo el camarero, cogiendo el billete que le tendía Tom.

Tom y Heloise levantaron sus copas, Heloise con cierto temblor, y bebieron. Tenía que examinarle la herida. Tom se resignó. Se quitó la camisa y, con los ojos cerrados, dobló el cuerpo para que Heloise pudiera lavarle la herida en el lavado, con una toalla. Hizo oídos sordos, o trató de hacerlos, cuando Heloise prorrumpió en las exclamaciones que ya había previsto.

–El corte no es grande; de lo contrario no hubiese dejado de sangrar -dijo Tom.

El lavado hacía que, naturalmente, sangrase de nuevo.

–Coge otra toalla… coge lo que sea -dijo Tom, y regresó al dormitorio, donde suavemente se desplomó al suelo. No había perdido el conocimiento, empero, así que se arrastró hasta el baño, cuyo suelo era de baldosas.

Heloise estaba diciendo algo acerca del esparadrapo.

Tom se desmayó durante un minuto, pero se lo calló. Se arrastró hasta el retrete y vomitó levemente. Se enjugó el rostro y la frente con algunas de las mojadas toallas de Heloise. Luego, un par de minutos más tarde, se hallaba apoyado en el lavabo, sorbiendo champaña mientras Heloise hacía trizas un pañuelito blanco para convertirlo en vendas.

–¿Para qué llevas esparadrapo contigo? – preguntó Tom.

–Lo uso para las uñas.

«¿Cómo?» -se preguntó Tom, mientras sostenía la cinta para que Heloise la cortase.

–El esparadrapo rosa -decía Tom- es un signo de discriminación racial. El Poder Negro, en los Estados Unidos, debería meterse con eso y prohibirlo.

Heloise no le entendía. Tom había hablado en inglés.

–Te lo explicaré mañana, quizás.

Al poco estaban en la cama, en la amplia y lujosa cama con cuatro gruesos almohadones. Heloise había cedido su pijama para que Tom se lo colocase debajo de la cabeza por si volvía a sangrar, si bien la hemorragia, al parecer, casi había cesado. Heloise estaba desnuda, y el contacto de su piel era increíblemente

suave, como el del mármol pulido, sólo que, por supuesto, en ella no había rigidez, sino calor. La noche no era la más propicia para hacer el amor, pero Tom se sentía muy feliz, y sin rastro de preocupación por el mañana, lo cual, probablemente, era una imprudencia. Pero aquella noche o, mejor dicho, en aquellas primeras horas de la madrugada, se permitió algunas concesiones. Oyó en la oscuridad el siseo de las burbujas de champaña mientras Heloise sorbía su copa, y luego el tintín del cristal sobre la mesita de noche. En un momento su mejilla reposaba sobre el seno de Heloise. Tom tenía deseos de decirle que ella era la única mujer del mundo que había logrado hacerle pensar en el ahora, pero estaba demasiado cansado, y, probablemente, la observación no tenía importancia.

Por la mañana, tuvo que darle algunas explicaciones a Heloise, y tuvo que hacerla sutilmente. Le dijo que Bernard Tufts estaba consternado a causa de su novia inglesa, que podía suicidarse y que Tom quería encontrarle. Puede que estuviese en Atenas. Y, dado que la Policía no deseaba perder de vista a Tom debido a la desaparición de Murchison, lo mejor era que la Policía le creyese en París, pasando unos días con unos amigos. Tom le explicó que estaba esperando un pasaporte que, en el mejor de los casos, no llegaría hasta última hora del lunes. Tom y Heloise se hallaban desayunando en la cama.

–No entiendo por qué te preocupas por ese fou que incluso te ha golpeado.

–La amistad -respondió Tom-. Vamos, cariño, ¿por qué no regresas a Belle Ombre y le haces compañía a mandame Annette? O bien… podemos llamarla y así te quedas aquí conmigo hasta mañana -dijo Tom más animado-. Aunque, lo mejor será cambiar de hotel hoy; así estaremos más seguros.

–¡Oh, Tome…!

Pero Tom sabía que el tono de desilusión de Heloise era fingido. A ella le gustaba hacer cosas que fuesen un poco furtivas, mantener el secreto cuando no había necesidad de hacerla. Las historias que le había contado a Tom sobre sus intrigas de adolescentes con compañeras de colegio y, también, con chicos, para escapar a la vigilancia de sus padres, no tenían nada que envidiar a las inventadas por Cocteau.

–Hoy usaremos otro nombre. ¿Cuál te gustaría? Tiene que ser americano o inglés, a causa mía. Tú serás mi esposa francesa, ¿comprendes? – Tom hablaba en inglés.

–Mmmm. ¿Gladstone?

Tom se echó a reír.

–¿Qué tiene de gracioso el nombre de Gladstone?

Hasta qué punto odiaba Heloise el idioma inglés, al parecerle lleno de palabras con doble sentido, indecentes, que a ella se le escapaban…

–Nada, sólo que Gladstone inventó una maleta[2].

–¿Que inventó la maleta? ¡No te creo! ¿Quién iba a inventar una maleta? Es demasiado sencillo! ¡De veras, Tome!

Se mudaron al Hotel Ambassadeur, en el boulevard Haussmann, en el noveno arrondissement. Conservador y respetable. Tom se inscribió con el nombre de William Tenyck y su esposa Mireille. Luego hizo una segunda llamada a Reeves, y dejó su nuevo nombre, dirección y número de teléfono, PRO 72-21, al individuo de acento alemán que con frecuencia atendía a las llamadas por cuenta de Reeves.

Tom y Heloise se fueron al cine por la tarde, y regresaron al hotel a las seis. Todavía no había llegado ningún mensaje de Reeves. A indicación de Tom, Heloise llamó a madame Annette. Tom habló con ella también.

–Sí, estamos en París -dijo Tom-. Lamento no haberle dejado una nota… Quizá madame Heloise vuelva mañana por la noche, un poco tarde, pero no estoy seguro.

Le pasó el teléfono a Heloise.

Era evidente que Bernard no había hecho acto de presencia en Belle Ombre, ya que, de lo contrario, madame Annette se hubiera referido a él.

Se acostaron temprano. Tom había probado en vano de convencer a Heloise para que le cortase aquellas estúpidas tiras de esparadrapo que llevaba en la cabeza, pero ella incluso había comprado un antiséptico francés, de color lavándula, con el que había empapado el vendaje. La noche anterior, en el Ritz, había enjuagado con agua la bufanda de Tom, y por la mañana ya estaba seca. Justo antes de medianoche, llamaron por teléfono. Era Reeves. Le dijo que un amigo le traería lo que le hacía falta el día siguiente, lunes, por la noche, en el vuelo 311 de la Lufthansa, cuya llegada a Orly estaba prevista para las doce y cuarto de la noche.

–¿Y cómo se llama? – preguntó Tom.

–Se trata de una mujer. Gerda Schneider. Sabrá cómo reconocerte.

–Muy bien -repuso Tom, muy contento con el servicio, especialmente al tener en cuenta que Reeves aún no tenía las fotografías.

–¿Quieres venirte conmigo a Orly mañana por la noche? – preguntó a Heloise tras colgar el aparato.

–Te llevaré en el coche. Quiero estar segura de que no te sucede nada.

Tom le dijo que la furgoneta estaba en la estación de Melun.

No le costaría que André, el jardinero que a veces trabajaba para ellos, la acompañase a buscarla.

Decidieron quedarse una noche más en el Ambassadeur por si había alguna pega con el pasaporte el lunes por la noche. Tom estudió la posibilidad de coger un vuelo nocturno a Grecia a primeras horas del martes, pero no podía decidir nada en concreto en tanto no tuviese el pasaporte en la mano. Quedaba, además, la necesidad de familiarizarse con la firma que constase en el documento. «Y todo -pensó Tom- por salvar la vida de Bernard.» Deseó poder compartir sus pensamientos, sus sentimientos con Heloise, pero temía no hacerla comprender. ¿Le comprendería si estuviese enterada de las falsificaciones? Sí, probablemente sí le entendería desde el punto de vista intelectual, suponiendo que pudiera utilizar semejante palabra. Pero Heloise le diría: «¿Y por qué debes llevar tú todo el peso del asunto? ¿Es que Jeff y Ed no son capaces de cuidar de su amigo… de su mina de oro?»

Tom optó por no decirle nada. Era mejor arreglárselas solo, sin trabas para actuar, siquiera éstas fuesen la comprensión y el cariño de Heloise.

Y todo salió como una seda. Tom y Heloise llegaron a Orly el lunes a medianoche, el vuelo llegó puntualmente, y Gerda Schneider (o la mujer que utilizaba ese nombre) abordó a Tom en la puerta donde éste la esperaba.

–¿Tom Ripley? – preguntó con una sonrisa.

–Así es. ¿Frau Schneider?

La mujer tendría unos treinta años, rubia, bastante guapa y con aspecto de inteligente. No llevaba ni asomo de maquillaje, como si acabara de lavarse la cara con agua fría y después se hubiese vestido.

–Mister Ripley, me siento en verdad muy honrada de conocerle -dijo la mujer en inglés-. He oído hablar tanto de usted.

Tom lanzó una carcajada al oír el tono cortés y divertido de la mujer. Le sorprendía que Reeves fuese capaz de rodearse de colaboradores tan interesantes.

–He venido con mi esposa. Está abajo. ¿Piensa pasar la noche en París?

Así era. Hasta había reservado habitación en el Pont-Royal, en la rue Montalembert. Tom se la presentó a Heloise, y mientras las dos mujeres le esperaban, no lejos de donde días antes había dejado la maleta de Murchison, fue en busca de su coche. Fueron directamente hasta París, y no fue hasta llegar delante del Pont-Royal que Frau Schneider dijo:

–Le entregaré el paquete aquí.

Seguían dentro del coche. Gerda Schneider abrió su voluminoso bolso y

extrajo un sobre blanco bastante grueso.

Tom había estacionado el coche y estaba bastante oscuro. Sacó del sobre el pasaporte americano, de tapas verdes, y se lo metió en un bolsillo de la americana. El documento había estado envuelto en unas hojas de papel en blanco.

–Gracias -dijo Tom-. Ya hablaré con Reeves. ¿Cómo está?

Pocos minutos después, Tom y Heloise se dirigían en el coche al Hotel Ambassadeur.

–Es bastante bonita para ser alemana -comentó Heloise.

Ya en la habitación, Tom dio un vistazo al pasaporte. El documento estaba muy manoseado y Reeves había frotado su fotografía para que hiciera juego con el resto del mismo. «Robert Fiedler Mackay» se llamaba ahora Tom; edad 31 años; nacido en Salt Lake City, Utah; ocupación: ingeniero; sin personas a su cargo. La firma estaba escrita con letra delgada y larga, con trazo ininterrumpido, un tipo de letra que a Tom le recordaba a un par de pesados, americanos los dos, que había conocido tiempo antes.

–Cariño… Heloise… Ahora me llamo Robert -dijo Tom en francés-. Si me lo permites, tengo que practicar un poco mi nueva firma.

Heloise estaba reclinada en la commode, contemplándole.

–¡Oh, querido! ¡No te preocupes!

Tom la rodeó con sus brazos.

–Vamos a tomarnos unas copas de champaña. ¡Todo va bien!

El martes a las dos de la tarde Tom ya se hallaba en Atenas, una Atenas más moderna, más limpia que la ciudad que había visto por última vez cinco o seis años antes. Después de inscribirse en el Hotel Grande Bretagne, se aseó un poco en su habitación, que daba a la Plaza de la Constitución. Luego salió a curiosear un poco y a preguntar por Bernard Tufts en unos cuantos hoteles. No cabía pensar en que Bernard se hubiese alojado en el Grande Bretagne, el hotel más caro de Atenas. Es más, Tom estaba seguro en un sesenta por ciento de que Bernard ni siquiera se encontraba en Atenas, sino que se había largado a la isla de Derwatt, o a cualquier otra isla. Pese a ello, Tom creyó que sería una estupidez no preguntar en unos cuantos hoteles.

Su historia consistía en que se había visto separado de un amigo a quien deseaba encontrar de nuevo, un tal Bernard Tufts. No, su propio nombre no venía al caso, pero, cuando se lo preguntaban, lo daba: Robert Mackay.

–¿Cómo están las comunicaciones con las islas? – preguntó Tom en un hotel de apariencia pasablemente decente y donde creyó que estarían al tanto de lo que

interesaba a los turistas.

Tom hablaba en francés con el empleado, si bien en otros hoteles hablaban un inglés bastante curioso.

–Me interesa Icaria especialmente.

–¿Icaria? – (sorpresa en el empleado).

La isla estaba muy hacia el este y era una de las situadas más hacia el norte de entre las pertenecientes al Dodecaneso. No había aeropuerto. Había, sin embargo, servicio marítimo, pero el hombre del hotel no estaba seguro de la frecuencia de las salidas.

Tom llegó allí el miércoles. Tuvo que alquilar una canoa automóvil cuyo patrón era de Miconos. Icaria, después del breve e instantáneo optimismo que sobre ella había sentido Tom, resultó terriblemente decepcionante. La ciudad de Armemisti (o algo así) parecía dormida y Tom no vio en ella a ningún occidental, sólo a pescadores que remendaban sus redes y a gentes de la localidad que pasaban el rato en los minúsculos cafés. Tras preguntar si habían visto a un inglés llamado Bernard Tufts, pelo oscuro, delgado, etc., Tom llamó por teléfono a otra población de la isla llamada Agios Kirycos. En uno de los hoteles le dijeron que lo mirarían y que le llamarían después de preguntar en otro establecimiento. No lo hicieron y Tom desistió. «Una aguja en un pajar» -pensó Tom-. Puede que Bernard hubiese escogido otra isla.

Con todo, esta isla, debido a haber sido el escenario del suicidio de Derwatt, ejercía una débil e imprecisa atracción sobre Tom. En alguna de aquellas playas entre blancas y amarillentas Philip Derwatt se había adentrado andando en el mar y jamás había regresado. Tom dudaba de que cualquiera de los habitantes de Icaria reaccionara ante el nombre de Derwatt, pero quiso cerciorarse con el propietario del café, sin resultado. «Derwatt no había permanecido allí más de un mes -pensó Tom- y de eso hacía ya seis largos años.» Tom recobró fuerzas en un pequeño restaurante con un plato de tomate estofado con arroz y cordero, luego sacó como pudo al patrón de la canoa de otro restaurante donde éste le había dicho que podría encontrarle hasta las cuatro en caso de que le necesitase.

Regresaron a gran velocidad hasta Miconos, donde el patrón tenía establecida su base de operaciones. Tom llevaba la maleta consigo. Se sentía inquieto, agotado y frustrado. Decidió regresar a Atenas aquella misma noche. Se sentó en un café y, desalentado, se bebió una taza de café azucarado. Entonces volvió al muelle donde había conocido al griego propietario de la canoa, al que encontró en su casa, cenando.

–¿Cuánto quiere por llevarme a El Pireo esta noche? – preguntó Tom.

Conservaba todavía, algunos cheques de viaje americanos.

Tras muchos aspavientos y una larga enumeración de las dificultades, todo se resolvió con dinero. Tom durmió durante parte del viaje, atado a un banco de madera del diminuto camarote de la embarcación. Serían las cinco de la mañana cuando llegaron a El Pireo. Antinou, el patrón, estaba atolondrado a causa de la alegría, o del dinero o de la fatiga, o puede que debido al ouzo. Tom no estaba seguro de la causa. Antinou dijo que tenía amigos en El Pireo que iban a alegrarse mucho de verle.

El frío de la madrugada era cortante. Tom intimidó verbalmente a un taxista, ofreciéndole dinero a puñados, para que le llevase a la Plaza de la Constitución, en Atenas, al hotel Grande Bretagne.

Le dieron habitación, pero no la misma de antes. La anterior no habían terminado de limpiarla aún -le informó el portero de noche en un alarde de sinceridad. Tom escribió el número de teléfono de Jeff en un pedazo de papel y le pidió al portero que le pusiera una conferencia con Londres.

Entonces subió a su habitación y se bañó, alerta en todo momento a la llamada del teléfono. Eran ya las ocho menos cuarto cuando recibió la conferencia.

–Tom al aparato, desde Atenas -dijo Tom. (Casi se había quedado dormido en la cama.)

–¿Atenas?

–¿Alguna noticia de Bernard?

–No, ninguna. ¿Que estás…? – Voy a venir a Londres. Antes de esta noche, quiero decir. Ten preparado el maquillaje. ¿De acuerdo?

18

El jueves por la tarde a Tom le dio el impulso de comprarse en Atenas un impermeable de color verde. La prenda era de un estilo que a él mismo, es decir a Tom Ripley, jamás le había atraído, ni lo habría tocado. Estaba lleno de piezas y correas, algunas sujetas mediante anillas dobles, como si el impermeable hubiese sido diseñado para que de él colgasen partes militares, cantimploras, cartucheras, una caja con los utensilios para la mesa, la bayoneta y uno o dos bastones de mando. Era de muy mal gusto y Tom creyó que le sería de utilidad al llegar a Londres en el caso de que alguno de los inspectores de inmigración recordase cómo era Thomas Ripley. Asimismo se peinó con la raya a la derecha en vez de a la izquierda, aunque la raya no se veía en la fotografía de frente. Por suerte, su maleta no llevaba iniciales. Ahora el problema era el dinero, ya que solamente tenía cheques de viaje a nombre de Ripley, que en Londres no podría

utilizar como había hecho en Grecia para pagar el alquiler de la canoa. Pero tenía suficientes dracmas (compradas con francos franceses de Heloise) para pagar el pasaje hasta Londres, y, una vez allí, Jeff y Ed podrían ayudarle económicamente. Sacó de su billetero cuantas tarjetas u otros papeles pudieran identificarle, y lo metió todo en el bolsillo posterior de los pantalones, que estaba provisto de un botón. Aunque en realidad no era de prever un registro.

Pasó sano y salvo por el control de inmigración de Heathrow.

–¿Cuánto tiempo va a quedarse en el país?

–No más de cuatro días, creo.

–¿Viaje de negocios?

–Sí.

–¿Dónde se alojará?

–En el Londoner Hotel, Welbeck Street.

De nuevo el viaje en autobús hasta la terminal de Londres. Luego Tom se dirigió a una cabina y llamó al estudio de Jeff. Eran las diez y cuarto de la noche. Contestó una mujer.

–¿Está mister Constant en casa? – preguntó Tom-. ¿O mister Banbury?

–Los dos acaban de salir un momento. ¿Quién llama, por favor?

–Robert… Robert Mackay.

Ninguna reacción, ya que Tom no le había dado a Jeff su nuevo nombre. Tom estaba seguro de que Jeff y Ed habrían dejado a alguien, alguien de confianza, en el estudio para que esperase a Tom Ripley.

–¿Eres Cynthia?

–Sí -respondió con voz algo aguda su interlocutora.

Tom decidió arriesgarse.

–Soy Tom -dijo-. ¿Cuándo va a regresar Jeff?

–¡Oh, Tom! No estaba segura de que fueses tú. Regresarán en cosa de media hora. ¿Puedes venir aquí?

Tom cogió un taxi hasta el estudio de St. John's Wood. Cynthia Gradnor le abrió la puerta.

–Tom… ¿qué tal?

Tom casi se había olvidado de cómo era ella: mediana de estatura, pelo castaño y liso que le caía sobre los hombros, ojos grises más bien grandes. Parecía más delgada que cuando la recordaba. Y estaba ya casi en los treinta. Parecía un poco nerviosa.

–¿Viste a Bernard?

–Sí, pero no sé a dónde se fue.

Tom sonrió. Daba por seguro que Jeff (y Ed) le habrían obedecido y no habrían contado a nadie el intento homicida de Bernard.

–Probablemente estará en París.

–¡Pero, siéntate Tom! ¿Quieres tomar algo?

Tom sonrió y le ofreció el paquete que había adquirido en el aeropuerto de Atenas. Una botella de White Horse. Cynthia se mostraba bastante amistosa… por fuera. Tom se alegró.

–Bernard siempre está raro cuando hay una exposición -dijo Cynthia, preparando las bebidas-. Al menos eso me han dicho. No le he visto mucho últimamente. Como probablemente ya sabrás.

Decididamente, Tom no pensaba decirle que Bernard ya le había contado que Cynthia le había dado calabazas, que no quería verle. Puede que Cynthia no hablase en serio. No había forma de adivinarlo.

–Pues bien -dijo Tom alegremente-. Dice que ya no va a pintar más Derwatts. Esto le hará bien, estoy seguro. Dice que siempre ha odiado el asunto. – Cynthia le entregó el vaso-. Es un asunto desagradable. ¡Muy desagradable!

Lo era, Tom lo sabía. Desagradable. El visible estremecimiento de Cynthia se lo hizo comprender. Un asesinato, mentiras, fraude… sí, era un asunto muy feo.

–Bueno, por desgracia ha llegado hasta aquí -dijo Tom-, pero no irá mucho más lejos. Ésta va a ser la última aparición de Derwatt, podría decirse. A no ser que Jeff y Ed hayan decidido que, bueno, que no quieren que vuelva a hacer mi papel. Ni siquiera ahora, quiero decir.

Cynthia no pareció prestar atención a sus palabras. Resultaba extraño. Tom se había sentado, pero la muchacha paseaba lentamente arriba y abajo por la habitación, y diríase que estaba atenta a la escalera por si se oían los pasos de Jeff y de Ed.

–¿Qué le sucedió al individuo que se llama Murchison? Su esposa llega mañana, me parece. Jeff y Ed así lo creen.

–No lo sé. No puedo ayudarte -dijo Tom con toda la calma, pues no podía permitir que las preguntas de Cynthia le trastornasen. Tenía un trabajo que hacer. ¡Dios santo, la esposa llegaba mañana!

–Murchison sabe que los cuadros los están falsificando. ¿En qué se basó, exactamente?

–En su opinión -contestó Tom encogiéndose de hombros-. Oh, habló del espíritu de un cuadro, de la personalidad… pero dudo que pudiera haber convencido a un perito de Londres. Francamente, ¿quién sabe dónde se halla la

línea que separa a Derwatt de Bernard a estas alturas? Unos pesados, estos hijos de perra que se autocalifican de críticos de arte. Escucharles resulta casi tan divertido como leer sus comentarios de arte… conceptos espaciales, valores plásticos y demás monsergas.

Tom se rió.

–Murchison vio los míos, uno auténtico y el otro falso, pintado por Bernard. Naturalmente, traté de disuadirle y, modestia aparte, creo que lo conseguí. No creo que pensara acudir a la cita con el hombre de la Tate Gallery.

–Pero ¿dónde se ha esfumado? Tom titubeó.

–Es un misterio. ¿Dónde se ha esfumado Bernard? No lo sé. Puede que Murchison tuviese sus propios planes al respecto, razones personales para evaporarse. De lo contrario, puede que lo secuestrasen en Orly.

Tom estaba nervioso y odiaba hablar de aquello.

–Eso no nos simplifica las cosas. Parece como si le hubieran eliminado o algo parecido por haberse enterado de las falsificaciones.

–Ésa es precisamente la impresión que intento borrar. Luego saludaré y me iré entre bastidores. La falsificación no ha sido probada. Tienes razón, Cynthia, es un juego sucio, pero, ya que hemos llegado hasta aquí, hay que seguirlo hasta el fin.

–Bernard dijo que quería confesarlo todo… a la Policía. Puede que lo esté haciendo ahora.

Esa era una posibilidad horrible, ciertamente, y Tom sintió un leve estremecimiento al pensar en ella. Se bebió el whisky de un trago. Sí, si la Policía británica irrumpía en la sala al día siguiente, sonriendo con ironía, y le pescaban en medio de su segunda actuación en el papel de Derwatt, iba a resultar una catástrofe.

–No creo que Bernard esté haciendo eso -dijo Tom, pero no estaba seguro de lo que decía.

Cynthia le miró.

–¿Trataste de persuadir a Bernard también?

Súbitamente, Tom se sintió herido por su hostilidad, una hostilidad que venía de hacía tiempo, de eso estaba seguro. Él era el creador de todo aquel lío.

–Lo hice -afirmó-, por dos razones. Una, sería el fin de la carrera de Bernard, y dos…

–Me parece que la carrera de Bernard ya está acabada, si es que te refieres a Bernard Tufts, el pintor.

–… y en segundo lugar -dijo Tom con toda la amabilidad de que era capaz-,

Bernard no es el único involucrado, por desgracia. Sería igualmente la ruina de Jeff y de Ed, de quien sea que fabrica los artículos de arte, a no ser que negasen tener conocimiento del fraude, y dudo que pudiesen convencer a la Policía. La escuela de arte en Italia…

Cynthia lanzó un suspiro tenso. Parecía incapaz de hablar. Quizá no quería decir nada más. Reemprendió sus paseos, por la cuadrada habitación, contemplando la fotografía ampliada de un canguro que Jeff había dejado apoyada en la pared.

–Hacía dos años que no había visto esta habitación. Jeff cada vez se vuelve más señorito.

Tom permaneció en silencio. Aliviado, oyó un débil ruido de pasos y voces masculinas.

Alguien llamó.

–¿Cynthia? Somos nosotros -exclamó Ed.

Cynthia abrió la puerta.

–¡Bien, Tom! – chilló Ed, apresurándose a estrecharle la mano. – ¡Tom! Saludos -dijo Jeff, tan alegre como Ed.

Jeff llevaba una pequeña maleta negra que contenía el maquillaje.

–Tuvimos que recurrir a nuestro amigo del Soho otra vez -dijo Jeff-. ¿Cómo estás, Tom? ¿Qué tal Atenas?

–Triste -respondió Tom-. Tomad algo, muchachos. Los coroneles, ya se sabe. No pude oír a los bouzoukis por ninguna parte. Oye, espero que no tengamos función esta noche.

Jeff ya estaba abriendo la maleta.

–No, sólo miraba si estaba todo. ¿Has tenido noticias de Bernard?

–¡Vaya pregunta! – contestó Tom-. Pues no.

Inquieto, desvió la mirada hacia Cynthia, que estaba apoyada, con los brazos cruzados, en una vitrina al otro lado de la habitación. «¿Estaría enterada de que él había estado en Grecia especialmente para buscar a Bernard? ¿Daba igual que se lo dijera? No.»

–¿Y de Murchison? – preguntó Ed por encima del hombro, mientras se servía una copa.

–No -replicó Tom-. Tengo entendido que mistress Murchison llega mañana, ¿es cierto?

–Puede ser -replicó Jeff-. Webster nos llamó hoy para decírnoslo. Ya sabes, el inspector Webster.

A Tom le era sencillamente imposible hablar en presencia de Cynthia. Se

calló. Quería decir algo intrascendente algo como:

–¿Quién adquirió «La Bañera»?

Pero ni siquiera de eso era capaz. Cynthia les era hostil. Probablemente no les traicionaría, pero estaba en contra de ellos.

–A propósito, Tom -dijo Ed, dándole un vaso a Jeff (Cynthia tenía todavía el suyo)-, puedes quedarte aquí esta noche. Esperamos que lo hagas.

–Encantado -respondió Tom.

–Y mañana por la mañana habíamos pensado, Jeff y yo, llamar a Webster sobre las diez y media y, si no estaba, dejarle el recado de que tú habías llegado a Londres en tren esta mañana y nos habías telefoneado. Has estado visitando a unos amigos cerca de Bury St. Edmunds, algo por el estilo, y no habías… ¿eh?

–No creíste que el motivo por el que te buscaban era lo suficiente serio como para informar a la Policía de tu paradero -intervino Jeff, como si estuviese recitando un verso infantil-. A decir verdad, no estaban rastreando las calles en tu busca. Solamente nos preguntaron dónde estaba Derwatt un par de veces, y les contestamos que probablemente estarías con unos amigos en el campo.

–D'accord-dijo Tom.

–Creo que es mejor que me marche -dijo Cynthia.

–Oh, Cynthia, ¿no quieres una copa para el camino? – preguntó Jeff.

–No.

Se estaba poniendo el abrigo ayudada por Ed.

–En realidad, sólo quería saber si había noticias de Bernard, ¿sabes?

–Gracias, Cynthia, por defendernos la trinchera -dijo Jeff. «Una desafortunada metáfora» -pensó Tom, poniéndose en pie. – Si recibo noticias me cuidaré de que tú las sepas, Cynthia.

Regresaré pronto a París, puede que mañana mismo.

Desde la puerta llegaron murmullos de despedida a cargo de Cynthia, Jeff y Ed. Jeff y Ed regresaron.

–¿Sigue enamorada de él? – preguntó Tom-. Creía que no. Bernard dijo que…

La expresión en el rostro de Jeff y Ed era vagamente afligida.

–¿Bernard dijo qué…? – preguntó Jeff.

–Que la llamó desde París la semana pasada y ella le dijo que no quería verle. O quizás Bernard exageró, no lo sé.

–Nosotros tampoco -dijo Ed, echándose hacia atrás sus lacios cabellos ralos.

Fue a por otra copa.

–Creí que Cynthia tenía novio -dijo Tom.

–Oh, es el mismo -dijo Ed con voz de aburrimiento desde la cocina.

–Stephen No Sé Qué -dijo Jeff-. No ha logrado inflamar su corazón.

–¡No es precisamente una bola de fuego! – dijo Ed riendo.

–Sigue en el mismo oficio -prosiguió Jeff-. Se gana dinero con él y es la preferida de algún pez gordo.

–Bueno, dejémoslo -intervino Ed con tono perentorio-. Ahora, ¿dónde está Bernard, y qué querías decir con eso de que él debía darte por muerto?

Tom se lo explicó, concisamente. También les contó la escena del entierro, lográndole dar un tono divertido que cautivaba a Jeff y a Ed, posiblemente por su morbosidad, al mismo tiempo que les hacía reír.

–Un simple golpecito en la cabeza -dijo Tom.

Había robado las tijeras de Heloise y en el lavabo del avión que le conducía a Atenas se había desembarazado del esparadrapo.

–¡Déjame tocarte! – dijo Ed, agarrando a Tom por un hombro-. ¡He aquí a un hombre que ha salido de la tumba, Jeff!

–Es más de lo que haremos nosotros, de lo que haré yo -comentó Jeff.

Tom se quitó la chaqueta y se instaló más cómodamente en el diván color rojizo de Jeff.

–¿Supongo que habréis adivinado que Murchison ha muerto? – dijo Tom.

–Nos lo imaginábamos, en efecto -dijo Jeff solemnemente-. ¿Qué sucedió?

–Yo le maté. En mi bodega… con una botella de vino.

En aquel extraño momento a Tom se le ocurrió que podría, que debería mandar unas flores a Cynthia. Que las tirara a la basura o al fuego si quería. Tom se reprochó por haberse mostrado descortés con Cynthia.

Jeff y Ed seguían estupefactos, recobrándose de lo que acababa de decirles.

–¿Dónde está el cadáver? – preguntó Jeff.

–En el fondo de algún río, cerca de donde vivo. Creo que en el Loing -dijo Tom. ««¿Era conveniente decirles que Bernard le había ayudado? No. ¿Para qué molestarse?») Tom se frotó la frente. Estaba cansado y se apoyaba en uno de sus codos.

–¡Dios mío! – dijo Ed-. ¿Entonces tú llevaste sus trastos a Orly?

–Sus trastos, en efecto.

–Pero ¿no tenías un ama de llaves? – preguntó Jeff.

–Sí. Tuve que hacerla todo en secreto, sin que ella me viera -contestó Tom. Ya sabes, a primera hora de la mañana y todas esas cosas.

–Pero dijiste algo de una fosa en el bosque, la que utilizó Bernard -dijo Ed.

–Sí. Primero enterré a Murchison en el bosque, luego se presentó la Policía

para investigar, así que antes de que empezasen a huso mear en el bosque, decidí que lo más prudente era sacar el cadáver de allí, por lo que…

Tom hizo un gesto que recordaba vagamente la acción de arrojar algo. No, era mejor no decirles que Bernard le había ayudado. Si Bernard quería («¿Qué quería Bernard? ¿Redimirse?») cuanto menor fuese su complicidad, la de Bernard, tanto mejor.

–Caramba -dijo Ed-. ¡Dios mío!, ¿eres capaz de encararte con su mujer?

–¡Chis! – dijo Jeff rápidamente, sonriendo nerviosamente.

–Por supuesto -contestó Tom-. Me vi obligado a hacerlo, por que Murchison se me echó encima, a decir verdad, allá abajo, en la bodega. Comprendió que yo me había hecho pasar por Derwatt en Londres. Así que todo iba a quedar al descubierto si yo no me libraba de él. ¿Comprendéis?

Tom andaba de un lado para otro tratando de combatir el sueño.

Comprendieron y quedaron impresionados. Al mismo tiempo, Tom casi oía chirriarles el cerebro, haciendo conjeturas: «Tom Ripley ya había matado antes. Dickie Greenleaf, ¿no? Y puede que también al otro individuo, el llamado Freddie No Sé Qué. Era solamente una sospecha, pero ¿acaso no era cierta? Y este asesinato, ¿se lo estaría tomando muy en serio Tom? ¿Esperaría que Derwatt Ltd. le mostrase mucha gratitud? ¿Gratitud, lealtad, dinero? ¿Es que todo se reducía a lo mismo? Tom era lo bastante idealista para creer que no, para confiar en que no. Esperaba que Jeff Constant y Ed Banbury demostrasen un mayor calibre. Después de todo, habían sido amigos del gran Derwatt, incluso sus mejores amigos. ¿Cuán grande había sido Derwatt? Tom rehuyó la pregunta. ¿Cuán grande era Bernard? Pues, bastante grande como pintor, si se decía la verdad.» Tom se levantó más convencional, a causa de Bernard (que durante años había evitado la amistad de Jeff y de Ed), y dijo:

–Bien, amigos, ¿qué os parece si me preparáis para mañana? ¿Quién más va a venir? Confieso que estoy cansado y que no me importaría acostarme temprano.

Ed estaba de pie frente a él.

–¿Alguna pista en contra tuya con respecto a Murchison, Tom?

–No, que yo sepa -Tom sonrió-. Nada a excepción de los hechos.

–¿Es verdad que robaron «El Reloj»?

–El cuadro estaba junto a la maleta de Murchison, en Orly, embalado aparte. Alguien lo cogió, eso está claro -dijo Tom-. Me pregunto quién lo tendrá ahora colgado en casa. ¿Sabrá lo que tiene entre manos? Si es así, puede que no lo haya colgado. Sigamos con las instrucciones, ¿eh? ¿Qué os parece un poco de

música?

A los briosos compases de Radio Luxemburgo, Tom se sometió a un ensayo casi general. La barba, con su gasa, seguía intacta y se la probaron, aunque sin pegarla. Bernard no se había llevado el viejo traje azul oscuro de Derwatt, y Tom se puso la americana.

–¿Sabes algo sobre mistress Murchison? – preguntó Tom.

Nada, en realidad, aunque le facilitaron algunos detalles inconexos que la mostraron, por lo que Tom pudo ver, como una mujer ni agresiva ni tímida, ni inteligente ni estúpida. Cada uno de los datos anulaba el precedente. Jeff había hablado con ella por teléfono desde la Buckmaster Gallery, a donde ella había llamado después de anunciar la conferencia por cable.

–Es un milagro que no me llamase a mí -comentó Tom.

–Oh, le dijimos que no sabíamos tu número de teléfono -dijo Ed-, y, teniendo en cuenta que se trataba de Francia, supongo que la hicimos dudar.

–¿Os importa que llame a casa esta noche? – preguntó Tom, imitando la voz de Derwatt-. Por cierto, estoy sin blanca.

Jeff y Ed no podían mostrarse más complacientes. Disponían de abundante dinero en efectivo a mano. Jeff pidió la conferencia con Belle Ombre en seguida. Ed preparó un café bien cargado para Tom, como éste le había pedido. Tom se duchó y se puso el pijama. Así se sentía mejor. Llevaba, además, unas zapatillas de Jeff. Pasaría la noche en el diván del estudio.

–Confío en que haya quedado bien claro -dijo Tom-, que Bernard quiere mandar el asunto a paseo. Derwatt se retirará definitivamente y… puede que le devoren las hormigas en Méjico o que perezca en un incendio, probablemente junto con los cuadros que pinte a partir de ahora.

Jeff asintió con la cabeza, empezó a mordisquearse una uña y bruscamente se quitó el dedo de la boca.

–¿Qué le has contado a tu mujer?

–Nada -respondió Tom-. Nada importante, en realidad.

El teléfono sonó.

Jeff hizo señas para que Ed fuese con él a su dormitorio.

–¡Hola, cariño, soy yo! – dijo Tom-. No, estoy en Londres…

Bueno, cambié de parecer…

¿Cuándo regresaría a casa?… Por cierto, a madame Annette le dolía la muela otra vez.

–¡Dale las señas del dentista de Fontainebleau! – dijo Tom.

Resultaba sorprendente cuán reconfortante podía ser una llamada telefónica

en circunstancias como aquellas en las que se encontraba entonces. Casi hizo que Tom sintiese cariño por el teléfono.

19

–¿Está el inspector Webster, por favor? – preguntó Jeff-. Dígale al inspector que esta mañana recibí una llamada de Derwatt, y que Constant de la Buckmaster Gallery… ¿Me hará el favor de decirle esperamos verle hoy en la galería…? No estoy seguro de la hora, pero será antes de las doce.

Eran las diez menos cuarto.

Tom se hallaba delante del espejo alargado otra vez, examinando el efecto de su barba y de sus cejas reforzadas. Ed le estaba examinando el rostro bajo uno de los focos más potentes de Jeff, cuya luz caía de lleno en los ojos de Tom. Su pelo era más claro que la barba, pero más oscuro que el suyo propio, como antes. Ed había ido con cuidado con el corte de la parte posterior de la cabeza, y, por suerte, la hemorragia había cesado.

–Jeff, muchacho -dijo Tom con la severa voz de Derwatt-, ¿por qué no quitas esa música y pones otra cosa?

–¿Qué te gustaría?

–El Sueño de una Noche de Verano. ¿Tienes el disco?

–Pues no -respondió Jeff.

–¿Puedes conseguirlo? Eso es lo que tengo ganas de oír. Me inspira, y necesito inspiración.

Aquella mañana no bastaba con imaginarse la música.

Jeff ni siquiera sabía de nadie que, con toda certeza, poseyera ese disco.

–¿No puedes salir a comprarlo, Jeff? Tiene que haber alguna tienda de discos entre aquí y St. John's Wood Road, ¿no es así?

Jeff salió corriendo.

–Tú no hablaste con mistress Murchison, supongo -dijo Tom, tomándose unos momentos de descanso para fumarse un Gauloise-. Tengo que comprar cigarrillos ingleses. No quiero abusar de mi buena estrella fumándome estos Gauloises.

–Coge éstos. Si se te acaban, la gente te invitará a fumar -se apresuró a decir Ed, metiendo un paquete de cigarrillos en el bolsillo de Tom-. Pues no, no hablé con ella. Al menos no ha mandado a un detective americano. Lo pasaríamos bastante mal si lo hiciese.

«Puede que ahora esté volando con uno» -pensó Tom. Se quitó los dos anillos. Naturalmente, no llevaba puesto el anillo mejicano. Cogió un bolígrafo y trató de copiar exactamente la firma de Derwatt que aparecía impresa en una

goma de borrar azul, sobre el escrito de Jeff. Tom escribió la firma tres veces entonces estrujó la hoja de papel y la echó a la papelera.

Llegó Jeff, jadeando como si hubiese venido corriendo.

–Ponlo fuerte, si puedes -dijo Tom.

La música empezó, bastante fuerte. Tom sonrió. Era su música. Osada idea, pero aquél era el momento de la osadía. Más alegre, Tom se irguió, entonces recordó que Derwatt no se erguía.

–Jeff, ¿puedo pedirte otro favor? Llama a una floristería y haz que manden flores a Cynthia. Ponlas en mi cuenta.

–¿De qué cuenta me estás hablando? Flores… para Cynthia. Muy bien. ¿De qué clase?

–Oh, gladiolos, si tienen. Si no, dos docenas de rosas.

–Flores, flores, floristerías… -Jeff iba diciendo mientras miraba en la guía telefónica-. ¿De parte de quién? ¿Basta con firmar «Tom»?

–«De Tom con cariño» -contestó Tom, y se quedó bien quieto para que Ed pudiera repasarle el labio superior con un lápiz de labios color rosa pálido. Derwatt tenía más lleno el labio superior.

Abandonaron el estudio de Jeff mientras seguía tocando la primera cara del disco. Jeff dijo que se pararía automáticamente. Jeff se marchó solo en el primer taxi. Tom se sentía lo bastante seguro como para no necesitar que le acompañasen, pero presintió que Ed no quería arriesgarse, o no quería separarse de él. Fueron juntos en taxi y se apearon una calle antes de Bond Street.

–Si alguien nos habla, yo te encontré casualmente cuando nos dirigíamos a la Buckmaster -indicó Ed.

–¡Tranquilízate! Saldremos adelante.

Una vez más, Tom penetró por la puerta posterior pintada de rojo. El despacho estaba vacío a excepción de Jeff, que hablaba por teléfono. Les hizo señas de que se sentaran.

–¿Me la pondrá cuanto antes? – dijo Jeff, y colgó-: Estoy haciendo una llamada de cortesía a Francia. A la policía de Melun. Es para decirles que Derwatt ha vuelto a aparecer. Nos habían llamado, ¿sabes… Derwatt?, y les prometí tenerles al corriente si tú te comunicabas con nosotros.

–Ya veo -dijo Tom-. Supongo que no habrás dicho nada a los periódicos, ¿eh?

–No, ni veo por qué tenía que hacerla. ¿Tú qué crees?

–Nada, déjalo estar.

Leonard, el espíritu burlón que oficialmente dirigía la galería, asomó la

cabeza por la puerta.

–¡Hola! ¿Puedo entrar?

–¡Noo! – susurró Jeff, en broma.

Leonard entró y cerró la puerta, dirigiendo una sonrisa resplandeciente a la segunda resurrección de Derwatt.

–¡No podría creerlo si no lo estuviera viendo! ¿A quién esperamos esta mañana?

–Al inspector Webster de la Policía Metropolitana, para empezar -le contestó Ed.

–¿Debo permitir la entrada a todo el mundo…?

–No, no a todo el mundo -dijo Jeff-. Primero llama, yo abriré la puerta, aunque hoy no echaremos la llave. ¡Ahora, esfúmate!

Leonard se esfumó.

Tom estaba semihundido en el sillón cuando llegó el inspector Webster.

Webster sonreía como un conejo satisfecho, mostrando sus grandes y manchados dientes.

–¿Cómo está usted, mister Derwatt? ¡Caramba! Nunca creí que tendría el placer de conocerle.

–El placer es mío, inspector.

Tom no se puso en pie del todo. «No olvides -se dijo a sí mismo- que eres algo más viejo, pesado y lento, y más encorvado que Tom Ripley.»

–Lamento -dijo Tom tranquilamente, como si no lo lamentase mucho y, ciertamente, no estuviese turbado-, que tuviera usted que preguntarse dónde estaba yo. Estuve con unos amigos en Suffolk.

–Así me lo han dicho -respondió el inspector, cogiendo una silla que se hallaba a unos dos metros de Tom.

Tom se había fijado en que la persiana de la ventana estaba echada en sus tres cuartas partes, casi cerrada. La luz era suficiente, hasta para escribir una carta, pero no excesiva.

–Bueno, su paradero, a mi juicio, era concomitante con el de Thomas Murchison -dijo Webster sonriendo-. Es mi deber encontrarle.

–Leí algo o… Jeff me contó lo de su desaparición en Francia.

–En efecto, y uno de sus cuadros desapareció con él. «El Reloj».

–Sí. Probablemente no es el primer… robo -dijo Tom filosóficamente-. Tengo entendido que su esposa vendrá a Londres, ¿no?

–De hecho ya está aquí -Webster consultó su reloj-. El avión llega a las doce de la mañana. Después de un vuelo nocturno, me figuro que querrá descansar un

par de horas. ¿Estará usted aquí por la tarde, mister Derwatt? ¿Le es posible?

Tom sabía que por cortesía tenía que decir que sí. Con sólo un leve asomo de contrariedad dijo que por supuesto le era posible.

–¿Sobre qué hora? Tengo que hacer algunos encargos esta tarde. Webster se levantó con ademán de hombre atareado. – ¿Digamos a las tres y media? Si hay alguna variación, se lo haré saber mediante la galería.

Se volvió hacia Jeff y Ed.

–Muchísimas gracias por informarme sobre Derwatt. Adiós, señores.

–Adiós, inspector -dijo Jeff abriéndole la puerta.

Ed miró a Tom y sonrió con expresión satisfecha, con los labios cerrados.

–Un poco más de animación esta tarde. Derwatt era un poco más enérgico, por así decirlo. Energía nerviosa.

–Tengo mis motivos -replicó Tom.

Juntó las puntas de los dedos y se quedó mirando fijamente al espacio, a la manera de Sherlock Holmes reflexionando, un gesto inconsciente quizás, porque había estado pensando en cierta narración de Sherlock Holmes que se asemejaba a esta situación. Tom esperaba que su disfraz no resultase tan inútil como el de la narración. De todos modos, era mejor que algunos de los desacreditados por sir Arthur… cuando, por ejemplo, un noble se olvidaba de quitarse el anillo de diamantes o algo parecido.

–¿Y cuáles son? – preguntó Jeff.

Tom se puso en pie de un salto.

–Te lo diré más tarde. Ahora me iría bien un whisky.

Almorzaron en Norughe's, un restaurante italiano de Edgware Road. Tom tenía hambre y el restaurante era precisamente a su gusto: tranquilo, agradable y la pasta era excelente. Tom tomó gnocchi con una deliciosa salsa de queso, y se bebieron dos botellas de Verdicchio. Una de las mesas próximas estaba ocupada por algunas celebridades del Royal Ballet, que evidentemente reconocieron a Derwatt del mismo modo qué Tom les había reconocido a ellos, pero, como es norma en Inglaterra, el intercambio de miradas duró poco.

–Preferiría llegar yo solo a la galería esta tarde, y entrar por la puerta principal -dijo Tom.

Todos fumaron cigarros y tomaron coñac. Tom se sentía con ánimos para todo, incluso para mistress Murchison.

–Dejadme aquí -dijo Tom en el taxi-. Tengo ganas de caminar.

Hablaba con la voz de Derwatt, al igual que había hecho durante toda la comida.

–Ya sé que hay un buen trecho, pero al menos no hay tantas cuestas como en Méjico. ¡Ejem!

Oxford Street presentaba un aspecto concurrido e invitador. Tom se dio cuenta de que había olvidado preguntar a Jeff o a Ed si habían inventado más recibos de cuadros. Puede que Webster no volviera a pedirlos. Puede que mistress Murchison sí lo hiciera. ¿Quién sabe? Algunas de las numerosas personas que transitaban por Oxford Street le miraron dos veces, quizás por haberle reconocido (aunque Tom lo dudaba mucho) o quizás les llamase la atención la barba y la intensa mirada de sus ojos. Tom supuso que su intensa mirada era debida a las cejas, y también porque Derwatt solía fruncir el ceño, aunque esto no era por tener mal genio, le había asegurado Ed.

Esta tarde sería o bien un éxito o un fracaso -pensó Tom-. Sería un éxito, tenía que serlo. Empezó a imaginarse lo que sucedería si fracasaba, y su imaginación se detuvo al llegar a Heloise, y a su familia. Sería el fin de todo, el fin de Belle Ombre. De los amables servicios de madame Annette. Para decirlo con franqueza, iría a parar a la cárcel, ya que quedaría bien claro que él había eliminado a Murchison. Ni pensar en ir a la cárcel.

Tom se encontró de frente con el viejo que anunciaba las fotos para pasaporte. Como si se tratase de un ciego, el viejo no se apartó a un lado. Tom tuvo que hacerla. Luego corrió hasta adelantarse al individuo.

–¿Me recuerda? ¡Saludos!

–¿Eh? ¿Mmm?

Un cigarrillo apagado, a medio consumir, colgaba de los labios del individuo igual que la otra vez.

–Aquí tiene, ¡para que le traiga suerte! – le dijo Tom, metiendo en el bolsillo de su viejo abrigo de tweed lo que quedaba de su paquete de cigarrillos.

Tom entró tranquilamente en la Buckmaster Gallery, donde todos los cuadros de Derwatt, excepto los cedidos en préstamo, aparecían adornados con una estrellita roja. Leonard les dedicó una sonrisa y una inclinación de cabeza que era casi una reverencia. Había cinco personas en la sala, una pareja joven (la muchacha andaba descalza por la alfombra beige), un caballero de edad avanzada, dos hombres. Mientras se dirigía hacia la puerta roja situada en la parte trasera de la galería, Tom sintió que todos los ojos se volvían para seguirle, hasta que desapareció de la vista.

Jeff abrió la puerta.

–Derwatt, hola. Entra. Te presento a mistress Murchison… Philip Derwatt.

Tom hizo una leve reverencia ante la mujer sentada en la butaca.

–Encantado, mistress Murchison.

Saludó también con la cabeza al inspector Webster, que estaba sentado en una silla.

Mistress Murchison aparentaba unos cincuenta años, pelo corto, cortado a navaja y de color rojizo, ojos azules y brillantes, boca más bien ancha, en resumen, un rostro -pensó Tom- que en otras circunstancias posiblemente hubiese estado animado. Llevaba un traje de buen tweed, de corte elegante, un collar de jade, y un suéter verde pálido.

Jeff se había colocado detrás de su escritorio, pero no estaba sentado.

–Usted vio a mi esposo en Londres. Aquí -dijo mistress Murchison a Tom.

–Sí, durante unos breves minutos. Quizá diez.

Tom se movía hacia la silla que Ed le estaba ofreciendo. Sintió los ojos de mistress Murchison clavados en sus zapatos, los zapatos casi destrozados que verdaderamente habían pertenecido a Derwatt. Se sentó con precaución, como si padeciese de reumatismo o de algo peor. Ahora se hallaba aproximadamente a un metro y medio de distancia de mistress Murchison, que tenía que torcer la cabeza ligeramente hacia la derecha para poder verle.

–Iba a visitar a un tal mister Ripley en Francia. Me lo comunicó por carta dijo mistress Murchison-. ¿Concertó alguna entrevista con usted para más adelante?

–No -respondió Tom.

–Por casualidad ¿conoce usted a mister Ripley? Tengo entendido que posee algunos cuadros suyos.

–Me suena su nombre, pero nunca le he visto -dijo Tom.

–Voy a tratar de verle. Bien pensado, a lo mejor mi marido sigue en Francia. Lo que me gustaría saber, mister Derwatt, es si usted cree que existe algún negocio sucio en torno a sus cuadros. Me resulta difícil expresarlo. ¿Alguien a quien pudiera parecerle conveniente quitar de en medio a mi esposo para evitar que denunciase una supuesta falsificación? ¿O quizá varias falsificaciones?

Tom agitó la cabeza lentamente. – No, que yo sepa.

–Pero usted ha estado en Méjico.

–He hablado con… -Tom levantó la vista hacia Jeff, luego hacia Ed, que estaba reclinado en el escritorio-. Esta galería no tiene conocimiento de ningún grupo o banda y lo que es más, no saben nada de falsificaciones. Yo vi el cuadro que su esposo se trajo consigo, ¿sabe?, «El Reloj».

–Y que ha sido robado.

–Sí, así me han dicho. Pero, lo que importa es que es uno de mis cuadros.

–Mi esposo iba a enseñárselo a mister Ripley.

–Lo hizo -intervino Webster-. Mister Ripley me habló de su conversación…

–Ya lo sé, ya lo sé. Mi esposo tenía su teoría -dijo mistress Murchison con aire de orgullo o valor-. Puede que estuviera equivocado. Reconozco que yo no tengo tanto de experta como mi esposo. Pero suponiendo que sí tenga razón…

Esperaba una respuesta, de quien fuese.

–Tom confiaba que ella ignorase la teoría de su esposo, o que no la entendiera.

–¿Qué teoría es ésa, mistress Murchison? – preguntó Webster con expresión ansiosa.

–Algo relacionado con los matices púrpuras- en los cuadros más recientes de Derwatt, en algunos de ellos. Seguro que habló de ello con usted, mister Derwatt, ¿no?

–Sí -respondió Tom-. Dijo que en mis primeros cuadros esos matices eran más oscuros. Puede que así sea -Tom sonrió levemente-. No me había dado cuenta. Si ahora son más claros, me parece que habrá más de ellos. Por ejemplo, «La Bañera», ahí fuera.

Sin pensarlo, Tom había citado un cuadro al que Murchison consideraba tan claramente falso como «El Reloj»; en ambas pinturas los púrpuras eran de un violeta cobalto puro, como antaño.

Sus palabras no provocaron ninguna reacción.

–Por cierto -dijo Tom a Jeff-, esta mañana estabas tratando de llamar a la Policía francesa para comunicarles mi regreso a Londres. ¿Lograste comunicar?

Jeff se sobresaltó.

–Pues no. No, por cierto, no conseguí hablarles.

Mistress Murchison dijo:

–Mi marido, ¿habló de alguien, aparte de mister Ripley, a quien pensase visitar en Francia, mister Derwatt?

Tom reflexionó. «¿Le digo la verdad o empiezo una pista falsa?»

Con toda honradez respondió:

–No que yo recuerde. No me habló ni de mister Ripley, para ser exactos.

–¿Puedo ofrecerle un poco de té, mistress Murchison? – preguntó Ed amablemente.

–Oh, no, gracias.

–¿Alguien quiere té? ¿Un poco de jerez, quizá? – preguntó Ed.

Nadie quería o se atrevía a aceptar nada.

Pareció una contraseña; de hecho, ya que mistress Murchison se despidió.

Deseaba llamar a mister Ripley (el inspector le había proporcionado el número de teléfono) y fijar una fecha para visitarle. Con una serenidad que nada tenía que envidiar a la del mismo Tom, Jeff preguntó (indicando el teléfono de su escritorio):

–¿Quiere llamarle desde aquí, mistress Murchison?

–No, muchísimas gracias, pero lo haré desde el hotel.

Tom se levantó al marcharse mistress Murchison.

–¿Dónde se hospeda en Londres, mister Derwatt? – preguntó el inspector Webster.

–En el estudio de mister Constant.

–¿Me permite preguntarle cómo llegó a Inglaterra? – (Una amplia sonrisa)-. Los del Control de Inmigración no tienen constancia de su entrada.

Tom adoptó premeditadamente un aire impreciso y pensativo.

–Tengo pasaporte mejicano ahora. Además, en Méjico utilizo otro nombre. Ya esperaba esta pregunta.

–¿Vino en avión?

–En barco -dijo Tom-. No siento gran afición por los aviones. Tom esperaba que Webster le preguntase si había desembarcado en Southampton o en otra parte, pero el inspector se limitó a decir: -Gracias, mister Derwatt. Adiós.

«Si comprobara este punto -pensó Tom-, ¿qué averiguaría? ¿Cuántas personas habían llegado a Londres desde Méjico hacía una semana? Probablemente no muchas.»

Jeff cerró la puerta una vez más. Hubo unos segundos de silencio mientras los visitantes se alejaban y quedaban fuera del alcance de sus palabras. Jeff y Ed habían oído lo último que habían dicho Tom y el inspector.

–Si pretende comprobar este dato -dijo Tom-, ya me inventaré otra cosa.

–¿El qué? – preguntó Ed.

–Oh… un pasaporte mejicano, por ejemplo -replicó Tom-. Ya lo sabía… que tendría que volver corriendo a Francia -hablaba como Derwatt, pero casi susurrando.

–No esta noche, ¿crees? – dijo Ed-. Seguro que no.

–No. Porque dije que estaría en casa de Jeff. ¿No te has enterado?

–¡Santo Dios! – dijo Jeff, aliviado, pero se enjugó la nuca con el pañuelo.

–Lo hemos logrado -dijo Ed, fingiendo solemnidad y pasándose una mano por delante del rostro.

–¡Por Cristo que ojalá pudiéramos celebrarlo! – dijo Tom súbitamente-. Pero ¿cómo puedo celebrarlo con esta maldita barba? Si ya me costó trabajo no

llenármela de salsa de queso este mediodía. ¡Y tengo que llevarla toda la noche!

–¡Y dormir con ella! – exclamó Ed, partiéndose de risa por toda la habitación.

–Caballeros…

Tom se irguió, pero rápidamente recobró su postura encogida.

–Debo arriesgarme, debido a la necesidad, a hacer una llamada a Heloise. ¿Me lo permites, Jeff? Usaré el Servicio Internacional para Abonados, de modo que no creo que esta conferencia se note mucho en tu factura. Si es así, mala pata, porque creo que me es imprescindible hacerla.

Tom cogió el aparato.

Jeff preparó el té y añadió a la bandeja una botella de whisky a modo de refuerzo.

Madame Annette contestó, en contra de lo que Tom esperaba. Fingió voz de mujer y en un francés aún peor que el suyo preguntó por madame Ripley.

–¡Chis! – les dijo a Jeff y a Ed porque se estaban riendo-. Hola, Heloise -Tom hablaba en francés-. Tengo que ser breve, cariño. Si llama alguien para hablar conmigo, dile que estoy en París con unos amigos… Es más que probable que llame una mujer, una mujer que sólo habla inglés, pero no lo sé con certeza. Debes darle un número falso de París… Inventa uno… Gracias, cariño… Creo que mañana por la tarde, pero no debes decírselo a la americana… y no le digas a madame Annette que estoy en Londres.

Después de colgar el aparato, Tom le preguntó a Jeff si podía echar una ojeada a los libros que, según Jeff, había preparado, y Jeff los sacó. Se trataba de dos libros de contabilidad, uno un poco usado, el otro más nuevo. Tom permaneció inclinado sobre ellos durante unos minutos, leyendo el título de las telas y las fechas. Jeff se había mostrado generoso con el espacio y los Derwatts no predominaban, ya que la Buckmaster Gallery trataba con otros pintores. Jeff había anotado algunos títulos con distinta tinta al lado de la fecha, pues Derwatt no siempre daba título a sus cuadros.

–Me gusta esta página con la mancha de té -comentó Tom. Jeff resplandecía de satisfacción.

–Es obra de Ed. Dos días de antigüedad.

–Hablando de celebrado -dijo Ed, juntando las manos con un golpe seco-, ¿qué hay de la fiesta de Michael esta noche? A las diez y media, dijo. Holland Park Road.

–Nos lo pensaremos -dijo Jeff.

–¿Y si nos asomáramos por allí veinte minutos? – dijo Ed esperanzado.

Tom pudo comprobar que «La Bañera» aparecía correctamente anotada entre las obras más recientes; probablemente había resultado imposible evitarlo. Los libros estaban llenos principalmente de nombres y direcciones de compradores, los precios que habían pagado, las compras eran auténticas, las fechas de llegada eran falsas a veces -supuso Tom-, pero, en conjunto, le pareció que Jeff y Ed habían hecho un excelente trabajo.

–¿De modo que el inspector los examinó?

–Oh, sí -respondió Jeff.

–No expresó ninguna duda, ¿verdad, Jeff? – dijo Ed.

–No.

Veracruz… Veracruz… Southampton… Veracruz. «Si había pasado la revista, entonces había pasado» -se figuró Tom.

Se despidieron de Leonard (aunque casi era la hora de cerrar, de todos modos) y fueron al estudio de Jeff en taxi. A Tom le daba la impresión de que ambos le estaban mirando como si fuese algún personaje mágico. Ello le hacía gracia, pero, en cierto modo, no le gustaba. Diríase que le consideraban un santo, capaz de curar una planta moribunda con sólo tocarla, capaz de aliviar un dolor de cabeza agitando una mano, capaz de andar sobre el agua. Pero Derwatt no había sido capaz de andar sobre el agua, o quizá no había querido hacerla. Y, con todo, Tom era Derwatt ahora.

–Quiero llamar a Cynthia -dijo Tom.

–Trabaja hasta las siete. Es una oficina muy rara -le informó Jeff. Tom telefoneó primero a la Air France y reservó plaza para el vuelo de la una del mediodía siguiente. El billete lo recogería en la terminal. Había decidido pasar en Londres la mañana por si surgía alguna dificultad. Convenía evitar la impresión de que Derwatt volvía a escurrir el bulto a toda prisa.

Tom bebía té azucarado y se hallaba tendido en el diván de Jeff, sin chaqueta ni corbata, pero conservando todavía la engorrosa barba. – Ojalá fuese capaz de hacer que Cynthia aceptase otra vez a Bernard -dijo

Tom meditabundo, como si fuese Dios en un momento de debilidad. – ¿Y por qué? – preguntó Ed. – Temo que Bernard se destruya a sí mismo. Ojalá supiese dónde está. – ¿Lo dices en serio? ¿Suicidarse? – preguntó Jeff.

–Sí -afirmó Tom-. Yate lo había dicho, me parece. No se lo dije a Cynthia. No me pareció justo. Hubiera sido una especie de chantaje, para forzarla a aceptarle. Y no creo que a Bernard le gustase eso.

–¿Quieres decir que se -suicide en alguna parte? – dijo Jeff.

–Sí, a eso me refiero;

Tom no tenía intención de contarles el fingido suicidio de Bernard en su casa, pero pensó: «¿Y por qué no?» A veces la verdad, por peligrosa que fuese, podía resultar beneficiosa para revelar algo nuevo, algo ignorado hasta el momento.

–Ya se ahorcó en mi sótano… en efigie. Debería decir que «se colgó», ya que utilizó unas cuantas cuerdas. Les puso un rótulo que rezaba «Bernard Tufts». El viejo Bernard, ya veis, el falsificador. O quizás el auténtico Bernard. Los dos se confunden en su cerebro.

–¡Caramba! Está mal de la chaveta, ¿eh? – dijo Ed mirando a Jeff.

Tanto Jeff como Ed tenían los ojos muy abiertos, Jeff más a su modo calculador. ¿Es que hasta ahora no se daban cuenta de que Bernard Tufts ya no les iba a pintar más Derwatts?

Tom dijo:

–No son más que conjeturas. No sirve de nada perder la cabeza antes de que suceda. Pero ya veis…

Tom se puso en pie. Iba a decir: «lo que importa es que Bernard cree haberme matado». Pero se preguntó si era en efecto importante. Y, si lo era, ¿en qué sentido? Comprendió que había sido una suerte que ningún periodista hubiese estado presente para, mañana, escribir «Derwatt ha vuelto», pues si Bernard lo leía en el periódico, sabría que Tom ya no estaba en la tumba, por algún motivo, que seguía con vida. Eso, en cierto modo, podía beneficiar a Bernard, ya que probablemente se sentiría menos inclinado al suicidio si pensaba que no había asesinado a Tom Ripley. Aunque, ¿contaría realmente este detalle en el aturdido cerebro de Bernard? ¿Dónde estaba el bien y dónde el mal?

Después de las siete, Tom llamó a Cynthia a un número de Bayswater.

–Cynthia… antes de irme, quería decirte… en caso de que vea a Bernard de nuevo, en alguna parte, ¿puedo decirte una casita, que…?

–¿Que qué? – preguntó Cynthia, brusca, mucho más a la defensiva (o, cuando menos, tratando de protegerse) que Tom.

–Que accedes a verle otra vez. En Londres. Sería maravilloso, ¿comprendes?, que yo pudiera decirle algo positivo como eso a él. Está muy deprimido.

–Pero no alcanzo a ver de qué sirve recibirle de nuevo -dijo Cynthia.

En la voz de la muchacha Tom oyó ecos de los baluartes de los castillos, de las iglesias, de la clase media. Piedras grises y beige, inexpugnables. El comportamiento decente.

–En ninguna circunstancia, ¿simplemente no quieres volver a verle?

–Me temo que así sea. Resultará mucho más fácil si no le doy largas al asunto. Más fácil para Bernard, también.

Aquello era definitivo. Denotaba una gran firmeza de carácter y demás zarandajas. Pero resultaba también mezquino, cochinamente mezquino. Al menos Tom comprendía dónde estaba ahora. Una muchacha había sido descuidada, la habían dejado plantada, rechazada, abandonada (hacía tres años). Había sido Bernard quien había roto. Pues que fuese Bernard, en las mejores circunstancias, quien tratase de arreglarlo.

–Como quieras, Cynthia.

«Le haría algún bien a su orgullo -pensó Tom- saber que Bernard se colgaría otra vez por ella.»

Jeff y Ed habían estado hablando en la alcoba del primero, y no habían oído la conversación, pero le preguntaron a Tom qué había dicho Cynthia.

–No quiere volver a ver a Bernard -les dijo Tom.

Ni Jeff ni Ed parecieron comprender las consecuencias de esto. Para dar por terminado el asunto, Tom añadió:

–Naturalmente, puede ser que ni yo vuelva a ver a Bernard.

20

Asistieron a la fiesta de Michael «‹¿Quién sería el tal Michael?»). Llegaron alrededor de la medianoche. La mitad de los invitados ya estaban achispados, y Tom no distinguió a nadie que le pareciese importante, al menos en lo que a él se refería. Se sentó en una silla, casi debajo de una lámpara, con un vaso de whisky con agua en la mano. Estuvo charlando con unas cuantas personas que parecían algo impresionadas, o, al menos, respetuosas, ante él.

La estancia estaba decorada de color rosa y llena de enormes bolas. Las sillas se parecían a unos merengues de color blanco. Las chicas llevaban unas faldas tan cortas que a Tom (no acostumbrado a semejante atavío) se le iban los ojos detrás de las complicadas costuras de leotardos de múltiples colores, aunque no tardaba en apartar la mirada. «Chifladas -pensó-, absolutamente chifladas.

¿O quizá las estaba viendo como las vería Derwatt? ¿Es que había alguien capaz de imaginarse que había una carne apetecible debajo de aquellos leotardos que no enseñaban otra cosa que costuras reforzadas y, en algunos casos, más bragas debajo? Los senos se hacían visibles cuando las chicas se inclinaban para coger un cigarrillo.

¿A qué mitad de la chica se esperaba que mirase uno?» Tom alzó la mirada y se llevó un sobresalto al encontrarse frente a unos ojos rodeados de color marrón. La boca incolora que había debajo de aquellos ojos dijo:

–Derwatt, ¿puede decirme en qué parte de Méjico vive? No espero una respuesta sincera, pero bastará con una verdad a medias.

Tom la contemplaba perplejo desde detrás de sus gafas de cristales no graduados, como si estuviese empleando la mitad de su ilustre cerebro en atender a la pregunta de la chica, aunque, en realidad, lo que estaba era aburrido. ¡Cómo prefería -pensaba Tom las faldas de Heloise justo encima de la rodilla, su total ausencia de maquillaje, y sus pestañas que no se parecían a un puñado de lanzas a punto de atravesarle!

–Ah, pues -dijo Tom, sin pensar en nada-, al sur de Durango.

–Durango, ¿por dónde cae eso?

–Al norte de Méjico capital. No, claro que no puedo decirle cómo se llama e! pueblo. Es un nombre azteca muy largo. ¡Ja, ja, ja!

–Nosotros estamos buscando algún lugar que no haya sido estropeado. Al decir «nosotros» me refiero a mi marido Zach, y a los peques que tenemos.

–¿Por qué no prueba en Puerto Vallarta? – dijo Tom, viéndose salvado, o al menos llamado, por Ed Banbury, que le hacía señas desde lejos-. Con permiso dijo Tom levantándose trabajosamente de su merengue blanco.

A Ed le parecía que ya había llegado la hora de escurrir el bulto. A Tom

también. Jeff se movía suavemente de grupo en grupo, sin abandonar su tranquila sonrisa, charlando. «Muy loable» -pensó Tom. Algunos jóvenes, también algunos mayores, miraban a Tom, quizá sin atreverse a abordarle, quizá sin querer hacerlo.

–¿Nos largamos? – dijo Tom al reunírseles Jeff.

Tom insistió en buscar a su anfitrión, a quien no le habían presentado ni había visto durante la hora que había pasado allí. Michael, el anfitrión, era el individuo que llevaba un chaquetón negro de piel de oso, con la capucha echada a la espalda. No era muy alto y tenía el pelo negro, muy corto.

–Derwatt, ¡esta noche has sido la joya de mi collar! No puedo decirte cuán contento y cuán agradecido estoy a estos viejos… El resto se perdió en el ruido.

Unos apretones de mano, y por fin la puerta se cerró tras ellos.

–Bien -dijo Jeff por encima del hombro, una vez llegados un tramo de escalones más abajo. El resto lo dijo susurrando:

–El único motivo por el que asistimos a la fiesta es porque los invitados no eran importantes.

–Y con todo, sí lo son, bien mirado -dijo Ed-. No dejan de ser gente. ¡Otro éxito para esta noche!

Tom lo dejó correr. Era cierto, nadie le había arrancado la barba. Cogieron un taxi y dejaron a Ed en algún lugar.

Por la mañana, Tom desayunó en la cama, lo cual era una idea que se le había ocurrido a Jeff a modo de compensación por tener que comer con la barba puesta. Luego Jeff salió a buscar algo en una tienda de artículos de fotografía, y dijo que volvería antes de las diez y media, aunque, por supuesto, no podría acompañar a Tom hasta la terminal de West Kensington. Cayeron las once. Tom entró en el baño y con cuidado empezó a quitarse la gasa de la barba.

Sonó el teléfono.

Lo primero que se le ocurrió a Tom fue no contestarlo. Pero eso parecería algo extraño. Puede que incluso evasivo, ¿no?

Tom se dispuso a hacer frente a Webster y contestó al teléfono, empleando la voz de Derwatt:

–¿Diga?

–¿Está mister Constant en casa?… O, es usted Derwatt, ¿no?… ¡Estupendo! El inspector Webster al habla. ¿Cuáles son sus planes, Derwatt? – preguntó Webster con su agradable voz habitual.

Tom no tenía planes, para el inspector Webster.

–Pues, espero marcharme esta mañana. De vuelta a las salinas -dijo Tom

riendo entre dientes-, y a la tranquilidad.

–¿Le importaría darme un telefonazo antes de marcharse, mister Derwatt?

Webster le dio su número y el de una extensión, y Tom los anotó.

Regresó Jeff. Tom ya casi tenía la maleta en la mano, tal era su ansia por marcharse. Su despedida fue breve, formularia incluso la de Tom, aunque sabían, los dos, que su bienestar dependía de ambos.

–Adiós, ¡que Dios te bendiga!

–Adiós.

Que se fuera al diablo Webster.

No tardó Tom en hallarse ya en el capullo de seda del avión, en el ambiente sintético, atenazante, poblado de azafatas sonrientes, estúpidas, fichas amarillas y blancas que habían de rellenar, la molesta proximidad de los codos de sus vecinos de asiento que le hacían contraer los suyos. Deseó haber comprado un pasaje de primera clase.

¿Tendría que decirle a alguien dónde había estado en París, bajo su propia identidad? Cuando menos la noche pasada, por ejemplo, Tom tenía un amigo que respondería por él, pero no quería meter a otra persona en e! lío, porque ya eran bastantes los involucrados.

El avión despegó con el morro hacia arriba. Qué aburrido -pensó Tom- volar a varios centenares de millas por hora, oyendo muy poco, y dejando que los desgraciados que vivían debajo sufriesen el estruendo. Sólo los trenes le estimulaban. Los trenes directos procedentes de París que circulaban, rápidos como cohetes, por los lisos raíles de la estación de Melun, trenes tan veloces que resultaba imposible leer los nombres franceses e italianos pintados en los vagones. Una vez, Tom había estado a punto de cruzar la vía por un lugar donde hacerla estaba prohibido. Los raíles estaban desiertos, la estación silenciosa. Tom decidió no arriesgarse, y quince segundos después, dos expresos rutilantes se cruzaban allí a una velocidad de mil demonios, y Tom se imaginaba así mismo emparedado entre los dos, su cuerpo y su maleta desparramada a metros de distancia en ambas direcciones, irreconocibles. Tom se acordaba de ello ahora y se sintió sobrecogido dentro del avión a reacción. Se alegró de que, al menos, mistress Murchison no se hallase entre los pasajeros. Incluso había mirado si estaba al subir al aparato.

21

Ya sobrevolaban Francia, y a medida que el avión descendía, las copas de los árboles cobraban aspecto de lazos verdes y marrones bordados en un tapiz, o se parecían a las ranas bordadas como adorno en la bata que Tom tenía en casa.

Tom permanecía sentado, ataviado con su feo impermeable nuevo. En Orly, el funcionario dio una ojeada a Tom y a la foto que había en el pasaporte a nombre de Mackay, pero no selló nada, como tampoco lo habían hecho a su partida de Orly a Londres. Al parecer, sólo los inspectores de Londres utilizaban la estampilla. Tom salió por el pasillo señalando como «nada que declarar» y se metió corriendo en un taxi hacia casa.

Llegaba a Belle Ombre justo antes de las tres de la tarde. En el taxi se había hecho la raya del pelo en el lugar acostumbrado, y ahora llevaba el impermeable al brazo.

Heloise estaba en casa. La calefacción funcionaba. Los muebles y el suelo resplandecían de cera. Madame Annette se llevó su bolsa arriba. Entonces él y Heloise se besaron.

–¿Qué hiciste en Grecia? – preguntó ella con cierta ansiedad-. ¿Y luego en Londres?

–Curiosear por ahí -dijo Tom sonriendo.

–Buscando a ese fou. ¿Le viste? ¿Cómo está tu cabeza? Heloise le hizo dar media vuelta por los hombros.

Apenas le dolía ya. Tom vio con alivio que Bernard no había aparecido por allí alarmando a Heloise.

–¿Llamó la norteamericana?

–Ah, sí. Madame Murchison. Habla un poco el francés, pero de un modo muy gracioso. Llamó esta mañana desde Londres. Llegará a Orly esta tarde a las tres y quiere verte. Ah, merde!, ¿quiénes son estas personas?

Tom consultó su reloj de pulsera. El avión de mistress Murchison debería tomar tierra en unos diez minutos.

–Cariño, ¿quieres una taza de té?

Heloise le condujo hasta el sofá amarillo.

–¿Viste a ese Bernard en alguna parte?

–No. Quiero lavarme las manos. Es sólo un minuto.

Tom entró en el lavabo de la planta baja y se lavó las manos y la cara. Tenía la esperanza de que mistress Murchison no quisiera venir a Belle Ombre, que se daría por satisfecha con verle en París, aunque aborrecía la idea de tener que ir a París hoy mismo.

Madame Annette bajaba cuando Tom entró en la sala de estar.

–Madame, ¿cómo va su famoso diente? ¿Mejor, espero?

–Sí, m’sieur Tome. Fui al dentista de Fontainebleau esta mañana y me extrajo el nervio. Lo extrajo de veras. Tengo que volver el lunes.

–¡Ojalá a todos nos pudiesen extraer los nervios! Todos sin excepción. Se acabó el dolor, puede estar segura.

Tom apenas se daba cuenta de lo que estaba diciendo. ¿Tendría que haber telefoneado a Webster? Le había parecido mejor no llamarle antes de irse, porque, de hacerlo, hubiese parecido demasiado ansioso de obedecer las órdenes de la Policía. Un nombre inocente no habría llamado -había sido su razonamiento.

Tom y Heloise tomaron el té.

–Noëlle quiere saber si podemos asistir a una fiesta el martes por la noche -dijo Heloise-. El martes es su cumpleaños.

Noëlle Hassler, la mejor amiga que Heloise tenía en París, daba unas fiestas deliciosas. Pero Tom había estado pensando en Salzburgo, en irse allí en seguida, porque había llegado, a la conclusión de que Bernard probablemente habría decidido marcharse a Salzburgo, la cuna de Mozart, otro artista que había muerto joven.

–Querida, no debes faltar. Yo no sé seguro si podré ir.

–¿Por qué?

–Pues… porque es posible que ahora tenga que ir a Salzburgo.

–¿Austria? ¿No será para buscar a ese fou otra vez? ¡Pronto será China!

Tom miraba nerviosamente el teléfono. Mistress Murchison iba a llamar. Pero ¿cuándo?

–¿Le diste a mistress Murchison un número de teléfono en París donde pudiera llamarme?

–Sí -respondió Heloise-. Un número inventado.

Seguía hablando en francés y se estaba enfadando un poco con él. Tom se preguntaba hasta qué punto se atrevería a contarle la verdad a Heloise.

–Y le dijiste que yo estaría en casa… ¿a qué hora?

–Le dije que no lo sabía.

Sonó el teléfono. Si era mistress Murchison, estaría llamando desde Orly. Tom se levantó.

–Lo importante -dijo rápidamente en inglés, ya que madame Annette estaba entrando-, es que yo no estuve en Londres. Muy importante, cariño. Estuve sólo en París. No menciones Londres, si tenemos que ver a mistress Murchison.

–¿Va a venir aquí?

–Espero que no -Tom descolgó el aparato-. Allô… Sí… ¿Cómo está usted, mistress Murchison? – (deseaba verle)-. No hay inconveniente, por supuesto. Pero, ¿no sería más sencillo que yo fuese a París?… Sí, hay cierta distancia,

mayor que desde Orly a París…

No había suerte. Podía haberla desanimado dándole unas instrucciones muy difíciles, pero no quería causar más molestias a la desgraciada mujer.

–Entonces lo más fácil será que tome un taxi -dijo Tom, y le indicó cómo llegar hasta su casa.

Tom trató de explicarse ante Heloise. Mistress Murchison llegaría dentro de una hora y desearía hablar con él sobre su esposo. Madame Annette había salido de la estancia, de modo que Tom pudo hablar en francés con Heloise, aunque le daba un bledo que madame Annette le oyese. Antes de la llamada de mistress Murchison, se le había ocurrido contarle a Heloise por qué había ido a Londres, explicarle que se había hecho pasar por Derwatt un par de veces, Derwatt, el pintor fallecido. Pero ahora no era el momento de soltarle todo aquello. Que la visita de mistress Murchison transcurriese sin contratiempos, eso era todo lo que Tom podía exigir de Heloise.

–Pero, ¿qué le pasó a su esposo? – preguntó Heloise.

–No lo sé, cariño. Pero ella ha venido a Francia y naturalmente quiere hablar con… -Tom no quería decir con la última persona que había visto a su marido-. Quiere ver la casa, porque es el último lugar donde estuvo su marido. Yo le llevé a Orly desde aquí.

Heloise se levantó con un gesto de impaciencia. Pero no era tan estúpida como para hacer una escena. No iba a mostrarse incontrolable, irrazonable. Eso puede que viniese más tarde.

–Ya sé lo que vas a decir. No quieres que se quede esta noche. Muy bien. No la invitaré a cenar. Podemos decirle que tenemos un compromiso. Pero por fuerza debo ofrecerle un poco de té, o una copa, o bien ambas cosas. Calculo que no se quedará más de una hora, y llevaré la entrevista con toda cortesía y corrección.

Heloise se apaciguó.

Tom subió a su habitación. Madame Annette había vaciado su maleta y guardado sus efectos, pero algunas cosas no acababan de estar en su sitio acostumbrado, de modo que Tom las colocó donde solían estar cuando se quedaba en Belle Ombre varias semanas seguidas. Tom se duchó, luego se puso unos pantalones de franela gris, una camisa y un suéter, y sacó una americana de tweed del ropero por si a mistress Murchison se le ocurría salir a pasear por el césped.

Llegó mistress Murchison.

Tom fue a recibirla a la puerta principal y se aseguró de que el taxista le

cobrase el importe debido. Mistress Murchison llevaba moneda francesa y se excedió con la propina, pero Tom no dijo nada.

–Mi esposa, Heloise -dijo Tom-. Mistress Murchison, de América.

–Mucho gusto.

–Encantada -respondió Heloise.

Mistress Murchison aceptó una taza de té.

–Confío en que me perdonarán por haberme invitado tan precipitadamente -dijo a Tom y a Heloise-, pero es una cuestión de importancia… y deseaba verles lo antes posible.

Se habían sentado, mistress Murchison en el sofá amarillo, Tom, al igual que Heloise, en una silla. Heloise representaba maravillosamente el papel de no sentir gran interés por la situación, pero de ser lo bastante cortés como para estar presente. Pero, lo cierto es que sí estaba interesada. Tom lo sabía.

–Mi esposo…

–Tom. El me pidió que le llamase así -dijo Tom sonriendo, al tiempo que se ponía en pie-. Estuvo mirando estos cuadros. Aquí, a mi derecha, «El Hombre de la Silla». Detrás de usted, «Las Sillas Rojas». Es de una época anterior.

Tom hablaba con atrevimiento. «Adelante, pase lo que pase, y al diablo con el decoro, la ética, la amabilidad, la verdad, la ley y el mismo destino, es decir, el porvenir. O le salía bien ahora, o no le salía. Si mistress Murchison quería darse una vuelta por toda la casa, por él que no se olvidasen del sótano ni siquiera.»

Tom estaba a la espera de que mistress Murchison preguntase qué había dicho su esposo sobre la autenticidad de los cuadros.

–¿Compró éstos en la Buckmaster? – preguntó mistress Murchison.

–Sí, los dos -Tom lanzó una mirada hacia Heloise, que estaba, cosa rara, fumándose un Gitane-. Mi esposa entiende el inglés -añadió. – ¿Estaba usted aquí cuando la visita de mi esposo?

–No, estaba en Grecia -contestó Heloise-. No conocí a su esposo.

Mistress Murchison se levantó y examinó los cuadros. Tom encendió dos lámparas más para que ella pudiera verlos mejor.

–«El Hombre de la Silla» es el que más me gusta -comentó Tom-. Por eso lo tengo encima de la chimenea. A mistress Murchison parecía gustarle también. Tom esperaba que ella dijese algo sobre la teoría de su esposo según la cual estaban falsificando los cuadros de Derwatt. Pero no lo hizo. No hizo ningún comentario sobre los lavándulas y los púrpuras de ninguno de los dos cuadros. Mistress Murchison hizo las mismas preguntas que había hecho el inspector Webster: si su esposo se sentía bien al marcharse, si tenía alguna cita con

alguien.

–Se le veía muy animado -dijo Tom-, y no mencionó ninguna cita, como ya le dije al inspector Webster. Lo que me extraña es que robasen la pintura de su esposo. La llevaba consigo en Orly, muy bien envuelta.

–Sí, lo sé -mistress Murchison fumaba uno de sus Chesterfields-. El cuadro no ha aparecido, pero tampoco se ha encontrado a mi esposo ni a su pasaporte.

Sonrió. Su rostro era agradable: amable, un poco lleno, lo que retrasaba la aparición de las arrugas de la edad.

Tom le sirvió otra taza de té. Mistress Murchison estaba mirando a Heloise. ¿Estudiándola? ¿Preguntándose qué pensaba Heloise de todo aquello? ¿Preguntándose cuánto sabría Heloise? ¿Preguntándose si habría algo oculto, efectivamente? ¿O de qué parte estaría Heloise si su marido resultaba ser culpable de algo?

–El inspector Webster me dijo que usted era amigo de Dickie Greenleaf, que fue asesinado en Italia -dijo mistress Murchison.

–Sí -contestó Tom-. Pero no fue asesinado. Se suicidó. Le conocía desde hacía cinco meses, quizá seis.

–Si no se suicidó, y creo que el inspector Webster tiene algunas dudas al respecto, entonces ¿quién pudo haberle matado? ¿Y por qué? – preguntó mistress Murchison-. ¿Acaso tiene usted alguna idea sobre ello?

Tom estaba de pie y apoyó firmemente los pies en el suelo, y sorbía su té.

–No tengo ni la menor idea. Dickie se mató. No creo que se abriera paso… como pintor, ni por supuesto en el negocio de su padre. Construcciones navales. Dickie tenía los amigos a montones, pero no eran amigos siniestros.

Tom hizo una pausa, al igual que todos los demás.

–Dickie no tenía motivos para hacer enemigos -añadió.

–Mi marido tampoco, a no ser que exista alguna banda dedicada a falsificar Derwatts.

–Bien… viviendo aquí, no tengo conocimiento de que así sea.

–Puede que exista alguna organización -mistress Murchison miró a Heloise-. Confío en que entienda lo que estamos diciendo, madame Ripley.

Tom se dirigió a Heloise en francés:

–Madame Murchison se pregunta si existe un gang de malhechores… en relación con los cuadros de Derwatt.

–Comprendo -dijo Heloise.

Tom sabía que Heloise tenía sus dudas sobre el asunto Dickie. Pero sabía que podía contar con ella. Heloise era también un poco bribona a su manera. Sea

como fuere, delante de un extraño, nunca pondría en duda las palabras de Tom.

–¿Le gustaría ver el piso superior de la casa? – preguntó Tom a mistress Murchison-. ¿O el jardín antes de que se haga de noche?

Mistress Murchison dijo que le gustaría.

Ella y Tom subieron al piso superior. Mistress Murchison llevaba un vestido de lana gris claro. «Tenía buena figura (probablemente montaría a caballo o jugaría al golf), robusta, aunque nadie hubiese podido tacharla de gorda. La gente nunca llamaba gordas a estas fornidas deportistas, aunque ¿qué eran si no?» Heloise había rehusado subir con ellos. Tom le enseñó a mistress Murchison el cuarto de los huéspedes, abriendo la puerta de par en par y encendiendo la luz. Después con despreocupación, le enseñó el resto de las habitaciones, incluyendo la de Heloise, cuya puerta abrió pero sin encender la luz, ya que a mistress Murchison no parecía interesarle mucho.

–Se lo agradezco -dijo mistress Murchison, y regresaron al piso de abajo.

Tom sentía pena por ella. Lamentaba haber matado a su esposo. Pero, se recordó a sí mismo, no podía permitirse el lujo de andarse con reproches en aquellos momentos; de hacerlo, se comportaría exactamente como Bernard, que quería confesarlo todo a expensas de varias personas más.

–¿Vio usted a Derwatt en Londres?

–Le vi, en efecto -dijo mistress Murchison, sentándose otra vez en el sofá, si bien casi al borde del mismo.

–¿Cómo es? Estuve a dos dedos de conocerle el día de la inauguración.

–Oh, pues lleva barba… Bastante simpático, pero no muy hablador -acabó de decir ella, pues no le interesaba Derwatt-. Me dijo que no creía en la existencia de unos falsificadores de su obra, y que así se lo había comunicado a Tommy.

–Sí, me parece que su esposo me dijo algo de eso también. ¿Y usted cree a Derwatt?

–Me parece que sí. Creo que es sincero. ¿Qué más puede decirse?

Se retrepó en el sofá.

Tom dio un paso al frente.

–¿Un poco de té? ¿Qué me dice de un whisky?

–Creo que me apetecería un whisky, gracias.

Tom se fue a la cocina a por hielo. Heloise se reunió con él para ayudarle.

–¿Qué es todo esto sobre Dickie? – preguntó Heloise.

–Nada -respondió Tom-. Te lo diría si hubiese algo. Ella sabe que yo era amigo de Dickie. ¿Quieres un poco de vino blanco?

–Sí.

Llevaron el hielo y los vasos a la sala. Mistress Murchison quería un taxi para ir a Melun. Pidió disculpas por pedírselo en aquel momento, pero no sabía cuánto tardaría.

–Puedo llevarla en mi coche hasta Melun -se ofreció Tom-, si desea coger el tren de París.

–No, quería ir a Melun para hablar con la Policía local. Les llamé desde Orly.

–Entonces la llevaré -dijo Tom-. ¿Qué tal es su francés? El mío no es perfecto, pero…

–Oh, creo que puedo arreglármelas. Muchísimas gracias.

Sonrió levemente.

«Quiere hablar con la Policía sin estar yo.presente» -se figuró Tom.

–¿Había alguien más en la casa durante la visita de mi marido? – preguntó mistress Murchison.

–Solamente nuestra ama de llaves, madame Annette. ¿Dónde está madame Annette, Heloise?

Puede que estuviese en su habitación, o quizás había salido para hacer algunas compras de última hora -pensaba Heloise-, y Tom fue a su habitación y llamó. Madame Annette estaba cosiendo algo. Tom le pidió que fuese un momento con él para conocer a mistress Murchison.

Madame Annette lo hizo así al cabo de unos instantes, y en su rostro se reflejaba el interés que sentía por ser madame Murchison la esposa del hombre que había desaparecido.

–La última vez que le vi -dijo madame Annette-, m’sieur estaba almorzando y luego se fue con m’sieur Tome.

Evidentemente, madame Annette había olvidado -pensó Tom que, de hecho, no había visto cómo Murchison abandonaba la casa.

–¿Desea usted alguna cosa, m’sieur Tome? – preguntó madame Annette.

Pero no necesitaban nada, y, al parecer, a mistress Murchison ya se le habían terminado las preguntas. Madame Annette, un poco a desgana, salió de la habitación.

–¿Qué cree usted que le sucedió a mi esposo? – preguntó mistress Murchison mirando a Heloise, y luego a Tom de nuevo.

–Si tuviera que hacer alguna conjetura -dijo Tom-, diría que alguien se había enterado de que llevaba una pintura valiosa. No un cuadro muy valioso, por supuesto, pero un Derwatt al fin y al cabo. Me imagino que hablaría de ello con unas cuantas personas en Londres. Si alguien trató de raptarle a él y al cuadro, es posible que fuesen demasiado lejos y le diesen muerte. Entonces se verían

obligados a esconder el cadáver en alguna parte. De otro modo… es que lo retienen vivo Dios sabe dónde.

–Pero eso parece darle la razón a mi esposo cuando afirma que «El Reloj» no es auténtico. Como usted dice, el cuadro no era muy valioso, puede que por no ser muy grande. Pero es posible que intenten echar tierra a los rumores de que alguien está falsificando la obra de Derwatt.

–Pero yo no creo que el cuadro de su esposo fuese falso. Él mismo no estaba seguro cuando se fue. Tal como le dije a Webster, no creo que Tommy fuese a tomarse la molestia de mostrarle «El Reloj» a un perito en Londres. No se lo pregunté, que yo recuerde, pero saqué la impresión de que lo había pensado mejor después de ver mis dos cuadros. Puede que me equivoque.

Se hizo un silencio. Mistress Murchison se estaba preguntando qué decir o preguntar a continuación. Lo único que importaba era la gente que se movía en torno a la Buckmaster Gallery -se figuró Tom-. ¿Y cómo iba ella a preguntarle sobre esta gente a él?

Llegó el taxi.

–Gracias, mister Ripley -dijo mistress Murchison-. Y a usted, madame. Puede que vuelva a verles si…

–Cuando guste -dijo Tom, acompañándola al taxi.

Cuando regresó a la sala de estar, Tom anduvo lentamente hasta el sofá y se hundió en él. «La Policía de Melun no podría decirle nada nuevo a mistress Murchison, de lo contrario no había duda de que ya le habrían dicho algo a él -se imaginaba Tom-. Heloise le había dicho que no habían llamado durante su ausencia. Si la Policía hubiese hallado el cadáver de Murchison en el Loing o donde fuese…»

–Chéri, estás muy nervioso -observó Heloise-. Tómate una copa.

–No me vendría mal -dijo Tom sirviéndosela.

No había nada en los periódicos ingleses que Tom había leído en el avión que se refiriese a la súbita reaparición de Derwatt en Londres. Estaba claro que los ingleses no concedían importancia al asunto. Tom se alegró, pues no quería que Bernard, dondequiera que estuviese, se enterase de, que él se las había ingeniado para salir de la tumba. Exactamente el porqué de que no desease que Bernard lo averiguase no estaba claro en la mente de Tom. Pero tenía algo que ver con lo que Tom presentía como el destino de Bernardo

–Sabes, Tome, los Berthelin quieren que vayamos a tomar el aperitivo con ellos esta noche, a las siete. Te sentaría bien. Les dije que probablemente estarías en casa esta noche.

Los Berthelin vivían en una población a siete kilómetros de distancia.

–¿Puedo…?

El teléfono interrumpió a Tom. Hizo señas a Heloise para que contestase ella.

–¿Debo decir a quien llame que estás aquí?

El sonrió, contento al notar su interés.

–Sí. Y puede que sea Noëlle pidiéndote consejo sobre qué debe ponerse el martes.

–Oui. Sí. Bonjour -Heloise sonrió a Tom-. Un momento -le entregó el aparato-. Es un inglés que trata de hablar en francés.

–Hola, Tom. Jeff al habla. ¿Estás bien?

–Oh, perfectamente.

Jeff no acababa de estarlo. Volvía a tartamudear y hablaba a trompicones, en voz baja. Tom tuvo que pedirle que hablase más alto.

–Dije que Webster ya está preguntando otra vez por Derwatt, dónde está, si se ha marchado.

–¿Y tú qué le dijiste?

–Le dije que ignorábamos si se había ido o no.

–Podrías decirle a Webster que… parecía deprimido y que probablemente desearía estar a solas durante un tiempo.

–Me da la impresión que Webster querrá verte de nuevo. Va a cruzar el Canal para reunirse con mistress Murchison. Por eso te llamo.

Tom suspiró.

–¿Cuándo?

–Puede que hoy mismo. No acabo de ver qué pretende… Después de colgar, Tom se sentía aturdido, y también enfadado, o irritado. Enfrentarse otra vez con Webster, ¿para qué? Tom prefería largarse de casa.

–Chéri, ¿qué pasa?

–No puedo ir a casa de los Berthelin -dijo Tom, y se echó a reír. Los Berthelin eran el más insignificante de sus problemas-. Querida, tengo que irme a París esta noche, y a Salzburgo mañana, quizás esta misma noche si hay avión. Es posible que Webster, el inspector inglés, llame esta noche. Debes decirle que fui a París por asunto de negocios, a hablar con mi administrador, lo que sea. No sabes dónde me hospedo. En algún hotel, pero tú no sabes cuál.

–Pero ¿de qué huyes, Torne?

Tom dio un respingo. ¿Huir? ¿Huir de algo? ¿Huir hacia algo?

–No lo sé.

Empezaba a sudar. Le hacía falta otra ducha, pero temía entretenerse.

–Dile a madame Annette también que tuve que ir a París corriendo.

Tom se fue al piso de arriba y sacó la maleta del armario. Volvería a ponerse el feo impermeable nuevo, a cambiar de sitio la raya del pelo y a adoptar la personalidad de Robert Mackay. Heloise entró para ayudarle.

–Me gustaría darme una ducha -dijo Tom.

Y en aquel preciso instante oyó que Heloise abría la ducha del cuarto de baño. Tom se desnudó en un santiamén y se metió de un salto bajo la ducha, que estaba tibia, a la temperatura ideal.

–¿Puedo ir contigo?

«¡Cuánto le hubiera gustado…!»

–Querida, es por el pasaporte. No puede ser que madame Ripley cruce la frontera franco-alemana, o la austriaca, con Robert Mackay. Mackay, ¡ese puerco!

Tom salió de la ducha.

–¿El inspector inglés viene a causa de Murchison? ¿Le mataste, Tome?

Heloise le estaba mirando con el ceño fruncido, ansiosa, pero -según pudo comprobar- muy lejos de la histeria.

Estaba enterada de lo de Dickie -comprendió Tom-. Heloise nunca se lo había dicho francamente, pero lo sabía. Casi sería mejor decírselo -pensó Tom- porque ella podía serle útil y, en todo caso, la situación era tan desesperada que si perdía, o si cometía algún desliz, todo quedaría patas arriba, incluido su matrimonio. Se preguntó si podría ir a Salzburgo con su propia identidad, llevándose a Heloise. Pero pese a lo mucho que le hubiese gustado, aún no sabía qué tendría que hacer en Salzburgo, ni a dónde tendría que ir después. De todos modos, lo mejor sería coger los dos pasaportes, el suyo y el de Mackay.

–¿Tú le mataste, Tome? ¿Aquí?

–Tuve que hacerlo para salvar a muchas otras personas.

–¿Los de Derwatt? ¿Por qué? – ella empezó a hablar en francés-. ¿Por qué son tan importantes esas personas?

–Es Derwatt quien murió… hace años -dijo Tom-. Murchison iba a… a hacer público este hecho.

–¿Él está muerto?

–Sí, y yo me hice pasar por él dos veces en Londres -dijo Tom.

En francés la palabra sonaba tan inocente y trivial. Había représenté a Derwatt dos veces en Londres.

–Ahora están buscando a Derwatt, puede que todavía no lo hagan desesperadamente. Pero nada encaja todavía.

–¿No habrás estado falsificando sus cuadros también?

–Heloise, me estás halagando -dijo Tom riendo-. Es Bernard, el fou, quien ha hecho las falsificaciones. Ahora quiere dejarlo. ¡Oh, es muy complicado y difícil de explicar!

–¿Y para qué tienes que buscar al fou? Oh, Tom, no te metas en este lío…

Tom no escuchó el resto de lo que ella dijo. De repente comprendió por qué tenía que encontrar a Bernard. Fue una revelación súbita. Cogió la maleta.

–Adiós, ángel mío. ¿Puedes llevarme hasta Melun? Y, por favor, evita la comisaría.

Abajo, madame Annette estaba en la cocina, y Tom le dijo adiós apresuradamente desde el vestíbulo principal, apartando la cabeza para que ella no pudiera darse cuenta de que llevaba la raya al otro lado. Sobre el brazo llevaba el impermeable, feo pero quizás útil.

Tom prometió mantenerse en contacto con Heloise, aunque dijo que firmaría con otro nombre cuantos telegramas mandase. Se despidieron con un beso en el Alfa-Romeo, y Tom abandonó los reconfortantes brazos de Heloise para subir a un coche de primera clase con destino a París.

Una vez en París averiguó que no había vuelos directos para Salzburgo y que podía utilizar solamente un vuelo diario que obligaba a hacer trasbordo en Frankfurt para llegar a Salzburgo. El avión de Frankfurt salía todos los días a las tres menos diez. Tom se alojó en un hotel próximo a la Gare de Lyon. Poco antes de la medianoche se arriesgó a llamar por teléfono a Heloise. No podía soportar la idea de Heloise sola en casa, probablemente enfrentándose con Webster, sin saber dónde estaba él. Le había dicho que no pensaba ir a casa de los Berthelin.

–Cariño, hola. Si Webster está ahí, di que me he equivocado de número y cuelga -dijo Tom.

–M’sieur, me temo que se ha equivocado de número -oyó decir a Heloise, y colgaron el teléfono.

Tom sintió que se le iban los ánimos, que las rodillas le flaqueaban, y se sentó sobre la cama del hotel. Se reprochaba el haberla llamado. Era mejor trabajar solo, siempre. Seguramente Webster comprendería, o sospecharía, que era él quien había llamado.

¿Por qué apuros estaría pasando Heloise en aquellos momentos? ¿Era mejor haberle dicho la verdad, o no?

22

Por la mañana, Tom compró el pasaje para el avión, y a las dos y veinte del mediodía estaba en Orly. Si Bernard no estaba en Salzburgo, ¿dónde estaría

entonces? ¿En Roma? Tom esperaba que no. Resultaría difícil localizar a alguien en Roma. Tom mantenía la cabeza baja y no anduvo curioseando por el aeropuerto, ya que era posible que Webster se hubiese traído alguien de Londres para que le buscase. Eso dependía de cómo estuvieran las cosas, y Tom lo ignoraba. ¿Para qué le iba a visitar Webster otra vez? ¿Sospechaba Webster que él había representado el papel de Derwatt? Si así era, no cabía duda de que se había apuntado un tanto al utilizar otro pasaporte para entrar y salir de Inglaterra la segunda vez. Al menos Tom Ripley no habría estado en Londres durante la segunda representación.

Hubo una hora de espera en la terminal de Frankfurt, luego Tom embarcó en un cuatrimotor de las Líneas Aéreas Austríacas que llevaba el encantador nombre de Johann Strauss pintado en el fuselaje. Al llegar a la terminal de Salzburgo empezó a sentirse más a salvo. Tom se trasladó en autobús a Mirabeleplatz y, como tenía intención de hospedarse en el Goldener Hirsch, pensó que lo más prudente sería avisar por teléfono, ya que se trataba del mejor hotel y a menudo estaba lleno. Le ofrecieron una habitación con baño. Tom dio el nombre de Thomas Ripley. Decidió ir andando hasta el hotel, ya que la distancia era corta. Ya había estado dos veces en Salzburgo, una de ellas con Heloise. En las aceras se veía a algunos hombres ataviados con Lederhosen y sombreros tiroleses, con todo el traje nacional, sin olvidar los cuchillos de caza en las medias hasta la rodilla. Algunos viejos hoteles, bastante grandes, que Tom recordaba vagamente de sus anteriores viajes, exponían sus menús en grandes letreros colocados al lado de la entrada principal: comidas de diversos platos, entre los que predominaba el llamado Wienerschnitzela veinticinco y treinta schillings.

Luego estaba el río Salzach y el puente principal (llamado Staatsbrücke, ¿no?) y otro par de puentes de menor importancia. Tom optó por el puente principal. Tom permanecía atento por si veía la delgada, y probablemente encogida, figura de Bernard. Las grises aguas del río discurrían velozmente, y en ambas orillas, cubiertas de verdor, las aguas producían espuma al pasar por encima de unas rocas de tamaño respetable. Anochecía, poco después de las seis.

Empezaban a encenderse algunas luces al otro lado, ya próximo, del puente, luces que parecían ascender como constelaciones hacia la gran montaña de la Feste Hohensalzburg y hacia la Monchsberg.

Tom penetró en una calle estrecha y corta que conducía a la Getreidegasse.

La habitación de Tom tenía vistas a la Sigmundsplatz, en la parte posterior del hotel. A la derecha estaba la fuente de los caballos, respaldada por un

pequeño risco rocoso, y delante había un pozo recargado de adornos. Allí, por la mañana, vendían frutas y verduras en carretillas de mano -recordaba Tom-. Tom se tomó unos minutos de respiro, abrió la maleta y anduvo sin zapatos sobre el suelo de madera de pino, inmaculadamente pulida, de su habitación. En el mobiliario predominaba el color verde, las paredes eran blancas, las ventanas de doble cristal, y alféizar hundido.

¡Ah, Austria! Ahora bajaría y se tomaría un Doppelespresso en el Café Tomaselli, a sólo unos pasos de distancia. Y quizá fuese buena idea, ya que el establecimiento era muy grande y puede que Bernard estuviese allí.

Pero Tom se tomó un Slivowitz en vez de ello, porque no era la hora del café. Bernard no estaba allí. De unos soportes giratorios colgaban periódicos de varios países, y Tom hojeó el Times de Londres y el Herald-Tribune de París, sin encontrar nada sobre Bernard (si bien no esperaba encontrar nada en el Herald-Tribune) o acerca de Thomas Murchison o la visita de su esposa a Londres y a Francia. ¡Magnífico!

Tom salió a pasear, cruzó otra vez el Staatsbrücke, y subió por la Linzergasse, la calle principal que de él partía. Eran ya más de las nueve de la noche. «Bernard, si estaba en la ciudad, se alojaría en un hotel de categoría media -se figuró Tom-, y era tan probable que fuese a un lado del Salzach como al otro. Llevaría ya dos o tres días en Salzburgo. ¿Quién sabe?» Tom contemplaba escaparates donde se exponían cuchillos de monte, ristras de ajos, rasuradoras eléctricas, y escaparates llenos de prendas tirolesas (blusas blancas con volantes fruncidos, faldas campesinas). Todas las tiendas estaban cerradas. Tom probó en las callejuelas. Algunas no eran exactamente callejuelas, sino estrechos callejones sin iluminar, con portales cerrados a uno y otro lado. Hacia las diez Tom empezó a sentir hambre y penetró en un restaurante situado a la derecha de la Linzergasse. Después, regresó andando por una ruta distinta hasta el Café Tomaselli, donde tenía intención de permanecer una hora. En la calle de su hotel, la Getreidegasse, se hallaba también la casa donde nació Mozart. Quizá Bernard, si se había quedado en Salzburgo, frecuentase aquella zona. Tom decidió concederse veinticuatro horas para buscarle.

No hubo suerte en el Tomaselli. La clientela parecía ahora compuesta por los habituales, los habitantes de Salzburgo, familias que saboreaban enormes pedazos de pastel con cafés expreso con crema o vasos de Himbeersaft rosado. Tom estaba impaciente, aburrido de los periódicos, frustrado por no hallar a Bernard, enfadado por sentirse fatigado. Regresó a su hotel.

A las nueve y media de la mañana ya estaba otra vez en la calle, y en la

«orilla derecha» de Salzburgo, la parte más moderna. Callejeaba en zigzag, atento por si veía a Bernard, parándose de vez en cuando para ver los escaparates. Emprendió el regreso hacia el río con el propósito de visitar el Museo Mozart en la calle del hotel. Atravesó la Dreifaltigkeitsgasse hasta alcanzar la Linzergasse, y, al acercarse al Staatsbrücke, divisó a Bernard que bajaba del puente al otro lado de la calle.

Bernard caminaba con la cabeza gacha y casi le atropelló un coche. Tom quería seguirle, tuvo que esperar largo rato ante un semáforo, pero no le importó, ya que podía ver a Bernard perfectamente. El impermeable de Bernard estaba aún más sucio, y el cinturón le colgaba por un lado, casi tocando el suelo. Parecía un mendigo. Tom cruzó la calle, manteniendo siempre unos diez metros entre él y Bernard, dispuesto a echar a correr si éste doblaba alguna esquina, pues quería evitar que Bernard desapareciese en el interior de algún hotelito en una callejuela donde quizá hubiese más de uno.

–¿Estás ocupado esta mañana? – le preguntó en inglés una voz femenina. Sobresaltado, Tom se halló frente a una rubia pintarrajeada que se hallaba en un portal. Aceleró el paso. «Dios mío -pensó-, ¿tan desesperado, o pervertido, parecía con aquel impermeable verde? ¡A las diez de la mañana!»

Bernard seguía andando Linzergasse arriba. Luego cruzó la calle y media manzana más allá entró en un portal sobre el cual un letrero anunciaba Zimmer und Pension. Un portal vulgar. Tom se detuvo en la acera de enfrente. Der Blaue No Sé Qué, se llamaba el lugar. El letrero estaba gastado. Al, menos Tom sabía dónde se hospedaba Bernard. ¡Y estaba en lo cierto! ¡Bernard se hallaba en Salzburgo! Tom se felicitó por su intuición. O ¿estaría Bernard reservando habitación en aquel preciso momento?

No, evidentemente se alojaba allí, en el Blaue No Sé Qué, pues transcurrieron varios minutos sin que apareciese de nuevo y, además, no llevaba consigo la bolsa de viaje. Tom esperó fuera, y la espera le resultó pesada, pues no había ningún café por allí desde el que pudiera vigilar el portal. Al mismo tiempo, tenía que ocultarse por si Bernard se asomaba a una ventana de la calle y le veía. Aunque, por alguna razón, la gente con el aspecto de Bernard nunca conseguía habitaciones con vistas a la calle. Pese a todo, Tom se escondió y tuvo que esperar hasta casi las once.

Entonces salió Bernard, ahora afeitado, y torció hacia la derecha, como si fuese a un punto determinado.

Tom le siguió discretamente y encendió un Gauloise. Otra vez cruzaron el puente. Luego la calle por la que Tom había pasado la noche antes, y entonces

Bernard torció a la derecha y se metió en la Getreidegasse. Tom pudo ver brevemente su afilado y bien parecido perfil, su boca de expresión firme y el hueco que producía una sombra en su mejilla aceitunada. Sus botas del ejército estaban destrozadas, Bernard entraba en el Museo Mozart. Entrada doce schillings. Tom se subió el cuello del impermeable y entró también.

La entrada se pagaba en una habitación situada en lo alto del primer tramo de escalones. Había vitrinas de cristal llenas de manuscritos y programas de ópera. Tom buscó a Bernard en la sala principal y, al no verle, dio por seguro que se hallaría en el piso superior, donde -recordaba Tom- había estado la vivienda de la familia Mozart. Tom subió el segundo tramo.

Bernard estaba inclinado sobre el teclado del clavicordio de Mozart, teclado protegido por un cristal que evitaba que nadie tuviese la tentación de apretar una de las teclas. «¿Cuántas veces lo habría contemplado Bernard?» -se preguntó Tom.

Había solamente cinco o seis personas curioseando en el museo, o al menos en aquel piso, así que Tom tuvo que andarse con cuidado. De hecho, una vez tuvo que esconderse apresuradamente tras el quicio de una puerta, para que Bernard no le viese si miraba hacia él. En realidad -se dijo Tom- lo que deseaba era observar a Bernard para ver cuál era su estado de ánimo. O bien -Tom trató de ser honrado consigo mismo- quizás por simple curiosidad, por diversión, pues por breves momentos se le ofrecía la oportunidad de observar a alguien a quien conocía ligeramente, alguien que estaba atravesando una crisis y que ignoraba que le estaban espiando. Bernard siguió vagando y penetró en una de las habitaciones delanteras del mismo piso.

Al poco rato, Tom siguió a Bernard por el último tramo de la escalera. Más vitrinas de cristal. (En la sala del clavicordio había visto el lugar, señalado con una placa, donde había estado la cuna de Mozart, pero sin la cuna. «Lástima que no hubiesen colocado una copia exacta al menos».) La escalera tenía unas barandillas de hierro más bien delgadas. Había algunas ventanas en ángulo y Tom, impresionado como siempre por Mozart, se preguntó qué habrían visto desde ellas los Mozart. Con toda seguridad no habría sido la cornisa de otro edificio a escasos metros de distancia. Las maquetas teatrales en miniatura (Idomeneo ad infinitum, Cosi Fan Tutte) eran poco interesantes y chapuceras, pero Bernard pasó ante ellas, contemplándolas atentamente.

Inesperadamente, Bernard volvió la cabeza hacia Tom, que se quedó quieto en el vano de una puerta. Se miraron fijamente. Entonces Tom dio un paso atrás y se movió hacia la derecha, quedando detrás de la puerta, en otra habitación,

una de las delanteras. Tom recobró la respiración. El instante había sido raro, porque el rostro de.Bernard…

Tom no osó detenerse a pensar y se fue escaleras abajo sin perder tiempo. No se sintió tranquilo (y entonces tampoco demasiado) hasta alcanzar la concurrida Getreidegasse, al aire libre. Cogió la callejuela corta hacia el río. Bernard ¿trataría de seguirle? Bajó la cabeza rápidamente y aceleró el paso.

La expresión de Bernard había sido de incredulidad y luego, en una fracción de segundo, de terror, como si acabase de ver un fantasma.

Tom comprendió que era eso exactamente lo que Bernard había creído ver: un fantasma. El fantasma de Tom Ripley, el hombre al que él había asesinado.

De repente, Tom dio media vuelta y echó a andar hacia la Mozarthaus. Acababa de ocurrírsele que acaso Bernard quisiera abandonar la ciudad, y Tom no quería: que esto sucediera sin saber a dónde iba Bernard. ¿Debería llamarle si le veía en la acera? Tom esperó unos minutos al otro lado de la calle, frente al Museo Mozart, y al no ver aparecer a Bernard, se encaminó a la pensión de éste. No vio a Bernard por el camino, y luego, al acercarse a la pensión, le vio andar rápidamente por la otra acera, la de la pensión, de la Linzergasse. Bernard se metió en su hotel-pensión. Durante casi media hora, Tom esperó, y entonces llegó a la conclusión de que Bernard no saldría de momento. O quizá Tom tuviese ganas de arriesgarse a que Bernard se marchara. El mismo Tom no estaba seguro. La apetecía mucho un café. Entró en un hotel con cafetería. Tomó también una decisión, y al salir de la cafetería se dirigió directamente a la pensión de Bernard con la intención de pedir al conserje que le dijese a Herr Tufts que Tom Ripley le esperaba abajo y quería hablar con él.

Pero no fue capaz de atravesar la modesta y vulgar entrada. Ya tenía un pie en el umbral, entonces retrocedió hasta la acera, sintiéndose mareado durante un instante. «Es la indecisión -se dijo-. Nada más.» Pero regresó a su hotel de la otra orilla. Penetró en el cómodo vestíbulo del Goldener Hirsch, donde el portero, con su uniforme verde y gris, se dio prisa en entregarle la llave. Cogió el ascensor automático hasta la tercera planta y se metió en su habitación. Se libró del horroroso impermeable y se vació los bolsillos: cigarrillos, cerillas, monedas austríacas mezcladas con francesas. Las separó y echó las francesas en un compartimento de la maleta. Entonces se quitó la ropa y se echó a la cama. No se había dado cuenta de lo cansado que estaba.

Al despertarse ya eran más de las dos del mediodía y el sol brillaba con fuerza. Salió a dar un paseo. No buscaba a Bernard y se dedicó a callejear por la ciudad como un turista más o, mejor dicho, no como un turista, pues él no tenía

objetivo. ¿Qué estaría haciendo aquí Bernard? ¿Cuánto tiempo iba a quedarse? Tom se sentía ya completamente despejado, pero no sabía qué debía hacer. ¿Abordar a Bernard y tratar de decirle que Cynthia quería verle? ¿Debía hablar con Bernard y probar de persuadirle? Pero, ¿de qué?

Entre las cuatro y las cinco de la tarde Tom sufrió una depresión. Se había tomado un café y un Steinhiiger en algún lugar. Se hallaba bastante río arriba, más allá de Hohensalzburg, pero todavía en el muelle de la ciudad vieja. Pensaba en los cambios experimentados por Jeff, Ed y ahora Bernard después del fraude Derwatt. Y a Cynthia la habían hecho desgraciada, habían desviado el curso de su vida por culpa de Derwatt Ltd., y a Tom eso le parecía más importante que las vidas de los tres hombres involucrados. A estas alturas Cynthia ya se habría casado con Bernard y puede que tuviesen un par de críos, aunque, como Bernard hubiese estado involucrado igualmente, Toro no lograba explicarse por qué el cambio en la vida de Cynthia le parecía más serio que en la de Bernard. Sólo Jeff y Ed lo estaban pasando bien, forrándose de dinero, sus vidas cambiadas por fuera, pero en sentido positivo. Bernard parecía agotado. A los treinta y tres o treinta y cuatro años.

Tom había pensado cenar en el restaurante del hotel, que era tenido por el mejor restaurante de Salzburgo también, pero no estaba de humor para manjares exquisitos ni ambientes elegantes, de modo que siguió deambulando Getreidegasse arriba, pasó por la Bürgerspital Platz (según rezaba un letrero) y atravesó la Gstattentor, un antiguo y estrecho arco lo bastante ancho para permitir el paso del tráfico en una sola dirección, una de las antiguas puertas de la ciudad al pie de la Mönchsberg, que se vislumbraba sombría al lado. La calle del otro lado era casi tan estrecha y bastante oscura. «Algún pequeño restaurante habría» -pensó Tom-. Vio dos establecimientos con un menú casi idéntico en el tablero: veintiséis schillings por una sopa del día, Wiener Schnitzel con patatas, ensalada y postre. Toro entró en el segundo, de cuya fachada colgaba un rótulo con forma de farol, el Café Eigler o algo parecido.

Dos camareras negras con uniforme rojo estaban sentadas a una mesa con unos clientes masculinos. Había un juke box en marcha y la luz era escasa. ¿Sería un burdel, una casa de citas o simplemente un restaurante barato? Apenas había dado un paso al interior, cuando Tom vio a Bernard, solo en una de las mesas, inclinado sobre su tazón de sopa. Tom titubeó.

Bernard alzó la vista hacia él.

Tom había recobrado su aspecto habitual. Llevaba una americana de tweed y una bufanda al cuello para combatir el frío, la misma que Heloise había lavado

en el hotel de París para borrar las manchas de sangre. Tom estaba a punto de acercarse, de tenderle la mano, sonriente, cuando Bernard se levantó a medias con una expresión de terror en la cara.

Las dos camareras negras y regordetas miraban de Bernard a Tom. Una de ellas se puso en pie con una lentitud que a Tom le pareció la encarnación de la indolencia de África, evidentemente con el propósito de acercarse a Bernard y preguntarle, cuando llegase hasta él, si le ocurría algo, ya que Bernard parecía haberse tragado algo que iba a acabar con él.

Rápidamente, Bernard hizo un gesto negativo con la mano (¿Dirigido a la camarera o a Tom? – se preguntó éste).

Tom dio media vuelta y atravesó la puerta interior (el local tenía una cancela), luego salió a la acera. Se metió las manos en los bolsillos y agachó la cabeza, como solía hacer Bernard, mientras rehacía el camino por la Gstättentor, hacia la parte más iluminada de la ciudad. «¿Habría cometido un error? – se preguntó-. Quizás hubiera sido mejor ignorar el gesto de Bernard y dirigirse hacia él. Pero le había dado la impresión de que Bernard hubiera dado un alarido.»

Pasó por delante de su hotel y llegó a la primera esquina, donde torció a la derecha. El Tomaselli estaba a unos cuantos pasos. Si Bernard le estaba siguiendo (y Tom estaba seguro de que Bernard iba a salir del restaurante), si Bernard deseaba reunirse con él allí, pues muy bien. Pero Tom sabía que se trataba de algo distinto. Que en realidad Bernard creía haber visto un aparecido. De modo que se sentó en una mesa bien visible, encargó un bocadillo y una botella de vino blanco y leyó un par de periódicos.

Bernard no se presentó.

En el vano de madera de la amplia puerta había una barra arqueada de metal que sostenía una cortina verde, y cada vez que la cortina se movía, Tom alzaba la vista, pero la persona que entraba nunca era Bernard.

Si efectivamente Bernard entraba y se le acercaba, sería porque desearía asegurarse de que Tom era real. Era lo lógico. «‹Lo malo es que Bernard, probablemente, no hacía nada con lógica.») Tom le diría:

–Siéntate y toma un poco de vino conmigo. No soy ningún fantasma, ¿ves? Hablé con Cynthia. Tiene ganas de verte otra vez.

«Saca a Bernard del embrollo» -se dijo Tom.

Pero dudaba de que fuese capaz de hacerlo.

23

Al llegar el día siguiente, martes, Tom había tomado otra decisión: tenía que

hablar con Bernard de un modo u otro, aunque se viese forzado a amarrarle. También trataría de hacerle regresar a Londres. Por fuerza tendría algunos amigos allí, aparte de Jeff y de Ed, y probablemente a éstos los esquivaría. ¿No vivía en Londres la madre de Bernard? Tom no estaba seguro. Pero sentía que tenía que hacer algo, porque el aire de sufrimiento de Bernard era lamentable. Cada vez que le veía, Tom se veía asaltado por una extraña inquietud: era como si viese a alguien ya en plena agonía y. pese a ello, andando de un lado a otro.

Así, pues, a las once Tom se encaminó al Blaue No Sé Qué, y habló con una mujer cincuentona, de pelo negro, que se encargaba del mostrador de recepción.

–Disculpe, hay un individuo llamado Bernard Tufts, ein Englischef, alojado aquí, ¿verdad? – preguntó Tom en alemán.

La mujer abrió aún más los ojos.

–Sí, pero acaba de pagar la cuenta y marcharse. Hará como una hora.

–¿Dijo a dónde iba?

Bernard no había dicho nada. Tom le dio las gracias, y sintió que los ojos de la mujer le seguían al abandonar el hotel, clavándose en él como si fuese un tipo tan raro como el mismo Bernard, sencillamente porque le conocía.

Tom se dirigió en taxi a la estación de ferrocarril. Seguramente habría pocos vuelos desde el aeropuerto de Salzburgo, pues era pequeño. Además los trenes eran más baratos que los aviones. No vio a Bernard en la estación. Miró por los andenes y en el restaurante. Luego regresó andando hacia el río y el centro de la ciudad, con ojos atentos a la posible aparición de Bernard, del hombre vestido con un viejo impermeable beige y portador de una bolsa de viaje. Alrededor de las dos de la tarde, Tom tomó otro taxi hasta el aeropuerto, por si Bernard se iba en avión a Frankfurt. No hubo suerte allí tampoco.

Acababan de dar las tres cuando le vio. Bernard se hallaba en uno de los puentes que cruzaban el río, uno de los más pequeños, con barandilla y tráfico en una sola dirección. Estaba apoyado sobre los antebrazos, mirando fijamente hacia abajo. La bolsa de viaje estaba a sus pies. Tom no había penetrado en el puente. Había divisado a Bernard desde bastante lejos. ¿Estaría pensando en arrojarse al río? El cabello de Bernard se levantaba y caía sobre su frente a causa del viento. Iba a matarse -comprendió Tom-. Puede que no en aquel preciso instante. Quizá deambulase un poco por la ciudad y regresara más tarde, al cabo de una o dos horas. Acaso al caer la tarde. Dos mujeres pasaron al lado de Bernard y le miraron con curiosidad pasajera. Tom dejó que pasaran de largo y entonces echó a andar hacia Bernard con paso ni rápido ni lento. Abajo, el río discurría velozmente cubriendo de espuma las rocas de la orilla. Tom no

recordaba haber visto jamás embarcaciones en el río. Quizás el Salzach era poco profundo. Tom estaba ya a unos cuatro metros de Bernard, a punto de llamarle por su nombre, cuando Bernard volvió la cabeza hacia la izquierda y le vio.

Bernard se irguió súbitamente, y a Tom le pareció que su expresión de hipnotizado no cambiaba al verle, pero recogió la bolsa.

–¡Bernard! – gritó Tom, justo en el momento en que una estruendosa motocicleta pasaba junto a él arrastrando un remolque, y haciéndole temer que Bernard no le hubiese oído-. ¡Bernard!

Bernard se alejó corriendo.

–¡Bernard!

Tom chocó con una mujer y la habría derribado de no ser por que ella se agarró al pasamanos.

–¡Oh, lo siento muchísimo! – dijo Tom.

Lo repitió en alemán mientras recogió un paquete que se le había caído a la mujer.

Ella le contestó algo, algo referente a un futbolista.

Tom siguió corriendo. Bernard seguía a la vista. Tom fruncía el ceño, azorado y enojado. Sentía un repentino odio hacia Bernard. Por un momento su odio fue intenso, luego desapareció. Bernard caminaba a buen paso, sin mirar tras de sí. Había algo de locura en la forma de caminar de Bernard, a zancadas nerviosas aunque regulares que Tom le creía capaz de mantener durante horas hasta desplomarse. «¿Pero se desplomaría sin más alguna vez?» -se preguntó Tom-. Resultaba curioso que a él Bernard le pareciese tan fantasma como él le parecía a Bernard.

Bernard empezaba a vagar en zigzag por las calles, sin rumbo fijo, pero siempre manteniéndose bastante cerca del río. Anduvieron durante media hora, y ya habían dejado tras de sí la ciudad propiamente dicha. Las calles eran ya escasas, con alguna que otra floristería, bosquecillos, jardines, alguna residencia, algún pequeño Konditorei con la terraza, ahora desierta, mirando al río. Finalmente Bernard se metió en uno de éstos.

Tom aflojó el paso. No estaba cansado ni sin aliento después de tanto caminar. Sentía una extraña sensación. Sólo el agradable frescor de la brisa sobre su frente le recordaba que seguía en el mundo de los vivos.

Las paredes del pequeño café eran de cristal, y Tom pudo ver a Bernard sentado en una mesa con un vaso de vino tinto delante.

El establecimiento estaba vacío, a excepción de una delgada camarera, de cierta edad, vestida con un uniforme negro y un delantal blanco. Tom sonrió

aliviado y, sin pensar ni reflexionar en nada, abrió la puerta y entró. Bernard le miró como si estuviese un poco sorprendido, perplejo (fruncía el ceño), pero sin su anterior mirada de terror.

Tom sonrió levemente y le saludó con la cabeza. No sabía por qué lo hacía. ¿Era un saludo? ¿Una afirmación? Si así era, ¿afirmación de qué? Tom se imaginó a sí mismo acercándose una silla, sentándose junto a Bernard y diciéndole:

–Bernard, no soy ningún fantasma. No había mucha tierra sobre mí y me abrí paso al exterior. Es gracioso, ¿eh? Acabo de estar en Londres y vi a Cynthia. Me dijo…

Y se vio también alzando una copa de vino, y dando una palmada al brazo de Bernard y éste comprendería que no se trataba de un aparecido. Pero nada de esto estaba sucediendo. La expresión de Bernard se tiñó de cansancio y -pensó Tom- de hostilidad. Tom volvió a sentir una leve punzada de ira. Se irguió, abrió la puerta tras de sí y salió quedamente, con gesto airoso, sólo que andando hacia atrás.

Se dio cuenta de que lo había hecho premeditadamente.

La camarera del uniforme negro no le había mirado, seguramente porque no le había visto. Estaba en el mostrador de la derecha, haciendo alguna cosa.

Tom cruzó la calle, alejándose del café donde estaba Bernard, y alejándose aún más de Salzburgo. El café estaba en el lado de tierra de la calle, no en la margen del río, de modo que Tom se hallaba ahora bastante cerca del río y de su malecón. Había una cabina telefónica con muchos paneles de cristal cerca del bordillo, y Tom se refugió detrás de ella. Encendió un cigarrillo francés.

Bernard salió del café, y Tom dio lentamente la vuelta a la cabina, procurando que ésta se hallase entre él y Bernard. Bernard le estaba buscando, pero su mirada parecía simplemente nerviosa, como si en realidad no esperase verle. De todos modos, Bernard no le vio y siguió andando bastante aprisa, en dirección contraria a la ciudad de Salzburgo y por el lado de tierra de la calle. Al cabo de un instante Tom le siguió.

Las montañas se alzaban delante, cortadas por el Salzach, montañas pobladas de árboles verde oscuro, pinos principalmente. Seguían andando sobre la acera, pero Tom podía ver dónde ésta terminaba, más allá, y se transformaba en un camino vecinal de doble dirección. ¿Acaso iba Bernard a subir andando una de las montañas con su enloquecida energía? Bernard echó la vista atrás una o dos veces, por lo que Tom tuvo que ocultarse. A juzgar por el comportamiento de Bernard, comprendió que no le había visto.

Debían de estar a unos ocho kilómetros de Salzburgo -se figuró Tom, deteniéndose a secarse la frente y aflojarse la corbata por debajo de la bufanda-. Bernard desapareció por un recodo del camino y Tom reemprendió la marcha. De hecho se puso a correr, temiendo, como había temido en Salzburgo, que Bernard doblase a la derecha o a la izquierda y se esfumase por algún sitio, sin que él pudiera localizarle.

De nuevo dio con él. Bernard miraba hacia atrás en aquel instante, de modo que Tom se detuvo y abrió los brazos para que le viese mejor. Pero Bernard dio media vuelta con la misma rapidez que había hecho ya varias veces, y Tom se quedó con la duda:

¿Le habría visto o no? Aunque ¿qué más daba? Siguió caminando. Bernard se había perdido de vista tras un recodo otra vez, y de nuevo Tom aceleró el paso. Al llegar al siguiente trecho recto del camino, no se veía a Bernard, así que Tom se paró para escuchar, por si acaso se había metido en el bosque. Todo lo que pudo oír fueron los trinos de los pájaros y, desde lejos, las campanas de una iglesia.

Entonces, a su izquierda, Tom oyó un débil crujir de ramas que no tardó en cesar. Tom se metió un poco en el bosque y escuchó.

–¡Bernard! – chilló Tom, con voz enronquecida.

Por fuerza tenía que haberle oído.

El silencio parecía total. ¿Estaría Bernard titubeando? Entonces se oyó un lejano golpe sordo. ¿O era producto de su imaginación?

Tom se adentró más en el bosque. A unos dieciocho metros más hacia adentro, el terreno se inclinaba hacia el río, y un poco más allá había un acantilado de rocas grises que caía sobre el río desde una altura de treinta a cuarenta metros, puede que más. Sobre el acantilado estaba la bolsa de viaje de Bernard, y Tom comprendió inmediatamente lo que había sucedido. Se acercó, con el oído atento, pero hasta los pájaros parecían enmudecidos ahora. Al llegar al borde del precipicio, Tom se asomó. No era escarpada y Bernard habría tenido que andar un poco, o dejarse caer por la pendiente, antes de saltar o, simplemente, de venirse abajo.

–¿Bernard?

Tom se trasladó a la izquierda, desde donde podía asomarse con menor riesgo. Aferrándose a un arbolito, y con otro árbol delante por si resbalaba y tenía que agarrarse para no despeñarse. Tom miró hacia abajo y divisó una forma gris, alargada, sobre las piedras de abajo, con un brazo extendido. La caída equivaldría a unos cuatro pisos, y sobre rocas. Bernard no se movía. Tom regresó

a un terreno más seguro.

Recogió la bolsa de viaje, penosamente ligera de peso.

Pasaron unos momentos antes de que Tom pudiese hilvanar alguna idea. Seguía sujetando la bolsa.

¿Encontrarían a Bernard? ¿Era visible desde el río? ¿Pero quién pasaba por aquel río? No parecía probable que alguien le viese o diese con él, al menos pronto. Tom no se veía con ánimos de acercarse a Bernard todavía, ni de mirarle. Sabía que estaba muerto. Había sido un curioso asesinato.

Tom regresó caminando por la carretera, ahora cuesta abajo, hacia Salzburgo. No se cruzó con nadie. En alguna parte, ya cerca de la ciudad, vio un autobús y le hizo señal de que parase. No tenía una idea muy clara de dónde estaba, pero el autobús parecía dirigirse hacia Salzburgo.

El conductor le preguntó si iba a cierto lugar, cuyo nombre Tom no logró entender.

–Más cerca de Salzburgo -contestó Tom.

El conductor mismo cogió el importe del viaje.

Tom se apeó tan pronto como divisó algo conocido. Entonces prosiguió su camino a pie. Finalmente se halló caminando fatigosamente por la Residenzplatz, que cruzó metiéndose en la Getreidegasse, con la bolsa de viaje en la mano todavía.

Entró en el Goldener Hirsch, respirando súbitamente el agradable perfume de la cera para muebles, el aroma de la comodidad y de la tranquilidad.

–Buenas noches, señor -le dijo el portero, y le entregó la llave.

24

Tom despertó de una pesadilla en la que unas ocho personas (sólo una de las cuales, Jeff Constant, le era conocida), situadas en una casa, se burlaban de él porque nada le salía bien, se le hacía tarde para algo, tenía dificultades para pagar una factura que debía, estaba en calzoncillos cuando debería haber llevado los pantalones puestos, se había olvidado de un compromiso importante. La depresión provocada por el sueño le duró unos minutos después de haberse incorporado en la cama. Tom alargó la mano y tocó la gruesa y pulida madera de la mesita de noche.

Entonces encargó un Kaffee Komplett.

Los primeros sorbos de café le aliviaron. Había estado dudando sobre si hacer algo con respecto a Bernard (¿pero qué?) o llamar a Jeff y a Ed para contarles lo sucedido. Jeff probablemente reaccionaría con mayor coherencia, pero Tom dudaba de que entre uno y otro pudieran aportarle alguna idea sobre lo

que debía hacer seguidamente. Estaba inquieto, con el tipo de inquietud que nunca le conducía a ninguna parte. El objeto de que quisiera hablar con Jeff y con Ed era sencillamente que estaba asustado y solo.

Para evitar la espera en una oficina de correos llena de ruido y de público, descolgó el aparato y pidió comunicación con Jeff en Londres. La media hora más o menos que tuvo que esperar antes que le dieron la conferencia transcurrió en un curioso pero no desagradable limbo. Empezaba a comprender que había deseado el suicidio de Bernard, aunque, al mismo tiempo, no podía acusarse de haberlo provocado, de haberle forzado a suicidarse, ya que sabía que ésta era la intención de Bernard. Al contrario, Tom había demostrado que seguía vivo (y varias veces) sin lugar a dudas, a no ser que Bernard hubiese preferido verle como un fantasma. Asimismo, el suicidio de Bernard poco, quizá nada, tenía que ver con que Tom creyese haberle asesinado. ¿Acaso Bernard no se había ahorcado en efigie en la bodega de Tom, días antes de atacarle en el bosque?

Tom se daba cuenta también de que necesitaba el cadáver de Bernard, y que eso lo había llevado en el fondo del pensamiento. Suponiendo que hiciese pasar el cadáver por el de Derwatt, quedaría aún por esclarecer qué le había sucedido a Bernard Tufts. Eso lo arreglaría más adelante -pensó Tom.

Sonó el teléfono y Tom se lanzó a descolgarlo. Era Jeff.

–Aquí Tom, desde Salzburgo. ¿Me oyes bien?

La comunicación era excelente.

–Bernard… Bernard ha muerto. Por un acantilado. Se tiró.

–No lo dirás en serio. ¿Se ha suicidado?

–Sí. Yo le vi. ¿Qué tal va por Londres?

–Están… La Policía está buscando a Derwatt. No saben en qué parte de la ciudad se halla… o si está en otra parte -dijo Jeff tartamudeando.

–Tenemos que poner fin al asunto Derwatt -dijo Tom-, y ésta es una buena ocasión para hacerlo. No le digas a la Policía nada sobre la muerte de Bernard.

Jeff no comprendía. La conversación se hizo difícil, ya que Tom no podía decirle a Jeff cuál era su intención. Logró comunicarle que, de algún modo, sacaría de Austria los restos de Bernard y posiblemente los llevaría a Francia.

–¿Quieres decir…? ¿Dónde está? ¿Sigue tirado allí?

–Nadie le ha visto. No me quedará más remedio que hacerlo -dijo Tom, haciendo acopio de paciencia para responder a las preguntas, demasiado directas o inacabadas, de Jeff-, como si se incinerase o quisiera que le incinerasen. No hay otra salida, ¿eh?

No la había si, una vez más, trataba de ayudar a Derwatt Ltd.

–No, en efecto-. («Tan útil como siempre, ese Jeff»).

–Dentro de poco daré aviso a la Policía francesa, y a Webster si sigue por ahí -dijo Tom con mayor firmeza.

–Oh, Webster ha regresado. Están buscando a Derwatt aquí y un tipo, un agente de paisano, insinuó ayer que alguien pudo haberle suplantado.

–¿Sospechan que fui yo? – preguntó Tom ansiosamente, pero con un repentino arranque de desafío.

–No, no, Tom. No creo. Pero alguien… no estoy seguro de que fuese Webster… dijo que sentían curiosidad por saber dónde estabas en París y -añadió Jeff- creo que han hecho indagaciones en los hoteles de París.

–En estos momentos -dijo Tom-, tú no sabes dónde estoy, naturalmente, y debes decir que Derwatt parecía deprimido. No tienes idea de a dónde puede haber ido.

Colgaron al cabo de unos segundos. Si, más adelante, la Policía investigaba las andanzas de Tom en Salzburgo, y daban con esta llamada en su cuenta, Tom les diría que la había hecho a causa de Derwatt. Tendría que inventar el cuento de que había seguido a Derwatt hasta Salzburgo, por alguna razón. Bernard tendría que figurar en el cuento también. Si Derwatt por ejemplo…

Supongamos que Derwatt, deprimido y turbado por la desaparición y posible muerte de Murchison, le había llamado a él en Belle Ombre. Probablemente, Derwatt se habría enterado, por Jeff y Ed, de la visita de Bernard a Belle Ombre. Derwatt le habría propuesto un encuentro en Salzburgo, a donde tenía intención de ir (aunque la sugerencia podía atribuírsela a Bernard). Tom diría haber visto a Derwatt dos o tres veces como mínimo en Salzburgo, probablemente en compañía de Bernard. Derwatt parecía deprimido. ¿Motivo concreto? Bien, Derwatt no se lo había contado todo a Tom. Habría hablado poco de Méjico, pero sí le habría preguntado por Murchison, afirmando que su viaje a Londres había sido una equivocación. En Salzburgo, Derwatt había insistido en frecuentar lugares poco concurridos, para tomar café, un plato de Gulyassuppe, o una botella de Grinzing. Fiel a su modo de hacer las cosas, Derwatt no le habría dicho a Tom en qué lugar de Salzburgo se hospedaba, y siempre se habían ido cada uno por su lado al despedirse. Tom sospecharía que Derwatt se alojaba en alguna parte bajo un nombre falso.

Tom diría que ni tan sólo a Heloise había querido decirle que se iba a Salzburgo a ver a Derwatt.

La historia, hasta ahí, empezaba a encajar.

Tom abrió la ventana a la Sigmundplatz, ahora llena de carretillas en las que

se exponían enormes rábanos blancos, lustrosas naranjas y manzanas. Había personas que bañaban en mostaza largas salchichas, en platos de papel.

Quizás ahora ya se atrevería a enfrentarse con la bolsa de viaje de Bernard. Se arrodilló en el suelo y abrió la cremallera. Encima de todo había una camisa sucia. Debajo estaban unos calzoncillos y una camiseta. Tom lo arrojó todo al suelo. Entonces cerró la puerta con llave, aunque las doncellas del hotel (a diferencia de las de muchos otros hoteles) nunca irrumpían en las habitaciones sin llamar antes. Tom prosiguió su tarea. Un Salzburger Nachrichten de dos días antes, un Times de Londres de la misma fecha. Un cepillo de dientes, rasuradora, un cepillo para el pelo muy usado, un par de pantalones enrollados de color beige, y en el fondo la gastada libreta de tapas marrones que Bernard había leído en Belle Ombre. Debajo de esto había un bloc de dibujo encuadernado en espiral, sobre su tapa la firma de Derwatt que servía de marca registrada a la compañía de materiales artísticos. Tom lo abrió. Iglesias barrocas y torres de Salzburgo, algunas un poco inclinadas, embellecidas con curvas de más. Pájaros parecidos a murciélagos volaban sobre algunas de ellas. Aquí y allí, las sombras habían sido trazadas pasando el pulgar humedecido por encima del papel. En uno de los esbozos había unas gruesas tachaduras. En un rincón de la bolsa halló un tintero de tinta china, con el tapón roto por arriba pero todavía en su sitio, junto con un haz de plumas de dibujo y un par de pinceles unidos por medio de una gomita. Tom se atrevió a abrir la libreta marrón para ver si había anotaciones recientes. Nada desde el cinco de octubre de aquel mismo año, pero Tom no podía entretenerse leyendo. Detestaba leer las cartas y los papeles personales de los demás. Reconoció, sin embargo, el papel de escribir de Belle Ombre, dos hojas dobladas. Era lo que Bernard había escrito la primera noche que pasó en casa de Tom, y un vistazo le bastó para comprender que se trataba de una declaración de las actividades de Bernard como falsificador, empezando seis años antes. Tom no quiso leerla y rompió las dos hojas en pedacitos, que echó a la papelera. Volvió a meterlo todo en la bolsa, cerró la cremallera y la guardó en el ropero.

¿Cómo iba a comprar gasolina para quemar el cadáver?

Podría decir que su coche se había quedado seco. Desde luego no podría hacerla todo en un día, porque el único avión de París salía a las tres menos diez de la tarde. Su billete era de ida y vuelta. Naturalmente podía ir en tren, pero quizá la inspección de equipajes fuese más severa en tal caso. Tom no quería que un aduanero le abriese la maleta y se encontrase un paquete lleno de cenizas.

«Un cadáver al aire libre, ¿ardería lo suficiente para convertirse en cenizas?

¿No era necesario emplear un horno? ¿Aumentar el calor?»

Abandonó el hotel poco antes del mediodía. Ya al otro lado del río, compró una maleta pequeña de piel de cerdo en una tienda de la Schwarzstrasse, y adquirió también varios periódicos que puso en la maleta. El día era frío y ventoso, aunque brillaba el sol. Tomó un autobús que seguía el curso del río hacia arriba por la ciudad vieja, en dirección a Mariaplain y Bergheim, dos ciudades que había localizado en el mapa. Se apeó en un lugar que le pareció el indicado y empezó a buscar una gasolinera. Tardó veinte minutos en dar con una. Antes de acercarse a ella escondió la nueva maleta entre los árboles.

El empleado se ofreció cortésmente a llevarle en coche hasta el suyo, pero Tom le dijo que no estaba muy lejos y le preguntó si podía comprar también el recipiente, ya que quería evitarse el regresar a devolverlo. Compró diez litros. No volvió la vista atrás al alejarse carretera arriba. Recogió la maleta. Al menos no se había equivocado de carretera, pero había un largo trecho y en dos ocasiones se metió en el bosque creyendo haber dado con el lugar que estaba buscando.

Al final encontró el sitio. Vio las rocas grises delante de él. Dejó la maleta y, con la lata de gasolina, descendió dando un rodeo. La sangre había dejado unos regueros irregulares a derecha e izquierda del cadáver de Bernard. Tom inspeccionó los alrededores. Necesitaba una cueva, un hueco, algo que formase un saliente que contribuyese a incrementar el calor. Haría falta mucha leña. Recordaba fotografías de piras funerarias en la India, instaladas en elevados ghats. Al parecer aquello requería mucha leña. Debajo de un acantilado encontró un lugar idóneo, una especie de cavidad entre las rocas. Lo más fácil iba a ser bajar el cuerpo rodando.

Primero quitó el único anillo que llevaba Bernard. Era de oro y llevaba algo parecido a una cresta gastada. Estuvo a punto de arrojarlo entre los árboles, pero reflexionó que siempre habría la posibilidad de que lo encontrasen, de modo que se lo echó al bolsillo con intención de tirarlo al Salzach desde un puente. Seguidamente los bolsillos. No había más que unas escasas monedas austríacas en el impermeable, cigarrillos en un bolsillo de la americana, y allí se quedaron, y un billetero en los pantalones. Tom sacó su contenido y lo arrugó, billetes y papeles, guardándoselo para encender el fuego con ello o simplemente lanzarlo a las llamas. Entonces levantó el pesado cuerpo y lo hizo rodar. Cayó dando tumbos entre las rocas. Tom bajó tras él y lo arrastró hacia el hueco que había encontrado.

Entonces, contento de poder volver la espalda al cadáver, empezó a recoger

leña con gran energía. Hizo al menos seis viajes hasta la pequeña cripta que había hallado. Evitaba mirar hacia el rostro y la cabeza de Bernard, ambos de color oscuro ya. Finalmente recogió puñados de hojas y ramitas secas, tantas como pudo encontrar, y entre ellas metió los papeles y billetes del billetero de Bernard. Luego arrastró el cuerpo hasta dejado encima de la pira, conteniendo la respiración mientras empujaba las piernas, y apretaba un brazo con el pie para dejado bien colocado. El cadáver estaba rígido, con uno de los brazos extendidos. Tom cogió la gasolina y vertió la mitad sobre el impermeable, empapándolo. Decidió buscar más leña para colocada encima antes de prender fuego a la pira.

Encendió una cerilla y la arrojó desde lejos.

Las llamas se alzaron al instante, amarillas y blancas. Tom, con los ojos entornados, buscó un lugar a donde no llegase el humo. La crepitación era enorme. Tom no miraba.

No había signos de vida a la vista, ni tan sólo un pájaro volando.

Recogió más leña. Nunca habría demasiada -pensó-. El humo era pálido pero abundante.

Un coche pasó de largo por la carretera, un camión, a juzgar por el ruido del motor. Tom no podía verlo a causa de los árboles. El sonido se desvaneció y Tom confió en que no se hubiese detenido para investigar. Pero pasaron tres o cuatro minutos sin novedad y Tom supuso que el conductor habría proseguido su camino. Sin mirar los restos de Bernard, Tom hurgaba en la hoguera para que las ramas estuvieran más cerca de las llamas. Se valía de un largo palo. Tenía la impresión de estar haciendo las cosas torpemente, de que e! fuego no daba suficiente calor, que no era ni con mucho el calor intenso que se necesitaba para incinerar un cadáver como es debido. Lo único que podía hacer, por consiguiente, era hacer durar el fuego todo el tiempo posible. Eran las dos y diecisiete minutos. De la hoguera se desprendía bastante calor, a causa del saliente, y finalmente, Tom se vio obligado a lanzar las ramas desde cierta distancia. Siguió lanzándolas sin parar durante varios minutos. Cuando las llamas disminuyesen un poco, podría acercarse al fuego, recoger las ramas a medio quemar y tirarlas de nuevo a la hoguera. Todavía le quedaba la mitad de la lata de gasolina.

Con cierto método en sus actos, Tom recogió aún más leña, adentrándose más en el bosque, para e! esfuerzo final. Cuando hubo reunido un buen montón, arrojó la lata de gasolina sobre el cuerpo, que conservaba todavía una descorazonadora apariencia humana. El impermeable y los pantalones se habían

quemado, pero no así los zapatos, y la carne, lo que podía ver de ella, estaba ennegrecida, pero no quemada, evidentemente ahumada tan sólo. La lata de gasolina retumbó como un tambor, pero no fue una explosión. Tom se mantenía constantemente alerta por si se oían pisadas, o crujidos de ramas, en el bosque. Era posible que acudiera alguien a causa del humo. Por último, Tom se apartó unos cuantos metros y se quitó e! impermeable y se lo colgó al brazo, sentándose en el suelo, de espaldas a la fogata. Que pasaran unos buenos veinte minutos -pensó-. Los huesos no arderían, ni se desintegrarían, eso lo sabía. Sería necesaria otra fosa. Tendría que procurarse una pala en algún sitio. ¿Comprarla? Sería más prudente robar una.

Al volver la vista a la pira, la halló negra, rodeada de rojas ascuas. Las atizó hacia el centro. El cuerpo seguía siendo un cuerpo. Como incineración, había sido un fracaso -comprendió Tom-. Deliberó sobre si convenía acabar la tarea hoy mismo o dejarlo para el día siguiente, y optó por lo primero, si había suficiente luz para ver lo que estaba haciendo. Lo que le hacía falta era algo para cavar. Hurgó el cuerpo con el mismo palo de antes y lo notó blando como la gelatina. Dejó la maleta tumbada de lado entre un pequeño grupo de árboles.

Entonces subió casi corriendo hasta la carretera. El olor del humo era horrible, y, de hecho, se había pasado varios minutos sin respirar apenas. Pensó que podía tomarse una hora para buscar la pala, si es que tardaba tanto. Se alegró de tener un plan, el que fuese, porque en aquellos momentos se sentía completamente perdido e inexperto. Se fue carretera abajo, sin la maleta, con las manos vacías. Al cabo de unos minutos, llegó a un grupo de casas bastante dispersas, no lejos del café donde Bernard se había tomado un vaso de vino tinto. Vio unos cuantos jardines bien cuidados, con invernáculos de cristal, pero no había ninguna pala convenientemente apoyada en los ladrillos de las paredes.

–Grüs Gott!-le dijo un hombre que estaba cavando en su jardín con una pala estrecha y afilada, justo la que le hubiese ido bien a Tom.

Tom le devolvió e! saludo con aire tranquilo.

Entonces reparó en una parada de autobús que no había visto el día anterior. Una joven, quizás una mujer, se dirigía hacia ella, hacia Tom. Seguramente e! autobús no tardaría. Tom tenía ganas de cogerlo cuando viniese, de olvidarse del cadáver y de la maleta. Pasó por el lado de la muchacha sin mirarla, confiando en que ella no le recordaría. Entonces vio una carretilla de metal, llena de hojas, al lado del bordillo, y sobre la carretilla había una pala. No podía creerlo. Un regalo del Cielo, sólo que la pala no tenía filo. Tom aflojó el paso y echó un vistazo hacia el bosque, pensando en que posiblemente el obrero propietario de

la pala se habría ocultado discretamente unos momentos.

Llegó el autobús. La muchacha subió en él, y el vehículo se alejó.

Tom cogió la pala y rehizo su camino con la misma tranquilidad con que había venido. Transportaba la pala con el mismo ademán indolente con que habría llevado un paraguas, sólo que tenía que llevarlo en posición horizontal. Llegado a su destino, Tom dejó la pala y fue a por más leña. El tiempo apremiaba, y mientras aún había suficiente luz para ver bien, Tom se aventuró más hacia el interior del bosque, en busca de combustible. Tendría que destruir el cráneo comprendió-, y sobre todo, desembarazarse de la dentadura, y no quería regresar el día siguiente. Atizó el fuego una vez más, luego cogió la pala y empezó a cavar en un lugar cubierto de hojas húmedas. No era tan fácil como haciéndolo con una horca. Aunque, por otro lado, los restos de Bernard no llamarían la atención de ningún animal vagabundo, de modo que no era necesario cavar una fosa muy honda. Cuando se sintió cansado, regresó a la fogata y sin detenerse ni un instante descargó la pala sobre el cráneo. Comprendió que no iba a lograr nada. Pero con un par de golpes más consiguió desprender la mandíbula, que sacó arrastrándola con la herramienta. Echó más leña cerca del cráneo.

Después se acercó a la maleta y desplegó los periódicos en el interior. Haría falta coger alguna parte del cuerpo. Se sobrecogió con repugnancia ante la idea de coger una mano o un pie. Algún pedazo del tronco, quizás. La carne era la carne, y ésta era humana e imposible confundirla con la de una vaca, por ejemplo -supuso Tom-. Le dio un ataque momentáneo de náusea y se agazapó, apoyándose en un árbol. Luego se encaminó directamente hacia la pira con la pala y raspó la cintura de Bernard para arrancar un pedazo de carne. La sustancia estaba oscura y un poco húmeda. Tom la transportó en la pala hasta la maleta y la dejó caer en ella. Dejó la maleta abierta. Entonces se tumbó en el suelo, agotado.

Pasó quizás una hora. Tom no dormía. Era consciente de que el crepúsculo se cernía sobre él, y se dio cuenta de que no llevaba una linterna. Se puso en pie. Un nuevo intento con la pala contra la cabeza no dio resultado. Tampoco lograría nada pisoteándola, estaba seguro. Tendría que ser una piedra. Buscó una roca y la hizo rodar hasta el fuego. La levantó con una energía desconocida hasta el momento, y quizá fugaz, y la dejó caer sobre el cráneo. La roca quedó allí, sobre el cráneo aplastado. Apartó la roca con la pala, dando unos pasos hacia atrás rápidamente para evitar el calor de las brasas. Hurgó un poco y extrajo un raro amasijo de huesos y lo que debió de haber sido la mitad superior de la dentadura.

Esta actividad le procuró un cierto sosiego, y Tom empezó entonces a poner un poco de orden. Más optimista, le parecía que la forma alargada no tenía ninguna semejanza con un despojo humano. Volvió a cavar la fosa. Era estrecha y pronto alcanzó casi noventa centímetros de profundidad. Utilizando la pala hizo rodar la humeante forma hacia la fosa que acababa de cavar. De vez en cuando apagaba a golpes de pala las llamitas que prendían en el suelo. Antes de enterrar el esqueleto comprobó que no se hubiese olvidado de separar de él la parte superior de la dentadura. Enterró los restos y los cubrió de tierra. Algunas espirales de humo surgieron de entre las hojas que esparció sobre la fosa como última medida de camuflaje. Con unas hojas de periódico arrancadas de la maleta envolvió el fragmento de hueso que contenía los dientes superiores, luego recogió la mandíbula inferior y la metió dentro también.

Hizo un montón con las ramas y demás componentes de la fogata, asegurándose en lo posible de que las brasas no fuesen a saltar del montón e iniciasen un incendio en el bosque. Para mayor seguridad rastrilló las hojas que había en la hoguera. Pero no podía permanecer más tiempo allí, debido a la creciente oscuridad. Con los periódicos de la maleta envolvió el paquetito y emprendió la subida hacia la carretera, llevando la maleta y la pala.

Cuando llegó a la parada del autobús, la carretilla de mano ya no estaba donde la había encontrado. Dejó la pala junto al bordillo, de todos modos.

En la siguiente parada del autobús, a un buen trecho de la otra, se puso a esperar. Una mujer se unió a la espera. Tom no la miró.

Mientras el autobús iba dando tumbos por la carretera, parándose de vez en cuando para que se apeara algún pasajero, Tom trataba de pensar, y, como de costumbre, su cerebro funcionaba desordenadamente, a trompicones. «¿Qué tal resultaría decir que todos ellos, Bernard, Derwatt y él mismo habían coincidido en Salzburgo y hablado en diversas ocasiones? Derwatt había hablado del suicidio. Y había manifestado su deseo de ser incinerado, pero no en un horno crematorio, sino al aire libre. Les había pedido a Bernard y a él que se encargasen de hacerla. Él había intentado aliviar la depresión que aquejaba a los otros dos, pero la de Bernard era por causa de Cynthia (Jeff y Ed atestiguarían este punto), y la de Derwatt…»

Tom se apeó del autobús sin importarle dónde estaba, pues quería pensar mientras caminaba.

–¿Su maleta, señor?

Era el botones del Goldener Hirsch.

–Oh, es muy ligera -dijo Tom-. Gracias.

Subió a su habitación.

Tom se lavó la cara y las manos, luego se desnudó y se bañó. Se imaginaba conversaciones sostenidas con Bernard y Derwatt en varios Biery Weinstübl de Salzburgo. Habría sido la primera vez que Bernard veía a Derwatt desde que éste se marchase a Grecia, hacía cinco o más años, ya que Bernard había evitado a Derwatt cuando éste regresó a Londres, ni estaba en dicha ciudad cuando Derwatt hizo su segunda y breve aparición. Bernard ya había estado en Salzburgo. Le había hablado a Tom de la ciudad (lo cual era cierto) durante su estancia en Belle Ombre, y cuando Derwatt había llamado a Heloise en Belle Ombre, ella le había dicho que Tom se había ido a Salzburgo para ver a Bernard o tratar de localizarle y, por tanto, Derwatt se había ido allí también. ¿Qué nombre habría utilizado Derwatt? Bien, esto tendría que permanecer en el misterio. ¿Quién sabía el nombre que Derwatt utilizaba en Méjico, por ejemplo? Le quedaba decirle a Heloise (pero sólo si alguien se lo preguntaba) que Derwatt había llamado a Belle Ombre.

Puede que la historia no fuese perfecta, que, quedasen algunos cabos sueltos todavía, pero era un principio.

Por segunda vez se enfrentó con la bolsa de viaje de Bernard, y esta vez lo que buscaba eran notas que Bernard hubiese escrito recientemente. La del cinco de octubre decía:

«A veces tengo la impresión de haber muerto ya. Curiosamente, queda lo bastante de mí para darme cuenta de que mi identidad, mi ser se ha desintegrado y, de un modo u otro, se ha desvanecido. Jamás fui Derwatt, ahora, ¿soy realmente Bernard Tufts?»

Tom no podía dejar que las últimas dos frases quedasen allí, de modo que arrancó toda la página.

En algunos de los dibujos había anotaciones. Unas cuantas se referían a los colores, los verdes de las edificaciones de Salzburgo.

Otra decía:

«La ruidosa casa museo de Mozart. Ni un retrato suyo que valga la pena.»

Y más abajo:

«A menudo me paro a contemplar el río. Su curso es rápido, y eso me gusta. Quizá sea ésta la mejor forma de acabar, desde un puente, por la noche, cuando es de esperar que haya poca gente y nadie pueda gritar "¡Sálvenlo!".»

Eso era lo que a Tom le hacía falta. Cerró rápidamente el bloc de dibujo y lo colocó de nuevo en la bolsa de viaje.

¿Habría alguna anotación que le mencionase a él? Tom volvió a examinar el

bloc, buscando su nombre o sus iniciales. Después abrió la libreta marrón. La mayor parte del contenido la componían los extractos copiados del diario de Derwatt, y las últimas anotaciones, hechas por Bernard, llevaban fecha, todas, y correspondían a los días en que Bernard había estado en Londres. Nada sobre Tom Ripley.

Tom bajó al restaurante del hotel. Ya era tarde, pero todavía podría encargar algo de comer. Después de unos cuantos bocados, empezó a sentirse mejor. El vino blanco, fresco y ligero, le inspiraba. Podía permitirse el tomar el avión del día siguiente al mediodía. Si le hacían preguntas sobre la llamada telefónica a Jeff el día anterior, diría que la había hecho por propia iniciativa, para informar a Jeff de que Derwatt estaba en Salzburgo y que él, Tom, estaba preocupado por él. También tendría que decir que le había pedido a Jeff que no dijese a nadie dónde estaba, y menos que a nadie «al público». ¿Y Bernard? ¿Por qué no decir que también había informado a Jeff de la presencia de Bernard en Salzburgo? La Policía no estaba buscando a Bernard Tufts. Y su desaparición, seguramente un suicidio y, probablemente, en el río Salzach, debió de haberse producido la noche del día en que Tom y Bernard incineraron el cadáver de Derwatt. Era mejor decir que Bernard le había ayudado en la incineración.

Tom previó que le censurarían e! haber consentido y colaborado en un suicidio. ¿Qué hacían con los que cometían semejante delito? Derwatt había insistido en tomarse una dosis masiva de somníferos -diría Tom-. Los tres habían pasado la mañana en el bosque, paseando. Derwatt ya se había tomado unas cuantas píldoras antes de reunirse con los demás. Les había resultado imposible prever que Bernard se tomaría el resto del tubo (esto tendría que confesarlo) Tom no había querido obstaculizar algo que Derwatt deseaba con tanta insistencia. Y Bernard tampoco.

Regresó a su habitación y abrió la ventana, entonces abrió la maleta de piel de cerdo. Sacó el pequeño bulto envuelto con periódicos y lo reforzó con más papel impreso. El bulto, pese a todo, apenas era mayor que un pomelo. Después cerró la maleta por si entraba alguna doncella del hotel (aunque la cama ya estaba preparada), dejó la ventana ligeramente abierta, y bajó al vestíbulo con el paquetito. Torció por el puente hacia la derecha, el puente de la barandilla, el mismo en que el día anterior había visto a Bernard mirando el río. Tom se apoyó en la barandilla del mismo modo. Y cuando no pasaba nadie abrió las manos y dejó caer el bulto. Cayó fácilmente y pronto se perdió de vista en la oscuridad. Tom llevaba también consigo el anillo de Bernard y lo dejó caer de igual manera. A la mañana siguiente, Tom reservó plaza para el avión y luego salió a comprar

algunas cosillas, principalmente para Heloise. Compró un chaleco verde para ella y un Wolljanker azul claro como el color de los paquetes de Gauloise, una blusa blanca con volantes fruncidos y para él mismo se compró otro chaleco verde, más oscuro, y un par de cuchillos de monte.

El pequeño avión llevaba esta vez el nombre de Ludwig van Beethoven.

A las ocho ya estaba en Orly. Presentó su auténtico pasaporte. Una mirada a él y a la fotografía y le dejaron pasar sin sellar nada. Tomó un taxi hasta Villeperce. Temía que Heloise tuviese invitados y, al ver el Citroen rojo estacionado delante de la casa, comprendió que así era. El coche era el de los Grais.

Estaban acabando de cenar. En la chimenea ardía un fuego acogedor.

–¿Por qué no telefoneaste? – se quejó Heloise, aunque se alegraba de verle.

–No os interrumpáis por mí -dijo Tom.

–¡Pero si ya hemos terminado! – dijo Agnes Grais.

Era cierto. Estaban a punto de tomarse el café en la sala de estar.

–¿Ha cenado usted, m'sieur Tome? – preguntó madame Annette

Tom respondió que sí, pero que le gustaría tomar un poco de café. Hablando de forma normal -pensó él- les dijo a los Grais que había estado en París visitando a un amigo que tenía problemas de índole personal. Los Grais no parecían dispuestos a fisgonear. Tom preguntó a qué se debía que Antoine, el atareado arquitecto, estuviese en casa, en Villeperce, un jueves por la noche.

–Al sibaritismo -contestó Antoine-. Hace buen tiempo, me convenzo a mí mismo de que estoy tomando notas para un nuevo edificio y, lo más importante de todo, estoy diseñando una nueva chimenea para la habitación de los huéspedes de casa.

Se echó a reír.

«Sólo Heloise -se figuró Tom- parecía darse cuenta de que él no estaba normal.

–¿Qué tal fue la fiesta de Noëlle el martes? – preguntó Tom.

–Muy divertida -dijo Agnes-. ¡Te echamos de menos!

–¿Qué me dices del misterioso Murchison? – preguntó Antoine-. ¿Qué se sabe?

–Bueno… Todavía no han dado con él. Mistress Murchison vino a verme… como probablemente ya os habrá contado Heloise.

–Pues no, no lo ha hecho -dijo Agnes.

–No pude ayudarla mucho -dijo Tom-. El cuadro de su marido, uno de los de Derwatt, también fue robado en Orly.

Tom pensó que no era arriesgado decirlo, ya que era cierto y, además, lo habían publicado los periódicos.

Tras tomarse un café, Tom se disculpó diciendo que quería deshacer la maleta y que regresaría en un momento. Le fastidió el que madame Annette ya le hubiese subido las maletas, sin hacer caso de su indicación de que las dejase en el piso de abajo. Ya arriba, se tranquilizó al comprobar que no había abierto ninguna de las dos maletas, probablemente porque ya tenía bastante trabajo en el piso inferior. Colocó la maleta nueva en un ropero y abrió la otra, que había llenado con sus compras. Luego se fue con los demás.

Los Grais eran madrugadores y se marcharon antes de las once.

–¿Volvió a llamar Webster? – preguntó Tom a Heloise.

–No -respondió ella suavemente, en inglés-, ¿pasa algo si madame Annette sabe que estuviste en Salzburgo?

Tom sonrió, aliviado al comprobar lo eficiente que era Heloise.

–Pues no. A decir verdad, debes decir que estuve allí.

Tom quería explicar lo sucedido, pero aquella noche no podía decirle a Heloise nada sobre los restos de Bernard, y quizás ninguna otra noche tampoco. Las cenizas de Derwatt-Bernard.

–Te lo explicaré más adelante. Pero ahora tengo que llamar a Londres.

Cogió el teléfono y pidió conferencia con el estudio de Jeff.

–¿Qué sucedió en Salzburgo? ¿Viste al fou? – preguntó Heloise, más preocupada por Tom que enfadada con Bernard.

Tom echó una mirada hacia la cocina, pero madame Annette ya se había despedido y la puerta estaba cerrada.

–El fou ha muerto. Suicidado.

–Vraiment! ¿No estarás bromeando, Tome?

Pero Heloise sabía que no era una broma.

–Lo que importa, lo que hay que decir a todo el mundo, es que fui a Salzburgo.

Tom se arrodilló en el suelo al lado de la silla de Heloise, descansó la cabeza en su regazo durante un instante, entonces se levantó y la besó en ambas mejillas.

–Cariño, tengo que decir que Derwatt ha muerto también, en Salzburgo. Y… en caso de que te pregunten, Derwatt llamó a Belle Ombre desde Londres y preguntó si podía visitarme. Así que tú le dijiste que yo me había ido a Salzburgo. ¿De acuerdo? Es fácil de recordar, porque es la verdad.

Heloise le miró de soslayo, algo maliciosamente.

–¿Qué es cierto y qué es falso?

Su voz tenía un extraño tono filosófico. Verdaderamente era una pregunta propia para filósofos, y ¿por qué tenían que preocuparse ellos dos de hallar la respuesta?

–Ven conmigo arriba y te demostraré que vengo de Salzburgo. Cogió a Heloise y la hizo levantarse de la silla.

Subieron a la habitación de Tom y miraron las cosas que había en la maleta. Heloise se probó el chaleco verde y estrechó la chaqueta azul entre sus brazos. Se la probó también y le iba bien.

–¡Y has comprado una maleta nueva! – dijo al ver la maleta de piel de cerdo en el ropero.

–Es una maleta corriente -respondió Tom en francés, en el momento en que sonaba el teléfono.

Hizo señas a Heloise para que se apartase de la maleta. Le dijeron que el teléfono de Jeff no contestaba, y Tom pidió a la telefonista que insistiese. Se estaba acercando la medianoche.

Se duchó mientras Heloise hablaba con él.

–¿Bernard ha muerto? – preguntó ella.

Tom se estaba quitando la espuma del jabón y se sentía más que feliz de estar en casa y sentir bajo sus pies su propia bañera. Se puso un pijama de seda.

No sabía por dónde comenzar la explicación. Volvió a oírse el teléfono.

–Si prestas atención -dijo Tom-, comprenderás.

–Allô?-dijo Jeff.

Tom se irguió, tenso, y su voz adquirió un tono serio.

–Hola. Aquí Tom. Te llamo para decirte que Derwatt ha muerto… Murió en Salzburgo…

Jeff tartamudeaba, como si su teléfono estuviese interceptado, y Tom siguió hablando como lo haría cualquier ciudadano corriente y honrado.

–Todavía no he dado parte a la policía. La muerte… se produjo en circunstancias que no me gustaría relatar por teléfono.

–¿V-vas a… venir a Londres?

–No, no, pero quisiera que hablases con Webster. Dile que te llamé, que estuve en Salzburgo buscando a Bernard… Bueno, Bernard no importa ahora, a no ser por algo que sí es importante. ¿Puedes entrar en su estudio y hacer desaparecer todo vestigio de Derwatt?

Jeff comprendió. Él y Ed conocían al administrador y pedirían la llave. Podían decide que Bernard necesitaba alguna cosa. Y esto explicaría el hecho de

que se llevasen algunos bosquejos, posiblemente algunos lienzos sin terminar.

–No os olvidéis de nada -dijo Tom-. Ahora, sigamos. Figura que Derwatt llamó a mi mujer hace unos días. Ella le dijo que yo me había marchado a Salzburgo.

–Sí, pero ¿por qué…?

Por qué Derwatt quiso ir a Salzburgo -supuso Tom que Jeff iba a preguntar.

–Me parece que lo importante es que estoy dispuesto para ver a Webster aquí. De hecho, quiero vede. Tengo noticias.

Tom colgó y se volvió hacia Heloise. Sonreía de modo algo forzado. Y, con todo, ¿no iba a salirse con la suya?

–¿Qué quieres decir? – preguntó Heloise en inglés-. ¿Que Derwatt murió en Salzburgo? Pero, si tú me dijiste que murió hace años en Grecia…

–Hay que probar que ha muerto. ¿Sabes, querida? Hice todo esto para proteger… el honor de Philip Derwatt.

–Pero, ¿cómo se puede matar a un hombre que ya ha muerto?

–Eso déjamelo a mí, ¿quieres?

Tom consultó su reloj de pulsera, que estaba sobre la mesita de noche.

–Tengo trabajo que hacer esta noche, unos treinta minutos, y después me gustaría reunirme contigo para…

–¿Trabajo?

–Unas casitas que debo hacer -("Cielos, si una mujer no era capaz de entender eso. ¿Quién lo era?»)-. Obligaciones; nada importante.

–¿No puedes dejado para mañana?

–Puede que el inspector Webster llegue mañana. Quizás incluso a primera hora. Y en lo que tardes en desnudarte, casi, estaré contigo.

La hizo levantarse, y ella se puso en pie de buen grado, lo que le hizo comprender que estaba de buen humor.

–¿Hay noticias de tu padre?

Heloise no pudo más: se puso a hablar en francés y dijo algo así como:

–¡Al diablo con papá… en semejante noche!… ¡Dos cadáveres en Salzburgo! Querrás decir uno solo, chéri, o ni tan sólo uno, ¿eh?

Tom se echó a reír, encantado de la irrespetuosa actitud de Heloise, pues se parecía a la de él mismo. El sentido del decoro de Heloise no era sino pura apariencia, lo sabía muy bien, pues de lo contrario nunca se habría casado con él.

Cuando Heloise se fue, Tom se dirigió a la maleta y extrajo la libreta marrón y el bloc de dibujo de Bernard. Colocó ambas cosas cuidadosamente sobre el escritorio. Se había desembarazado de los pantalones y de la camisa de Bernard

echándolos a un cubo de la basura en Salzburgo, y en otro cubo había tirado la misma bolsa de viaje. Tom diría que Bernard le había pedido que le guardase la bolsa mientras él salía en busca de otro hotel. Bernard no había regresado, y Tom había conservado únicamente los objetos de valor. Entonces, de la cajita de los gemelos, sacó el anillo mejicano qué había llevado en Londres la primera vez que se hizo pasar por Derwatt. Se lo llevó al piso de abajo, descalzo, sin hacer ruido y lo colocó en el centro de las brasas de la chimenea. «Seguramente se fundiría y quedaría convertido en una bola -se imaginó- pues la plata mejicana era pura y blanca. Algo quedaría, algo que él añadiría a las cenizas de Derwatt, mejor dicho, de Bernard. Tendría que levantarse temprano por la mañana, antes de que madame Annette limpiase las cenizas de la chimenea.»

Heloise estaba acostada, fumando un cigarrillo. A Tom no le gustaba fumar los cigarrillos rubios de Heloise, pero le gustaba el aroma que despedía el humo cuando ella los fumaba. Tom la estrechó con fuerza después de apagar la luz. Lástima no haber tirado también al fuego el pasaporte de Robert Mackay. ¿Tendría un momento de paz alguna vez?

25

Tom se desembrolló de la dormida Heloise, retirando un brazo de debajo del cuello de la mujer, e incluso se atrevió a darle la vuelta y besarle un seno antes de salir sigilosamente de la cama. Ella no se había despertado apenas; y probablemente pensaría que iba al lavabo. Caminó descalzo hasta su habitación y sacó el pasaporte de Mackay de un bolsillo de su americana.

Bajó al primer piso. Las siete menos cuarto según el reloj cerca del teléfono. En la chimenea parecía haber solamente cenizas blanquecinas, pero sin duda todavía estaba caliente. Con una ramita escarbó en busca del anillo de plata, al mismo tiempo que se disponía a esconder el pasaporte verde en la mano (lo había doblado por la mitad) si entraba madame Annette. Encontró el anillo, ennegrecido y algo deformado, pero no tan desfigurado como había creído hallado. Lo dejó en la repisa para que se enfriase, atizó las brasas e hizo pedazos el pasaporte, al que aplicó una cerilla para que quemase más rápidamente. Se quedó mirando cómo el fuego lo consumía. Después subió con el anillo y lo colocó junto al indescriptible amasijo rojinegro que había en la maleta de Salzburgo. Sonó el teléfono y Tom lo descolgó casi al instante.

–Oh, inspector Webster, ¿qué tal?… No importa, estaba levantado.

–Si he entendido bien a mister Constant… ¿Derwatt ha muerto? Tom titubeó un instante y Webster lo aprovechó para añadir que mister Constant le había llamado a su oficina la noche antes, a última hora, y había dejado un recado.

–Se suicidó en Salzburgo -dijo Toro-. Precisamente yo estaba allí.

–Quisiera verle a usted, mister Ripley, y le llamo a hora tan temprana porque sé que puedo tomar un avión a las nueve. ¿Puedo pasar a verle esta mañana sobre las once?

Tom se apresuró a decir que sí.

Luego regresó a la alcoba de Heloise. Se despertarían (si Tom volvía a dormirse) al cabo de otra hora, al entrar madame Annette con el té de Heloise y su café. Madame Annette estaba acostumbrada a encontrarlos a los dos en la alcoba de uno de ellos. No se durmió, pero un poco de reposo, como el que había logrado junto a Heloise, le resultó igualmente restaurador.

Madame Annette llegó alrededor de las ocho y media, y Tom le indicó por señas que se tomaría el café, pero que Heloise preferiría dormir más. Tom sorbía su café y pensaba en lo que debía hacer a continuación, en cómo debía comportarse. Con honradez ante todo -pensó- y mentalmente repasó la historia. Derwatt llamando porque le afligía la desaparición de Murchison (le afligía exageradamente, por curioso que fuese, y eso era precisamente la clase de reacción ilógica que parecería verdadera) y preguntando si podía visitar a Tom. Y Heloise contestándole que Tom se había ido a Salzburgo a localizar a Bernard Tufts. Sí, lo mejor sería que Heloise le hablase de Bernard a Webster. Para Derwatt, Bernard Tufts era un viejo amigo cuyo nombre le habría hecho reaccionar inmediatamente. Ya en Salzburgo, Tom y Derwatt se habían ocupado más de Derwatt que de Murchison.

Cuando Heloise empezó a dar señales de vida, Tom salió de la cama y bajó a pedirle a madame Annette que preparase más té. Eran cerca de las nueve y media.

Tom salió a ver la antigua sepultura de Murchison. Había llovido un poco desde la última vez que la vio. Dejó tal como estaban las escasas ramas que había sobre la fosa, ya que su apariencia era de naturalidad y no hacían sospechar que alguien había tratado de ocultar la fosa. Además, sea como fuese, Tom no tenía por qué ocultar las huellas de las excavaciones hechas por la Policía.

Alrededor de las diez, madame Annette salió a la compra.

Tom le dijo a Heloise que el inspector Webster iba a visitarles y que él, Tom, quería que ella estuviese presente.

–Puedes decirle con toda franqueza que fui a Salzburgo para tratar de dar con Bernard.

–¿Es que monsieur Webster va a acusarte de algo?

–¿Cómo iba a hacerla? – replicó Tom sonriendo.

Webster llegó a las once menos cuarto. Llevaba su cartera negra y tenía el mismo aire de eficiencia de un médico.

–Mi esposa… a quien ya conoce -dijo Tom.

Se hizo cargo del abrigo de Webster y le pidió que se sentase. El inspector se sentó en el sofá. Primero hizo un detenido examen de fechas y horarios, tomando algunas notas. ¿Cuándo había recibido Tom noticias de Derwatt? El tres de noviembre, domingo -pensó Tom.

–Mi esposa habló con él cuando llamó -dijo Tom-. Yo estaba en Salzburgo.

–¿Usted habló con Derwatt? – preguntó Webster a Heloise. – En efecto. Él quería hablar con Tome, pero yo le dije que Tome estaba en Salzburgo… buscando a Bernard. – Mmm. ¿En qué hotel se alojó usted? – preguntó Webster a Tom. El inspector ostentaba su habitual sonrisa y, a juzgar por su alegre expresión, habríase dicho que no había ninguna muerte de por medio.

–En el Goldener Hirsch -respondió Tom-. Primero fui a París, por una corazonada, a buscar a Bernard Tufts, luego me fui a Salzburgo, porque Bernard había mencionado esta ciudad. No es que dijese que iría allí, pero dijo que le gustaría volver a ver Salzburgo. La ciudad es pequeña y no resulta difícil dar con alguien a quien se esté buscando. Sea como fuere, el caso es que le encontré al segundo día de mi llegada.

–¿A quién vio primero, a Bernard o a Derwatt?

–Oh, a Bernard, porque era a él a quien buscaba. No sabía que Derwatt estuviera en Salzburgo.

–Y… siga -dijo Webster. Tom se inclinó hacia delante en la silla.

–Bien… Hablé con Bernard a solas una o dos veces, supongo. Igual con Derwatt. Luego nos reunimos los tres unas cuantas veces. Ellos eran amigos desde hacía tiempo. Me pareció que Bernard era el que estaba más deprimido. Su amiga de Londres, Cynthia, no quiere volver a verle. ¿Es que Derwatt no…?

Tom titubeó.

–Derwatt parecía más preocupado por Bernard que por sí mismo. Tengo, por cierto, un par de libretas de Bernard que creo que debería enseñarle a usted.

Tom se puso en pie, pero Webster dijo:

–Antes quiero cerciorarme de algunos hechos. Bernard se suicidó, ¿cómo lo hizo?

–Se esfumó. Eso fue justo después de la muerte de Derwatt. Por lo que escribió en la libreta, me inclino a pensar que se ahogó en el río de Salzburgo. Pero no estaba lo bastante seguro como para dar parte a la Policía local. Antes

deseaba hablar con usted.

Webster parecía un poco perplejo, incluso atontado, lo cual no sorprendía a Tom.

–Me interesa muchísimo ver las libretas de Bernard, pero Derwatt… ¿qué sucedió allí?

Tom miró de soslayo a Heloise.

–Bueno, el martes, teníamos que encontrarnos los tres alrededor de las diez de la mañana. Derwatt había tomado unos sedantes, según nos dijo. Antes ya había hablado de suicidarse y de que quería ser incinerado… por nosotros, Bernard y yo. Yo al menos no me lo había tomado muy en serio hasta que el martes se presentó con muy mal aspecto y comportándose de forma muy rara. Tomó más píldoras durante el paseo. A petición suya habíamos ido al bosque. Tom se dirigió a Heloise:

–Si no quieres escuchar, querida, será mejor que te vayas arriba. Tengo que contarlo tal como sucedió.

–Me quedaré.

Heloise ocultó el rostro en las manos un momento, luego bajó las manos y se levantó.

–Le diré a madame Annette que haga un poco de té. ¿De acuerdo, Tome?

–Buena idea -dijo Tom, y luego prosiguió hablando con Webster: -Derwatt se tiró sobre las rocas desde lo alto de un acantilado. Podría decirse que se mató de tres maneras: mediante las píldoras, despeñándose y haciéndose incinerar, aunque indudablemente estaba muerto cuando lo incineramos. Murió a causa de la caída. Bernard y yo volvimos al lugar, el día siguiente. Quemamos lo que pudimos, y el resto lo enterramos.

Heloise regresó.

Webster, sin dejar de escribir, dijo:

–El día siguiente. Seis de noviembre, miércoles. «¿Dónde se había hospedado Bernard?» Tom pudo decirle que en Der Blaue No Sé Qué, en la Linzergasse. Pero después del miércoles, no lo sabía con seguridad. «¿Dónde y cuándo habían comprado la gasolina?» Tom se mostró impreciso con respecto al lugar, pero había sido el miércoles al mediodía. «¿Dónde se había alojado Derwatt?» Tom dijo que no había tratado de averiguarlo.

–Bernard y yo nos habíamos prometido encontrarnos el jueves por la mañana, alrededor de las nueve y media, en el Alter Markt. El miércoles por la noche Bernard me dio su bolsa de viaje para que se la guardase mientras él buscaba otro hotel, aquella misma noche. Le pedí que se quedara en el mío, pero

no quiso. Luego… no acudió a la cita del jueves. Le esperé una hora más o menos. Jamás volví a verle. No había dejado ningún recado en mi hotel. Presentí que Bernard no quería acudir a la cita, que probablemente se habría suicidado… seguramente tirándose al río. Regresé a casa.

Webster encendió un cigarrillo, más lentamente que de costumbre.

–¿Usted tenía que guardarle la bolsa toda la noche del miércoles?

–No forzosamente. Él sabia dónde estaba yo, y creí más bien que pasaría a recogerla por la noche, un poco más tarde. De hecho, le dije: «Si no nos vemos esta noche, nos encontraremos mañana por la mañana».

–¿Preguntó en los hoteles para dar con él ayer por la mañana?

–No, no lo hice. Creo que había perdido toda esperanza. Me sentía trastornado y sin ánimos.

Madame Annette entró a servir el té y cambió un Bonjour con el inspector Webster.

Tom dijo:

–Bernard colgó un muñeco abajo, en nuestro sótano, hace unos días. Su intención había sido ahorcarse en efigie. Mi esposa se lo encontró y se llevó un buen susto. Los pantalones y la americana de Bernard colgando del techo por medio de un cinturón y con una nota enganchada a ellos.

Tom miró a Heloise.

–Lo siento, Heloise.

Heloise se mordió los labios y se encogió de hombros. Su reacción fue indiscutiblemente sincera. Lo que Tom había dicho que había sucedido era cierto, y a ella no le gustaba recordarlo.

–¿Tiene usted la nota que él escribió? – preguntó Webster.

–Sí. Debe de estar en el bolsillo de mi bata todavía. ¿Voy por ella?

–Dentro de un momento.

Webster casi sonreía otra vez, pero no acababa de hacerlo.

–¿Puedo preguntarle exactamente para qué fue usted a Salzburgo?

–Estaba preocupado por Bernard. Él me había hablado de que deseaba visitar Salzburgo. Tenía la impresión de que se suicidaría. Y me preguntaba por qué, después de todo, me habría visitado a mí.

Él sabía que yo poseo dos cuadros de Derwatt, es cierto, pero no me conocía a mí. Y, pese a ello, durante su primera visita habló con mucho desparpajo. Creí que quizá podría ayudarle. Después resultó que ambos, Derwatt y Bernard, se suicidaron, Derwatt el primero. Por alguna razón, uno no quiere entrometerse con un hombre como Derwatt, de todos modos. Uno tiene la sensación de estar

metiendo la pata. Bueno, en realidad no es eso lo que quiero decir, sino que decirle a alguien que no se suicide cuando sabemos que no nos va a hacer caso porque ya está decidido a matarse… Eso es lo que quiero decir. Es una equivocación y no sirve de nada, y ¿por qué iban a reprocharle a uno el no haber dicho algo, cuando ya se sabe que sería inútil decirlo?

Tom hizo una pausa.

Webster escuchaba atentamente.

–Bernard se fue, probablemente a París, después de su simulacro de suicidio en la bodega. Luego volvió. Fue entonces cuando Heloise le conoció.

Webster quería saber la fecha en que Bernard Tufts había regresado a Belle Ombre. Toro hizo lo mejor que pudo. Le parecía que había sido el veinticinco de octubre.

–Traté de ayudar a Bernard diciéndole que su chica, Cynthia, posiblemente volvería a recibirle. Aunque creo que no habría sido así, al menos a juzgar por lo que Bernard me dijo. Lo único que hacía era intentar sacarle de su depresión. Me parece que Derwatt se esforzó aún más. Estoy seguro de que se vieron a solas unas cuantas veces en Salzburgo. Derwatt sentía afecto por Bernard.

Tom preguntó a Heloise.

–¿Entiendes lo que estoy diciendo, cariño?

Heloise afirmó con la cabeza.

Probablemente era cierto que lo entendía todo.

–¿Por qué estaba Derwatt tan deprimido?

Tom reflexionó un instante.

–Por todo. Le deprimía el mundo. La vida. Ignoro si había algún motivo personal, en Méjico, que contribuyera a ello. Me habló de una muchacha mejicana que se había casado y luego marchado. No sé qué importancia pudo tener para él. También parecía turbado por haber vuelto a Londres. Dijo que había sido una equivocación.

Webster dejó por fin de tomar notas.

–¿Le parece que subamos? – dijo.

Tom acompañó a Webster a su habitación y fue a buscar la maleta del ropero.

–No quiero que mi esposa vea esto -dijo Tom, abriendo la maleta, agachado junto a ella con el inspector.

Los restos, menudos, estaban envueltos en periódicos austríacos y alemanes que Tom había comprado. Tom observó que Webster se fijaba en la fecha de los periódicos antes de extraer el bulto y colocarlo sobre la alfombrilla. Puso más periódicos debajo del paquete, aunque Tom sabía que no estaba húmedo.

Webster lo abrió.

–Mmm. ¡Válgame Dios! ¿Qué quería Derwatt que hiciese usted con esto?

Tom balbuceó, con la frente arrugada.

–Nada.

Tom se acercó a la ventana y la entreabrió ligeramente.

–No sé por qué lo recogí. Estaba trastornado. Y Bernard también. Si Bernard dijo que debíamos llevarnos algo a Inglaterra, no me acuerdo. Pero recogí eso. Habíamos creído que serían cenizas. Pero no fue así.

Webster hurgaba en el amasijo con el extremo de su bolígrafo. Tropezó con el anillo y lo extrajo cuidadosamente con el otro extremo.

–Un anillo de plata.

–Eso lo cogí a propósito.

Tom sabía que las dos serpientes del anillo eran aún visibles.

–Me llevaré esto a Londres -dijo Webster, incorporándose-. Si tiene usted una caja, quizás…

–Sí, no faltaría más -dijo Tom, empezando a moverse hacia la puerta.

–Me dijo algo de las libretas de Bernard Tufts.

–Así es.

Tom se volvió señalando la libreta y el bloc de dibujo en un ángulo de su escritorio.

–Aquí las tiene. Y la nota que escribió…

Tom se fue al cuarto de baño, donde su bata colgaba de un gancho. La nota estaba en el bolsillo todavía. «Voy a colgarme en efigie…» Tom se la entregó a Webster y descendió la escalera. Madame Annette guardaba las cajas, y siempre las había de diversos tamaños.

–¿Para qué es? – preguntó, tratando de ayudarle.

–Esta servirá -dijo Tom.

Las cajas estaban sobre el armario ropero de madame Annette, y Tom bajó una. Contenía algunos restos de lana para hacer media, cuidadosamente enrollados, que entregó a madame Annette con una sonrisa.

–Gracias. ¡Es usted un tesoro!

Webster ya había bajado y hablaba en inglés por teléfono. Heloise quizás habría subido a su habitación. Tom llevó la caja al piso de arriba y metió dentro de ella el pequeño bulto, acabando de llenar la caja con más periódicos. Cogió un poco de cordel de su taller y la ató. Era una caja de zapatos. Toro bajó con ella.

Webster seguía al teléfono.

Tom se dirigió al bar y se sirvió un whisky sin mezcla, y decidió esperar por si Webster quería un Dubonnet.

–¿…los de la Buckmaster Gallery? ¿No puedes esperar hasta que esté ahí?

Tom cambió de pensamiento y se fue a la cocina a buscar hielo para preparar el Dubonnet de Webster. Cogió el hielo y, al reparar en madame Annette, le pidió a ella que acabase de preparar la bebida, sin olvidarse de la corteza de limón.

Webster estaba diciendo:

–Volveré a llamarte dentro de una hora aproximadamente, de modo que no salgas a almorzar… No, ni una palabra a nadie de momento… No lo sé aún.

Tom se sentía intranquilo. Vio que Heloise estaba en el césped y salió a hablar con ella, aunque hubiese preferido quedarse en la sala de estar.

–Creo que deberíamos ofrecerle al inspector un almuerzo o unos emparedados, o algo por el estilo. ¿Qué te parece, querida?

–¿Le diste las cenizas?

Tom parpadeó.

–Una insignificancia. Metidas en una caja -dijo torpemente-. Están envueltas. No pienses en ello.

Tom la cogió de la mano y la condujo hacia la casa.

–Resulta lo apropiado que Bernard ceda sus restos para que pasen por los de Derwatt.

Puede que ella le entendiera. Heloise comprendía lo que había pasado, pero Tom no esperaba que se hiciese cargo de la adoración que Bernard sentía por Derwatt. Tom le preguntó a madame Annette si querría prepararles unos emparedados de langosta en conserva y cosas así. Heloise se fue a ayudarla y Tom se reunió con el inspector.

–Cuestión de puro trámite, mister Ripley, ¿podría echar un vistazo a su pasaporte? – preguntó Webster.

–¡Desde luego!

Tom subió y en unos segundos regresó con el pasaporte.

Webster ya tenía su Dubonnet. Examinó parsimoniosamente todas las hojas del documento, al parecer tan interesado por las fechas de hacía meses como por las más recientes.

–Austria. Sí. Hum.

Tom recordó con alivio que no había estado en Londres como él mismo, Tom Ripley, la segunda vez que Derwatt se había dejado ver. Fatigado, se sentó en una de las sillas. Tenía que demostrar su cansancio y depresión a causa de los acontecimientos del día anterior.

–¿Qué se ha hecho de las cosas de Derwatt?

–¿Cosas?

–Su maleta, por ejemplo.

–No logré averiguar dónde se alojaba. Tampoco lo logró Bernard, porque se lo pregunté… después de… de que muriese. Derwatt.

–¿Cree usted que abandonó sus cosas en el hotel, sin más?

–No -dijo Tom, negando con la cabeza-. Derwatt no haría eso. Bernard me dijo que lo más probable es que hubiese borrado todo vestigio de sí mismo, saliera del hotel y… Bueno ¿qué hay que hacer para desembarazarse de una maleta? Tirar el contenido en varios cubos de la basura o… quizá tirarlo todo al río. Eso es muy fácil en Salzburgo. Especialmente si Derwatt lo hizo la noche antes, en la oscuridad.

Webster se puso a cavilar.

–¿Se le ocurrió a usted que Bernard pudo haber regresado al bosque para tirarse por el mismo acantilado?

–Sí -respondió Tom, pues, extrañamente, la misma idea le había pasado por la imaginación-. Pero no tuve valor para regresar allí ayer por la mañana. Quizá debí hacerla. Quizá debí pasar más tiempo buscando a Bernard por las calles. Pero presentía que había muerto… por alguna razón, en algún lugar, y que jamás le encontraría.

–Pero, por lo que veo, Bernard Tufts pudiera seguir con vida.

–Muy cierto.

–¿Tenía suficiente dinero?

–Lo dudo. Le ofrecí prestarle un poco, hace tres días, pero se negó.

–¿Qué le dijo Derwatt a usted con respecto a la desaparición de Murchison?

Tom meditó un instante.

–Le deprimía. En cuanto a lo que dijo… Dijo algo sobre el peso de la fama. Le disgustaba ser famoso. Le hacía sentir que por ello había muerto un hombre… Murchison.

–¿Estuvo Derwatt amistoso con usted?

–Sí. Al menos en ningún momento noté síntomas de hostilidad. Mis conversaciones a solas con él duraron poco. Y solamente fueron una o dos, me parece.

–¿Estaba enterado de su relación con Richard Greenleaf?

Tom sintió que su cuerpo se estremecía, y confió que ello no fuese visible. Se encogió de hombros.

–Si lo estaba, jamás me habló de ello.

–¿Y Bernard? ¿Tampoco lo mencionó?

–No -respondió Tom.

–Ya verá, resulta extraño, tiene que reconocerlo, que tres hombres desaparezcan o mueran en torno a usted… Murchison, Derwatt y Bernard Tufts. Y también desapareció Richard Greenleaf… su cuerpo nunca fue hallado, me parece. Y ¿cómo se llamaba su amigo? ¿Fred? ¿Fred No Sé Qué?

–Miles, creo -dijo Tom-. Pero no puede decirse que Murchison estuviese muy allegado a mí. Le conocía escasamente. Y otro tanto sucedía con Freddie Miles.

«Al menos Webster no reparaba todavía en la posibilidad de que Tom se hubiese hecho pasar por Derwatt» -pensó Tom. Entraron Heloise y madame Annette, ésta empujando un carrito sobre el que había una bandeja con emparedados y una botella de vino en un cubo de hielo. – ¡Ah, un tentempié! – dijo Tom-. No le pregunté si estaba comprometido para el almuerzo, inspector, pero este pequeño…

–Pues, sí, lo estoy. Con la Policía de Melun -dijo Webster con una fugaz sonrisa-. Tengo que telefonearles dentro de poco. Y, a propósito, ya le reembolsaré el importe de todas estas llamadas.

Tom agitó una mano en señal de protesta.

–Gracias, madame -dijo a madame Annette.

Heloise ofreció al inspector Webster un plato y una servilleta, luego le presentó los emparedados.

–Langosta y cangrejo. La langosta está en éstos -dijo señalándolos.

–¿Cómo podría resistirme? – dijo el inspector, aceptando uno de cada. Pero Webster seguía con su tema.

–Tengo que alertar a la Policía de Salzburgo, vía Londres porque no hablo alemán, para que busquen a Bernard Tufts. Y quizá mañana podamos reunimos en Salzburgo. ¿Está libre mañana, mister Ripley?

–Sí, podría estarlo, por supuesto.

–Tiene que conducimos hasta ese lugar del bosque. Tenemos que excavar la… ya sabe. Derwatt era súbdito británico. ¿O quizá no lo era? – Webster sonrió con la boca llena-. Aunque con toda seguridad no iba a adoptar la ciudadanía mejicana.

–Eso es algo que jamás le pregunté -dijo Tom.

–Será interesante localizar el pueblo mejicano donde vivía -comentó Webster-, ese pueblo remoto y sin nombre. ¿De qué ciudad está cerca, lo sabe usted?

Tom sonrió.

–Derwatt nunca soltaba prenda.

–Me pregunto si su casa estará abandonada, o bien si habrá algún sirviente o algún abogado con suficiente autoridad para liquidar sus asuntos allí, una vez se sepa su muerte.

Webster hizo una pausa. Tom no decía nada. ¿Estaría Webster lanzando sondas, con la esperanza de que Tom soltase alguna información? Fingiéndose Derwatt, en Londres, Tom le había dicho a Webster que Derwatt tenía pasaporte mejicano y vivía en Méjico con otro nombre.

Webster dijo:

–¿Supone usted que Derwatt entró en Inglaterra, y se trasladó por el país, con nombre falso? Un pasaporte británico es posible, ¿pero un nombre falso?

Tranquilamente, Tom respondió:

–De modo que probablemente vivía bajo un nombre falso en Méjico también.

–Es probable. No había caído en eso.

–Y envió sus lienzos desde Méjico utilizando el mismo nombre inventado.

Tom se interrumpió, como si el tema no le interesara mucho.

–La Buckmaster Gallery debería saberlo.

Heloise volvió a presentar los emparedados, pero el inspector rehusó.

–Estoy seguro de que no nos lo dirán -dijo Webster-. Y puede que ni siquiera sepan el nombre, suponiendo que, por ejemplo, Derwatt hiciese los envíos utilizando su verdadero nombre. Pero tiene que haber entrado en Inglaterra con otro nombre, porque no nos queda constancia de sus idas y venidas. ¿Puedo llamara la Policía de Melun ahora?

–Claro, no faltaría más -dijo Tom-. ¿Prefiere hacerlo desde el piso de arriba?

Webster dijo que el teléfono de abajo le iba bien. Consultó su agenda, y procedió a hablar con la telefonista en correcto francés. Preguntó por el commissaire.

Tom sirvió vino blanco en los dos vasos de la bandeja. El de Heloise seguía lleno.

Webster le estaba preguntando al commissaire de Melun si tenían noticias sobre Thomas Murchison. Tom dedujo que no. Webster dijo que mistress Murchison estaba en Londres, en el Connaught Hotel, por unos días, ansiosa por recibir información, y añadió que tuvieran la amabilidad de transmitirla por mediación de la oficina de Webster. Webster preguntó también por el cuadro desaparecido, «L'Horloge». Nada.

Cuando hubo colgado, Tom quería preguntarle qué tal iba la búsqueda de Murchison, pero no quería que se notase que había estado atento a las palabras de Webster por teléfono.

Webster insistió en dejar un billete de cincuenta francos por las llamadas que había hecho. Dio las gracias a Tom por ofrecerle otro Dubonnet, que rechazó, pero sí probó el vino.

Tom podía ver cómo Webster, allí de pie, hacía conjeturas sobre cuánto Tom trataría de ocultar, en qué punto sería culpable, de qué modo lo sería, y en qué medida o de qué modo Tom Ripley iba a salir beneficiado. Pero resultaba evidente -pensaba Tom- que ninguna persona habría asesinado a otras dos, quizá tres incluso, Murchison, Derwatt y Bernard Tufts, sólo para proteger el valor de los dos cuadros de Derwatt que tenía colgados en las paredes. Y si Webster iba tan lejos como para investigar la Derwatt Art Supply Company, a través de cuyo banco recibía Tom sus ingresos mensuales, esos ingresos eran enviados anónimamente a una cuenta numerada en Suiza.

Sin embargo, todavía quedaba el viaje a Austria el día siguiente, y Tom tendría que acompañar a la Policía. – ¿Puedo pedirle que me llame un taxi, mister Ripley? Usted conoce el número mejor que yo. Tom cogió el teléfono y llamó a un servicio de taxis de Villeperce. Llegaría inmediatamente, dijeron. – Tendrá noticias mías esta noche -dijo Webster a Tom-, sobre ir a Salzburgo mañana. ¿Es difícil llegar allí?

Tom le explicó el cambio de avión que debía hacerse en Frankfurt, y añadió que le habían dicho que, si se aterrizaba en Munich, resultaba más rápido ir en autobús desde allí a Salzburgo que esperar el avión de Austria en Frankfurt. Pero esto habría que coordinarlo por teléfono, una vez Webster hubiese averiguado la hora de salida del vuelo Londres-Munich. Viajaría con un colega.

Después, el inspector Webster dio las gracias a Heloise y Tom le acompañó hasta la puerta cuando llegó el taxi. Webster reparó en la caja de zapatos sobre la mesa del vestíbulo antes de que Tom pudiese cogerla, y la tomó.

–Tengo la nota de Bernard, junto con sus dos libretas, en la maleta -le dijo Webster a Tom.

Tom y Heloise permanecieron en las escaleras de la entrada al alejarse el taxi que conducía a Webster, sonriéndoles con su sonrisa de conejo por la ventanilla. Después entraron de nuevo en la casa.

Reinaba un sosegado silencio. No de paz -Tom lo sabía-, pero al menos era silencio.

–Esta noche, hoy, ¿no podríamos quedarnos sin hacer nada? ¿Viendo la

televisión por la noche?

Por la tarde Tom tenía ganas de trabajar en el jardín. Eso siempre le calmaba los nervios.

Así, pues, trabajó en el jardín. Y por la noche, en pijama, se tumbaron en la cama de Heloise y miraron la televisión mientras sorbían el té. El teléfono llamó justo antes de las diez y Tom contestó desde su habitación. Estaba dispuesto para hablar con Webster, y tenía la pluma en la mano para tornar nota del programa del día siguiente, pero era Chris Greenleaf desde París. Había regresado de Renania y preguntaba si podía visitarles acompañado por su amigo Gerald.

Tom, al terminar de hablar, regresó al cuarto de Heloise y dijo: -Era Chris, el primo de Dickie Greenleaf. Quiere venir a vemos el lunes y traerse a su amigo Gerald Hayman. Le dije que sí. Espero que no te importe, querida, ¿eh? Se quedarán sólo una noche, probablemente. Será un agradable cambio… un poco de turismo, buenos almuerzos. ¿Sí? Tranquilidad.

–¿Cuándo vuelves de Salzburgo?

–Oh, debería estar de vuelta el domingo. No veo razón por la que ese asunto deba durar más de un día… mañana y parte del domingo. Lo único que quieren es que les enseñe el lugar en el bosque. Y el hotel de Bernard.

–Mmm. Très bien -murmuró Heloise, recostada en los almohadones-. Ellos llegan el lunes.

–Llamarán otra vez. Les diré que por la tarde, a última hora.

Tom volvió a meterse en la cama. Heloise sentía curiosidad por Chris -él lo sabía-. Los muchachos como Chris y su amigo le hacían gracia, por algún tiempo. Tom se sentía complacido con sus disposiciones. Miraba la vieja película francesa que iba pasando ante ellos por la pantalla del televisor. Louis Jouvet, vestido de miembro de la Guardia Suiza del Vaticano, estaba amenazando a alguien con una alabarda, Tom pensó que debía comportarse solemnemente y sin dar rodeos el día siguiente en Salzburgo. La Policía austríaca tendría un automóvil, por supuesto, y él les conduciría directamente al lugar en el bosque, mientras todavía fuese claro, y el mismo día por la noche irían directamente al Der Blaue No Sé Qué en la Linzergasse. La mujer de pelo negro de detrás del mostrador se acordaría de Bernard Tufts, y de que Tom había preguntado por él una vez. Tom se sentía seguro. Cuando empezaba a seguir el soporífero diálogo de la pantalla, el teléfono sonó…

–Sin duda ése es Webster -dijo Tom, y salió otra vez de la cama.

La mano de Tom se detuvo en el momento en que iba a coger el aparato, sólo durante un segundo, pero durante aquel segundo Tom experimentó la derrota de

antemano y le pareció sufrirla. El desenmascaramiento. La vergüenza. Sin miedo, como antes -pensó-. La función aún no había terminado. ¡Valor! Descolgó el teléfono.

[1] There once was a match by computer. / A nought was wed to a neuter. / Said the neuter to nought, / "I'm not what I ought. / But our offspring will be even mooter"

[2] Juego de palabras: "Gladstone" es a la vez el nombre de un primer ministro británico de la época victoriana y la denominación de una bolsa de viaje.

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
19/04/2008
LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/